

Ramón J. Sender

**SIETE DOMINGOS
ROJOS**



Annotation

Siete domingos rojos narra el desarrollo de una huelga general convocada como protesta por la muerte de tres obreros en un altercado contra la policía, que intentaba suspender un mitin anarcosindicalista. El significado del título es evidente: siete no son sólo los días de una semana, es el número mágico y bíblico; en los domingos no se trabaja, hay una tarea extraordinaria, la creación del mundo nuevo revolucionario; rojos por la violencia, la muerte y la generosidad de la entrega.

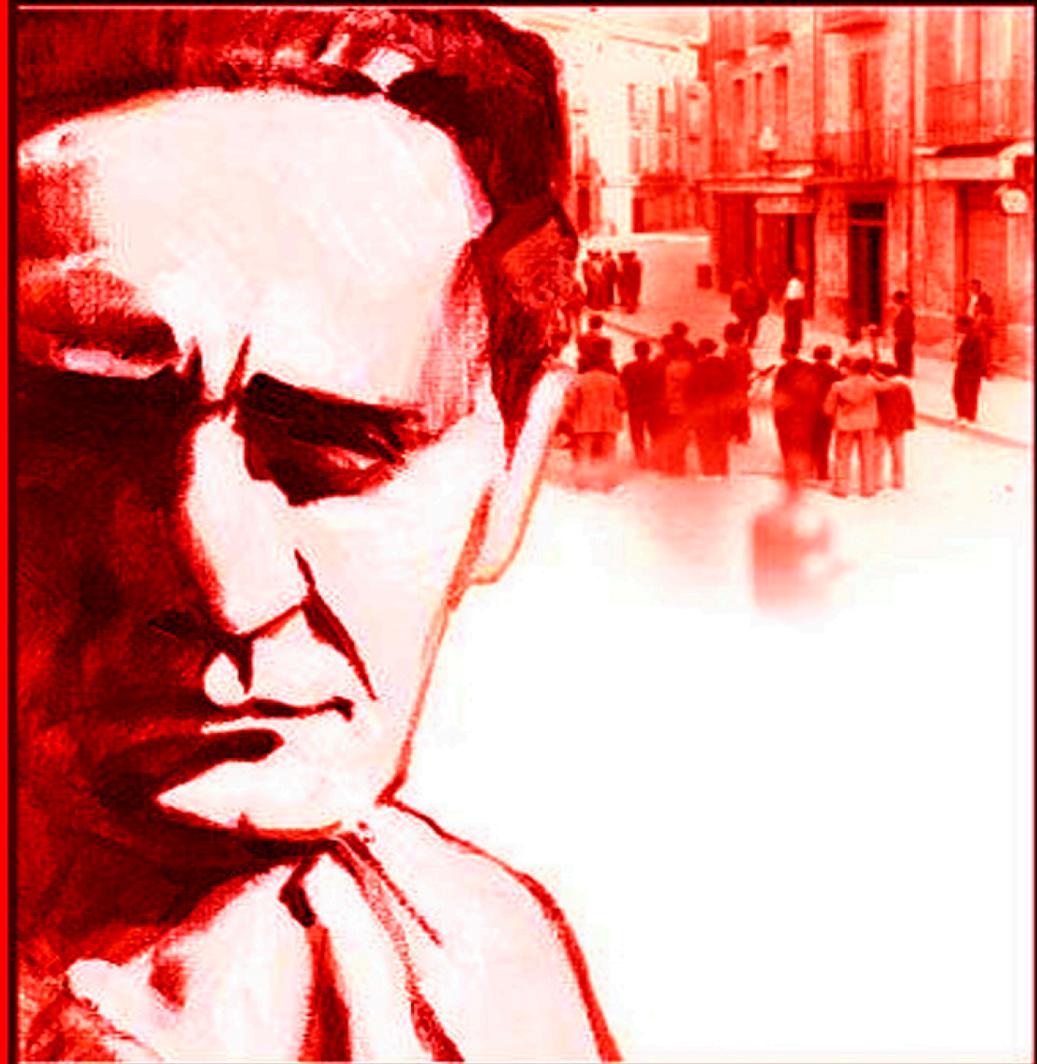
En esta novela, temprana aunque también una de las más vigorosas de su extensa producción, Sender nos traslada durante una semana a la vida cotidiana del Madrid obrero de los años treinta, colapsada y alterada por los disturbios y la represión, e impregnada por el espíritu anarquista. Con abundantes dosis de reportaje, con no pocos ingredientes extraídos de su propia circunstancia personal, el autor traza las líneas maestras del anarquismo español en el periodo republicano. Samar, el protagonista, recuerda al propio Sender tanto por la pasión con que se inmiscuye en las luchas sociales de su tiempo como por el afán reflexivo mediante el que pretende distanciarse del torbellino de la historia para entenderlo mejor.

Ramón J. Sender

Siete domingos rojos

Ramón J. Sender
SIETE DOMINGOS ROJOS
(NOVELA)

Edición de José Miguel Oltra Tomás,
introducción de Francis Lough



PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

LA primera vez que se publicó esta novela, en Barcelona, yo consideraba la literatura como una forma de escapismo. Pero hay varias maneras de escapar. Una hacia el pasado, otra hacia el futuro, otra por el mundo de los sueños fuera del tiempo y aun la mía, que consistía perderse en los bajos fondos de la realidad misma del momento. Unos bajos fondos más ligados a nuestro mundo inconsciente que a nuestra conciencia.

Aunque parece irreal a veces, ese substrato viene a ser la cuna misma y la raíz de la realidad. Así sucedió, poco después, que los que no creían que esta novela estuviera autorizada por la verdad de las condiciones sociales de 1933, tuvieron la desgracia o la fortuna de persuadirse de lo contrario durante la guerra civil en la que todos —tirios y troyanos— fuimos víctimas, y los triunfadores no han estado nunca seguros de su triunfo, ya que la historia sigue y las contiendas de ese género no se acaban nunca sino que se proyectan hacia un futuro siempre problemático y amigo de las compensaciones.

El amor por la libertad es entre los anarcosindicalistas españoles (y ahora entre la llamada «nueva izquierda», que tiene la misma mentalidad y por cierto las mismas banderas en todas partes) natural, y va ligado a los movimientos religiosos, sociales y políticos de todos los tiempos desde los primeros testimonios de la llamada protohistoria.

Pero además ese amor a la libertad (que naturalmente está hoy igualmente encendido en mí y supongo que en ti, lector) lo abarca todo y condiciona y da su calidad intrínseca

a todas las formas de amor, incluidos el amor sexual y el que mueve a los astros en el espacio.

He retocado un poco la primera edición. He querido dar más unidad estructural a lo que tiene la novela de poético. En realidad, una novela, como un poema, no está acabada mientras vive su autor. Sólo hay que tener en cuenta las últimas ediciones de los poetas que ya nos dejaron y las de las novelas de los que vivieron antes que nosotros¹. Espero que si alguien quiere acordarse de mí en el futuro, sean estas últimas ediciones las que tome en consideración. Pero si no es así, estará en su derecho y a mí no me importa gran cosa, ya que como digo al final de *Siete domingos rojos*, la única libertad absoluta posible (esa que en vano buscamos con cada paso y cada palabra y cada latido de nuestro pulso) es una libertad metafísica que se nos da a todos al final. Y que yo tendré entonces.

Sin embargo, evita mientras puedas ese final, lector amado. Es un buen consejo. La muerte es un asunto feo. Y tratemos de hacer compatible mientras tanto nuestro amor por la libertad con los otros amores más inmediatos y con la necesidad de propiciar condiciones más justas entre los hombres.

R. S.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

COMO hablo pocas veces a lo largo de este libro —casi siempre hablan los personajes—, no estará de más que pida la palabra antes de comenzar. Poco es lo que he de decir, pero me interesa de manera especial advertir lo siguiente:

Desde, el punto de vista político o social este libro no satisfará a nadie. Ya lo sé. Pero no se trata de hacer política ni de fijar aspectos de la lucha social ni mucho menos de señalar virtudes o errores. No busco una verdad útil —social, moral, política— ni siquiera esa inofensiva verdad estética —siempre falsa, artificiosa— en torno de la cual se desorientan tantos jóvenes.

La única verdad —realidad— que busco a lo largo de estas páginas es la verdad humana que vive detrás de las convulsiones de un sector revolucionario español. Voy buscándola en la voz, en las pasiones de los personajes y en el aire y la luz que las rodean, y con las que se identifican formando una atmósfera moral turbia o diáfana, lógica o incongruente. Ni siquiera pretendo una realidad novelesca. Es una realidad simplemente humana, con lo estúpido y lo sublime. Lo estúpido también porque miro a los hombres a la hora de escribir sin la superstición intelectualista del hombre por el hombre, que en fin de cuentas es en los novelistas la superstición pedante e insopportable de sí mismos. Los hombres de mi libro desconocen las conveniencias sociales y no han tenido nunca cédula personal.

Claro que el libro no se dirige expresamente al entendimiento del lector, sino a su sensibilidad, porque las verdades humanas más entrañables no se entienden ni se

piensan, sino que se sienten.

Son las que el hombre no ha dicho ni ha probado decir porque cumplen su misión en la zona brillante y confusa del sentir. Al final del libro, el lector que se haya abandonado lealmente habrá comprendido o no el fenómeno social o político a que me refiero, pero desde luego habrá «sentido» desarrollarse dentro de sí una evidencia nueva. Dirigirse a los sentidos, a la sensibilidad y no al entendimiento, al «intelecto», tiene para mí además la ventaja de que nadie podrá llamarme «intelectual» con plena razón.

El libro podrá parecer, a veces, inconexo y desarticulado. Si el lector está bien dotado para mirar y comprender lo encontrará todo lógico porque el caos tiene en arte su lógica. Pero quiero, a pesar de todo, decir antes algo sobre mi posición personal en todo esto. Ayudar a los que no logren sacar de la evidencia de su impresión final fórmulas concretas. A mi juicio, el fenómeno anarcosindicalista obedece a una razón de supervitalidad de los individuos y de las masas. A la generosidad y al exceso de sí mismos que a los hombres y a las sociedades demasiado vitales suele acompañarles. Piensen los lectores en la enorme desproporción, que hay entre lo que las masas revolucionarias españolas han dado y dan a lo largo de sus luchas y lo que han obtenido. Y entre la fuerza que tienen y la eficacia con que la emplean. Detrás de esto puede haber muchas cosas, pero hay por encima de todas —y es lo que a mí me interesa— una generosidad heroica, a veces verdaderamente sublime.

Si alguien me preguntara qué es el anarcosindicalismo —sin prejuicios ni finalidades políticas—, yo extendería la mano hacia este libro. Si quedaran gentes bastante simples todavía para preguntar si el sindicalismo es bueno o malo, yo me encogería de hombros y les ofrecería el libro. Si alguien me dijera: «¿Cree usted en la existencia del fenómeno anarcosindicalista como un hecho trascendental de la política española?», yo contestaría que sí y que ni hoy ni nunca

podrá desconocerlo nadie. Si alguien finalmente me pidiera que concretara mi posición personal ante el anarcosindicalismo como tal hecho político, yo volvería, a lo de antes y exhibiría mi fórmula. Una fórmula apolítica: los seres demasiado ricos de humanidad sueñan con la libertad, el bien, la justicia, dándoles un alcance sentimental e individualista. Con ese bagaje un individuo puede aspirar al respeto y a la lealtad de sus parientes y amigos, pero siempre que se quiera encarar con lo social y general se aniquilará en una rebeldía heroica y estéril. No puede un hombre acercarse a los demás dando el máximo y exigiendo el máximo también. Las sociedades se forman no acumulando las virtudes individuales, sino administrando los defectos con un sistema que limita, el área de expansión de cada cual. Claro que el sistema es uno con el feudalismo, otro con el capitalismo, otro distinto con el comunismo. Los anarcosindicalistas pudieron crearse el suyo propio y mientras no lo tengan seguirán aspirando a una curiosa sociedad donde todos los hombres sean, en el desinterés, San Franciscos de Asís; en el arrojo, Espartacos; en el talento Newtons y Hegels. Detrás de esto hay una realidad humana verdaderamente generosa. A veces —repitámoslo con entusiasmo—, sublime. Ya es bastante haber.

**Barcelona, 1932.
R. S.**

I

Habla el camarada Villacampa, del Sindicato Mercantil

EN la pared del cuarto tengo un calendario. Me gusta sacar las hojas sin esperar a que pasen los días, sólo por leer las sentencias y los cuentos instructivos del dorso: «No hay peor cuña que la de la misma madera» y «El ocio es el padre de todos los vicios» ¡Qué grandes verdades! También me dicen a veces que un perro llamado Napoleón fue vendido a un inglés en cincuenta mil pesetas, y que la Luna es un pedazo de tierra que ocupaba el hueco del océano Pacífico. Y además la historia condensada de Viriato y el asesinato de Sertorio. El calendario va hacia adelante, naturalmente. Después del lunes, el martes.

Al arrancar las hojas antes de hora no quiero expresar mi impaciencia por vivir el mañana. Yo no tengo derecho a esa elegante inquietud porque mi padre, el autor de este libro, me ha hecho nada más que dependiente de comercio. Yo arranco las hojas y las leo porque a veces me aburro un poco en mi cuarto, pero también porque desde que soy amigo de Samar, un joven que escribe en los periódicos, necesito saber quiénes eran Sertorio y Viriato para discutir alguna vez. No me gusta darle siempre la razón, entre otros motivos porque demasiado sabe él que la tiene.

Al lado del calendario, en la pared, hay una mancha de humedad que representa una figura monstruosa. Recuerda unas brujas que hay en el monumento a Goya. Los tranvías 11, 6 y 49 paran allí mismo y yo suelo ir en la plataforma, unas veces para poder hablar con alguien, ya que dentro la gente no habla, y otras porque llevo paquetes —cinco kilos de aceite y dos de azúcar, por ejemplo— y el conductor me deja ponerlos a su lado, junto al motor. En el 49 iba yo un

día cuando vi a Samar con una hermosa señorita y una señora de compañía, lo que llaman una carabina. Yendo ellos el tranvía se convertía en coche de lujo. Ella era como una actriz de cine que vi una vez, y parecía que andaba y movía los brazos y hablaba con música. Él estaba concentrado y serio. Yo no sabía si darme a entender o no. Podía molestarlo que lo viera de aquella traza, tan aburguesada. Él me sonrió, me dejó paso al bajar con mis paquetes y me dio con la rodilla en la corva obligándome a doblar la pierna y a hacer una genuflexión. Ese Samar, siempre lo mismo. Tuve que hacer ante su novia una inclinación como en las iglesias. ¿Qué quería decir Samar con aquello? Todo lo hace sencillamente, pero todo parece que tiene segunda intención. Anda y vive y habla con filosofía pero no se le puede decir nada porque de pronto sonríe como diciendo: «¡Eh, qué buenos amigos somos!» Yo no me entiendo con la burguesía y menos con los burgueses que vienen con nosotros.

Ahora bien. Yo soy un hortera. Él es hombre que escribe en los periódicos. Podría llamarlo chupatintas pero él no se molestaría, como yo no me molesto porque me llamen hortera. ¡Bah! Bajo el régimen burgués todo es falso y ridículo, y si se toma en serio como yo tomé a Samar y a su novia, entonces se hacen cosas tan estúpidas como aquella genuflexión. Tengo veinticinco años. Él tiene veintiocho, un gabán con solapas muy grandes y una novia. Yo no tengo gabán como ése, pero también está enamorada de mí una chica, la hija de Germinal García, que es uno de los militantes más antiguos de la organización. Tiene quince o dieciséis años y lleva un jersey rojo. A mí no me gusta, pero ya va siendo hora de que tenga novia, si no tan guapa y perfumada como la de Samar, tampoco tan boba como la hija de Germinal. Ya digo que no me gusta. Si algún domingo me pongo cosmético en el pelo y la corbata roja no es por ella —aunque luego nos veamos en el Centro—, sino porque hay que vestirse y peinarse bien para que lo vea a uno el patrono y le suba el sueldo. El traje y el pelo son todo con la

burguesía.

La chica de Germinal se llama Estrella, pero su padre la llama Star —que quiere decir lo mismo—, porque estuvo en Inglaterra y le gusta además esa marca de pistolas. Es morena, tiene los ojos grandes y quietos como los caballos, pero azules. La cara redonda y prieta. Cuando se ríe se le hacen dos hoyos en las mejillas y mira y mira siempre y no dice nada. Es más pequeña que yo, y tengo un metro setenta y dos sin zapatos. Aunque dice que ha cumplido dieciocho años, no tiene más que dieciséis. Lo dice para que su padre le compre medias. Pero es inútil. Va con las piernas desnudas y con zapatos bajos. Se pone unos calcetines bastos de su padre y los arrolla sobre el tobillo. A pesar de todo, no es fea. Pero es demasiado ignorante para ser mi novia. Yo he estado a punto de que me nombrasen delegado de mi sindicato para la federación local y aunque con otro cargo inferior soy del comité. Ella anda intrigando para que la hagan delegada del sindicato en la fábrica de lámparas donde trabaja, pero ¿quién va a proponerla si no sabe más que vender folletos en los mítines? Es hija de Germinal, pero eso aquí no vale como entre los burgueses. Aquí hay que ser hijo de sus propios, actos como yo que...

Bueno, eso no importa. Mi padre al llegar un día de la iglesia tuvo una bronca con mi madre y le dio una paliza. ¿Por qué? Bah, cosas de ellos. Yo tenía doce años. Me marché de casa. Pasé hambre y dormí a la intemperie, pero ya he dicho que nada de esto tiene importancia. Hoy soy el camarada Leoncio Villacampa. Si no sabéis lo que eso quiere decir, id por el Sindicato y preguntad. De doctrina sindical entiendo bastante para no resbalar nunca en cuestiones de organización. Lo demás es secundario. No leo más periódicos que los de la organización, que son los buenos. Los diarios burgueses, salvo las fotografías, están muy mal. No saben contar las cosas. Hay que ver lo que dicen de nuestros mítines y de nuestros movimientos. Todo por no enterarse. No entienden nada de lo nuestro, y en lo suyo les pasa igual.

Con las palabras se arman unos líos terribles. Columnas y columnas para no decir nada. A veces sacan una palabra nueva y todos van detrás. El otro día vi una que no conocía: juridicidad. Samar me dijo que era una moda que seguían todos desde que cayó la dictadura. Palabras y modas, como entre las mujeres. Yo me río mucho cuando leo el diario del patrono.

Al venir la república ya sabía que todo seguiría igual, pero estaba un poco sorprendido con todo aquello. En los días que siguieron a la fuga del rey vi que de pronto las calles, los hombres, las casas, tenían algo nuevo. Parecía que hubiera bodas y verbenas en todas partes. Además se decía que iba a haber Parlamento, yo quería saber qué era eso, porque sólo lo conocía de oídas. La última vez que lo hubo era yo muy pequeño. Parece que todo el escándalo de los políticos burgueses para traer la república obedecía a la supresión del Parlamento por el rey y los militares. Debía ser importante el Parlamento. Iría a verlo por mis propios ojos, porque de lo que dicen los periódicos no se puede uno fiar. El día que se inauguró me puse la chaqueta nueva y la corbata. Me peiné con agua de Colonia y fui allá. ¿No me han visto ustedes en la primera página de «Estampa», donde salí retratado? Cerca de mí estaba el presidente del Gobierno, un hombre cincuentón que no parecía tonto.

Anduve por allí, estuve en el salón de sesiones. Todo era rojo y amarillo. Miré a ver quien andaba en aquello y fui a uno que dicen que era presidente de la Cámara —a aquel salón le llaman Cámara—. Le pregunté qué significaba aquel acto, se puso muy serio, me observó, como las mujeres cuando no quieren nada de uno, y por fin me dije que era «la apertura de Cortes». Le hubiera preguntado más cosas, pero iba vestido todo de negro y de blanco, igual que en los escaparates de las sastrerías, y parecía que si le hacía una pregunta más le iba a manchar la pechera. Arriba, en unos balconcillos, había obispos y señoras. Abajo, filas de bancos y buenos manojo de bombillas. Por todas partes, fotógrafos.

Cuando veía el palo del magnesio levantado iba disimuladamente y me ponía delante. He salido en todas. Hablé otra vez con el presidente y luego con tres o cuatro que según parece eran ministros. Buenas personas, sí, señor, aunque ninguno estaba muy seguro de lo que hacía. Me miraban y tardaban en contestar. Luego habló uno como si estuvieran en familia y todos aplaudieron. Habló otro y volvieron a aplaudir, aunque se había equivocado en una palabra y tuvo que repetirla. Yo me acordaba de las películas de dibujos animados, cuando los pobres animales asisten al teatro y se entusiasman y aplauden. Uno era igual que el chivo y otro lo mismo que la rata. Casi todos buenos mozos, pero había uno pequeñín y amarillo, que apenas se lo veía. Cuando todos aplaudían, él silbaba. Cuando todos protestaron, él aplaudió. Lo miraban y se lo querían comer con los ojos. Yo me tumbaba de risa viéndolo tan pequeño y con tan mala sangre. Luego fui al que llamaban secretario primero y hablé con él. Me miraban y tardaban en contestar.

Uno dijo por fin: «Han entrado elementos extraños». Tanto lo decían que me encaré con uno: «¿Lo dice usted por mí?» Porque yo no puedo ser extraño para la república. Con otros tres estuve a punto de hacer descarrilar el tren real hacia 1927. Me pasé un año en la cárcel. Los policías del rey me han pegado fuerte y mi pistola ha metido en su casa a algún esquirol socialista que en huelgas generales organizadas por nosotros contra la monarquía no quería secundar el paro. Yo estaba allí por mi derecho y al que no le pareciera bien que se marchara, eso le dije a un joven que llevaba papeles en una cartera y se lo repetí después a ocho o diez diputados que me miraban de cierta manera. El joven de la cartera que después subió a una tribuna a leer un largo escrito no se enteraba de lo que se hablaba a su alrededor, decía que sí a todo. ¿Aquello era el Parlamento? No me lo explicaba bien. Al salir, en los pasillos me acerqué a un ujier y le pregunté si creía que todo aquello serviría para algo. Puso la cabeza de medio lado, abrió los brazos y dijo:

«¡Hombre!» Parece que no tenía mucha confianza.

Gracias a que duró muy poco tiempo no me aburrí. Y no me convencieron, aunque cuando salía yo me sentía algo republicano. Y no porque sus razones me parecieran buenas, sino porque el aire, y las luces, y los gestos, y todo aquello le enturbiaba a uno los ojos. Por eso le dije al cincuentón aquel del pelo cano qué haríamos con los obispos, como si yo fuera republicano. Los había visto arriba, en una tribuna, y tenía ganas de cazar vivo a alguno. El presidente se escabullía sin contestar. Al salir, en la misma escalinata exterior, le cogí del brazo. Hicieron más fotos. Ya me habrán visto ustedes en la que «Crónica» publicó en la primera página. Luego tuve que dejar al presidente porque subió a un coche.

Frente al Congreso había soldados de infantería puestos a lo largo de la calle, como en las procesiones. Allí estaba Joaquín aburrido como una ostra, dentro de su uniforme nuevo. Es de la quinta del 30 y sirve en Saboya número 6. Me dijo que le liara un cigarro a escondidas y me preguntó si era amigo del presidente y si había dejado las ideas. Yo le dije que no. Que mi objeto había sido enterarme de aquello personalmente.

—¿Qué tal? —me preguntó con indiferencia.

—No creas —le dije— que está tan mal. Son gentes finas que hacen gestos como en el teatro. Terminé de liar el pitillo, lo encendí y se lo di a chupar. Luego, me lo guardaba yo. Pasó un buen rato sin que habláramos. De pronto le dije que a pesar de todo tendríamos que pegarle fuego a aquello. Joaquín apoyó el cuerpo sobre el otro pie y dijo que sí con la cabeza. Por el cielo pasaron varios aeroplanos metiendo ruido. La gente empujaba. Un sacerdote se perdía entre unas mozas de vida alegre. Joaquín y yo nos estuvimos divirtiendo viéndolo manotear y sofocarse. Joaquín estaba fastidiado porque no había podido ir con su novia, una guapa chica de Carabanchel Bajo. Bien es verdad que nada tendría que envidiarle a ella Star García, la hija de Germinal, si se vistiera mejor. No es que piense por esto que Star sea muy

guapa ni que pueda ser mi novia. Mucho tiene que aprender aún la pobre y no es que me guste darme importancia. Además, que me recuerda una cosa desagradable. En mi calendario, detrás del taco, hay un dibujo en colores con una muchacha de pelo blanco que se le parece mucho. Lleva las faldas todas rizadas y los pechos se le escapan del justillo. Está sentada en un banco y por detrás ha llegado entre los árboles otra tía con peluca y trenza blanca y unos encajes en el cuello, que la quiere besar. Va vestida de hombre y la muy cochina la está abrazando. A mí no me gustan las mujeres con esos vicios. Lo cierto es que Star me recuerda el calendario y éste a Star, aunque nada tengan que ver los gustos ni las costumbres del dibujo con los de mi amiga.

Hoy es sábado y tenemos pleno local de comités. Voy a sacar el papel del calendario. Domingo. Hola. Con tinta roja. ¿A ver el dorso del sábado? «Guzmán el Bueno arroja el puñal sobre la muralla para que el enemigo asesine a su propio hijo antes que entregar las llaves de la plaza.» Y encima con letras grandes pone: «Efemérides patriótica». ¡Qué idiota ha sido el mundo hasta ahora! Lo mismo podían celebrar el suceso que motivó mi salida de la casa de los padres: «El marido le pega a su mujer antes que permitir la más ligera transgresión de la moral familiar». ¡Qué gentes! Familia —palos detrás de la puerta. «Cuanto más le pego a mi hembra mejor sale la sopa»—; Patria —asesinato de un adolescente por conservar la llave de una puerta—; Religión —mentira y suciedad para desviar las pasiones del pueblo en beneficio del usurero y la prostituta—. ¡Qué estúpido es todo esto! Dan ganas de reírse o de pegarle fuego o de ambas cosas juntas. Vamos a sacar otra hoja del calendario. Detrás del «domingo 17» aparece otro papel con un 18 rojo y encima la misma palabra: «domingo». ¿Otro domingo? ¡Bah! Me bastaba con uno. Una vez a la semana me pongo cosmético y veo a Star. Ella me mira también una vez a la semana ladeando la cabeza sin decir nada. Si sigo mirándola sonríe tontamente y se le hacen dos hoyos en la mejilla.

¡Fuera ese domingo falso! A ver, ¿qué sigue detrás? Otro domingo. Domingo 19, y luego otro: Domingo 20. Así, siete domingos seguidos. El calendario se ha vuelto loco. El tiempo no rige. Siete domingos seguidos y los siete con los números rojos como la sangre. Si es una broma tonta del tiempo, va bien con esa estampa de las pelucas blancas. Esos cochinos vicios burgueses no pueden conducir a otra cosa.

PRIMER DOMINGO

II

Los altavoces sabotean un mitin

EL teatro de barrio donde va a celebrarse el mitin está en una calle amplia por donde corren los tranvías. Los cerveceros sacan a la acera su espuma en vidrio tallado. Junto a la esquina que se desdobra en una plazuela hay tres vendedores. Una vieja ofrece pastillas de jabón sobre una pequeña tabla colgada del cuello. El teatro se ha quedado más arriba, con la primera planta confundida entre los árboles. En la construcción de ese teatro trabajó solamente personal nuestro. «Ese crucero del primero piso —dice uno del Sindicato de la Construcción— lleva una viga de 32 que aguanta ocho mil hombres sin enterarse.» Una buena viga, hija de los altos hornos de Vizcaya, templada bajo los martinetes ágiles, educada en las manipulaciones de los compañeros de la metalurgia. Robusta de músculo, no se «enterará» de que se instalan sobre ella unos millares de trabajadores. El eco de los discursos y de las ovaciones llegará a su entraña y la hará vibrar de contento. Ya en los altos hornos oía hablar a los obreros este lenguaje, que es el suyo. No sabe la viga de intereses generales ni de democracia ni parlamentarismo. Todo su universo lo forman los comités de fábrica, los delegados de sección, las cotizaciones; sabe de escisionismo y de expansión de la base, de huelga de brazos caídos, de sabotaje y de boicot. La ayudan en el centro de la sala dos columnas ágiles y redondas que también hablan ese lenguaje. Y las altas vigas de la bóveda, las lámparas ocultas bajo la moldura, en cada repalmar, las puertas y el telón de acero, las butacas de madera, el foso hueco, la pauta de viguerío del segundo piso y los ventanales apaisados, más de barco que de catedral. Todos hablan lo mismo; el tornillo, la tuerca, la luz artificial y

el vidrio: máquina, taller, jornal, reivindicación, huelga, motín, ¿qué importa que los domingos por la tarde vaya el juez de instrucción a admirar las piernas de las muchachas del coro? Para el burgués aquello siempre será el teatro. Revista —rodillas y muslos—. Drama —tragedia hogareña a base del Código civil—. Comedia —amable adulterio entre holandas y palabras de hojaldre—. Para las vigas y las maderas, las columnas y los fustes, aquello es una coordinación de fuerzas que forman una bonita combinación parecida a la popa de un barco. ¿Que las lindas muchachas enseñan los muslos? ¿Y qué sería de esos pobres escenarios condenados a la estupidez teatral si de vez en cuando las lindas muchachas no se quitaran la falda para bailar? Madera, hierro y cristal hallan hoy en la mañana soleada su espíritu: el mitin. «¡Contra la represión! ¡Por la libertad de nuestros presos!» El teatro es feliz. Así ríe desde el balcónaje combado en vidrios azules.

Entre los grupos que pueblan la acera junto a las puertas abiertas, Progreso González dice que hoy va a ver a su gusto el teatro, cosa que no le había sido posible todavía. Lo dice recostado contra el quicio, rascando con una uña del pulgar una gota de cal seca que lleva en el pantalón. Luego se mete dos dedos en la boca y silba para decir adiós a un amigo que pasa en la plataforma de un tranvía. Los vendedores de periódicos obreros lanzan sus pregones como banderas desplegadas:

¡Solidaridad, Libertad y Tierra!

Progreso trabajaba en las obras de ese teatro y la policía fue un día a buscarnlo a la alta techumbre donde hacía remaches. Estuvo tres meses en la cárcel.

—¡Ah, sí! —interrumpe uno—. ¿Cuando se fugó el Cojo?

—No, después. Fue la última vez.

Al recobrar la libertad se dijo: «Voy a ver cómo quedó aquello y a recoger la herramienta». Muchos ladrillos había puesto. Conocía el frío de los altos remates del andamiaje. «Vamos a ver aquella primera planta de la viga 32 y la

rotonda, tan fantástica, del segundo piso.» Era un buen oficial y no poca parte de la obra había pasado por sus manos. Desde la cárcel se fue allá.

—¡Hola, paredes amigas, líneas valientes, curvas de hierro y vidrio! ¡Cómo canta la luz en el ojo redondo de un costado! ¡Con qué gracia cae esa flecha de cristal encendido desde la retejera!

Miraba y sonreía. A su lado, dos viejos parados ante los carteles comentaban con ojillos salaces la alineación de grupas y piernas. Rumiaban la rijosidad de los viejos días del internado religioso. Progreso les pidió una cerilla, se quedó con la mitad de la caja, les echó una bocanada de humo a las narices —¡es nada salir de la cárcel!—, levantó los ojos y avanzó. «Royal Paraninph.» No sabía que el empresario conociera tantos idiomas. Aquella tarde no había reunión. Tanto mejor. Entraría a dar un vistazo y a ver si por casualidad hallaba las herramientas.

El empresario merendaba en la cantina. Había que hablarle. Progreso no se quitaba la gorra y el otro no le quitaba de ella los ojos. La situación no era muy cómoda. ¿Cómo se le habla a un empresario en la cubierta de un barco anclado en plena calle de una ciudad castellana? Le expuso su deseo. El otro negaba con la cabeza entre trago y trago.

—Aquí no hay herramientas de nadie ni tiene usted nada que hacer.

—Es que yo trabajé en esta obra más de seis meses.

—Si trabajó le pagaron, y en paz.

El empresario señalaba la puerta. Progreso indicaba a su vez la escalera interior.

—Me voy por ahí. Cuando lo haya visto todo vendré a despedirme de usted. O me quedaré, si quiero. Esto —y señalaba las paredes, el techo, la tapicería— es más mío que suyo.

Comenzó a subir. El empresario quiso hablar. Tragó cerveza por mal camino y se puso a toser y a patalear. Luego

corrió al teléfono. ¿Cómo no habían puesto el de la Comisaría del distrito entre la lista de los urgentes? 92741. Es decir, 92417. Entre tanto, Progreso desaparecía en el recodo de la segunda planta.

Visitó despacio todo aquello. Comprobaba los ajustes de las vigas, la calidad de la madera; le gustó la tapicería, y aunque no pudo advertir la distribución de luz eléctrica, lo que se veía no estaba mal. Palpó la viga transversal, otra de 6,5 y acarició una columna y otra. Subió repartiendo vivaces ojeadas hasta la última fila de butacas del tercer piso. Después había una galería de cristales de más de quince metros, en curva. La luz de la flecha —luz malva, medular— tiznaba los vidrios. Miraba y sonreía desde su atalaya. Sentóse en un peldaño y acabó de fumar. Con la colilla sobre la alfombra quedó rubricada su obra. «Royal Paraninfo.» ¿Qué significarían esas dos palabras?

Cuando se disponía a bajar aparecieron por el comienzo de la gradería dos agentes de la brigada social. Al verlo se detuvieron con la mano en el bolsillo del gabán. También Progreso se detuvo. Conocía aquella actitud de los policías y su trascendencia.

—Baje usted —ordenaron. Progreso se hizo el tonto:
—¿Para qué? ¿Es que quieren ustedes hacer una película?
—Baje inmediatamente.

Progreso se llevó la mano al bolsillo donde no llevaba nada e insistió:

—Si quieren ustedes película, la hacemos. Por mí no hay inconveniente.

Por fin lo detuvieron. El comisario le reprimió. Acababa de salir de la cárcel y en lugar de ir a ver a su mujer, a sus hijos, como todo ciudadano honrado, volvía a ponerse en trance de perder la libertad. Progreso le argumentaba: «Mujer e hijos los tiene cualquiera. O los hace usted o se los regala el vecino». El trabajo vale más. Las obras de nuestro esfuerzo son nuestros auténticos hijos y los sentimientos hay que enfocarlos hacia la eficacia de la obra, no hacia la mujer

y el hijo y los cinco reales. Esto es limitado. Y además, es mentira. Progreso no decía todas estas cosas, pero las sentía bullir en la sangre.

Ahora reía entre los compañeros recordando el incidente. El Sol daba a la mañana su paz ritual. Los grupos se hacían mayores. Más de la mitad del teatro estaba ya ocupado. Samar llegaba con prisa, a grandes zancadas. Era de regular estatura, fuerte, desgarbado. Salieron voces de un corro llamándolo, los saludó y se puso a mirar los balcones de enfrente donde el Sol blanco de mayo prendía sus randas de encaje. Faltaba aún más de media hora para el comienzo del mitin. El mitin no era más que una pequeña diligencia —casi una cuestión de trámite— en la lucha incesante que los sindicatos sostenían contra lo humano y divino. Contra socialistas, republicanos, frailes y generales. Contra los tenores y los barítonos de la burguesía que actuaban «de temporada» en el Parlamento, contra las *vedettes* de la intelectualidad «de cámara». Contra todo. Contra sí mismos también, de vez en cuando. Samar veía aquello, un poco deslumbrado. ¿Qué buscaban aquellos hombres? ¿Qué querían? Se lo preguntaba todos los días y sin embargo estaba a su lado e iba con ellos lleno de fe ¿Adonde?

Llegaba Star García con mercancía nueva. Vendía rosetas de trapo rojo para los presos sociales. La piedad se hacía en ella estatua, se consagraba en mármol. Se acercó a Samar y le puso en la solapa un clavel natural. Seria, grave. Cuidaba mucho su seriedad, porque si una vez sonreía ya lo había dicho todo. Samar le dio dos pesetas. Antes le había preguntado, reticente, por Villacampa. Star encogió los hombros redondos, levantó las cejas y advirtió:

—¿Sabes lo que te digo? No me preguntes más por Villacampa.

Luego se fue hacia adentro. Sus piernas desnudas sobre el tosco calcetín de su padre eran las piernas bucólicas que aparecen en las tapas de laca de las tabaqueras. Entraba ella en el teatro y quedaba la ausencia hecha sombra bajo la

marquesina. También el grupo fue deshaciéndose en murmullos hacia el interior. En las calles próximas se alineaban los guardias de asalto. Dos compañeros trepaban, por la fachada instalando altavoces. Ya estaba la sala llena y los alrededores seguían poblándose de obreros. Un viejo casi ciego, con bigotes blancos de foca paseaba cantando a media voz la *Internacional* y llevando el ritmo con el bastón sobre las losas. Su fe en la revolución le sostenía la espina dorsal sobre los setenta años. Otros iban y venían ofreciendo folletos y revistas.

La fachada estaba cubierta en su tercio inferior de proclamas, carteles y convocatorias: CNT y FAI La CNT embanderaba el barco «Paraninph» y sus iniciales virilizaban el título intelectual que había perdido el «Royal» al proclamarse la República. Un poco más allá un templo lanzaba sus campanas sobre la indiferencia del barrio obrero. Pequeños industriales y comerciantes asomaban sobre las tiendas cerradas con el chaleco del domingo desabrochado. Aunque había paz y sosiego, el Sol tenía de pronto sobre la capota del automóvil, la muestra del dentista, la placa dorada de la comadrona, destellos azulencos y violáceos muy sospechosos. En todos los labios, palabras y rictus de protesta. Las iniciales volaban de un lado a otro: CNT y CN — que no es lo mismo — y FAI La revolución se alzaba sobre negaciones. ¡Apoliticismo! ¡No colaborar! ¡No votar! ¡No transigir!

¡Acción directa! Después de veinte minutos de cambiar apreciaciones y juicios, voces, periódicos, folletos, de exhibir insignias, gritos, saludos y carcajadas siempre acompañados de iniciales, resultaba ya no la CNT sino más bien la CFANIT. A las diez menos cinco el salón estaba atestado. En los vestíbulos y en la calle había tres mil o cuatro mil hombres sin poder entrar. Miraban esperanzados a los altavoces mientras cuadriculaban mentalmente el domingo en monedas de cobre. Las bocinas asomaban por la fachada y carraspeaban preparando sus gargantas para los discursos.

La calle se ensanchaba a medida que subía el Sol. ¿Y la justicia? ¿La de Dios? ¿La de la Constitución? ¿La de Progreso que hizo el «Paraninph»? La justicia no es un fin. Es una bandera.

Caía el Sol por la fachada y rebotaba en la acera, sobre el asfalto. Una mozuela de dieciséis años se asomaba al balcón y decía a dos mozalbete que iban con otra muchacha en dirección a la iglesia:

—Es la primera vez que voy a un baile. Me bañaré a media tarde y a las nueve podéis venir a buscarme.

La calle se convertía en alcoba nupcial. Se veía en la voz de la chiquilla el temblor de una subconsciencia que aguarda y desea la violación. Ante los obreros, la chica lanzaba la alusión a su desnudez y la mañana se coronaba con sus pechos erectos, sus brazos levantados y desnudos. Star, que había vuelto a salir, lanzó sus pregones desde la puerta, y era sobre el fondo en sombras tan vivo el rojo de su jersey y tan frutal su garganta que sintió de rechazo la fuerza de su presencia y casi corriendo se metió dentro.

—¡Folletos del comité pro presos! ¡*La traición de los social-fascistas* por veinte céntimos! ¡Insignias para el diario confederal!

Llevaba su mercancía sobre el pecho izquierdo, apenas acusado.

A veces descansaba sobre un pie u otro como si meciera a una muñeca. De pronto descubrió a Villacampa en una butaca. Con la mano unió al casco de su pelo un mechón suelto, se mordió el labio y miró a otro lado. Toda la sala estaba ocupada y ofrecía una marea de rostros y voces reposadas después de los días de labor. Ni impaciencia ni tedio. Star veía miradas amigas y rostros familiares. De pronto oyó voces airadas junto a una puerta. Un joven encañonaba a alguien con una pistola y le señalaba con la mano la salida. El otro, con los brazos en alto retrocedía espantado. Progreso llegó a grandes zancadas y obligó a su compañero a guardar la pistola. «Es un policía», advertían

aquí y allá. Progreso rogó al agente que se marchara. Éste protestaba:

—¡Me ha amenazado de muerte!

—¡Qué cosas tiene usted! No es posible, hombre —decía Progreso.

—Todos éstos lo pueden atestiguar.

Progreso preguntaba a su alrededor y todos negaban. Nadie había visto pistola alguna.

—¿Ve usted? Está excitado y cree ver armas y amenazas por todas partes. Váyase. Y diga a sus jefes que no toleramos a la policía en nuestras asambleas.

El incidente quedaba resuelto. La gente reía y se ponía a hablar de otra cosa. Star volvió a mirar a Villacampa. Estaba cerca de su padre. Tenía rasgos impertinentes, como ahora, al sacar un cuproníquel y llamarla con un gesto autoritario. Star se le acercó. Ante su traje nuevo, los ojos de Star se admiraron un instante. Los de Villacampa respondieron diciendo: «No creas que me visto así para enamorar a las chicas bobas». Ella le vendió un folleto y después le puso en la solapa un clavel natural. «Tenía dos —le advirtió— y el otro se lo he puesto a Samar.» Villacampa lo sabía ya porque lo había visto. Algo le halagaba y le dolía a un tiempo. Se levantó y buscó a Samar con la mirada. La sala, pautada en apretadas filas de gorras, sombreros y camisas blancas ocultaba a Samar nadie sabe dónde. Se sentó y volvió a mirar a Star que se alejaba por el pasillo central. Sus pregones se sucedían y la revolución se hacía tan infantil en ellos que a Leoncio le daba vergüenza llamarse anarquista. Caían de lo alto algunas voces llamando a un compañero o trozos de discusión doctrinal. Un tipo escuálido, muy amanerado, iba y venía con un fajo de revistas financieras bajo el brazo. Informaba a tres judíos de Amsterdam que jugaban contra la peseta y andaban siempre por los medios políticos o los proletarios husmeando el porvenir. Era más mezquino y menos gallardo que el espía de las guerras, pero con la misma inconsistencia de línea y gesto, con igual

indecisión en la mirada y en el paso. Aquel otro de la tercera fila de butacas, americano misterioso que se dice escritor y que tiene una linda traza de capataz de indios, lleno de dijes y sortijas, se acerca a nosotros con un terrible proyecto de doscientas cuartillas para destruir científicamente en una sola noche a la guardia civil. Lo llaman Al Capone y le va muy bien. Va buscando algo así como un consejo de administración capaz de realizar su proyecto. Ahora le compra a Star un ejemplar de cada impreso, la roseta roja de trapo y la insignia para el diario. De los pisos superiores comienzan a arrojar octavillas impresas. El manifiesto de la federación local. Star coge un fajo y los distribuye indiferente, ajena a todo. Brazos y manos se alzan y se agitan. El aire se caldea y la prosa del manifiesto lo satura del polen fecundo.

El escenario en penumbra se va poblando. Ya está el presidente en su puesto. Y periodistas —¿a qué vendrán?— que fingen en su mesa de trabajo del escenario una curiosidad de parque zoológico. De pronto alguien avanza y recomienda desde el proscenio que avisen a los camaradas que están en la calle para que ocupen los vestíbulos de los tres pisos y los pasillos laterales donde se están instalando amplificadores, porque los de la calle los prohíbe la autoridad. Rumores, protestas. Se congestiona el público en el local, arracimado en pasillos y puertas. Un camarada desconecta unos hilos y el mitin comienza con unas frases del presidente que cede enseguida la palabra al primer orador. Los altavoces de la calle han vuelto a carraspear y han dejado pasar frases sueltas: «El gobierno esclavo del capitalismo asesina a nuestros compañeros en la calle»... «El ministro de Gobernación, abusando de la autoridad que nosotros hemos puesto en su mano...» Alguien protesta. «No se puede afirmar eso. Damos armas a la oposición. La organización no pactó con los partidos burgueses.» Una ola de protestas hace callar al de la interrupción. Éste insiste: «¡Eso es oportunismo!» Otro contesta: «Bien ¿y qué?» Sigue

el altavoz: «Las vilezas de la reacción, siempre dispuesta a mantener sus privilegios, se acumulan sobre la vida del proletariado; llenan las cárceles, convierten los barcos en presidios flotantes, ametrallan a nuestros hermanos...» El altavoz sigue soltando frases como trallazos. Tres mil obreros que no han podido entrar se apiñan en la calle. El teniente que manda los guardias de asalto se atusa el bigote y echa miradas fulminantes sobre las altas bocinas. Envía emisarios: «He dicho que quiten los altavoces». Confusión. El electricista jura que los ha desconectado. Pero los altavoces siguen: «¡Toda esa podredumbre que representáis e imponéis, la barreremos nosotros! ¡Caerá por su propio peso la cabeza de la burguesía, como cayó la de la aristocracia feudal!» «¡A ver, que arranquen esos hilos!» Alguien los arranca. El altavoz de encima de la marquesina, los de la segunda planta, continúan impávidos. Es la voz del segundo orador que habla de la ley de fugas. Fue el primero que la sufrió en el año 1919. No pudieron rematarlo y ahí está erguido para acusar. Salen las palabras a borbotones, y algunas fulgen y brillan o se disparan al azul como cohetes. Traición, cobardía, miseria, crimen, pólvora, fusiles, revolución, FAI, CNT, FAI, CNT El altavoz ruge. El grupo de la calle se hace más denso y corta la circulación. Los tranvías suenan sus campanas impacientes y se alinean en largas colas. Un ¡Viva la Anarquía! es contestado por mil quinientas gargantas en la calle, por cinco mil hombres dentro abandonados a la embriaguez de las palabras. Toques de corneta. La masa humana sigue quieta y en silencio afronta a los guardias de asalto. El altavoz sigue: «¡Viva la CNT! ¡Muera la república!» Un cabo llega con órdenes. Acaba de hablar por teléfono con la Dirección y han dispuesto que sea suspendido el acto por desobedecer la orden que prohibía los altavoces en la calle. Siguen estáticos los guardias. Otro toque agudo del cornetín y el ataque comienza acompañado de gritos, cierres que caen, puertas que se cierran. Los tranvías se despueblan y sus ocupantes huyen aterrados. Una señora tropieza y cae

chillando: «¡Canallas! ¡Canallas!» Un obrero la levanta y pregunta:

—¿Quiénes son los canallas?

—Ustedes, los obreros.

El obrero ríe y advierte:

—No se apure, señora. Hasta las doce no comienzan las violaciones. El altavoz recoge la advertencia de un orador:

—¡La policía dispara en la calle!

Los altavoces sabotean el mitin. No hay instalación, no hay contacto eléctrico. Han ido arrancando los hilos en un trecho de más de tres metros. En buena ley no deberían hablar. Han nacido del amor al trabajo. Salieron de los obreros, de sus manos, como los vidrios y las vigas de la fachada, pero sabotean el mitin hablando por su cuenta. Recogen las palabras de los oradores y el fragor de la muchedumbre que sale por las tres puertas aullando. El primer avance de los guardias ha hecho retroceder a los grupos, pero ahora, al salir la multitud, se rehacen y avanzan. Los altavoces, con la sala vacía, siguen cumpliendo su misión provocadora. ¿No hay una bala para ese traidor? ¡Pim! ¡Pam! Salta hecho añicos el altavoz de la marquesina. Pero ahora gritan los otros y además la alarma de los disparos agrava la situación. Suena entre las voces, confusa y vacilante, *la Internacional*. Los grupos se parapetan tras los tranvías. Uno de éstos ha sido volcado con estrépito de cristales. La mitad de la multitud se ha replegado dentro del teatro. Desde una de sus ventanas se hacen disparos. La mañana madrileña se descompone en livideces. Un altavoz solitario allá arriba grita:

—¡Bárbaros! ¿Qué hacéis? ¿Y el espíritu? ¡Acordaos de los valores espirituales!

Habrá recogido una inducción del teléfono del Ateneo. Más guardias. Ahora, civiles. De los grupos salen más disparos contra los altavoces. La calle se puebla de gritos, rumores espasmódicos, detonaciones. ¿La revolución? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué más quisieran! La revolución no la provocarán los

altavoces a su placer. Los guardias civiles a caballo invaden la calle. Se apean, y disparan. Media hora de lucha. En la plaza próxima, las bocas del metro son reductos para los obreros que asoman y disparan. El altavoz carraspea un poco y grita:

—¡Los altos intereses del país radican en el orden social, en la paz!

Tiros a las ventanas, de las ventanas. Los altavoces saltan hechos añicos y callan ya. Corretean los caballos, uno resbala y cae arrancando chispas del suelo. Y tiros otra vez. Otro camión de fuerzas. Media hora más de lucha y las calles quedan despejadas y en silencio. Han quedado aplastados contra el pavimento tres obreros. Más de cincuenta van maniatados entre los caballos de los guardias. El cervecero de la esquina levanta a medias el cierre metálico y sigue taladrando el barril, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Esto es el caos. ¿De qué me sirve votar a los socialistas?

III

Autopsia de los camaradas Espartaco, Germinal y Progreso

LOS obreros que quedaron muertos en la calle eran Espartaco Alvarez, Germinal García y Progreso González. Tres nombres en fila son bien poca cosa. Tres obreros jóvenes y fuertes muertos sobre el adoquín municipal en la mañana del domingo ya son algo. Esos mismos hombres, media hora antes del mitin eran nada menos que signos de una nueva ley física en marcha. Espartaco pertenecía al Sindicato de Trabajadores de la Tierra. Germinal, al de Gas y Electricidad. Progreso, al de la Construcción. Cuando los recogieron estaban en posiciones distintas. Espartaco había caído de bruces y se rompió los dientes contra el empedrado. Allí quedó besando su propia sangre. Germinal, boca arriba junto a un árbol, colgada la cabeza sobre la cava del riego. Progreso no murió instantáneamente. Se fue arrastrando con el pecho en tierra, firmando con el corazón sobre el asfalto de la acera. Murió camino del Equipo Quirúrgico. Luego fue llevado al depósito, junto a sus compañeros, y el forense emitió dictamen: «Espartaco Alvarez, de cuarenta y dos años, presenta dos heridas de arma de fuego en la región temporal derecha, con salida de masa encefálica y fractura, mortales de necesidad». «Germinal García, de cincuenta años, herida de bala en el vientre, sin orificio de salida, otra mortal en la ingle con sección de la femoral y contusiones en diferentes partes del cuerpo.» «Progreso González, de treinta y cinco años, tres heridas de arma de fuego que le interesan el cuarto espacio intercostal derecho, el hígado y el frontal respectivamente. Todas con orificio de salida. La de la cabeza, mortal de necesidad.»

Era necesario que el médico forense dijera que habían muerto, y ahí está. La diligencia de autopsia no decía el

calibre de las balas ni si los disparos habían sido hechos con arma corta o larga. Quedaba en el aire ese dato para que los periódicos pudieran sentar la duda de que las víctimas cayeron bajo las balas de las pistolas proletarias en la confusión del momento. En los instantes de duda, ellos afirman e imponen su verdad. En los momentos de evidencia enturban el aire y crean la duda.

Pero es poco una autopsia. Nada dice de los camaradas Espartaco, Germinal y Progreso, de su verdadera personalidad. ¿Quiénes eran? ¿No interesa a ustedes, señores lectores, la personalidad de tres cadáveres? De todas formas se puede revelar con pocas palabras. Los hombres que mueren por una idea suelen tener poco que contar. Si fueran de esos que de vez en cuando gritan en la tertulia «se me ocurre una idea», para proponer luego ir al cine o a merendar, y se subordinan a esa «idea» y llegan a morir de reuma por ella si es preciso, si se tratara de estos «mártires», entonces se podrían contar muchas cosas divertidas. Pero de Progreso, Espartaco y Germinal ¿qué vamos a decir?

¿Cómo van ustedes a comprender lo que podamos decir de tres obreros sin ortografía, que durante el tiempo que les dejaba libre el trabajo soñaban con una sociedad más justa, edificada sobre realidades vivas y no sobre mentiras moralizantes?

Espartaco era campesino y vivía en Tetuán de las Victorias, hacia los desmontes de Fuencarral.

¿Campesino? Es decir, «más bien —como él aclaraba— cazador furtivo». Vivía de la caza en las posesiones del ex rey, que seguían siendo coto cerrado con la república. Entre los vagabundos y los basureros, sus convecinos, la casa de Espartaco era casi un palacio y constituía desde luego para los demás una aspiración de bienestar. A la una de la madrugada se levantaba todo el año, daba un beso a su compañera y a su hijo, cogía el «bicho» —el hurón— y unas cuerdas, y se iba al Pardo. Cazaba tres o cuatro conejos y

dos faisanes, los vendía a las seis de la mañana en un mercado, y a las ocho ya estaba de regreso en su casa con diez o doce pesetas. Cubría el presupuesto familiar con holgura y aun le quedaba algo para sus gastos de militante. Sellos del comité pro presos, cotización en el sindicato, solidaridad con los perseguidos, cuota de la federación de grupos. A veces cazó también un jabalí o un venado.

Su compañera lo admiraba. Nunca se oían en el hogar voces destempladas ni disputas. El secreto de Espartaco para mantener la paz familiar era lo que él llamaba —lo había leído en un folleto— la influencia moral. Se portaba bien, y al lado de su conducta una discrepancia resultaba monstruosa y criminal. Eran felices sin sentimentalismo. Ella le preguntaba a veces si la quería, y Espartaco la dejaba helada con la mirada mientras decía lentamente:

—¿No me ves que vivo contigo?

Al principio, en los primeros meses de vida en común. Espartaco no era «campesino» sino jugador de naipes. Salía todas las noches a jugar. Espartaco «no tenía seguras las ideas». En cuanto advertía malicia en algún jugador, se daba a hacer trampas. Ya en ese camino era sabido que todo el dinero iría a parar a su bolsillo. Pero aquello era peligroso, y su compañera sufría y se desvelaba en casa. «Un día estaba jugando como siempre —explicaba Espartaco a los amigos— y me representé a mi compañera sentada en la cama y llorando. Lo dejé todo y me fui a casa.» Ya no volvió a jugar más. Dejó aquel fácil y lucrativo oficio por el de «campesino». ¡Lo que tuvo que argumentar para relacionar sus tareas de cazador furtivo con las del labriego y tener cabida en el Sindicato! Pero era un gran militante y nadie dudó de su aptitud para el trabajo del campo, ya que socavaba el yermo para dar con las madrigueras.

Había aprendido a leer a los treinta años, por su cuenta. No había llegado a comprender los problemas de la producción capitalista, la racionalización, ni la superproducción y el paro forzoso. No quería complicar la

limpieza y sencillez de sus conceptos sobre la revolución con una doctrina que se le hacía sospechosa de intelectualidad. Tenía un odio en su vida: los «comunistas del partido». Su científicismo le resultaba inaguantable y solía decir de ellos que entre todos no eran capaces de resistir media hora de controversia con él. Tenía razón, porque lo que más lo soliviantaba era ver en el adversario sus mismos argumentos explotados con mala fe o egoísmo o vanidad personal de «líder» y eso creía verlo enseguida en los comunistas. Cuando las cosas llegaban a esta situación Espartaco callaba, cerraba el ojo izquierdo y advertía lentamente:

—El camarada Espartaco dice que le está bailando el «cacharro» en el bolsillo.

El cacharro era de calibre 6,35. El «camarada Espartaco» no era sin embargo un energúmeno. Jamás hubiera llegado al homicidio por arrebato o ceguera. Odiaba a los comunistas «del partido» hacía mucho tiempo, pero su odio se afianzó un día que vio a un señorito con la hoz y el martillo bordados en seda sobre la camisa. Con la burguesía disfrazada de radicalismos hubiera sido implacable. En la lucha, durante las huelgas revolucionarias o las de carácter económico de difícil solución actuaba en el sabotaje con seguridad y decisión. Allí donde hacía falta una mano audaz aparecía él. Realizaba lo que se le pedía sin comentarios, sin vana jactancia y sin preguntas inútiles. En su casa era el mismo. Nunca faltaba una oportunidad para trabajar por la causa. Del tiempo que le quedaba libre sabía disponer leyendo y completando la educación del chico que volvía de la escuela con demasiadas tonterías en la cabeza. Ya el muchacho ejercitaba su sentido crítico bastante bien:

—Me han dicho —le explicaba al padre— que el ejército es para defender la patria.

Y soltaba a reír. Espartaco reía también y le preguntaba:

—¿Tú qué hubieras contestado?

—Que el ejército y la idea de patria son para tenernos más esclavizados.

Ahora Espartaco no reía tan fuerte. Sonreía apenas sobre la losa del depósito judicial y era sólo un poco de calcio, de fósforo, de humores en libertad.

Progreso González era otro carácter muy distinto. Ya lo hemos entrevistado con motivo de su incidente en el vestíbulo del «Paraninph». Locuaz, risueño y optimista. Tan seguro de sí mismo —de poseer la lógica infalible— que su odio contra el capitalismo se convertía a veces en desdén altivo y en compasión. Esto no era obstáculo para que militara con ardor y fe. Miraba y reía, andaba y dormía en comunista libertario. Estaba saturado de ideología hasta convertirla no sólo en conducta personal sino en física y química orgánica. Era natural que en la actuación dentro de los sindicatos no chocara con nadie. Siempre se les dejaba paso a sus argumentos. Se daba en su caso el hecho de la revolución ya triunfante, después del proceso que comenzó con los odios de la adolescencia y siguió con la educación sindical. A través de la cultura social constructiva y de la fe confirmada y acrisolada al mismo tiempo en la doctrina y en la práctica, se encontraba con la sensibilidad formada en hombre del mañana, de un tiempo sin injusticia. Así resultaba que no podía odiar al burgués con aquel odio reconcentrado y agresivo de sus compañeros. Cuando se encontraba, en la lucha, con que la sociedad seguía mal organizada se quedaba muy sorprendido: «¿Pero es posible que no lo comprendan? ¡Ah, si yo pudiera hablarles un día a los ministros!»

Las pocas veces que fue a la Dirección de Seguridad a pedir en comisión la reapertura de los sindicatos o la revocación de la orden de suspensión contra un periódico, intentó convencer al jefe de policía. Ya no lo incluían en esas comisiones por tal razón. «¡Oh! —solía decir desesperado—, si las ideas son tan hermosas y tan fáciles de comprender!» Pero el gobierno en pleno, que mandaba que lo mataran en la calle, ignoraba el espíritu protector con que Progreso González hablaba. «Al mismo gobierno le conviene. Así los ministros vivirán tranquilos, se evitarán esto de que un día

tengamos que matarlos.» Porque eso sí. Actos aislados de terror no los realizaría nunca, pero en un vasto plan revolucionario se hubiera reservado —y se reservaba ya— la parte más difícil y cruenta. Esto lo preocupaba. Cavilaba sobre esos impulsos, y hablando con Leoncio un día, resolvió la incógnita y se quedó tranquilo: "Yo sería sanguinario hasta que se viera que la burguesía iba de *vencida*. Entonces, toda mi furia se convertiría en propaganda y labor constructiva. No había saña en él y era incomprensible, porque había pasado dos años en una celda con una cadena al pie que le impedía andar más de dos pasos y había visto a compañeros sentenciados sin pruebas a cadena perpetua y encerrados en calabozos oscuros, con una cadena también al tobillo, pero empotrada en la pared a la altura del pecho y sin llegar al suelo, por lo que el recluso tenía que estar día y noche con la pierna doblada en el aire y dormir de pie. No sentía la necesidad de vengarse, porque al día siguiente de la revolución consideraría innecesaria la crueldad con los vencidos, y para él era ya *día siguiente*, desde el momento que la revolución estaba hecha en su conciencia. Progreso, también en la vía de lo inerte, había tropezado con el monstruo sin tiempo para hablarle las palabras persuasorias. El monstruo, al que no odiaba porque lo veía lejos y fuera de sus afanes, lo destruyó.

En cuanto a Germinal, era un buen operario fumista. Arreglaba tuberías y ponía cristales. Cobraba un regular jornal y vivía con su madre y su hija. La compañera se le murió hacía años y no la había sustituido porque para lo sexual nunca le faltaba el calor de unas faldas, y en lo sentimental y afectivo tenía a su madre y a su hija Star. Su casa era de las últimas de una barriada obrera situada al Norte, por donde la brigada social tenía siempre que hacer atrasado. Era una casa de ladrillos, de un solo piso, con las ventanas verdes. La puerta estaba abierta, día y noche. Germinal no creía en los ladrones ni en los duendes. Si llegaba a las tres de la mañana un compañero, buscaba

donde acostarse, se tumbaba y al día siguiente se iba después de compartir el suculento desayuno de Germinal. Era lo mismo que se conocieran o que no se hubieran visto nunca. Germinal nada preguntaba. Su madre servía recelosa al desconocido hasta que veía en la mirada de Germinal alguna simpatía por él. Cuando esto sucedía ya iba y venía más desenvuelta y al hablarle le llamaba también «hijo». Después, si iba la policía a preguntar, ya se las arreglaba la abuela para contarle un cuento rociado de juicios propios sobre la vileza de las funciones policíacas. Había agentes que temían más a sus iras que a las de sus superiores, porque de aquella cabeza pacífica y encanecida salían los insultos más soeces, las palabras más duras. Aun después de acabada la gresca, cuando los agentes se batían en retirada, salía a la puerta y chascaba la lengua haciendo ademán de coger una piedra. Esto tiene su explicación. En la barriada nunca se decía «un agente», sino un «perro». Ellos lo sabían, y si por casualidad la actitud de la vieja trascendía a las casas vecinas no faltaba coro. Por balcones y ventanas asomaban rostros femeninos que se unían al escándalo. Unas ladraban, otras chascaban también la lengua y gritaban: «iTuso!» La viejecita, la tía Isabela, se envalentonaba mucho entonces y gritaba poniéndose en jarras:

—¡A hacer puñetas! ¡Que os den morcilla a todos!

En esa casa de ladrillo rosáceo vivían Germinal, la tía Isabela y su hija Star. Había alguien más. Un gato y un gallo. El gato se llamaba Makno y era de la abuela. El gallo no tenía nombre y era de Star. El gallo y el gato reñían a menudo porque el primero se aburría y buscaba con quién jugar. El gato, que era voluptuoso y regalón, creía que iba en serio y sacaba las uñas. Luego tenía que intervenir la familia. La tía Isabela se llevaba en brazos al felino y la pequeña al gallo, cuya defensa hacía contestando a las reprimendas de la abuela:

—Lo hace por jugar.

Star castigaba al gallo y éste, sintiéndose humillado,

cacareaba a cada golpe y le buscaba la mano con el pico. Era un gallo provocador, al que temían los perros y los niños de la calle, porque cuando dejaba caer un ala y andaba de costado ya había perdido el control y se lanzaba lo mismo sobre las piernas desnudas de los chicos que sobre los hocicos de los perros, mientras éstos no fueran verdaderos y auténticos perros-lobos, que eran los únicos a quienes respetaba. El gallo dormía en un pequeño cobertizo junto a la casa. No había gallinas. En realidad eran suyas todas las del barrio sin necesidad de reñir expresamente con los otros gallos, porque ya se cuidaban ellas de acercársele sin comprometer a nadie.

Star, Germinal, la tía Isabel, la casa rojiza, el gato y el gallo. De ese núcleo se desprendía Germinal con el cuerpo abierto a balazos. ¿Dónde estaría? Un grupo de vecinos invadiría la casa y la tía Isabel se aguantaría las palabras malsonantes porque habiendo un cadáver por medio y siendo éste el de su hijo la ira se resolvería en desesperación. Leoncio iría allá arriba, pero ¿para qué? Después de cada batalla no era caso de ir a dar el pésame a la familia de las víctimas. A Leoncio le preocupaban, más que la muerte de Germinal, su mirada y sus palabras últimas. Salían atropelladamente del teatro. Fuera disparaba la guardia civil. Casi tropezaron con el cuerpo sangrante de Germinal. Star quería acercársele y las masas la empujaban y se la llevaban en vilo. Germinal gritaba a los que intentaban recogerlo:

«¡Dejadme a mí, que esto es cosa perdida! Buscad a la pequeña». Cuando vio que Lucas Samar se arrodillaba y llamaba a otros para llevárselo se incorporó, los rechazó y volvió a gritar: «¡La pequeña! ¡La pequeña!» Lucas creyó que la habían herido también; buscó a su alrededor. Las descargas seguían. Star apareció por fin y Lucas la cogió en volandas y se la llevó. Germinal sonrió al verlos y descansó la cabeza sobre el brazo. Cuando minutos después lo recogieron, había muerto.

Leoncio Villacampa se acordaba más de ese detalle de

Star que de la misma muerte de Germinal. Ya se sabe que en las batallas hay muertos. Pero de todas formas quería ir a ver a Germinal, indagar lo que quiso decir con la última mirada (ver si ésta había quedado cuajada sobre la piedra del depósito judicial) respecto del porvenir de la pequeña Star. Quería también averiguar si eran más las víctimas aparte de las tres conocidas, porque los rumores señalaban la ausencia de dos compañeros de Gas y Electricidad. El ir y venir de los obreros por las secretarías de los sindicatos en aquella colmena rumorosa y alarmada y las palabras sueltas que se oían señalaban la seguridad de la huelga general. Leoncio se levantó y comenzó a andar hacia la calle. Saludó a los compañeros, leyó algunas convocatorias de las que cubrían las paredes del vestíbulo, y fue bajando. La luz comenzaba a ser la luz grisácea del cemento de la ciudad sin Sol. Cogió un tranvía en marcha. Progreso, Espartaco, Germinal. Un viejo de barba blanca agitaba en la plataforma el bastón y en vano quería discutir con el conductor. Éste compartía su misma opinión y el viejo se irritaba. El tranvía subió forcejeando en las esquinas, asomó a una amplia avenida y se perdió sonando la campana. Huía por detrás de las casas un nimbo dorado de estío. Leoncio iba al depósito judicial. Cuando llegó a las tapias del hospital civil, ya lucían las primeras lámparas sobre el cristal opaco del anochecer. El barrio, solitario y triste, se animaba de pronto alrededor de aquel caserón, y estaban el bar «Puerto Príncipe», la taberna del «Mico», dos pastelerías, y una parada de taxis junto a un café que hacía esquina. La ciudad se volcaba en las tabernas y los bares. Dentro de una hora saldría el público de los cines y teatros y se produciría el reflujo de la población hacia las afueras. Leoncio veía aquello y sonreía: «Estúpidos. Mañana os vais a divertir». No podía tolerar aquella indiferencia mientras Espartaco, Progreso y Germinal yacían asomados al vacío sin nombre. «Estúpidos. ¿Qué diréis mañana?» Al día siguiente la huelga general los sorprendería a todos. «¿Por qué nos dejan sin periódicos, sin tranvías, sin pan, sin

espectáculos? ¿Qué ha sucedido?» Cada ciudadano reaccionaría a su manera. ¿Es delito ver una sesión de cine? ¿Está mal emborracharse con whisky? ¿Llevarse la novia al campo es causa bastante para que lo dejen a uno al día siguiente sin los elementos indispensables de vida? Nadie había hecho nada. Nadie tenía la culpa. Leoncio sonreía, subiendo las escaleras de un pabellón: «Estúpidos». Ya arriba se detuvo. Respiró hondo y miró hacia atrás. En el patizuelo desierto había un árbol enano mal acomodado entre las losas de piedra. El muro quedaba a la altura de sus pies. Detrás, la ciudad señalaba con halos rojizos los lugares más iluminados. El hortera Leoncio Villacampa, con la corbata roja de los domingos, hinchó su pecho y gritó: «¿No sabéis que esta mañana matasteis a tres compañeros nuestros? ¡Has sido tú, el comerciante, y tú, el cura, y usted, señor juez, y usted, damisela de mierda! Pero eso se paga. ¡Lo vais a pagar mañana!» Había que atravesar un vestíbulo, recorrer un pasillo haciendo caso omiso de las puertas y las escaleras. Después de discutir con unos guardias y convencer a dos agentes de que era familiar de las víctimas volvió a salir del pabellón por el lado opuesto y comenzó a bajar unas escaleras análogas a las anteriores. Otro patizuelo. El depósito estaba en el pabellón de enfrente, en unos sótanos. El patio enlosado tenía color plomizo oscuro. Por encima de la silueta negra de las tapias y la pizarra del tejado el cielo era azul claro y había dos estrellas sobre un grupo de chimeneas. Junto a una tapia, recostados de espaldas en el muro, estaban, Samar y Star García. Leoncio no pudo evitar la primera impresión de disgusto. Star se condolería como hija del mártir y él tendría que buscar palabras y decirle quizás aquello de «te acompañó en el sentimiento», frase difícil, que no había dicho nunca. Pero no dijo nada. Enseguida vio que Star seguía como siempre, como si nada fuera con ella. Al llegar él, Samar pasó un brazo por la espalda de Star y la atrajo paternalmente. Leoncio vio que aquel gesto tenía mucha elocuencia y se quedó un rato callado. Lucas Samar

preguntaba con la mirada y Villacampa no tuvo más remedio que contestar, aunque dirigiéndose a Star:

—Mañana hay huelga general.

La pequeña se alegraba. Habiendo muerto su padre era necesario que todo el mundo se alzara contra los culpables. Lucas la soltó, frunció el ceño.

—¿Huelga general?

Leoncio miraba por una ventana el interior del depósito. Star aclaraba con indiferencia:

—Les han hecho la autopsia.

El periodista repetía:

—¿Huelga general?

Una huelga general en aquellos momentos podía serlo todo. Precipitaría otros hechos, sacudiría la rebeldía latente en todo el país. Era la sublevación. Podía serlo todo. Pero podía ser también un fracaso funesto. Acudió a la ventana y se acodó en ella de espaldas, mirando hacia adentro. Star también. Quedaban los tres en silencio. Tres mesas alineadas con los cuerpos de Progreso, Espartaco y Germinal, cubiertos con sábanas. Dos empleadas entraban y salían con cubos. Leoncio pensaba: «¿Es posible que todo acabe en eso, en nada?» Pero no lo dijo porque suponía que a Lucas se le ocurrirían al mismo tiempo cosas más hondas. Efectivamente, éste no tardó en decir:

—La muerte no existe. Germinal, Espartaco y Progreso siguen en la rebeldía de los demás.

—¿Que no existe la muerte? —dudaba Leoncio.

El periodista lió un cigarrillo para contrarrestar el fuerte olor a fenol. Añadió:

—No. Si pudieran hablar estos camaradas, verías cómo se pondrían a discutir sobre la conveniencia de la huelga general, sin acordarse del incidente de su muerte, que tendría mucha menos importancia que cualquiera otro de su vida. La muerte que viene de fuera —un tiro, dos voces, sangre y pérdida de la conciencia— no es más que un pequeño incidente al margen de nuestra voluntad. Lo malo

es la muerte elaborada dentro de nosotros: el fracaso.

A Star se le iluminaron los ojos:

—Es verdad. Mi padre no podía morir. Mi padre no ha muerto.

Luego añadió de pronto con expresión impertinente:

—Vamos. Huele mal.

Se retiraron y pasearon por el patizuelo.

Los médicos habían hecho la autopsia, abriendo el cráneo a Progreso y a Espartaco que tenían heridas en la cabeza. Encontraron sangre roja y venas azules. En el cerebro no había ninguna de las toxinas frecuentes en los enamorados, en los suicidas, en los perturbados. Eran cerebros limpios. Como única anormalidad, una borrachera de porvenir. Un médico con alguna dote de observación pudo haber hecho una relación curiosa porque no era frecuente encontrar cabezas sin temor ni esperanza metafísicos. Vísceras, y vísceras saturadas de fe fisiológica, de audacia y de generosidad.

¿Ambición? ¿Ansias de lo que ha de llegar? ¿Impaciencias? ¡Bah! Fe visceral. Fe que se basta a sí misma. La audacia y la generosidad sólo se producen francamente en esos casos de fe en sí mismo, en su propia fe. Y cuando hay la seguridad de la fe en la propia fe, ¿qué vale la ambición material y la esperanza, el recuerdo y la ilusión, esas cosas merced a las cuales la sugestión de la muerte es negra y turbadora y produce en los débiles la conciencia de morir? Fe, pero no metafísica ni intelectual, sino visceral. Fe de la roca y del árbol.

Paseaban en silencio. Star García se volvió de pronto a Leoncio:

—A pesar de todo, mi padre ha muerto.

—Sí. Ha muerto por la causa —respondió Villacampa.

Star increpó al periodista:

—Tú me engañabas. Mi padre ha muerto.

Lucas insistía:

—La muerte no existe. Yo no te engañaba.

Villacampa intervenía con obstinación:

—Di que sí, Star.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes tú de la muerte? — preguntaba Samar.

El «hortera» replicaba con energía. Star miraba al uno y al otro. Samar añadía:

—La muerte no existe, pequeña.

—¿Y eso? ¿Y eso? —gritaba Villacampa señalando la ventana del depósito.

Star temblaba. Se llevaba el puño cerrado a la cara y lo paseaba por la barbilla, mordiéndose a veces un dedo. Ahora afirmaba dudando:

—Mi padre ha muerto, Samar. Es inútil que digas que no.

Samar renunció a nuevas explicaciones. Vio que Star pugnaba por reprimir las lágrimas, y dijo secamente:

—Bueno. Vamonos.

La pequeña cogió a Villacampa del brazo.

—No. Yo me quedo aquí.

Temblaba. Lucas, de mal talante, la cogió del otro brazo:

—A casa. Aquí no tienes nada que hacer. Vamonos. Ahí está tu padre. Ha muerto. Tienes razón. Lo han asesinado. Ya no lo oirás hablar nunca, ya no te besará al acostarse ni te comprará dulces los domingos. —Star se deshacía en llanto —. Tiene el cuerpo destrozado por las balas y el cráneo abierto. Te has quedado sola en el mundo. Eres la más desgraciada de las mujeres. Llora, llora —Star amenazaba diluirse en lágrimas y Lucas seguía—; pero con tus lágrimas lo que haces es matarlo dos veces, porque al sentirte fracasada, matas lo que en ti hay de él, de tu padre.

Star reaccionó con gran dificultad. Quiso hablar. Los ojos le brillaban y miraban muy fijos y muy lejos. Aquella estatuilla fría e inexpresiva adquiría de pronto una furia salvaje y una expresión de odio concentrado.

—Vamos adentro.

Entró en el depósito, se acercó a una mesa y destapó el rostro de una de las víctimas. Los dos la seguían,

extrañados. Ella miraba la bombilla polvorienta del techo, con un aire alucinado: «iPadre, padre! —balbuceaba—. No has muerto, no.» El periodista siguió:

—No has muerto. Duermes en la armonía de mañana.

Star repetía: «Duermes en la armonía de mañana.» Iba a besarlo, pero el periodista lo impidió retirándola suavemente. Ella necesitaba acercarse al calor vital de alguien y fundirlo con su propia desesperación. Abrazó al periodista y mojó con sus lágrimas también el rostro de Leoncio. Lucas había perdido la serenidad, pero se sobrepuso y salieron de allí los tres. Ya fuera detuvo un taxi y subieron. Iban en silencio. Star no lloraba ya, pero de vez en cuando respiraba muy hondo. Cerca de su casa se alarmó de pronto y pidió al conductor que parara. No se explicaban el motivo. Ella declaró:

—Antes podríamos ir un momento ahí al lado —señaló una callejuela— a comprar maíz para el gallo. Como va a haber huelga general necesito alimentos de reserva.

IV

Habla la compañera de oficios varios Star García, que se ha quedado sola en el mundo

ESTOY en casa. Mi abuela se ha ido al hospital a velar a mi padre. No la dejan estar dentro pero no importa, porque para lo que ella quiere lo mismo le da mientras vea las paredes del hospital. Si no las viera creería que sus rezos iban a beneficiar a un prestamista o a un guardia. Las vecinas han venido a buscarme para que duerma en sus casas, como si yo no tuviera cama en la mía. Me he quedado aquí porque me gusta comenzar a pensar que al desaparecer mi padre me he quedado sola en el mundo. Las vecinas me decían que tendría miedo y lo tendría si no estuviera conmigo el gallo, que anda por el cuarto desvelado. Como es tan listo sabe que sucede algo en la casa, aunque yo no se lo he dicho. «Ven aquí y escucha. ¿No sabes que han matado a mi padre? Tú creerás que eso es poca cosa mientras yo siga trayéndote el maíz. Pero lo cierto es que me he quedado sin padre ni madre y que tengo catorce años y que las vecinas me compadecen. Estoy sola. Mi abuela no representa nada, porque como se va del mundo y yo estoy viniendo, y es vieja y arrugada mientras yo soy joven y guapa, no hace más que reñirme. He llorado, puede que llore más todavía y tú tan fresco. Pero no. Es la última vez que lloro en mi vida. Estoy sola y en estas circunstancias una muchacha no puede llorar. Menos aún una chica anarquista. Yo soy anarquista como tú y como mi padre. Trabajo en la fábrica de lámparas y gano diecisiete pesetas semanales, un jornal casi de oficiala, con el que tendremos que alimentarnos Makno, tú, la abuela y yo. Tú con maíz, el gato con cordilla, y la abuela y yo con patatas. A veces la cordilla y el maíz son tan caros como las patatas, pero como vosotros tenéis un estómago más

pequeño, os hartáis antes. Tiene gracia eso de que pase afanes y angustias para que vosotros os dediquéis a cantar, a mayar y a presumir por el barrio.»

El gallo deja caer un ala hasta el piso y avanza de medio lado, pero basta que yo dé una patada en el suelo para que se tranquilice. Volvemos a hablar. Ahora que estamos solos para siempre tenemos mucho que hablar. «Oye, chico. Voy a decirte una cosa muy importante. Espera, a ver si estamos verdaderamente solos. Óyeme, Mi padre ha muerto porque su misión era morir y la de la guardia civil matarlo. Yo no soy de los que ahora se tiran de los pelos, desesperados. Y eso que era mi padre y que lo quería tanto como a ti. Ha muerto porque ha hecho en la vida lo que tenía que hacer y ha muerto como muere un revolucionario. Yo hasta hoy era la hija de Germinal. Ahora soy Star García, del Sindicato de Oficios Varios. ¿Comprendes? Las gentes dicen que nací en 1918, pero yo no me acuerdo. Me parece que he nacido hoy. Con el dinero del sábado me compraré el primer par de medias y *Libertad y Tierra* vendrá con mi nombre en la faja. ¿Te parece poco importante esto? Pero aunque yo te tenga cierto respeto recordando que mi padre te admiraba como más anarquista que él, no te permitiré que te duermas. Estoy sola, soy yo. He nacido hoy y voy subiendo por la vida que es hermosa en una sociedad que mí padre llamaba criminal, pero que a mí me parece tonta y simple. Las vecinas dicen que me regalan los lutos. ¡Qué tontería, vestirse de negro ahora que puedo comprarme medias! También me decían las vecinas que tengo una edad muy peligrosa para haberme quedado sola y que me puedo malestar. Pero lo decía la tía Cleta, que es viuda de militar y cree que lo que ocurre entre ellas ocurre entre nosotras. Yo le he preguntado qué quería decir con eso de “malearse” y si pensaba que en mí había madera de maldad. Entonces ha sonreído con misterio y me ha besado. ¿Qué les habrá ocurrido a esas gentes en su vida para que al final besen a una de esa manera? Porque eso sí que es maldad. En cuanto a lo otro, yo no he tenido nunca

tiempo para pensarlo.»

Bien veo que me gustan ya los hombres. Algunos, claro está. Y tienen que ser compañeros, porque los otros me resultan así como los frailes. Pero yo no quiero tener hijos hasta que hayamos hecho la revolución, y por lo tanto... A veces, ante un hombre guapo, pienso si me gustaría besarlo en la boca y casi siempre me da asco.

El gallo cacarea y bajando otra vez el ala se alza sobre las patas amenazando mis piernas. Nunca se ha puesto tan furioso. Me levanto y corro, pero él se interpone y me obliga a huir a un rincón. Entonces agarro un listón que hay contra la pared y lo amenazo. Se resigna de mal humor y me siento, con el listón cerca. El gallo comienza a cacarear y a querer marcharse. Bueno. ¿En qué íbamos? «Hay sólo dos hombres a quienes pienso que podría besar sin asco, aunque luego me limpiaría la boca.» El gallo amenaza cacareando y le doy dos azotes. «No diré los nombres. Si los dijera tendría más importancia el haberlo pensado, y lo cierto es que no tiene ninguna.»

¿Y el gato? Se oye ruido en el tejado y debe ser él. Ni siquiera en una noche como ésta se queda en casa. Hemos tenido siempre unos gatos bastante sinvergüenzas. Nunca dijo padre que el gato fuera anarquista, y si le puso a éste Makno fue cuando era muy pequeño y no sabía aún sus mañas. Yo creo que el gato es comunista autoritario, pero yo no le tengo manía como padre, y me parece que en una época de lucha contra el capitalismo, como la que vivimos, debemos ir juntos todos: el gallo, el gato y yo. En eso de las ideas yo creo que es más el carácter del individuo que las mismas ideas, y en los hombres a mí me gusta más el carácter comunista que el anarquista. Samar no es anarquista y si está con nosotros es porque tiene más fe en la organización y en la valentía revolucionaria de los individuos. A mí no me la da. Villacampa es anarquista. Tiene la cara quieta y los ojos tranquilos y habla un poco por demás. Ésos son anarquistas, mientras que los comunistas

siempre parece que tienen prisa y miran de reojo y a veces no saben qué hacer con las manos. Samar me ha dado una nota diciendo lo que tengo que hacer esta noche con los papeles y algunas otras cosas de mi padre. Me la ha dado en un sobre y yo la he guardado dentro del jersey. Vamos a ver lo que dice para hacerlo enseguida, no venga la policía a registrar. ¡Qué nota más larga! ¿Pero qué es esto? «Nena mía de mi alma: Perdóname. Hasta ahora —las siete— no he podido escribirte» Una carta a la novia. Se ha confundido y yo voy a enterarme hasta el final para ver cómo son las cartas de amor. El papel es muy elegante y la letra menuda. «Te escribiré poco, pero tú sabes que te quiero. Te quiero desesperadamente. Tengo un hambre infinita de tus brazos y de tus labios. Quiero darte una vida que ignoras y llenarla de luz y de paz. Pero en el torbellino de mi vida este cariño me desconcierta. Yo quería para ti toda la quietud y todo el reposo que mi alma tiene cuando se abandona y piensa en nuestro cariño. ¿Podré algún día dártelos? ¡Esa paz y ese reposo que me huyen!... Estoy riéndome, a pesar de todo, pensando que esas interrogaciones, esos signos de admiración y sobre todo esos puntos suspensivos te disgustan porque ocupan espacio en la carta. Me río con un poco de la felicidad que tú me guardas, que tú me darás. Si supieras con qué impaciencia veo pasar los días que faltan. ¡Qué ganas terribles de llegar! Pero a veces la vida, las cosas, parece que me alejan. La vida es estúpida, pero nuestro cariño nos salvará, porque un beso tuyo será el secreto fecundador de universos y vidas y alegrías nuevas que ya conozco, mi pequeña, a medias, a través de tus ojos bonitos, pero que el día en que seas mía me convertirán en un dios. Esa aspiración a la divinidad que hay en todas las religiones, yo la realizaré con esta religión mía de tu cariño, de tus manos y de tu boca. No sé decirte cómo te quiero. Sólo sé que he tenido grandes alegrías y dolores, he conocido la vida hasta los rincones más escondidos, en lo dulce y en lo amargo; creía tener en mi alma todos los secretos, saberlo

todo, alcanzarlo todo. Sabía por qué son felices las gentes un día y por qué se suicidan al siguiente. Por qué nace del estiércol una flor, y de ella, en el mismo día, otra flor más hermosa y por qué el Sol que las fecunda las mata. Sabía por qué las nubes se hacen agua y el agua roca y la roca montaña y la montaña volcán, y por qué del color, de la luz y del amor de las nubes con las rocas y los mares surgen pequeños seres independientes como los planetas y como ellos obedientes al amor de otros. Entre ellos ha habido unos a los que les ha quedado un poco de sol dentro del corazón. Y éstos se llaman hombres y ese Sol se les convierte en un veneno que se llama sabiduría y a veces mueren o se matan envenenados. Yo sabía todas esas cosas, y conocía las raíces de mi propio conocimiento y los caminos por donde me habría de llevar, y cerraba los ojos y cantaba canciones tristes y a veces quería matar o quería matarme como los demás o quizá me había suicidado ya y no lo sabía. De pronto, nena mía bonita, fíjate lo que ocurre: te conozco a ti. Eso nada más. Sigo viéndolo todo igual, pero la triste sabiduría se va convirtiendo en fe. Me emborracho todos los días con la luz de mi propio corazón, con el Sol que se quedó allí escondido y que de pronto crece y llena todo mi ser y sube a mi cerebro y me marea. Canto entonces canciones alegres y río a carcajadas. ¿Sabes de qué me río? De la sabiduría envenenada de los hombres, de la conciencia triste de las rocas, del destino atropellado de los ríos. Las montañas me parecen pequeñas como en el atlas, y los volcanes frívolos y ridículos con su estruendo; las flores, desdeñables por su levedad. Todo equivocado y torpe, caminando a su propia ruina. Todo menos tú y yo. El secreto del universo, de su inmensidad y de su eternidad, lo he aprisionado yo en tus ojos de corza y late y vibra en el fondo de mi alegría. Todo es triste menos nosotros. Todo es feo menos nuestro cariño, todos suspiran y lloran menos yo. A todos los ha envenenado el Sol, menos a mí. Mi sabiduría venenosa se fundió en la luz y se evaporó con mi propio Sol

de mi corazón. Y ahora no sé nada ni quiero saber nada. Vivo como un planeta joven que rueda feliz ignorando las leyes a que obedece. Tú y yo, nena. ¡Tú y yo! Los demás se ahogan en su desolación, porque he robado al mundo su alegría para ofrecértela a ti y he robado su felicidad para llevártela a ti, y les he cubierto de sombras el alma para proyectar en la tuya toda la luz. ¡Tú y yo, nena!»

Nunca pude imaginar que las cartas de amor se escribieran así. Ni que Samar... Ahora comprendo a este hombre. No veía muy claro. Siempre quedaba una zona obscura, pero yo lo echaba al comunismo. «Es comunista — pensaba — y no encuadra bien con nosotros». O también: «Sabe muchas cosas y no discurre lo mismo que yo», por ejemplo, una pobre obrera de la fábrica de lámparas. Pero dejando esto a un lado es terrible para Samar haberse olvidado la carta. ¡Si supiera dónde está ahora para devolvérsela! O, por lo menos, si tuviera la dirección en el sobre la llevaría a su destino mañana y cuando lo viera se lo diría. ¿Qué pensará de mí sabiendo que he leído la carta?

¿Podré yo disimular y aguantar la risa? ¡Pero, hombre! Ella es vecina mía. Hija del coronel de Artillería del 75 ligero, que tiene el pabellón al lado del cuartel y el cuartel ahí mismo, al final de la calle. Enamorado y... ¡qué amor! Yo no podría menos de reírme de un hombre que me dijera esas tonterías. Amparo García del Río. Tiene gracia. Procuraré no olvidar ese nombre. En cuanto a la nota urgente con las advertencias, es una lástima que no la tenga. Mi pobre padre debía tener con la policía algunos cabos sin atar y convendría saber cuáles son. Aquí, en esta soledad y con esta luz tan mala, que oscila y hace sombras por todas partes, estoy un poco aturdida y no acierto a recordar. ¡Quieta, chica! ¿Qué te pasa? ¡Ah! Han llamado. Será la policía, como si lo viera. Si estuviera mi abuela les diría lo suyo. ¡Lástima! Voy a abrirles. ¡Hola! ¿Saben ustedes quién es? Samar. Yo me apresuro a ofrecerle la carta, él la mira sin cogerla, me aparta la mano despreocupado y pasa adelante. Mientras registra por ahí, va

hablando:

—Han cerrado los sindicatos, pero el pleno de comités se reúne esta noche en el campo. Es inevitable la huelga general y ya en el camino hay que seguir adelante y hacer lo que se pueda.

Yo le voy a hablar de la carta y me interrumpe mientras aparta la mesilla de noche y recoge dos pistolas que aparecen debajo.

Le digo inocentemente y de buena fe que lo mejor que se puede hacer en esta barriada es asaltar el cuartel. Se incorpora con los ojos desorbitados. Le tiemblan las manos donde lleva las pistolas. Por fin pide un cuchillo y con él se va al corral y en un lugar determinado comienza a hacer un hoyo en el suelo. Pronto encuentra dos cajas de cápsulas, otro revólver y un papel con un pequeño gráfico. Muy satisfecho, lo guarda todo en los bolsillos de un gabán que lleva al brazo. Señala el techo y dice:

—En un hueco junto a la chimenea debe haber dos docenas de granadas de mano. Mañana debes estar todo el día en casa.

Yo protesto. Cuando hay huelgas me gusta estar en medio de todo. Aunque no lo parezca, sirvo para muchas cosas. Dice que bien, pero que le dé una llave de la casa. Se la doy. Después voy a darle la carta y él me dice que me la quede y la lleve a primera hora a su destino.

—¿La has leído? —me pregunta.

Pone una cara tan rara que no puedo menos que echar a reír. Entonces se va, dando un portazo.

Me río tan fuerte que debe oírlo todo el barrio. De repente me callo. ¿Qué pensarán las vecinas si me oyen reír habiendo muerto mi padre? Vuelvo a leer la carta, y recordando los gestos y las palabras de Samar me convenzo de que eso que los burgueses llaman el amor debe ser una enfermedad como el tifus o la gripe.

V

Doña Luna, del Sistema Solar, tiene la palabra

HE salido por Oriente grande y roja. Luego me he asomado por la Mancha, ya pequeña y blanca. Tengo dos grandes espejos: el estanque de la Casa de Campo y el pantano del Lozoya. Antes tengo que pasar por delante de unas cúpulas por donde asoman grandes anteojos que me vigilan. Miran por ellos unos pobres sabios. Bien es verdad que no han logrado convencer a los poetas de que soy vieja —mire usted qué tonterías— y de que estoy muerta —ya ve usted qué embuste—. Afortunadamente, no lejos del observatorio hay otras terrazas donde los jóvenes bailan al son de una orquesta y se aman y se lo dicen todo mirándome. Gracias a eso la Tierra tiene algún interés todavía, creo yo.

Pero una cosa es que me interese y otra es que la ame. No la amo por lo que acabo de decir, sino por otras cosas que son mi secreto femenino de planeta fatal. Cuando voy paseando en dirección contraria a la Tierra, me gusta ver cómo huyen las sombras y se refugian donde pueden, espantadas. Debajo de los puentes, al costado de las casas, con prisa, atropellándose. Yo ejerzo una influencia maléfica porque agrupo los átomos a mi manera, y así produzco en las cosas y los seres vivos alteraciones muy curiosas, cuyos resultados son diversos, pero siempre sensacionales. Las secciones de sucesos y las de sociedad son en los periódicos una especie de diario íntimo mío. Hay unos seres especiales que me aman sin saberlo —la mejor manera— y que aunque la mayor parte no me hacen versos, me reverencian, más y mejor que los poetas. No duermen si yo no quiero. Cambian de parecer a mi gusto. Riñen con su familia y con su esposa, se arruinan y a veces hasta mueren o se suicidan por mí. Las gente los llaman lunáticos. Cuando se dedican a la política

me divierto haciéndoles graciosas jugarretas: unos monárquicos implantan la república y no saben qué hacer con ella. Otros republicanos se levantan a hablar y van a parar en declaraciones comunistas. Alguno cree de buena fe que está salvando al país y lo que hace es renovar el guardarropa. Yo los quiero mucho porque son mis enamorados auténticos, lo que no importa para que me ría un poco aunque, como tengo la cara ancha, la risa no me va bien. Con los políticos, la gente más mudable y floja del planeta, producir trastornos es fácil y a veces no se hace notar demasiado. El político es ya por sí ligero de cascós. Con los que cuesta trabajo es con los hombres de ciencia. A uno que escribió unos ensayos muy prosaicos sobre mí, lo selenicé y lo tuve dos años con la mano derecha cerrada y levantada en el aire, preguntando a las gentes qué haría con un átomo de hidrógeno que llevaba allí. En cuanto a los poetas, o mejor dicho los vates —los que me cantan a mí son más propiamente vates—, tengo en cada ciudad un grupo, un coro que publica su boletín —aunque todavía no se han atrevido a titularlo nunca «Boletín de la Luna»—. Esos son los tiernos poetas que me aman con un amor más dulce para mí que el de los hombres, con amor femenino. Ejerzo sobre ellos una influencia muy diferente de la que reciben de mí los gatos. En éstos despierto la masculinidad. Esa dulce sensualidad de la joven y tierna poesía de mis enamorados me turba toda. Rodar entre sus imágenes es como bañarse en un mar de rosas y leche. Mi influencia les produce desviaciones de la sensibilidad, que entre los muchachos de buena familia hacen estragos. Mas... la noche avanza. Las estrellas brillan con la claridad de la medianoche. Mis dulces poetas duermen entre sábanas, y hacia el Oeste, cerca de unas columnas de hierro que me envían sin cesar los pequeños calambres del Morse, se han oído disparos. Esto quiere decir que al otro lado de la ciudad unas agrupaciones de hombres que me desdeñan o me odian esta noche van a reunirse para deliberar. Las motos de la policía ruedan hacia

el lugar de la alarma. Es lo que esos sindicalistas deseaban. Debajo de las motos se ha refugiado un jirón de sombra que corre por calles y carreteras. En eso se diferencian esta noche los policías y los sindicalistas. Éstos van bajo las sombras y aquellos encima. Pero yo tengo más experiencia que los policías, y en lugar de acudir al lugar de los disparos voy a la otra parte de la ciudad. Hay hoteles, casas de vecindad. Pequeños jardines entre los cuales el campo mete los dedos y hurga buscando detritos. En un hotel hay un balcón entreabierto y yo penetro a través de una cortina clara. Voy a dar en el espejo del tocador y desde allí salto silenciosamente a la pared de la alcoba. Una mujer envuelta en tules, con un pecho fuera, llora sobre la almohada. A su lado, un hombre habla sin cesar:

—¿Crees que por el hecho de que los persiga la policía tienen que abrírseles los hogares honrados?

—No es ningún criminal —balbucea ella.

—Ya lo sé. Es tu primo, lleva una camisa de lana obscura con cierre metálico y tiene un aire taciturno. ¿Por qué viene a refugiarse aquí? ¡Que afronte por su cuenta la responsabilidad!

La mujer se incorpora.

—¿Vas a echarlo? ¿Vas a entregarlo a la policía?

—De ningún modo. El sentimiento humanitario es reaccionario. Yo soy reaccionaria.

Ella calla, pero ha dejado de sollozar. Está escuchando con ansiedad y asintiendo con el silencio.

—¡Bonita anarquista, tú! Con cincuenta mil pesetas de renta.

—¿Y qué? ¿Me sirven para algo? ¿No vale más un ideal?

—Cállate. ¿O es que quieres que te oiga él?

—¡Grosero!

—¿Te he ofendido?

—Sí.

Se levanta y va a salir. Enseña una pierna redonda y

firme.

—¿A dónde vas?

—A mi cuarto.

El marido se incorpora y abre el cajón de la mesilla. Coge un objeto extraño y dice silabeando:

—Te quiero. Si pones un pie en el pasillo, te pegaré un tiro.

Yo huyo de allí. Una vez me dieron un balazo en un espejo y aunque no me hirieron recibí una impresión tremenda. Por lo demás, escenas como ésa las presencio con alguna frecuencia. He de confesar que el temor y el riesgo de que la mujer fuera al otro cuarto se lo he sugerido al marido yo. Mis agrupaciones de átomos han ido a herir su cerebro por ese lado. No me hubiera costado más trabajo hacerlo disparar, pero ya digo que a eso le tengo miedo.

No deben estar lejos estos hombres que han despistado a la policía enviando a sus amigos al otro extremo de la ciudad. Detrás de los hoteles hay dos campos sembrados de alfalfa. Luego una colina en comba. Después un camino, una corta hilera de árboles que bordean una acequia, luego una explanada donde las piedras hacen pequeñas sombras, todavía otra colina y allí una ermita en ruinas. Detrás de sus tapias, al otro lado, yo no puedo verter mi luz. Hay una regular extensión en sombras. A veces surge, por encima de la tapia, una visera de caucho, y no hace mucho he sacado chispas de la punta del cañón de una pistola en ese mismo lugar. Hay, efectivamente, dos hombres vigilando. Los otros deben andar cerca. Agucemos el oído, que yo lo tengo muy fino, y como no hay por aquí ranas ni grillos, que son los que perturban, percibiré bien cualquier rumor. He cogido dos palabras: «capitalismo» y sabotaje. Eso es que deben andar por el principio, porque la primera corresponde netamente a la sensibilidad de un delegado sindical y la segunda a la inquietud de un anarquista de la federación de grupos. Y en estas reuniones se trata de tácticas sindicales más que de acción revolucionaria. Pero al principio están los campos

todavía sin definir. Preside uno grueso, por cuya tez resbaló sin hallar más que curvas. Están hasta veinte delegados. Ahora habla el secretario: «Ha venido una comisión de *chinas* diciendo que se ponían a nuestras órdenes. Llevaban credenciales. Yo les he dicho que no hay que hacer más que seguirnos». Los demás aprueban. «Se les ha notificado la huelga general para mañana. Pero parece que querían entrar en detalles. Como no se había acordado nada en firme, yo me he limitado a insistir en lo de la huelga. Que ayuden a que sea completa. La organización está aquí en minoría porque dominan los reformistas, pero treinta mil de los nuestros pueden y deben arrastrar al paro a los demás. Los *chinos* aunque son pocos, tienen bastante movilidad y pueden ayudarnos.» El que habla es un obrero cetrino y enjuto que lleva sobre su conciencia inquietudes de otro orden. Su compañera está en el hospital y a él no lo han dejado entrar a verla desde hace tres días porque las monjas se han enterado de que no están casados. Hacen bien. A mí me gusta la religión por lo romántica. Pero además esas monjas son seres superiores. ¡Qué labor la suya en favor del orden y de la paz social! ¡Cómo me conmueve viéndolas renunciar hasta al agradecimiento de los demás, ya que lo que hacen —subir el embozo, poner el orinal, tomar la temperatura— no es por humanidad, aunque lo aparenten modestamente, sino por amor de Dios! Yo no soy nunca más feliz que cuando veo mi propia blancura reflejada en sus limpias tocas. Pero ese bárbaro las odia. Ha dejado en el suelo, entre las piernas, la pistola y me mira pensando en los días felices. Luego suspira, se pasa la mano por la barba sin afeitar, se palpa los maxilares bajo la piel amarilla y se queda escuchando. Habla ahora otro al que no se le hace mucho caso porque insiste demasiado en generalidades ya sabidas: «La crueldad del capitalismo, la necesidad de vengar a los compañeros muertos, el deseo de ir a una rebelión de duración y de alcance indefinidos». Todo esto se ha dicho hasta la saciedad. Han quedado aprobados dos manifiestos —

eso ya es concreto—. Uno que será compuesto y tirado esta misma noche y repartido con las primeras luces. Otro dispuesto a contestar a las exhortaciones que, como otras veces, harán los socialdemócratas para que sus afiliados no abandonen el trabajo. Un delegado, de mejor porte, que tiene algo de poeta pero que no es amigo mío ni lo será nunca porque capitanea a su modo la oposición contra mí —contra la Luna—, pide la palabra para advertir que aún hay necesidad de prever otro manifiesto: «El que los socialistas lanzarán a media tarde declarando la huelga general como expresión de dolor por los compañeros muertos y pidiendo como reivindicación la dimisión del director general de Seguridad».

Un viejo anarquista protesta: «Ése es un punto de vista político». Y se lanza a una larga perorata sobre el apoliticismo. Le dicen que «el compañero Samar no hace suyo ese manifiesto, sino que se ha limitado a advertir que los socialistas lo publicarán», pero el viejo tiene precisamente ahora dos frases dispuestas entre los huecos de los dientes y sigue hablando sin hacer caso. Al final cierra con una gentileza para mí: «Seamos claros como la Luna que nos preside». Samar se encoge de hombros: «¡Apoliticismo!» Y luego añade: «Todo es política, hasta tus melenas blancas, compañero». Ríen aquí y allá, y Samar añade: «En cuanto a la Luna, yo recuso su presidencia por cursi y por alcahueta». Vuelven a reír. Con esto se olvidan del segundo manifiesto de los socialistas. Samar insiste en que éstos, «obligados por la adhesión de sus cuadros sindicales a nuestra protesta, no tendrán más remedio que declarar la huelga general para no sentirse en ridículo. Ese triunfo debemos apuntárnoslo y divulgarlo de manera que lo sepan todos los camaradas». Ahora el viejo de las melenas blancas comienza a repetir las frases de Samar en lo que se refiere al ridículo de los socialistas, y agarrándose a esa sugerencia insiste y machaca sobre la posición desairada en que quedarán los directivos reformistas si van a la huelga obligados por la unanimidad

del movimiento. Samar sonríe y separa con la culata de la pistola unas piedrecillas. Al final dice: «Celebro que el compañero venga a coincidir conmigo». Pero entonces el viejo rectifica brevemente, y para decir algo que no haya dicho Samar, algo original, hace una exaltación del amor libre. Luego propone un voto de gracias a la Luna. Yo se lo agradezco mucho. No entiendo a esos hombres. No puedo influir sobre su cerebro porque para ello hace falta un mínimo de capacidad de asimilación que no tienen. Algunos delegados jóvenes no saben qué hacer con el voto de gracias, si votar en pro o en contra. No conciben hasta qué punto yo les puedo ayudar contra el capitalismo y entonces el viejo recita unos versos para convencerlos. El presidente se impacienta y reclama atención para el orden del día. Se aprueba con indiferencia el voto y se establece el orden de las reuniones clandestinas para el día siguiente. Las instrucciones para las comisiones, el contacto con los delegados de barriada para ir de acuerdo con la federación de grupos anarquistas. A propósito de esto, el viejo hace un nuevo canto a la fraternidad universal y habla de los átomos. Los jóvenes no lo escuchan y recuentan las cápsulas. El viejo recurre a textos autorizados y cita a unos diputados constituyentes. Los jóvenes sonríen tristemente y Samar ve que a pesar de todo ese viejo tiene sobre ellos una influencia morbosa, sentimental y retórica. Un voto de gracias a mí. Yo no se lo puedo agradecer sino formulariamente porque los desprecio, pero siempre halaga la gratitud. Ahora se han enzarzado sobre el sentido de una palabra, y los tres más caracterizados dialogan y debaten cosas lejanas con una dialéctica de sonámbulos. Los otros piensan que sus compañeros de los sindicatos no pueden imaginar todo esto. Un joven, anarquista también, con un aplomo y una conciencia de su responsabilidad que lo distingue de los otros tres, plantea un programa inmediato de acción. Pero luego los otros tres viejos se enzarzan con él sobre el significado de lo que ha dicho y analizan su ortodoxia con minuciosidad de

padres de la Iglesia. Los demás delegados callan. Uno impone silencio con un gesto. Se ha oído un silbido largo en la dirección de la ermita. Y aquí entro yo en acción.

Las motos de la policía, los caballos de la guardia civil, han aparecido entre los hoteles y van irrumpiendo en el campo. Yo agarro una nube y la coloco delante, proyectando sobre ellos una sombra propicia. Amparados por ella van avanzando. Con otra nube oculto a los revolucionarios que callan, confiados y esperan el segundo silbido, la señal de la fuga. Cuando los vigilantes quieren apercibirse, en las ruinas de la ermita están rodeados de agentes. Ha resultado gracioso. Ahora van sobre los otros. Yo retiro la nube como se descorre una cortina. Han aprobado, por sugerencia del viejo anarquista, un voto de gracias para mí y yo los delato. Ahí están, a plena luz. Ya os han visto. Es en vano vuestra prisa por huir, buenos viejos. Los jóvenes, en cambio, se atrincheran en la comba de la loma. La cuestión es ésa. Poderlos contener para huir luego escalonadamente. El campo está demasiado descubierto para escapar a la desbandada. Hay que huir, pero dando la cara y haciendo fuego. Esto último es terrible, pero lo menos que puedo hacer por los míos es aguantarme la jaqueca del remordimiento.

Dos muchachos gritan algo que no se entiende y varios disparos salen de la guerrilla de los obreros en una sola descarga. Los agentes retroceden y los caballos de la guardia civil vacilan y se separan en dos bandos. Una pareja ha retrocedido al galope. Sin duda van a buscar más fuerzas. Los delegados se cambian rápidas miradas, otean el terreno a su espalda. Tres de ellos retroceden cautelosamente y toman posiciones más atrás. El que actuaba como secretario de actas recoge el cuaderno donde había tomado sus notas. Un muchacho pequeño y cetrino grita, al disparar: «Este por Germinal; ahí va, por Espartaco.» No ha habido bajas. La guerrilla se ha deshecho. Van retrocediendo más de prisa que avanzan los otros. Al volver hacia los árboles que bordean la

acequia, aparece un agente a tres metros. Disparan él y un grupo de sindicalistas al mismo tiempo. El agente cae y los otros huyen. Uno se agarra el brazo donde lleva un balazo. Samar va a su lado. Con el cinturón y un pañuelo rasgado le improvisa un vendaje, sin dejar de huir. Los cascos de la guardia civil suenan al otro lado de la acequia. Han confundido el terreno y ahora la acequia se interpone y ayudará a los fugitivos. Samar se ve ya en libertad y corre con el herido y el viejo de la melena blanca. Un momento piensa en algo remoto: en Amparo García del Río. Se avergüenza de ella. Pero piensa después: «Si me viera, me creería un criminal, un salteador. Quizá se avergonzara también de mí.» Los disparos se oyen lejos y alguna bala pasa alta. Samar me mira de reojo y me insulta, pero él no sabe que en este momento inundo el barrio obrero del Oeste, el cuartel del 75 ligero de Artillería, el jardín del coronel, y que por el balcón entro en el cuarto de Amparo y le acaricio los brazos turgentes y redondos y ella duerme y sueña algo triste. ¡Qué partido sacaría un tierno poeta del llanto de una hermosa muchacha dormida! Pero Samar es ahora incapaz de decirle una ternura al oído.

Recuerda que no ha visto a su novia hoy domingo, que no ha podido hacerle llegar todavía la carta, que habrá llamado en vano a su casa por teléfono una vez y otra y que... —eso es peor— probablemente en alguna de esas llamadas se haya puesto al teléfono un agente de policía y se haya permitido una ironía o una grosería con ella. Por eso, al entrar en las últimas calles después de un largo rodeo, se separa bruscamente de los otros dos.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—Tendrás policía allí y no debes entregarte de esa manera.

Suenan lejanos dos disparos.

—De todas formas debemos separarnos después de lo que ha ocurrido.

Los grupos se dispersan y como se meten en la sombra, bajo los aleros, no puedo seguirlos. Supongo que por esta noche no habrá más. Pero ¿qué ha ocurrido en la ciudad manchega para que los enemigos de mis tiernos poetas anden tan inquietos? Seguramente me darán la solución en el hospital civil, en el depósito de cadáveres. Vamos allá. No puedo entrar por las ventanas porque tropiezo con el tejado del pabellón de enfrente. En el patizuelo hay un árbol delgado y alto que tiene arriba un pequeño copo negruzco. Las losas tienen verdín y son grandes y porosas. Se oye en el depósito arrastrar unos ataúdes. Deben estar poniendo dentro los cadáveres. Ahora suena un martillo y a juzgar por el ruido los ataúdes ya no están vacíos. Facturaciones en gran velocidad para la nada. Mis tiernos poetas rubios harían lindos versos si los ataúdes fueran blancos y hubiera una azucena en la tapa. En la calle hay una vieja enlutada que gime pegada a la puerta del hospital. No me gustan los viejos. Debe ser terrible la vejez que dobla el espinazo e impide a las gentes gozar de mi contemplación. Ahora se le acerca un muchacho joven y le advierte:

—Soy Leoncio Villacampa. ¿Dónde está su nieta?

—En casa.

Comienza la vieja a contar los obstáculos con que ha tropezado para ver a su hijo, adobando su lenguaje con imprecaciones, súplicas a la divinidad, blasfemias y denuestos. Lleva el rosario en la mano izquierda y con la otra busca la faldriquera y saca de ella un objeto redondo musitando:

—¡A algún hijo de puta le va a volar la cabeza!

Es una pequeña granada. Leoncio le ruega que se la dé llamándola «tía Isabela» y ella accede. Se ve que no tenía demasiado interés en conservarla y que la ha enseñado con el fin de que se la quite Leoncio. Éste me mira con melancolía e interrumpe las oraciones de la vieja:

—La pobre Star tiene mala suerte ¡Sola en el mundo!

—¿Y yo? —clama la «tía Isabela»—. Ella siquiera va pa'

arriba y cuando se tienen catorce años nada hace falta más que un peine y un espejo. Pero ¿y yo?

Hola. Hay tres cometas nuevos y rojos. Por la velocidad que llevan permanecerán en nuestro sistema siete días. Tres cometas nuevos. Eh ¿Cómo os llamáis?

—Espartaco.

—Progreso.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú?

—Yo, Germinal.

*Vamos al río, nos bañamos y «actúo» con poca fortuna.
(Habla el compañero Samar)*

HE dormido cinco horas en casa de un compañero. Me han despertado las chinches y me he levantado para ir a buscar a Star, que vive cerca. Antes de llegar he oído su voz. Cantaba. Una vecina barría el portal de al lado y la escuchaba murmurando:

—Su padre, de cuerpo presente.

Al entrar, se dio cuenta Star y calló, con la mano sobre la boca. Yo no quise decirle que las vecinas la escuchaban con escándalo. La tía Isabela no había vuelto. Star se preocupaba por ella como una madre por su hija. Se lo hice observar recordándole que era su nieta y dijo, riendo, que a veces la vieja era más niña que ella misma. Luego añadió señalando con la mano la altura de sus rodillas.

—Así. A veces es así. Por eso yo no le guardo rencor cuando me riñe.

—¿Por qué te riñe?

—Porque soy joven.

Yo la propuse que me acompañara. Se quedó mirándome:

—¿Vas a actuar?

—Quería decir si iba «en comisión» a hacer algo. Le dije que sí, pero que no había peligro ninguno.

—¡Lástima! —lamentó torciendo su cabeza—. Habría que ir a sacar a los socialistas a tiros.

A sacarlos de las fábricas y los talleres, se entiende. Suponiendo, claro está, que no secundaran la huelga. Me senté en su cama. Ella descolgó una boina gris y se la puso. Luego se la quitó, sacó de debajo del colchón una pistola pequeña y niquelada, la escondió dentro de la boina, dobló

ésta, se quedó con ella en la mano y se me plantó delante:

—Cuando quieras.

—Pero ¿tú sabes manejar ese chisme?

Ella no se dignó siquiera contestar. Entonces yo cogí del suelo una armazón de muñeca que enseñaba el serrín por los desgarrones, y la levanté de una pierna.

—¿Y esto?

Me dijo que ella se hacía muñecas, con trapo y serrín, pero nunca consiguió acabar de construir ninguna porque cuando tenía hecho el esqueleto e iba a enseñárselo a la tía Isabela, ésta soltaba a reír y le decía:

—Eso no es una muñeca; eso es un sapo.

Entonces ella miraba detenidamente su obra y no tenía más remedio que darle la razón. Inmediatamente aborrecía aquel ser mixto de batracio. Poco tiempo después volvía a construir otro, pero le ocurría lo mismo. Ya en la puerta concluía:

—Así llevo desde los ocho años.

Salimos a la calle. No hay duda de que Star tiene una fina sensibilidad. Basta que alguien relacione su obra con un sapo para que la considere fracasada y deleznable. El día que se olvide la tía Isabela de decirle su opinión, esta pequeña amará a su muñeca y creerá haberla logrado. Pero yo preferiría otra cosa: que no le repugnaran los sapos. Que alcanzara su graciosa y tosca belleza.

De pronto Star regresó a casa diciendo que olvidaba algo. Salió con una carta alargada de un tenue color violeta.

Anoche llevó la mía al pabellón del coronel, y el ordenanza de guardia la recibió y le dio ésta por encargo «de la señorita Amparo». Tanta previsión me demuestra que ella está al tanto de lo que ocurre y que no se alarmaría mucho ayer tarde, al ver que no iba a buscarla. Me guardo la carta sin leerla. Instantáneamente el aire ha adquirido otro color. Quizá sea que sigue amaneciendo. Vamos andando hacia la Moncloa. Nos desviamos un poco, porque yo quiero ver el balcón de Amparo. El muro de ladrillo rojo está cubierto de

trepadoras hasta el balcón mismo. Suben las más audaces rozando las maderas de un costado. Algunas campanillas azules tiemblan mojadas de rocío. La mañana es femenina; rubia como ella; alta y de una delgadez sazonada. Azul de ojos —inmensa de luz— como ella, y tierna y dulce con sus brazos frescos. La mañana es femenina y canta en la primavera:

*En el aire con olor de pinos,
en el viento con olor de mayo;
por el aire vino riendo
por el aire se fue cantando.*

¿Cómo se llama el dulce amor? Yo había guardado la carta en el bolsillo precipitadamente. Parecía que todo el mundo se había levantado y miraba por las ventanas. El pabellón del coronel quedaba a nuestras espaldas. Ella dormiría con ese gesto de niña de tres años cuya conciencia está por crear todavía, sueño de madera, de mármol. Star me miraba de reojo, y preguntaba afirmando:

—Tu novia es hija del coronel, ¿verdad?

En el cuartel toca diana la banda. Largos acordes majestuosos. Fuerza y diafanidad. En la imaginación se abren ventanas iluminadas y yo siento una ira enconada contra esas trompetas que van a acariciar sus oídos. No quiero que llegue a ella otra armonía que la de mis palabras. Esa diana que sigue tocando quiere alejarme de ella o bien captarme y embriagarme.

—¿No es la hija del coronel?

Me vuelvo violentamente hacia Star:

—Sí, ¿y qué? Tú no entiendes de estas cosas.

Star se ríe de una manera extraña. Puede que sí, que entienda.

—La conozco.

—¿De qué la conoces?

—Entro a veces al cuartel a buscar sobras del rancho para los compañeros parados. También voy al pabellón del coronel por la escalera de servicio.

—¿La has visto a ella?

—Me ha dado a veces ropa vieja que yo doy a los más necesitados. ¿No has visto a Floreal? Esa chaqueta que lleva es del coronel García del Río.

Todo esto me molesta bastante. Mis amigos son los mendigos de su padre. Esta reflexión me hiere y me arrepiento de haberla hecho. Star se queda mirándome:

—Tú eres un anarquista. Tú no querrás casarte por la iglesia y ella no podrá abandonarlo todo para irse a pasar fatigas contigo. Esto lo sabes tú bien.

La sencillez de estas palabras me deja un poco desorientado. La pequeña, aunque rara vez opina, cuando lo hace revela buen sentido. Ese buen sentido al que yo temo.

Seguimos callados. El amanecer se ha quedado extático bajo la diana de los artilleros y el tono de mercurio del cielo se sostiene sobre las sombras sin clarear más. Ya cerca de la Moncloa le pregunto:

—¿Qué te parece a ti la vida?

—¡Vaya una pregunta! Si he de decirte la verdad, no he pensado nunca en eso.

Me detengo y la miro a los ojos:

—¿No se te ha ocurrido pensar que podría ser mejor o peor?

Se encoge de hombros. En el azul de sus pupilas como en el del cielo hay una estrella. ¿Sus ojos? Son tranquilos y se posan sin penetrar. Luego contesta:

—Pensarás que soy tonta.

Yo sigo andando.

—No pienso nada.

Sabe que voy «a actuar» y ha dicho que iría conmigo. Bajamos constantemente desde que salimos del barrio. Como no vamos al centro sino a uno de los costados de la ciudad y no hay metro ni tranvía, nos trae más cuenta ir a campo traviesa. El paisaje se anima con las construcciones de la Ciudad Universitaria en la otra parte del río. Tardamos aún media hora en llegar a un sitio bastante solitario donde hay

dos postes metálicos y un transformador. Examino los alrededores de una ojeada. La carretera está lejos. El silencio y la soledad son absolutos. El aire es suave, dulce y denso. El río hace un remanso y el fondo se ve limpio y pedregoso. Un tenue resplandor hace más cristalina la superficie. Quisiera bañarme.

—¿Has desayunado tú, Star?

—No.

—¿Quieres bañarte?

—Bueno.

Comenzamos a desnudarnos. Al sacarse el jersey me doy cuenta de que ha sido una proposición excesiva. Hay tal alegría sin embargo en sus gestos que me siento contagiado yo también. El agua, el aire, la luz, producen una embriaguez gloriosa. Antes de terminar de desnudarnos, nos mojamos la cabeza. Luego me quito la camiseta y los calzoncillos y me lanzo al agua. Llega a la cintura. Está fría, pero no tanto como las duchas de enero. ¡Abrazarse al agua, revolcarse en ella, sentirse ligero y activo en su fría resistencia! No he vuelto la cabeza cuando oigo chapotear y reír a mis espaldas. Ahí está la pequeña Star, que me ha alcanzado, quebrando cristales con brazos y piernas. Ríe satisfecha. Nada más que yo y con mejor estilo.

—Si no actúas mejor en la tierra que en el agua habrá que recusarte en los grupos. ¡Eh! —grita—, dejándome atrás.

Braceo hasta alcanzarla. Ya a su lado, cuido el estilo.

—Allá lejos está Madrid. Dentro de una hora se darán cuenta de que nadie trabaja y habrá que tomar el desayuno sin las tostadas negras. La huelga saldrá bien. Los mismos socialistas están indignados.

Star ríe e imita la voz doliente de un mendigo:

—¡Un corrusquito de pan integral para este pobre coronel retirado!

Yo añado:

—¡Que está diabético, el infeliz!

—¿Lo toman los diabéticos?

—Sí.

He asomado el torso y me ha tirado agua. Voy a correr, pierdo el equilibrio y nado de nuevo. Ella va hacia la orilla y se estremece. Le pregunto si tiene frío y resoplando me dice que no. Es una graciosa estatua de mármol, con los pies, las puntas de los pechos y la naricilla color rosa. Hay una energía y una fuerza increíbles en esa fragilidad. Vuelvo a escudriñar con la mirada los alrededores. No hay nadie. ¿Quién va a venir por estos lugares, a esta hora? Los campos de aquí no son de cultivo. Ella me comprende:

—Si nos ven creerán que estamos locos.

—O se volverán locos por la pequeña anarquista.

Ella ríe desde la orilla:

—O quizá por ti.

Ella está ocupada en quitarse el barro de la planta de un pie.

Yo le digo que haga ejercicio o que se lance otra vez al agua. Opta por lo segundo. El Sol ha salido y no tardará en llegar aquí porque baja ya por los postes metálicos y barniza el transformador. Yo nado hasta la otra orilla. Serán treinta metros. Luego vuelvo. Voy pensando que Star lo sabe todo, lo conoce todo sin curiosidad y sin misterios. En cambio, mi novia Amparo cree que la fecundación se produce por un beso. Un día leyó en un periódico la palabra «homosexual» y me preguntó —todo me lo pregunta—, obligándome a contarle un cuento chino. Yo debí decirle la verdad, pero me hubiera parecido que la pervertía y por otra parte no hubiera comprendido mis explicaciones. Le mentí. A veces no me importa —mis relaciones con ella son una sarta de bonitas mentiras—, pero también a veces me preocupa. Si fuera millonario —¿podría yo serlo?— la llevaría al campo conmigo en un país cuyo idioma desconociera y moldearía su carácter como Pigmalión, cuidando mucho de que viviera sin sentir sino la belleza, de adormecerla en la delicia para siempre. Fijar la eternidad en la infancia moral. Que no llegaran a ella otros sonidos que los de mi voz, otras manifestaciones de la

vida que las que yo le elaborara. ¡Qué gran artífice!

Me siento en la orilla. Al salir se ensucian los pies en el limo y hay que lavárselos. Star ha vuelto al agua y bajo la superficie su cuerpo es suave y resbala como un pez en los reflejos azules. Pero pienso que el caso de Amparo no concuerda con mis convicciones. Para mí el candor y la pureza son ignorancia, y esto constituye hoy una enfermedad y mañana será un delito En la sociedad a la que aspiro no habrá más que dos delitos: la enfermedad y la ignorancia. ¡Qué gran delincuente, mi pequeña! ¡Qué buen juez, yo! ¿Y Star? Ahora se sostiene flotando, sin nadar, mucho mejor que yo. Adolescente aún, tiene sin embargo moldeadas las piernas, los brazos, hinchadas suavemente las caderas y pesando poco desplaza no obstante mucha agua. Star es la carnerada. La veo como una figurilla de vidrio, incapaz de despertar los sentidos. Su carne no ha debido presentir el amor.

¿Cómo será un día su presentimiento? El agua se obscurece en la orilla, luego tiene una cenefa blanca y después, sobre la tierra es incolora y transparente. Llega el silbido de una locomotora, repetido tres veces. Los horizontes son de goma y ceden. Star repite el silbido, no con los labios sino con la garganta, y grita con su vocecilla atiplada:

—El expreso del Norte.

Luego dice que en la línea del Mediodía los obreros sin trabajo de la barriada de Vallecas han resuelto la cuestión desvalijando los trenes de mercancías. La alegría que le producen esas revelaciones encierra una gran salud. Ahora es Star quien me dice desde el agua que haga ejercicio. Tengo frío. Esperaba que el Sol llegara sobre mí.

—¿Me estás admirando? —pregunta ella.

—Sí.

Sale del agua, decidida, y se me acerca con las manos en las caderas:

—Pues no nado más.

Me cuenta que desde pequeña había sido muy amiga del agua. Iba a pasar los veranos con unas tías, a un pueblo. Las tías de los pueblos son siempre católicas y beatas aunque sean pobres. Ella tenía ocho años y se iba con los arrapiezos a las badinas del río. Un día la sorprendieron en cueros, con la ropa bajo el brazo, después de bañarse. Iba lanzando a toda voz una canción que les había oído a sus amigos:

El nadazo de Cristo:

cojo la ropa y me visto.

Las tías le profetizaron que acabaría mal y la tuvieron encerrada en casa una semana. Cuando Germinal se enteró fue a buscarla y riñó con sus parientes a quienes ya no volvió a tratar. Yo la escuché un poco sorprendido porque Star no da la impresión de una chica traviesa. Claro es que éstas no son travesuras, sino manifestaciones normales de salud y de alegría. Ya nos da el Sol. Vamos a ver. Un último remojón y a secarse baje su toalla amarillenta. Star tiene el pelo mojado y saca esa cara de fruta monda y lavada —en agraz— de las chicas pelonas. Me dice que lleva un peinecillo con el cual podré peinarme yo también. Salimos y nos calzamos secando nuestros pies con mi camisa. Luego dejamos que el Sol evapore el agua de nuestra piel. Reímos y hablamos de cosas muy trascendentales: «*El nadazo de Cristo, cojo la ropa y me visto*». Star quiere sentarse. Yo extiendo mi americana, mi camisa; le hago una alfombra. No se sienta, sino que se tumba. De vez en cuando levanta la cabeza y la sacude salpicándose. Ríe. Yo la hago levantar una pierna para coger del bolsillo de mi americana la carta de mi novia. Tiene que ladearse para que de otro bolsillo coja el lápiz. Star protesta:

—¡Para leer eso molestas así a una camarada!

—No voy a leerla.

Me quedo a su lado. Miro alrededor y con el lápiz trazo unas curvas en el dorso del sobre. Luego una recta. Más líneas panorámicas. Hago un pequeño gráfico. Los postes, el transformador donde zumba la alta tensión. Aquí y allá pongo unos números. El río tiene treinta metros de ancho por uno y

medió de profundidad. Aunque haya corriente se puede vadear sin dificultad. Los postes tienen veinte metros de altura y al principio del último tercio está el transformador. Un vigilante sentado sobre la curva de la izquierda puede ver lo que ocurre en tres kilómetros de radio. Star se incorpora.

—¿Me estás dibujando?

Mira por encima de mi brazo, poniéndome la mano en el hombro.

—Es un mapa.

Me fricciona la espalda, diciendo que yo estoy seco y que si quiero vestirme me devuelve mis ropas. Pero la posición que tenía al dibujar ha hecho que en el doblez del estómago y el vientre se haya depositado agua. Me tumbo un instante, ofreciéndolo al Sol, y Star grita regocijada:

—¡El timbre, el timbre!

Trae su mano sobre mi vientre y con el índice oprime mi ombligo. Al mismo tiempo suena el silbido de una locomotora. Mi ombligo es el timbre de alarma del paisaje. Ha callado la locomotora cuando mi amiga ha retirado su dedo. Se queda muy confusa, mirando los horizontes donde por lo visto se encierra el misterio. Repite la llamada y de nuevo la locomotora lanza su silbido de Este a Oeste en fina comba. Reímos hasta más no poder. Yo le digo que no me extraña. El hombre desnudo es el protagonista del paisaje. La locomotora y el paisaje están identificados y además yo estuve enamorado de la locomotora cuando era pequeño.

—Yo, no —dice ella—. Yo del tranvía. ¡Si vieras lo que sufro pensando que los conduce personal reformista!

Vamos vistiéndonos, al Sol. Star mira mi reloj y se alarma. Son las siete y media.

A las ocho tiene que estar a la puerta de la fábrica de lámparas para evitar el esquirolaje.

—¿Les pegáis a las esquirolas?

—Yo, no. Pero digo a compañeras de otras fábricas quiénes son y ellas las sacuden.

Yo también tengo que hacer. Entramos por el puente de

Segovia. Nos detenemos en un bar, a desayunar. Después de tomar un vaso de café con leche y dos tostadas tenemos hambre aún y tomamos un segundo desayuno. Al pagar veo que me quedan seis pesetas nada más. Si mañana no sale un artículo mío en el diario donde colaboro, mal negocio. Si sale, es que el paro no ha sido completo y que los tipógrafos trabajan. Eso es peor. Bueno. No hay que pensar en ello. Star tiene prisa y se va a su fábrica mordiendo media tostada. Yo, cuando me veo solo, me siento junto a una ventana y saco la carta de mi novia. Oigo a los obreros entrar y salir. Escucho sus impresiones. Alguno lleva nuestro manifiesto en la mano y discute, y lo agita y lo lee en voz alta. La huelga tiene ambiente. Un chófer entra y dice que va a encerrar el coche y que en el centro los sindicalistas coaccionan. Pasa un grupo cantando *La Internacional* con un pedazo de percalina roja en un palo. De pronto se oyen gritos en la calle y la gente vuelve la cabeza en actitud de huir. Los rumores llegan hasta mi. Han apedreado los escaparates de una tienda que se ha atrevido a abrir, y un grupo de huelguistas conduce delante, a empellones y puntapiés, a un esquirol panadero al que cubren de insultos. El dueño del bar manda que echen los cierres y deja una sola puerta entreabierta. Yo no pude leer la carta, pero al fin me abstraigo y saboreo la letra picuda, las tiernas palabras, los lamentos. Como no nos hemos visto ayer, la carta tiene manchas de lágrimas. Son dos pliegos. Me dice que ella es «como yo» en ideas y que en los últimos encargos que ha hecho para su equipo de novia y que importaban once mil pesetas ha procurado que fueran géneros y labores en los que se beneficiaran muchas personas modestas. Bordadoras, costureras, y otras. «Supongo que esto te gustará. Esta tarde, tú me llamas por teléfono. Iremos si te parece al cine. Papá no quiere porque teme a los disturbios, pero con el coche estamos en un instante y cuando tú me llames me dices que hay tranquilidad. Si ocurriera algo como otras veces, puedes esperar a que apaguen la luz para entrar en el

cine y después, durante el descanso te bajas un poco en la butaca y te pones a leer y así no te conocerán.» Dos páginas de ternuras. «Tengo miedo de que ahora, con la revolución que dicen que estáis haciendo, me quieras menos. Ya he visto otras veces que antes es la revolución y después yo; es inútil que te diga que soy como tú y que en casa se dan cuenta, porque papá me lo dijo el otro día en broma pero lo pensaba en serio y tú, mi Lucas, crees que no.» Estoy viendo sus ojos inquietos, su pecho convulso y agitado, y sigo leyendo, ajeno a todo. La cafetera exprés silba y me molesta. Instintivamente me levanto el cinturón por si dependía de mi ombligo, y la cafetera ha callado.

Leo hasta el final. La inquietud aumenta en la calle. Llega al cerebro la sangre en largas oleadas. El silencio de afuera y la animación son silencio y animación de domingo, llenos de quedades. ¡Y esta carta! Arrugo el sobre hasta hacer con él una bola y lo tiro. Me guardo la carta y me dispongo a salir. Un individuo se ha inclinado sobre la escupidera, ha recogido la bola que yo había hecho con el sobre y se la ha guardado en el bolsillo. Entonces yo, que bajo la embriaguez de la carta he perdido la conciencia de lo que me rodeaba, vuelvo a la lucidez y con verdadero espanto me doy cuenta de que... Bueno, en aquel sobre estaba el dibujo del transformador eléctrico y en el otro lado, mi dirección.

SEGUNDO DOMINGO

VII

Un voto de censura — ¡Siempre más! — El asalto

LLEVO la pistola en la caña de la bota. La culata fuera, y atada a ella una cuerda que por debajo del pantalón va a parar al cinto. Rompiendo el bolsillo derecho del pantalón puedo tirar de la cuerda y sacar por allí la pistola. Si llegan las malas vuelvo a dejarla con la nariz metida en la bota y aunque me cachee la policía no la encuentra. Éste es un sistema que no falla nunca.

Han hecho bien en recomendar que no salgan a la calle los compañeros sin armas, porque nos entra un desconcierto de vagabundos, y yo recuerdo muy bien que cuando estaba sin trabajo y andaba por las calles sin rumbo tenía las ideas bastante flojas. Malos tiempos aquellos. Pero aún lo pasaba peor los domingos. Todos se dedicaban a sentarse a la mesa, a levantarse de la mesa, a pasear por los parques, y yo rodaba por la ciudad sin mesa y sin silla. Las casas venían contra mí. Tiempos con cara de perro. Alguna vez, aburrido de mi propio aburrimiento, me ponía a andar de prisa pero las gentes se daban cuenta de que no iba a ningún sitio. Entonces me sentaba en un banco y planeaba un atraco, un robo. ¿Qué puede hacer un hombre que ha venido al mundo con un trapo adelante y otro atrás más que trabajar, robar o mendigar? Trabajo no lo había, pedir limosna no supe nunca. Nadie se extrañará de que yo planeara un robo distinto cada dos horas. Pero ahora estamos a salvo de eso. Los de la Federación de grupos hemos salido hoy dispuestos a buscarle las entrañas al cielo, a ver si tiene ángeles o nubes de incienso y a ver si la bandera del porvenir va a seguir siendo un pañal cagado del niño Jesús.

Hemos aprobado en la reunión de grupos un voto de censura contra Samar. Lo he propuesto yo, y si no se corrige

andará mal entre nosotros. No sé si me guardará rencor, pero ya habrá podido ver que nos ha fallado una parte del sabotaje preparado para mañana por su culpa. Había hecho el croquis que se le había pedido y luego lo tiró al suelo en un bar y ya no se puede hacer nada. ¡Con qué sencillez pasan las cosas más importantes! Los transformadores estarán vigilados. Y Samar también. Samar se condujo estúpidamente. Siquiera se le pudo ocurrir vigilar al agente e impedir por cualquier medio que llegara el croquis a la Dirección. Rescatarlo a toda costa. Samar ha dado las señas del agente y tres compañeros han salido a buscarlo, pero supongo que no lo encontrarán. Samar lo creía inútil y se ha marchado, después de citarse conmigo y con el comité de sin trabajo a las diez en una taberna de la Plaza Mayor. Los compañeros parados estarán media hora después en ese barrio y ya veremos lo que se hace.

La huelga va bien hasta ahora. Los socialistas secundan el paro. No hay más que ver el aspecto de la ciudad para comprenderlo. La huelga será general esta tarde. Anoche fue una comisión de nuestros sindicatos a ver a los directivos reformistas y no los quisieron recibir. Hoy éstos han lanzado dos manifiestos que son repartidos por policías diciendo a los trabajadores que no hagan caso a los elementos irresponsables que quieren arrastrarlos al caos. Pero son tan imbéciles que permiten que los repartan los agentes. Un manifiesto como ése en manos de un policía, está enseñando el plumero. Los compañeros de sus mismos sindicatos lo ven con disgusto y sus resultados van siendo nulos. Ya se han retirado todos los taxis. En el centro las tiendas no se atreven a abrir. El ramo de la Construcción ha parado íntegro, incluso los servicios del municipio. Los camareros, también. Artes gráficas, transportes, artes blancas, metalurgia y madera han respondido como siempre. Los choques no han sido tantos ni tan sangrientos. Los mismos patronos tratan al esquirol, como a un esclavo sin dignidad. Los tranvías siguen funcionando en algunas líneas, dedicados

a pasear a la guardia civil porque el público no se atreve a ocuparlos. Pero habrá que darles un escarmiento. Obligaremos a la ciudad entera a guardar luto por el asesinato de los tres camaradas. Llego a la Puerta del Sol. En la acera de la izquierda, los sin trabajo del ramo de la Construcción toman el Sol como todos los días. Se ven pocos burgueses por la calle. Abunda más el obrero y se advierte que es huelguista por esa mezcla de desenfado y de recelo con que transita. La calle no es de nadie aún. Vamos a ver quién la conquista. La guardia civil, la de Seguridad, los de Asalto, la policía privada, aguardan en los patios de los edificios públicos y en los destacamentos fijos que tienen media puerta cerrada. En Gobernación hay viseras negras, barbuquejos echados y miradas de águila que se tienden en todas direcciones. Timbres de teléfono, y cintas de telégrafo, aunque fuera de Madrid no hay razón todavía para que ocurra nada. La Regional, sin embargo, ha respondido espontáneamente. Aunque no hay periódicos hemos tenido noticias de que en las dos Castillas las Federaciones locales están reunidas para tratar la cuestión. Ya se sabe lo que eso significa.

Voces, tumultos. Esta Puerta del Sol es como un golfo en el mar, agitado siempre. Yo he visto a veces ocupadas todas las bocacalles por la fuerza. Vacía por completo la plaza y de pronto, naciendo del mismo asfalto, unos hombres manoteaban y gritaban. En seguida, algún disparo. La rebeldía está aquí, en las farolas del alumbrado y en las bocas del metro. Esto que ocurre en la Puerta del Sol sucede en toda España. Lo bueno de nuestra táctica es que nunca sabe el Gobierno dónde tiene el enemigo. Y esta táctica no es que sea nuestra, sino del temperamento español. La monarquía dicen que cayó así también. Llega un momento en que las pasiones han infestado el aire y ya no se puede respirar, y ocurren las cosas más extraordinarias sin que nadie emplee los recursos que tenía preparados. Nosotros mismos hemos acordado la huelga general. Parece que

debíamos limitarnos a hacer una huelga lo más completa posible. Pero la organización está detrás, dispuesta a ir siempre adelante. Uno dice: «¡Hasta aquí!» y mil voces gritan: «¡Más allá!» Hay entre esas voces, obreros y mujeres, gente bien vestida y mendigos. Avanzamos más y de pronto vemos que los cuadros sindicales peligran. Paramos un poco y decimos otra vez: «¡Hasta aquí!» El aire y las losas, la luz y los edificios nos gritan: «¡Más allá!» Consultamos a la Federación Local y nos contestan un «¡Más allá!» firmado y sellado. Vamos a la Regional y nos dice «¡Más!» Éstas consultan al comité nacional y los grupos al Peninsular. Todos contestan, sin palabras casi, con una sola consigna que es la de ayer y la de mañana... La de siempre. «¡Siempre más!» El incidente primero ha sido ahora en Madrid. Otras veces es en Sevilla o en Barcelona. La organización entera, sin consultarse o sin previas conferencias telefónicas —tenemos minado, sin disciplina y sin verdadera organización el sistema de defensas del Estado — va detrás. ¿Adonde? No lo sabemos. ¡Camaradas Progreso, Espartaco y Germinal! En la noche del domingo nos clausuraron los sindicatos, desplegaron las fuerzas contra nosotros, pero la huelga estaba acordada y según me dijo Samar en la reunión clandestina de la noche se puntuallizó lo necesario para que las órdenes llegaran a todas partes. Nosotros no hubiéramos ido más allá de la huelga de cuarenta y ocho horas, pero al empujarnos a la clandestinidad, a las sombras nos han llevado a nuestro propio elemento y ya veremos qué ocurre. El Comité nacional ha lanzado ya su consigna, sin necesidad de órdenes ni telegramas. La consigna está siempre en el aire: «¡Más allá!» Ya lo sabemos «¡Más!» ¡Siempre más! Dormid tranquilos camaradas. Vamos adonde vosotros queríais ir. El cielo es azul, y los viejos mendigos esperan en los atrios de las iglesias el olor de pólvora, venteando el aire con miedo.

Para ir al lugar de la cita debía pasar por la Puerta del Sol, pero al ver las precauciones que han tomado retrocedo y

voy a dar la vuelta por un laberinto de callejuelas. Estoy «en comisión» y hay que privar a esas gentes del gusto de meterme en un calabozo. Dos vendedores de periódicos pregonan el de hoy, la «Hoja». Es lunes y no hay más prensa que ésa, medio oficiosa. En estas callejuelas también se observa el paro porque los pequeños industriales han cerrado o tienen la puerta entornada. La soledad y el silencio les dan un aspecto sombrío. Domingo rojo, domingo verdadero. No como aquellos domingos para mí solo —cuando estaba sin trabajo— que me aflojaban las ideas ni como los domingos en los que los ricos no descansan porque no han trabajado y nosotros no podemos descansar sino mecánicamente, porque el afán de la lucha sigue siempre encendido. No son los domingos individuales, negros, del hambre vergonzante, ni los blancos de las campanas y los trajes de fiesta, sino los auténticos domingos rojos, los nuestros. Domingos sin taxis, sin tranvías, sin burócratas indecisos en los paseos. Domingos en los que la calle y el aire libre son una delicia y vamos a conquistarlos a tiros, a robárselos a los guardias de charol, a la triste policía mal dormida. Ya estoy en la Plaza Mayor: soportales, casas del siglo XVII y XVIII, Felipe IV. Historia mugrienta. Archivos municipales. Legajos y carillón. Árboles enanos y árboles gigantes. Otra vez Felipe IV. No nos interesa la historia, ni el arte, la historia de los reyes ni el arte decorativo de las cortes. Vivís colgados de un artesonado brillante, con los pies en el aire. Bastará que tiremos un poco de ellos para que os ahogue vuestra brillantez, vuestra propia grandeza.

¡Fuera la historia! Dicen que esta plaza es muy hermosa. Representa una época de la corte de los Austrias. Eso no nos interesa. Ahí se hacían los autos de fe.

En un rincón, bajo los soportales, se abre un pasadizo que desciende sobre escaleras de piedra, a una plazuela con pavimento de canto rodado. Al principio de la escalinata hay una puerta de cristales con cortinilla roja, escondida tras una especie de balcónaje. Vamos a reunirnos el Comité de los sin

trabajo con la Federación de Grupos y Samar. Éste por la local. Son las diez en punto. Yo represento aquí a la Federación y soy el primero en llegar. Antes de sentarme escojo el sitio de manera que tenga cubierta la retirada si llega el caso. Me traen vino y espero procurando meter el rostro en un triángulo de sombras. Llega después Murillo, el comunista, que tiene cuadriculada la cabeza en mil celdillas y en cada una de ellas lleva una especie de semilla seca. No abandona, por mucho calor que haga, un jersey gris. Es pálido y flaco, y habla como si tuviera sueño. Da una impresión de piedra pómmez. Se acerca y se queda de pie al otro lado de la mesa.

—La huelga va bien —dice— aunque quieran frenarla.

—¿Y vosotros? —pregunto.

—La posición nuestra está señalada por la necesidad de contribuir a la radicalización de las masas sin perder la línea. La carta de la Internacional refuerza la posición del comité regional. Las masas están radicalizadas. ¿Se pierde la línea por unirse circunstancialmente a vosotros?

—¡Que te van a echar, Murillo!

Murillo sigue hablando y esgrimiendo el papel. Yo lo interrumpo de vez en cuando. Pero como nunca oye a su interlocutor, sigue hablando. Por fin me pregunta:

—¿Por qué van a echarme?

—Por labor fraccionaria. Por oportunismo.

Esperamos con alguna impaciencia. Tardan demasiado los del Comité. ¿Y Samar? ¿Les habrá ocurrido algo? Hago a Murillo una reflexión:

—¿Cómo os las arregláis para que en España la solución comunista, el capitalismo de Estado, los rechacen las masas? Yo en el caso vuestro sentiría una terrible responsabilidad.

Calla Murillo. Por fin pregunta:

—¿Cuál es tu posición?

—Si las masas aceptaran vuestro programa yo me alegraría e iría a él en la seguridad de que llenabais y cumplíais una etapa de nuestro proceso revolucionario. Pero

las masas lo rechazan y prefieren seguir un camino más áspero. Esa preferencia es una fuerza y es una razón que yo percibo muy bien. Porque yo me siento masa, amigo Murillo. La inteligencia en mí no me lleva nunca con las minorías. Estoy con la lógica del hecho espontáneo y me atengo a sus consecuencias antes que a mis prejuicios. ¿Comprendes? Llegaban ya los otros cuando Murillo después de reflexionar un poco me dijo:

—Eres un anarco burgués.

Era una ofensa, pero Murillo es un poco inconsciente en sus juicios, y la inconsciencia, y el hecho directo y espontáneo son hermanos y me gustan por igual. Samar llegaba con noticias: En Cuatro Caminos han sacado las ametralladoras a la calle.

—¿Cuáles, las nuestras? —pregunté.

Murillo abrió los ojos de a palmo:

—¿Tenéis ametralladoras?

Los del comité de parados sonreían con misterio y callaban. Uno preguntó a Murillo:

—¿Cuántos sois en el partido, aquí en Madrid?

—Cerca de trescientos. Pero nos vamos a separar en el próximo congreso porque entendemos que el ejecutivo hace una labor izquierdista.

Samar rubricó en broma:

—¿No sois aún una minoría bastante reducida para asumir el poder?

Murillo volvía a sacar la carta y hablaba otra vez de la radicalización de las masas. Gómez, un albañil, hizo con el brazo un movimiento de izquierda a derecha y dijo:

—Bueno, camaradas. Dejémonos ya de tonterías que hay cosas que hacer.

Comenzamos a tratar lo que se haría inmediatamente. Los puntos de acción —los objetivos— eran un almacén de víveres que tenía personal esquirol y que Villacampa había señalado, y una armería bien provista, que estaba en la plazuela anterior al almacén. A su juicio había que asaltar al

mismo tiempo la armería y el almacén de víveres. Yo le hacía reflexiones sobre las dificultades. Había que evitar que en lo posible cayeran nuestros compañeros. Murillo intervino:

—¿Por qué? Es natural que caigan. Los parados son la vanguardia...

Gómez lo fulminó con la mirada y siguió diciendo que llevaban entre él y otro veinte «piñas» —bombas de mano— pero que no eran armas para ponerlas en manos hambrientas, sino en la de hombres serenos y seguros. Las repartiría entre nosotros. Bien aprovechadas garantizaban el éxito. Además llevábamos pistolas. Murillo se excusó. Tenía que hacer. Nos dejó unos folletos y se quiso marchar diciendo que él lo veía bien todo. Gómez movía la cabeza de arriba abajo:

—Éste no es comunista ni es nada. Un señorito malasombra. ¡Siéntate y calla!

Murillo volvió a sentarse. Dijo que no arrojaría bombas pero que estaría a nuestro lado y que precisamente la sección española del Partido Comunista... Samar se reservó, con Gómez, la labor de contención y vigilancia en los alrededores por donde podían acudir fuerzas. Irían con ellos diez compañeros con armas, distribuidos en grupos de tres. Villacampa se encargaba de dirigir el asalto al almacén de víveres. Aceptaba su misión con orgullo. Era más peligrosa y más gallarda que la de Samar. Villacampa y Samar se trataban con cierto recelo porque el primero había hecho suya mi acusación contra el periodista dos horas antes y en realidad había tenido Samar dos fiscales. Se lo veía dispuesto fría y tenazmente a todo. Tenía presente tanto como la fuerza ascendente de los compañeros en lucha, la debilidad de los partidos en el poder y veía posibilidades y coyunturas luminosas.

—Si la huelga es completa esta tarde —decía— hay que pedir solidaridad a otras regionales.

Esperaban que los directivos socialistas no tendrían más remedio que sumarse a la huelga para no dar sensación de

impotencia. Samar se apuntaría un tanto.

Salimos divididos en tres grupos después de acordar los pormenores de la acción. Murillo hacía comentarios sobre la adhesión de los socialistas y el frente único por la base. Bajamos entre las esquinas sarnosas del siglo XVII, donde los picaros de Quevedo se rascaban blasfemando de placer. La plazuela está desierta. Dos calles más abajo, hacia un mercado público, los grupos comienzan a dar a la calle su aspecto dominguero. Como abundan las mujeres que han salido a las compras mañaneras y los vendedores ambulantes, los grupos no llaman la atención. Yo me doy cuenta, por algunas caras conocidas, de que en este sector se encuentran por lo menos dos mil de los nuestros esperando la señal. El comité se disemina. Aquí y allá se detienen nuestros compañeros y en seguida son rodeados por tres o cuatro que los escuchan. Son los preliminares. Esos tres o cuatro se separan y dan a su vez las consignas. En un instante se ha desplegado una red de palabras que abarca todo el mercado de legumbres de la calle de al lado y el cordón de parados que finge tomar el Sol a la entrada de la plazuela. Los hay de los aspectos más variados, pero a todos los uniforma el desaliento.

El Sol palidece y pasan a veces las nubes pintadas del aluminio de las pantallas de cine. En el otro extremo se han arremolinado unos cuantos obreros y se los ve precipitarse por una callejuela. Mi puesto está con Gómez y Samar; los busco y voy allá. Los compañeros corren descuidadamente. Yo me he separado un poco del Comité porque he visto a Eugenio Casanova sentado en el umbral de una puerta cabeceando dormido. Lleva ahí desde ayer a mediodía, esperando que vuelva un camarada a quien le oyó decir días pasados que tenía dos pistolas. Él no tiene ninguna. Le digo que me siga y nos incorporamos a los otros. Hemos tomado las calles que afluyen a la tienda de armas. Nadie lo diría, porque tres hombres sin uniformar, paseando con aire distraído junto a una esquina no intimidan a nadie. Pero

tenemos cuatro granadas cada uno y nuestra pistola en el bolsillo. Lo mismo ocurre en las calles próximas. Si llegan fuerzas, el frente se situará fuera del tumulto del asalto y los compañeros se podrán proveer de armas y de víveres. Un mar encrespado de voces y ruidos invade las cercanías. Murillo viene, nervioso, con noticias:

—Los de las juventudes van adelante. Han arrancado un poste de un andamio y lo usan como ariete contra los cierres metálicos. La vanguardia no la forman los parados. Los del ariete son huelguistas, no son parados. Aquí no se cumplen las previsiones. Voy a ver por qué.

Se marcha, y Gómez mueve la cabeza.

—Tiene el seso aguado. Los mismos compañeros le van a dar una castaña, si se descuida.

Suenan los golpes del ariete contra las persianas metálicas. Los obreros llevan el ritmo con un aullido.

El estruendo se destaca de la confusión de voces. Los compañeros se han embriagado ya. Que vengan los escuadrones de Asalto, los de Seguridad. Seguid embriagados, que nosotros os defenderemos. «Star-9». Buen ojo y mano firme. Pero el estruendo no nos permite oír si llegan los guardias. Gómez avanza y se destaca. Regresa corriendo, levantándose las solapas y bajando la visera de la gorra.

—Cuidado. Pongámonos en estos portales. Si se da mal, podemos huir a cubierto.

Quedamos ocultos en la sillería de un viejo caserón. El ruido del ariete revela que han sido destruidas las puertas. Samar está pálido. También se ha levantado las solapas y se ha bajado las alas del sombrero de modo que sólo se le ve la nariz. Los dos empuñan la pistola. Yo tengo una granada en cada mano y un cigarro encendido en la boca. Las granadas tienen tres centímetros de mecha. Ya veremos. Ahora el clamor es más fuerte en la calle de al lado, con el asalto del almacén de víveres. Gómez vuelve a asomarse. Las fuerzas no se ven. Se nos oye la respiración.

—Han debido echar por la otra esquina. Pronto lo sabremos.

Efectivamente, los compañeros que tienen nuestra misma misión en la otra calle disparan tres veces. Patinan y caracolean los caballos. Retroceden al trote y se oyen cada vez más cerca. Samar da un salto hacia atrás y se incrusta en la pared:

—¡Cuidado, que vienen!

Se oye el sordo estampido de los mosquetones y de las carabinas. Algunos guardias sostienen el fuego mientras los demás vuelven y buscan el acceso por nuestro lado.

—¡Ahí están!

Gómez asoma la mano apoyando el cañón en la esquina del portal y dispara. Samar también. Ha debido caer un caballo. Yo he encendido la mecha y aunque no es indispensable porque se los ve dispuestos a retroceder, ya no puedo retener la bomba en la mano y la arrojo. El estampido ha sido formidable. Están desconcertados. Vuelven grupas casi todos. Se quedan tres pegados a las puertas, pero presentando buen blanco. Un guardia se ha retirado herido y Gómez dice extrañas palabras con los dientes apretados. En la calle de al lado se reproduce la escena.

Y he aquí que la avalancha de los nuestros llega, rica en armas y en entusiasmo. Uno lleva una pistola ametralladora y no sabiendo qué hacer con el culatín lo arroja al suelo. Luego, a salvo de los tiros, hojea un folleto y va poniendo los dedos según las instrucciones. Han caído dos y los demás avanzan. Los guardias retroceden y huyen abandonando los caballos. Llega Murillo. Yo le pregunto y me va contestando, con una alegría diabólica:

—El almacén de víveres está vacío. La armería también. Hay algunos heridos con cortaduras en la mano porque han roto el escaparate a puñetazos.

—¡Hay que retirarse!

—¿Retirarse? ¿Por qué?

—La línea exige que vosotros no intervengáis.

Lo apartan de un empujón y avanzan. Siguen llegando balas desde muy lejos. Murillo se ha quedado danzando entre los rebotes de los proyectiles y gruñendo: «Las etapas se cumplen. No me podéis herir. Yo no puedo caer. Ni vosotros, compañeros.» Se refiere a nosotros tres. Gómez se guarda la pistola y salimos del escondite. Coge a Murillo de una manga y lo arrastra, a la otra parte de la esquina. Ya allí le dice:

—Te vamos a recusar en el comité.
—¿Por qué? —pregunta Murillo impávido.
—Porque estás, *chalao*.

Luego llega Villacampa, muy satisfecho. Hay que huir. No podemos seguir aquí un instante. Samar lo mira de una manera rara. Como ha sido Villacampa el que llevó la acusación esta mañana en la Federación de grupos... Villacampa sostiene la mirada. Temo que lleguen a pegarse, pero de pronto veo a Samar que le pone la mano en el hombro y le sonríe. También el otro sonríe. Luego hablan los dos al mismo tiempo, se cambian impresiones, con visible aturdimiento.

La fuga se va generalizando. Apenas hemos disparado diez tiros. Todo ha sido demasiado fácil. Quedan algunos compañeros rezagados, que por nada del mundo se retirarían.

Se tirotean con unas siluetas lejanas, apenas visibles. Tres compañeros que llegan cargados con víveres, al oír los disparos tiran su cargamento, avanzan y sacan las pistolas. Samar se dobla las solapas, mete la mano en el bolsillo donde guarda la pistola y asoma un dedo por un orificio. Saca los papeles. Están atravesados por una bala que le ha rozado la cadera. Entre ellos está la carta de Amparo. La rompe en mil pedazos, los tira al aire y caen en fina lluvia. Al lado gritan:

—Hay seis detenidos. Los conducen a empujones por la calle.

Samar piensa: «esto es como una verbena, pero con sangre.»

VIII

Los ataúdes pierden el rumbo y naufragan

HEMOS comido dos amigos y yo en una taberna que hay junto al hospital y nos ha resultado muy barato porque sólo hemos tenido que pagar el vino y la cocina. Los víveres los traímos nosotros. Había arroz de primera, jamón, latas de guisantes, y luego manjares caros como *foie-grass* y caviar, que los otros no han hecho más que probar porque no les gustan. A mí tampoco, pero sea porque soy del ramo mercantil y sabemos apreciar lo fino o porque conociendo el precio no puedo pensar que sepa mal sino que mi paladar está desabrido, el caso es que me los he comido yo. Los amigos están contentos porque tienen armas. Creen que ahora va de veras y que la república se hunde. Con menos se hundió la monarquía. En un rincón está la tía Isabela dormitando sobre un vaso de vino. Ha pasado la noche rezando a la puerta del hospital. Al amanecer la hemos hecho entrar aquí. Tiene el pelo blanco y tirante, y su cara es una nuez pelada. Ese vaso es el mismo que le pusieron a las seis de la mañana y no lo ha tocado. De vez en cuando pide agua, reza un padrenuestro o blasfema en voz baja sin inmutarse. ¡Quién sabe lo que a esa vieja le ocurre por dentro! Más que una madre a la que le han matado el hijo es una vieja avara cuyo tesoro ha sido robado. Indignación contra nosotros, contra la policía, contra el tabernero. Le hemos ofrecido de comer y nos ha soltado dos tacos redondos, como un carretero. Alguien se ha reído a carcajadas:

—Es templada la abuela.

Después ha entrado un argentino que a veces va por los sindicatos. Habla con un dejo triste como los cantores de tangos cuando entre la música se ponen a recitar. Creo que

es rico y que ha venido a la organización hace poco. Cuando habla, acciona como los atletas que salen en el cine, con *ralenti*. Samar me dijo que si me fijaba vería que hablaba siempre con pedazos de títulos de la prensa. Y es verdad. Al entrar vino y me dijo:

—El entierro se verificará a las tres —yo afirmé y él añadió cabeceando:

—La situación se agrava.

Había querido encargar una corona de claveles rojos, pero no trabajaban en las tiendas. Uno de los amigos le advirtió:

—Déjese de pamplinas y dele el dinero al comité de socorros.

El argentino quedó extrañado.

—Hombre, pamplinas...

Yo lo arreglé:

—Quiere decir delicadezas; que se deje de finezas.

Seguía comentado:

—Ha sido terrible. La policía se ha extralimitado en sus funciones y la conciencia proletaria se rebela.

Apoyaba en una palabra toda la fuerza de cada frase y luego de esa palabra se comía la mitad. Alzaba los brazos rítmicamente, se columpiaba sobre un pie.

—Fueron terribles.

—¿Qué?

—Los graves sucesos de ayer.

Afirmábamos todos, y él seguía:

—¡Tres familias proletarias en la miseria!

Volvíamos a afirmar. Yo no sabía qué decirle. Veinticuatro horas pensando en eso para que ahora venga a descubrirnoslo. Le señalé a la tía Isabela:

—Ahí tiene usted a la madre de Germinal.

Le dio el pésame. La vieja se quedó mirándolo:

—¿Usted quién es?

—Uno más.

El argentino se sentaba y le decía que tomara lo que

quisiera. Ella negó, sin darle las gracias. Lo estuvo examinando y no se sentía mal, a pesar de todo, con su compañía y sus finezas. Debía pensar: «Me trata como a una alta señora». Entretanto yo contaba que un día los agentes hicieron un registro en su casa —en casa del argentino—. Él estaba contento porque los agentes le preguntaron su ideología y les dijo que era anarquista. Hablaron un poco más con él y uno fue al gramófono y puso un disco mientras el otro registraba. De vez en cuando dejaban de registrar y buscaban otro disco; discutían sobre qué tiple era mejor y cuando se ponían de acuerdo le daban al manubrio y registraban otro poco, tarareando. El argentino se indignaba:

—¿Es que no me van a llevar a la cárcel?

Luego justificaba el que no lo detuvieran diciendo que los agentes tenían miedo a complicaciones diplomáticas. Pero lo cierto es que no terminaron mientras hubo discos y que se llevaron una caja de cigarrillos caros. El argentino movía inquieto sus posaderas sobre el taburete. Ahora la tía Isabela hablaba muy excitada:

—Todas las mujeres del mundo, si les asesinan al hijo pueden ir al juez, a la policía, a los tribunales. Todo eso está para apoyarles y defenderles. Pero dígame usted ¿a quién voy a ir yo? ¿Quién va a castigar a los asesinos?

Calló un poco y luego añadió:

—¡Ah, si yo fuera joven!

Apretaba los puños y daba sobre la mesa. El argentino decía algo que yo no comprendía: «justicia popular», «tribunal de la revolución». La tía Isabela blasfemaba con una lágrima en las pestañas:

—Desde hace treinta años venía pensando Germinal que la revolución era cosa de unas semanas y decía esas mismas palabras.

El argentino afirmaba, y entonces ella le hizo una seña y le dio algo por debajo de la mesa. La cara del argentino cambió de pronto. Por el tacto reconoció que era un explosivo de «piña». Se levantó con él en la mano. Ella le

hacía señas vivaces para que lo escondiera, pero el argentino vino, como un sonámbulo. Sonreía con cara de vinagre y decía que sí a los gestos de la vieja. En la taberna había dos ancianos más y un flamenquillo del barrio. El susto que yo me llevé no es para describirlo. Uno de los viejos se puso a hablar con el tabernero. Era ayudante de los médicos, una especie de mozo del depósito. Entraba y salía con los cubos y las ampollas de desinfectantes. Asistía a las autopsias y estaba familiarizado con su trabajo. Tenía un aire muy tranquilo y reposado y se parecía algo al contable que hay en mi tienda. De monjas y médicos se le habían quedado unos meneos delicados. Hablaba de la autopsia de Germinal como si la hubiera hecho él.

—El caparazón del cráneo era fuerte. Al tercer martillazo hizo brecha.

La tía Isabela escuchaba con los ojos redondos, como un pájaro. No se extrañaba de nada. El viejo seguía:

—Ese hombre era como un bloque de cemento. Y joven. En cambio uno es flojo, viejo y enclenque y sigue en dos patas metiendo y sacando cubos.

La tía Isabela murmuraba con ternura:

—Era más amigo del martillo y del formón que de los besos de la vieja.

Y se sentía orgullosa de haber formado aquel cráneo que necesitaba tres martillazos para abrirse. El argentino temblaba. Le cogió la bomba un compañero. Entonces el argentino se acercó a la puerta y se puso a mirar por los cristales, para disimular su nerviosidad. Yo me fui a la tía Isabela y me senté enfrente. Le pregunté con cierta violencia:

—¿Por qué hace eso? ¿Cuántas bombas lleva encima?

—Cuatro más.

—Démelas usted.

Me las dio por debajo de la mesa sacándolas del pecho. Le pregunté dónde las había encontrado y sonrió con cansancio.

—Aunque él no lo creía, no daba un paso sin que lo supiera yo. Junto al hueco de la chimenea tenía cerca de dos docenas.

Le encargué que no volviera a tocar nada. Me dijo que con las bombas había un papel escrito, con una orden de no sabía qué comité. Yo escribí otro: «Cuatro se gastaron en lo de Germinal, Espartaco y Progreso» y firmé con un número.

—No deje usted de poner este papel con el otro. ¿Cómo llega usted al escondrijo?

—Por un agujero que hay abierto en el interior de la chimenea.

El tabernero, redondo y rosáceo, sin pestañas y casi sin cejas, chillaba discutiendo con el empleado del depósito.

—¡Lo dicho! El que mata a un cerdo, igual mata a una persona. ¡Degollado, se entiende!

El otro le argumentaba algo que yo no entendía y el tabernero contestaba:

—¡Ah, con escopeta ya es otra cosa!

Mostraba en sus ojos pequeños el miedo de un cerdo al que le ha llegado su San Martín. Y no lo digo por la revolución, porque el pobre hombre simpatizaba con nosotros.

Cuando volví a la mesa de mis amigos, el argentino advertía desde el cristal de la puerta: «Han llegado tres camiones de guardias de asalto y van limpiando de gente la calle. La fuerza pública entra en acción. Ante el entierro se temen desórdenes.» Luego añadió de pronto: «¡Surge una situación peligrosa! La policía practica cacheos y parece dirigirse aquí.» Nosotros sacamos las pistolas y las dejamos en unas salientes del encaje del tablero, debajo de la mesa. Las bombas quedaron en el suelo, alineadas contra la pared. La policía entró. Cacheos. Advertencias al dueño del local. El mozo del mostrador sale a entornar la puerta. Ponemos con la policía una cara de lo mismo nos da, que resulta bastante bien. Ya registrados, sin que nos encuentren nada, van hacia el fondo. Cachean a los otros. La tía Isabela averigua de

pronto que son policías y comienza a chascar la lengua contra el paladar. Se levanta dejando caer el rosario y se pone en jarras. Menuda y frágil, desarrolla una fuerza de muchas atmósferas. Por su boca van saliendo palabras y frases comedidas al principio, más duras después y luego ya soeces y estallantes. De vez en cuando levanta el gallo y avanza decidida. El tabernero les advierte que es la madre de Germinal y los agentes vacilan un instante pensando que esos sujetos, muertos en nombre del orden, pueden tener madre como las personas decentes. La tía Isabela se da puñetazos en el bajo vientre, sobre las faldas y grita:

—Yo lo he parido. Yo. Para que me lo matarais vosotros, ¿verdad? ¿Qué sabéis vosotros lo que es parir hijos?

Optan por echarlo a broma. Le dicen que no lo saben ni esperan saberlo nunca y se van. La tía Isabela los sigue hasta la puerta con su frase favorita:

—¡Hala, hala! ¡A hacer puñetas!

Después vuelve a dejarse caer en el rincón, como un guiñapo, pero su puesto detrás de la mesa tiene ahora verdadera solemnidad. Agarra el rosario del suelo y lo besa. En ese momento entra Star con el gallo en los brazos. Nos dice que la fuerza pública quiere impedir que los obreros lleguen al hospital. Viene con el gallo porque la casa está ocupada por la policía y lo más probable sería que se lo comieran.

Desde la puerta veo a los guardias comenzar a acordonar el edificio. Tendremos que salir de aquí lo antes posible. Star no tenía nada que hacer en este sitio, con nosotros. En todos nuestros pasos será un estorbo. La mujer, hoy por hoy, es una dificultad. Parece que el tabernero nos vigila. Quizá se haya dado cuenta de todo y no sé por qué razón, porque hasta ahora los quesos de bola no tenían conciencia. Se han marchado los dos viejos y han ido a meterse en el hospital. Luego aparecen en la puerta con sus gorras de uniforme y sus chaquetas pardas. El tabernero sigue husmeando y de pronto rueda hasta el teléfono y lo descuelga. Telefona a su

mujer y le dice que puede estar tranquila. Yo pienso en su hogar y en el que un día tuvo la tía Isabela, esa vieja llena de amargas experiencias que no le han hecho otro efecto que acusarle más los tendones del brazo cuando cierra el puño con rabia. El tabernero no sabe más que de «frascas» y «cañas». Y los dos han tenido su hogar formado y un amor... ¿Cómo será el amor? Ellos lo hicieron todo y ahí están como si tal cosa. En cambio si Star y yo... Con el gallo resulta esa chica más linda que las duquesas de los cuadros con los galgos y los pavos reales. Y ya se ve que un gallo es una cosa bien estúpida. Yo pienso en eso y ella se figura todo lo contrario.

—Si os queréis marchar, no os preocupéis de nosotras.

Me mira, y como yo no digo nada, ella advierte que había venido aquí porque sabía que acudiría Samar. Luego me reprocha que haya pedido un voto de censura contra él y me dice como el que no quiere la cosa que puede garantizar que hizo el croquis porque fueron juntos. Ahora es cuando me resulta tan tonta como antes y me da vergüenza haber pensado de otra manera. Me encojo de hombros y le digo que Samar no puede tardar porque tenemos quehacer.

—¿Se puede saber qué clase de quehacer?

—Se puede saber pero no se debe decir.

Samar llega poco después. Al verlo nos disponemos a salir los tres, pero él nos dice que esperemos y se va derecho al teléfono. Habla con voz de estar muy lejos. Dice cosas raras, monosílabos, ríe sin ganas y vuelve a decir vaguedades. Se ve que le preguntan desde dónde habla y que miente al decir: «Desde el Ateneo» Luego el nombre de un cine y la voz velada para decir una ternura. Veo a su novia en la plataforma del tranvía de Goya. Quizá habla con ella a mil leguas de distancia. El mundo de ella es otro, donde hay sedas y vidrios de colores y las gentes dicen «¡muy amable!», y después de decir que sí o que no añaden siempre un «sin embargo...». En la cara que pone Samar al volver se ve que piensa algo parecido: «¡Oh, el teléfono, que

en un instante comunica dos mundos más lejanos que la Tierra y Marte!». Pero en realidad lo que nos dice es que leamos un pequeño manifiesto que lleva en el bolsillo y en el que los socialistas decretan la huelga general. «¿Cómo les contestaremos nosotros? Hay que contestar.» Yo creo que no es tan importante.

—Lo principal —le digo— es que no hayan tenido más remedio que secundar el paro. Eso del manifiesto no importa porque ya es el lado político de la cuestión.

Y es verdad. Samar siempre ve por encima de todo ese aspecto. Llega la tía Isabela con las intenciones cuajadas en el entrecejo. Estamos todos de pie y sin darnos cuenta, alineados. Ella desea la intimidad moral de cada uno y la va leyendo en nuestros ojos. El argentino habla:

—Desde pequeño todos dicen que soy un deficiente mental. Ahora ya no dirán: es tonto. Dirán más bien: es anarquista. Y lo dirán quizá con un poco de miedo.

El más alto de mis dos amigos:

—He salido a que me maten como a Germinal.

El otro:

—Yo quisiera cortarle el resuello a Madrid. Que las gentes tengan que salir huyendo a trabajar a las minas y a labrar el campo. Con trajes viejos y barba de ocho días, como yo.

Star:

—Yo sólo quiero librarme al gallo de los dientes de la policía.

La tía Isabela mueve la ceja y la oreja izquierda, se toca la nariz, comprueba bien sus dimensiones y vuelve a su rincón. Antes ha mirado al tabernero. Este decía, en silencio:

—Le acompañó a usted en el sentimiento.

Al ver que los otros se daban cuenta de su estado de ánimo levantó la cabeza y escupió:

—¡Maricas! Sois unos maricas todos.

Salimos de la taberna y en ella se quedaron Star y la abuela. Los obreros creían que no habría entierro, que las autoridades querían evitarlo y que los tres cadáveres irían en un furgón automóvil por callejas extraviadas y a toda

velocidad. Los obreros querían entierro, manifestación, con tres carrozas descubiertas. El homenaje de la ciudad para sus mártires. Hasta última hora se tenía la impresión de que no habría entierro. Pero en este momento llegan noticias sensacionales. En el hospital están ya los jefes socialistas. No son tres muertos, sino cuatro. Además de Progreso, Espartaco y Germinal, hirieron a un socialista sin trabajo que ha fallecido ayer tarde y los jefes socialistas se han alegrado porque ha sido un pretexto para justificar la adhesión de sus masas a nuestras consignas y para reclamar al resto del Gobierno, el entierro y la manifestación de duelo.

Los dirigentes socialistas al ver su fracaso de esta mañana comenzaron a pensar que los socialdemócratas ya han fracasado en otros países, en Alemania y en Inglaterra, y que aquello de llamarse proletario está, en ciertos momentos, tan bien como en otros llamarse ministro. Reclamaron manifestación y entierro para los cuatro y el resto del Gobierno accedió con la condición de que al frente fueran ellos. Y ahí están. ¡Camaradas Progreso, Espartaco y Germinal! Ahí los tenéis. Hace quince años eran compañeros vuestros en los sindicatos socialistas. Hoy lo quieren volver a ser a través de la madera barata del ataúd, porque las masas están en las calle y los tiros atraviesan las ventanas y penetran hasta las escondidas alcobas. No se han acostumbrado aún a la nueva autoridad. Les ha llegado cuando ya la estabilidad política se sitúa más allá de la socialdemocracia, como dice Samar. Está poco animado, el periodista. Anda inquieto y melancólico. Esta noche tenemos plenos de comités. Pero antes hemos de vernos los delegados de grupos. No hay nada que hacer, más que notificar a los que no lo saben aún la imposibilidad de desarrollar nuestro plan de sabotaje. Samar tiene que venir con nosotros para que sea él quien explique una vez más lo ocurrido. Pasará mal rato. Le cuesta mucho a un hombre en estos casos confesar su estupidez. Digo, la del croquis hecho en el sobre de una carta de amor.

Los guardias se retiran y se quedan formados en las calles adyacentes. Han venido los dirigentes socialistas y esto varía de aspecto. Llegan en avalancha los obreros. Intervienen los guardias para dejar un espacio libre adonde tengan acceso las carrozas y la presidencia. Los agentes de vigilancia fisgan entre la multitud pero ya es inútil porque tendrían que registrarnos a todos y llevarnos a todos a la cárcel. El Sol se nubla unos instantes, y cuando sacan los ataúdes resultan negros como la tripa de un murciélagos y más largos de lo que creíamos. Llegan las carrozas, pero la muchedumbre impide que acaben de instalarse frente a la puerta y algunos grupos avanzan dispuestos a llevar los ataúdes al hombro. Hay dudas. Por fin se los dan, escogiendo a seis compañeros de la misma estatura para cada uno. El de los socialistas va el último y lleva detrás el coche vacío con cuatro coronas de flores. Los nuestros no tienen flores.

Nadie sabe cómo ha ocurrido, pero lo cierto es que de pronto los tres ataúdes aparecen envueltos en la bandera roja y negra. Los dirigentes socialistas salen y se ponen al frente de la manifestación. Basta su presencia para que todo esto aparezca subordinado a su iniciativa, cosa que a mí por lo menos me resulta insufrible. Sin embargo hay entre nosotros bastante tolerancia, aunque no lo parezca. Samar dice que no:

—Lo que nos pasa —dice— es que no tenemos ninguna aptitud para el triunfo, para aprovechar nuestro propio éxito. Sólo sabemos aprovechar nuestras derrotas.

—No es poco.

Calla y seguimos metidos en la muchedumbre. Una vez aprobado el voto contra Samar, ninguno de nosotros será capaz de recordarle su percance ni menos aún de utilizarlo como un arma de discusión. Pero él lo sabe, lo agradece y no quiere entrar en polémicas sobre las cuestiones inmediatas. Así, vamos callados un rato, cuando aparece dando codazos un individuo amarillo y seco, de una flacura atildada. Se saluda con Samar y le pregunta el alcance de la presencia de

los tres socialistas allí.

Ahora resulta que conozco a uno de los socialistas que presiden. Hablé con él en el Congreso, donde es quizá el que más manda.

Me vuelvo a mirar hacia atrás. El río humano se pierde en la curva de la calle. Viendo la muchedumbre así a contrapelo se penetra en seguida en sus intenciones. Todos piensan lo mismo: «¿Qué hacen aquí los socialistas? ¿Por qué los seguimos?» Advierten algunos, con respeto, que hay un muerto socialista. Mirando adelante se ven navegar nuestros tres ataúdes, con lentos y torpes movimientos. A veces, cogiéndolos al sesgo y cerrando un poco los ojos, parecen gorros de la guardia civil, inmensos, huecos y duros. Ahora reparten un pequeño impreso. Otro manifiesto de los socialistas prometiendo depurar responsabilidades y dando el itinerario del entierro. «Seguirá —dicen— el paseo del Prado hasta la plaza de Castelar, y allí las carrozas partirán hacia el cementerio y se disolverá la manifestación.» Esto es un decreto. Confían en que tienen mayoría. Son las tres y media. La tarde es ya larga —el Sol de mayo cae a las siete— y la manifestación debe desviarse por la plaza de Neptuno y subir a la Puerta del Sol. Eso es lo que se le ha dicho secretamente a los que transportan los ataúdes. Samar concluye:

—Cuando murió Pablo Iglesias, los socialistas tuvieron tres días el «fiambre» expuesto al público. ¿Por qué no nosotros?

El manifiesto crea un ambiente incómodo. Los sucesos de esta mañana nos han dado un triunfo moral. Al salir al paseo del Prado la manifestación adquiere un volumen tres veces mayor. Domingo rojo, color ceniza caliente, con la ciudad escalofriada y los tres ataúdes cabeceando como los barcos, sobre la multitud. El rojo de las banderas desafía a todas las púrpuras. El ataúd de los socialistas va detrás y no lleva bandera. Samar piensa que no ha tenido tiempo de comer y a continuación añade:

—Si me dan un balazo en el vientre o en el estómago podré curar más fácilmente.

A mí se me ocurre pensar por qué razones es revolucionario Samar, aunque en realidad nunca las hay en la vida de los buenos revolucionarios. Lo son sin enterarse, por una necesidad moral que han sentido desde niños y que ha adquirido forma al crecer.

Comienzan a oírse canciones. En este bosque en el que uno es un árbol más, hay grupos que cantan y recuerdan las procesiones del Corpus. La tarde tiene velas encendidas que llevamos como antorchas y hasta a veces suena la canción al curo de los ángeles exterminadores, que van vestidos de blanco delante de las nubes.

Ahora siento la misma emoción religiosa —exactamente la misma— que sentía de pequeño en la iglesia. Claro es que sin santos ni curas. Samar está abstraído. Sin darnos cuenta seguimos el ritmo de *La Internacional*. Un grupo de la FAI que rodea los ataúdes canta *Hijo del pueblo, te oprimen las cadenas*, y parece que el cielo baja y el aire se espesa y que se respira con dificultad. La manifestación sigue y la cabecera debe estar ya cerca de Neptuno. Probablemente hay más de setenta mil obreros a nuestro alrededor. La burguesía temblará en sus cubiles. Se lo digo a Samar.

—Si fuéramos revolucionarios auténticos, esta noche se habría hundido todo —dice él.

Desde sus caballos, los guardias nos miran como los pastores a su rebaño. No sentimos ya odio. Somos fuertes y lo podemos todo. Adelante, tras de Germinal, Espartaco y Progreso, que caminan lentamente al infinito, como nosotros. Vamos al infinito de la libertad y la justicia. Samar interrumpe:

—La libertad no es un fin. Es una bandera.

¡Bah! Somos fuertes y nada nos desviará. Los ataúdes de Progreso, Espartaco y Germinal siguen el camino de la difícil ortodoxia. La muerte o el triunfo. Todo lo demás es concesión, es reformismo. Samar y yo nos proponernos

buscar la «temperatura media». Como vamos cerca de la cabecera, nos basta con ir acortando el paso, dejando que nos adelanten, y escuchando a nuestro alrededor. Voy a apuntar lo que recuerdo: «Tengo dos cargadores, pero los necesito para mí. ¿Qué menos va a llevar un hombre?» El otro murmura algo que no oigo. Nos adelantan, tropezando, chaquetas negras, chaquetas pardas, con brillo, con remiendos. «Sumando estos tres compañeros son doscientos quince los que han caído con la república.» Más chaquetas. Una con el codo roto y la vuelta de la solapa negra de sudor. «Dieciséis, porque hay que contar al socialista.» Alguien protesta: «Los socialistas no son proletarios». Samar replica: «Si no hubieran matado a ese socialista no se hubiera podido celebrar esta manifestación.» Callan porque es todo un argumento, con las ganas atrasadas que tenemos siempre de manifestarnos. Otro corrobora esto último: «Si nos dejaran actuar así, como ahora, no harían tanta falta las pistolas.» Otro afirma: «Espera, que aún no hemos terminado.» Más abajo hablan de la dictadura del proletariado. Todos la rechazan, y cuando más la admiten en manos de la FAI con el control económico de la CNT. Samar dice que sería una fórmula certera si la FAI quisiera el poder. Yo le digo:

—Tú no eres anarquista.

Samar se encoge de hombros:

—El anarquismo como negación del Estado está bien. El anarquismo integral es una religión que no me interesa porque como todas las religiones se basa en la superstición y toca, por arriba, en la utopía.

No comprendo bien esto, pero el acento de sinceridad de Samar me convence. A nuestra derecha dicen dos obreros que el mejor sindicato es el de la Construcción. Otro interviene: «El de camareros tiene organizado el subsidio de parados.» Más atrás se oye el nombre de Germinal. Los compañeros lo recuerdan siempre en anécdotas y en episodios de lucha. Toda su vida fue eso y desde el plano negativo de la muerte resalta más el continuado esfuerzo. El

nombre de Espartaco sé oye menos, pero también rueda por entre los grupos con el hurón, la linterna sorda y las cuerdas de su faena nocturna. Progreso da la impresión de que no ha muerto porque todo el mundo habla de él como si hubiera de volver a encontrarlo dentro de media hora. De Germinal se dice que «era un hombre». Nada más. De Espartaco, que era «un anarquista». De Progreso, que fue un excelente oficial albañil y que el sindicato lo organizó él. Entre los tres forman un solo organismo completo. Espartaco sería la idea, Germinal la materia y Progreso la función. Esto a Samar no le parece bien.

Seguimos retrocediendo. Todos cantan. Hay muchos socialistas y éstos apenas tienen nada que decir. Samar mira al cielo y sigue andando.

—No hay manera —dice— de encontrar hoy la «temperatura media». Todo será posible esta tarde. De aquí y de allá llegan voces inquietas. «¡Por la Puerta del Sol!» A la vista de la orden de los jefes socialistas ha reaccionado la multitud y se agarra a la consigna de la FAI Por la Puerta del Sol. Las voces van creciendo. Han llegado ya los ataúdes a la plaza de Neptuno. Samar y yo volvemos a avanzar y tardamos un poco en recuperar nuestra primera posición. Por el camino hemos ido sembrando la consigna y detrás de nosotros se levantan las voces como llamaradas. El cielo sigue gris e indeciso. Las caras son más blancas y los árboles tienen un color verde de bazar. «¡Puerta del Sol!» De la frase ya sólo se oye la última palabra: «¡Sol!», repetida por millares de gargantas. Los ataúdes se han detenido y el primero inicia el viraje. La presidencia debe estar cuatrocientos metros más arriba, en la plaza de Castelar. Los ataúdes quieren desmandarse. La entrada de la Carrera de San Jerónimo está totalmente ocupada por fuerzas a caballo y a pie. Rueda la voz produciendo nuevos ecos hasta trepidar bajo la bóveda gris como un trueno: «¡Sol!» La muchedumbre se ha detenido. Ríe Samar. El cielo, obediente pero aturdido, entreabre una claraboya y deja pasar sus

rayos amarillos. El Sol da relumbres pálidos al negro de los ataúdes. Pero no es eso. La muchedumbre sigue suspendida bajo las tres letras: «¡Sol! ¡SOL!» Sigue riendo Samar.

Su felicidad es honda y vergonzante, escondida e inconfesable como la morfina. Por ahí anda su novia; ella, su novia, le dice «Sol» quizá «Sol mío» y «Sol de mi vida». Cree sentirla transfigurada en revolución, identificada con las multitudes.

La manifestación se ha cortado. En torno de los ataúdes se aglomeran los nuestros y los demás han seguido hacia la plaza de Castelar. Hay en los socialistas una alarma expectante. Los nuestros rugen ya: «¡Puerta del Sol!» Y amenazan. Tenemos la mano en el bolsillo y los ataúdes han enfilado ya la Carrera. Los guardias se acomodan sobre los caballos, se miran inquietos. Tienen el miedo como impulso inicial; el miedo después de los asaltos de esta mañana. Cierran la calle, pero ya la abrirán. A un lado, el Palace; al otro, el Ritz. He aquí, burguesía turística e internacional, nuestros tres muertos. Al otro lo han metido en la carroza automóvil y ha desaparecido. No os asustéis. Ya sabemos que diréis que es de mal gusto, pero en España y en nuestro campo el mal gusto no es una razón. Aquí están Progreso, Espartaco y Germinal. Entre los tres ataúdes forman un buen obelisco conmemorativo. Tumbado, claro está. Pero éste es nuestro obelisco. Tenemos el mismo derecho a enseñároslo que la burguesía cuando os enseña ese otro obelisco del «2 de Mayo» entre árboles. Progreso, Espartaco y Germinal. ¡Eh, Samar, mira la Luna del día tan desvaída! LA LUNA. —Tres planetas nuevos: Progreso, Espartaco y Germinal.

Y otro ver el Sol. No es el Sol. Es la Puerta del Sol. ¿También el firmamento se va a llamar a engaño? ¡Hundamos el firmamento! No hagáis caso de ese cornetín de órdenes que nos avisa. Cantad. Nuestras voces llegarán a todas partes. Nuestras ideas entrarán a balazos en las cabezas planchadas por el egoísmo.

Un disparo. En seguida dos más. La multitud calla y los

ataúdes se bambolean sobre las cabezas. El cornetín suena de nuevo. Es la ley. Primero es la ley y luego el hecho. Así en las viejas civilizaciones. En las que nacen —como la nuestra— primero es el hecho y después el hecho y después nada y mucho después la ley. Con la última nota del cornetín suena una descarga. Los guardias se han echado la carabina a la cara. Cada descarga va seguida de un silencio mortal.

¿Quién caerá? ¿Por qué no he caído yo? Los ataúdes siguen avanzando, impávidos, sobre las cabezas. La muchedumbre se ha hecho atrás, pero los compañeros que los llevan avanzan. Se han quedado solos. Parten de nosotros los disparos en un fuego graneado cuyo eco se pierde en los aledaños de la plaza. La línea de los guardias se ha deshecho y se agrupan en dos alas a los costados. Ha caído uno. El caballo de otro se encabrita, herido. Ahora disparamos, huyendo, buscando un árbol, una piedra desde donde seguir haciendo fuego. Contestan con descargas cerradas. Hacia el Retiro, hacia la Cibeles huyen millares de manifestantes. Y las descargas siguen. En los claros que presenta el pavimento quedan manchas negras que se arrastran o gimen. Y el fuego se generaliza. Los ataúdes siguen avanzando. Un oficial se acerca al primero y con la pistola en la mano ordena que retrocedan. Entre la urdimbre invisible de las balas, dos de los que llevan el primer ataúd han caído. El ataúd rueda, cruce y queda sobre los adoquines. Los heridos se arrastran y los otros sacan las pistolas y retroceden disparando. Yo me he refugiado detrás de un banco y hago fuego. Samar blasfema con las manos en los bolsillos y mira arriba y abajo. La plaza sigue pautada de gentes que corren. Nosotros disparamos. Hay otro ataúd en tierra. Las balas siegan las flores de los jardines y se estrellan en el pavimento lanzando esquirlas de piedra. De pronto la gente llega corriendo de la Cibeles. Por allí y por la Carrera de San Jerónimo bajan más fuerzas. Hay que huir o morir. Huyamos, porque no se puede morir: a la noche hay pleno de comités.

LA LUNA. —Tres planetas nuevos: Espartaco, Progreso y Germinal.

Los ataúdes están en tierra. El tercero ha caído de los hombros heridos y se ha desgajado como la vaina seca de un fruto. Se ha abierto en dos y la semilla, blanca y amarilla, ha quedado fuera. La Plaza está ya desierta aunque parten balazos de algunos sitios y hay heridos que se arrastran y huyen sin dejar de disparar. Los guardias no se atreven a descubrirse demasiado. Un caballo herido, con la columna vertebral rota avanza y caracolea, el hocico en alto y los cuartos traseros encogidos, como una jirafa. Recorre la plaza y las riendas se enganchan en una astilla del ataúd que redobla sobre los adoquines. Con el ritmo de los disparos el animal baila arrastrando el ataúd. Huyo, como todos, pero me quedo cerca. Durante media hora nadie se atreve a dar un paso. El caballo continúa en este circo alfombrado con rosetones rojos. Sólo hay sobre el adoquinado cuatro hombres. Cuatro muertos y los camaradas Espartaco, Progreso y Germinal. Este último con los brazos desnudos abiertos a la luz, fuera del ataúd vacío. Los heridos han huido todos. Se curarán donde puedan. O morirán en todo caso donde quieran. No sometidos a la voluntad de los que disponen que mueran «en el lugar y en el acto de la rebelión». Los ataúdes —los tres— presentan varios impactos de fusil. Han vuelto a matar a los muertos.

Por la plaza llegan la tía Isabela y Star, presurosas. Dos guardias les echan encima los caballos y las obligan a retroceder y a huir. En la confusión, el gallo rojo ha escapado de los brazos de Star y pasea entre los ataúdes. Samar y yo hemos logrado alcanzar las verjas del Retiro y allí encontramos a Urbano Fernández, del comité de la federación. Sin detenerse nos dice:

—A las diez en Cuatro Caminos, para el sabotaje.

Samar advierte:

—¿Pero no sabéis que hemos desistido? ¡Ya no se puede hacer nada! Urbano se indigna:

—¡No os enteráis, carajo! Al agente que cogió el sobre con el croquis lo conocían dos compañeros que estaban en el mismo bar y que vieron la faena. Lo han seguido y se lo han cargado. Aquí está el sobre.

Nos asomamos por la calle de la Lealtad. Hemos dejado las pistolas y los carnets enterrados en el Retiro. Iremos a recogerlos antes de que lo cierren. Desde lo alto de la calle se ve la plaza de Neptuno. Sentadas en el canto de la acera están la tía Isabela y Star. No quitan los ojos del pobre Germinal, desnudo bajo la tarde. El caballo sigue danzando con el espinazo partido. Yo al ver que Star tiene en brazos el gallo respiro un poco más tranquilo.

IX

We must be hard in the line — Paraísos artificiales — «El Vigía», Diario de la noche

AL entrar en el cine —ya comenzada la sesión— sale a recibirmé una linda tropa de fantasmas: muslos y cabezas rubias. Música americana bien articulada en las gargantas de metal y en la madera del Pacífico. Ritmo no de banjos, sino de motores. La sensualidad es firme y limpia. Gimnasia y natación, lo más opuesto a la de Oriente adormecida en la serpiente fatal y la disonancia medular. Esto no es Madrid sino Nueva York. Nada representa Alcalá Zamora aquí. Ni la Institución Libre de Enseñanza con su cultura espiritualista. Ni el periodismo europeizante y ginebrino. Por abajo, gimnasia, natación, maxilares fuertes. Por arriba, un tope: Roosevelt. Política sin psicología, espíritu tan identificado con el cuerpo y con la mecánica de lo necesario que nadie diría que existe. Un ideal complejísimo pone la cucaña de las aspiraciones morales sobre la cabeza de don Teodoro. Ese ideal se resume en una fórmula abstracta complicadísima: «Valen más los hechos que las palabras». Hasta aquí ha conseguido desarrollar su espíritu ese país rubio que baila al son de los motores y lanza sobre el ritmo melodías infantiles sacudiendo el cuerpo como los negros. Un día se enteró de que a las palabras las controlaba una fuerza obscura, de orden intelectual, y se apresuró a lanzar la consigna contra las palabras. Don Teodoro se sumió en grandes reflexiones antes de hacerla suya y por fin hizo sonar las sirenas de alarma: «Sí, señor. Los hechos valen más que las palabras». No hay que fiarse de lo que se habla. Obtenida esta síntesis se durmió tranquilo en la historia. El cine americano es el templo de la única religión antiespiritualista que arraiga en Europa. Y a él vengo —iay!— a darle al espíritu una fiesta,

mientras los tiros del atardecer van rematando el día por Carabanchel Bajo.

Me instalo, en la obscuridad, guiado por la linterna sorda. Alguien dice en la pantalla con voz firme:

—*We must act hard in the line.*

Armonía de motores con una fina melodía por arriba. Acción. Lucha. Esfuerzo coordinado y firmeza en la conducta. *We must be hard in the line.* Salto en el espacio con el impulso medido, para caer de pie habiendo avanzado un trecho previsto. Acción. Sigue la música. Yo me he sentado. Mi novia está a la izquierda. «No veo una palabra.» Una mano coge mi brazo, otra se apoya en mi solapa. Oigo mi nombre y la voz que lo pronuncia está impregnada de la alegría de verme: «¡Lucas!» La miro y distingo sus contornos. Las mejillas frutales, la sonrisa lozana, los ojos rasgados y brillantes. Yo involuntariamente me acuerdo del croquis y del voto de censura. Veo en sus brazos redondos, en su perfume, en el jersey de un color tenue, en los guantes que se acaba de quitar, veo su hogar emplazado en medio de mis odios, en el plano de mis enemigos. Pero ella es hermosa.

—¡Si vieras el trabajo que me ha costado convencer a papá! Las muchachas traían noticias terribles de la calle. Sólo cuando tú has llamado y yo le he dicho que había tranquilidad se ha decidido a dejarme salir.

En la otra butaca estaba su tía, que se asomaba para preguntar:

—¿Qué ocurre, Lucas? ¿Es ya la revolución?

Mi novia se apresuraba a intervenir:

—No, tía. Para la revolución tiene que venir antes otro Gobierno más conservador, que obligue a los obreros a unirse en un solo partido.

Yo no recordaba cuándo le dije a ella eso, pero no cabe duda de que se lo dije porque asimila mis palabras y con ellas forma el fondo de sus juicios sin desviarse lo más mínimo. Yo afirmaba y la tía se hundía en su butaca

lamentando:

—Que venga lo que haya de venir; pero sin sangre.

Amparo me cogía del brazo:

—No hables con mi tía.

Nos mirábamos. Ella sonreía. Yo recordaba demasiadas cosas. Traía impresiones contrarias a esta dulce intimidad. Su carne, su voz, sus ojos. Pero yo no puedo ni quiero reír. Ella es agua transparente, serena, inalterable. Agua para reflejar el cielo infinito. O para llenar el vaso decadente con la rosa blanca. Un remanso entre mirtos, campánulas y caminitos de arena, mientras en el mundo todo es roca viva y mar brava y nadie encuentra su ruta. Ella sonreía y oprimía mi brazo. Yo la miraba y pensaba: «¿Por qué no estará ya hecho todo? ¿Por qué no habremos alcanzado ese mínimo de armonía en el que reposar?» También, penetrando en sus ojos, añadía: «¿Por qué en esos ojos tan lindos y en esa armonía suprema de tu naricilla, y en tu boca sin sazonar ha de estar la muerte?» Y con una mano entre las mías, ella me miraba sonriendo. Sólo conozco dos actitudes suyas: la sonrisa o el llanto. Pasa de la una al otro con una rapidez increíble si no tengo cuidado. Sigo mirándola en silencio. Entro por sus ojos otra vez. Dentro tienen mucha luz, y nada más. Y me pregunto aún: «¿Por qué estas ganas de acabarse uno, el que siempre es, y de renacer en otro mundo maravilloso, en el de un hogar?» Le beso la mano, el brazo fresco al que sólo le falta la humedad del rocío. En la pantalla bailan los lindos fantasmas y la voz del saludable Teodoro Roosevelt repite:

—*We must be hard in the line.*

Sí, sí. *We must be hard in the line.* Pero el paraíso encajaba dentro de vuestra línea y era un estimulante más. En la nuestra no cabe. Para mí hay una muerte en sus ojos —en los de ella— y una vida mecánica maravillosa lejos de ellos. No sé renunciar a la muerte y de ello no tengo yo la culpa, sino esta red infinita que que habéis puesto como una vacuna contra la felicidad.

Ella me explica lo que hizo ayer. Hay una seguridad tal en sus movimientos, una solidez infantil, tal convicción de la fuerza de sus principios, que aterra. Hizo una visita. ¿Con quién hablaría? ¿Qué le dirían? ¿Cómo la mirarían al hablar? ¿Ya se dan cuenta de lo que ella es y respetarán su infantilidad? ¿No dirían alguna inconveniencia? Me habla de su equipo de boda. «Pienso que te gustaré mucho con esas cosas tan lindas.»

Las industrias del lujo, los sueños de las máquinas y los artífices se han esmerado para decorarnos esta alegría de estar juntos, y siguen afanados en la misma tarea. Luego me cuenta cómo va a hacerse el vestido de novia. Yo la veo surgir entre los fantasmas americanos, floral y simple, inteligente y pura.

—Háblame. ¿Cómo será nuestra felicidad?

Pone su orejita pequeña y carnosa y espera, con la respiración acelerada. Su naturaleza intuye y desea no sabe qué. Yo voy diciendo con las palabras más simples que encuentro cuáles son mis sueños. Aparecen con mayor plasticidad que los fantasmas de la pantalla. Su respiración se acelera. Sonríe y mira las sombras, iluminándolas con su mirada y agrupándolas a su gusto.

—Tu cuerpo bonito se fundirá un día conmigo.

Ella afirma sonriente.

—Entonces serás ya mujer. Y tendremos un niño.

Repentinamente cierra los ojos, los labios y baja la cabeza. Así, con la barbilla sobre el pecho, permanece un rato. No hay manera de levantarle la cara. Yo sonrío y hago una pausa. «¿No quieres que tengamos un niño?» Calla y se encierra más en sí misma. Por fin, al repetir la pregunta la veo decir que no con la cabeza. Vuelvo a acercarme a su oreja:

—¿No?

Contesta con un rumor apenas perceptible. Me acerco a sus labios, repito la pregunta y esta vez la entiendo:

—No. Una niña.

—Bueno, mujer. Como tú quieras.

No puedo resistir la risa y ella lo observa y se pone más seria aún. Para que levante la cabeza tengo que darle palabra de mirar a otro sitio. Por fin la levanta y entonces yo ya me he marchado.

—¡Lucas! ¡Sol mío! ¡No mires el cine!

Y esta noche, sabotaje. Esa música, esas escenas tan bien articuladas entre hombres perfectos con máquinas y mujeres sabias como muñecas tonifican. El sabotaje no sabemos a dónde nos llevará. Las víctimas nuevas de esta tarde, tampoco. Puede que mañana respondan las demás ciudades y que Andalucía...

—¡Sol mío! ¡No mires el cine!

Ella me habla de su equipo. Del traje de boda. De pronto recuerdo que ese traje se usa en la ceremonia religiosa. Le hago nuevas preguntas y creyendo que se trata de otra cosa me explica las razones de utilidad social que ha tenido para encargárselo de una manera determinada. Lleva una cola de encaje que dará labor a docenas de operarías. Pero no sabe a dónde voy a parar. Sólo se lo figura cuando le pregunto si el traje se usa también en la ceremonia civil. Tarda un poco en contestar.

—En cuanto hay revolución —dice— ya no me quieres. ¿Me dirás la verdad?

—Te la he dicho siempre.

—¡Contéstame bien, Sol mío! ¿Me dirás la verdad?

—Sí.

—¿Me das tu palabra de honor?

—¡Bah! Yo no conozco el honor.

—Perdona. ¿Me das tu palabra?

—Sí.

Me mira claramente a los ojos y me dice:

—¿Verdad que a veces no quisieras quererme?

—Sí.

—¿Verdad que a veces me odias?

—Me odio a mí mismo.

—Pero por culpa mía.

—Sí.

Calla, se retira. Pone el codo en el brazo de la butaca y la mano en la barbilla. Entorna los ojos soñolientos y balbucea:

—Te lo he notado cuando mirabas el cine. Esto te ocurre hace tiempo, ¿verdad?

—Sí. Desde que me di cuenta de que estaba enamorado. ¿Qué le voy a hacer?

Sigo, sin ver, el movimiento de los personajes en la pantalla. Hay dibujos animados. Un gato hace el amor a la ratita y al levantar los ojos a la Luna con ambas manos sobre el corazón, se le caen los pantalones. La ratita se ruboriza. Yo estoy lejos otra vez. Bajo las sugerencias de la lucha, bajo los recientes sucesos y los que a la noche se avecinan, enrolado en la carrera de los hechos —ioh, los hechos, mis amigos!— estoy lejos. Los pantalones del gato enamorado me han hecho reír. Ella debe estar mirándome porque en seguida la oigo llorar en silencio. Oigo también cómo desgarra con sus dientes blancos el pañuelo de bolsillo y cómo balbucea llamando a su madre como un animalillo descarrilado. Y el señor Roosevelt sigue gritando desde los dibujos:

—*We must be hard in the line.*

Como un animalito descarrilado. Pero aquí el desorientado soy yo. Conocía el amor de los sentidos, el bueno y el puro, sin perversiones. Las mujeres que traté me dieron su ternura y yo les di mi pasión. Pero siempre fueron los sentidos. Yo fui libre. No soñé nunca. No me esclavicé a mis sueños. Ellas lo sabían y no les importaba. Los tiros, los manifiestos, me despiertan, me arrancan de los sueños. Pero, señor Roosevelt. Una duda: ¿No son los sueños más reales, más vivos, más «hechos» que los manifiestos y los tiros? La duda me trae un instante de delicia. El señor Roosevelt vuelve a reírse en la pantalla. Decididamente, me vuelvo hacia mi novia:

—Si sigues así, me marcho.

Me incorporo para irme y ella hace esfuerzos por serenarse. En vista de eso, me quedo. Necesito seguir envolviéndola, rodeándola, encauzando sus miradas y sus pensamientos, viendo lo que ella ve, fiscalizando a su alrededor, corrigiendo con mi deseo lo imperfecto y desbrozando de intenciones el panorama. Yo quería protegerla. La palabra recogida al pasar podía ser inconveniente. El periódico olvidado sobre una mesa en su casa le llevaría después el poso amargo de la experiencia o la ofensa de la estupidez. Nada debía llegar a ella. Nadie podría rozarla con una palabra ni con un pensamiento. Abundan el hombre y la mujer que se sienten fracasados y segregan un veneno del que yo quisiera librirla. Tamizar las palabras, las miradas, las fotografías de prensa y hasta las combinaciones de luz y color. Palabras neutras, miradas vacías de estatua, fotografías de cosas, de objetos, nunca de personas, luz desnuda y directa y azul celeste, azul tibio, uniforme e invariable. En estas condiciones ¿cómo iba a marcharme si todavía me quedaba una hora para estar a su lado? Y sin embargo, el impulso que me hizo levantarme era sincero. Vamos a hablar, pero de cosas indiferentes.

—¿Has guardado los artículos que te di?

Son dos ensayos sobre Pierre Louis, de una revista francesa. Ella se apresura a contestar, ya olvidada de todo. Los ha leído y me pregunta el significado de dos o tres palabras, entre ellas «hedonismo». Me molestan esas palabras en sus labios. Pierre Louis es idiota. Esta nena debe serlo todo y lo será todo —lo es ya— sin conciencia de sí misma. Una flor con una idea cabal de su origen y su misión es la grotesca flor desmontable, de madera, que hay en los gabinetes de botánica. No le gustan esos artículos. Yo podría convencerla de que un artículo sobre Pierre Louis puede ser una cosa idiota de la que hay que enterarse.

Durante el descanso encienden las luces. Resbaló un poco en mi butaca, me acudo en uno de los brazos y nos ponemos a hablar. No será fácil que el agente de servicio me

conozca. Ella escruta con sus ojos a mi alrededor. No tiene miedo. Yo soy feliz viéndola desafiar con la mirada a los tipos equívocos que se acercan al subir por el pasillo central. Tiene los labios gordezuelos, a un tiempo provocativos y puros, unidos en un gesto indignado. Yo procuro evitar la risa. Mi ángel bonito se siente pantera con su garganta frutal, con sus ojos de terciopelo, con su atavío armonioso. Está dispuesta a repetir de buena fe que es anarquista y si lo hiciera no tendría más remedio que reírme con todas mis fuerzas. Me coge la mano y habla con la respiración acelerada:

—Hay un hombre que te mira hace rato. Debe ser policía...

—No lo mires tú.

Me clava sus ojos con una pregunta:

—¿Llevas pistola?

Yo me sobresalto un poco, le aprieto la mano:

—Bueno. Calla.

Tiene el ceño fruncido. ¿A quién me recuerda su expresión? Es un parecido tan fuera de las comparaciones posibles, que no acierto. De pronto recuerdo la expresión de la tía Isabela. Cierro los ojos y con ellos el diafragma del recuerdo. Pero ahora la voz de la viejecilla se impone: «¡A hacer puñetas!» Me tranquilizo y ya serenamente pienso, mirándola, que si ella hubiera de recorrer la amarga experiencia de la tía Isabela, sería capaz de matarla y matarme yo ahora mismo. Sería monstruoso que al final esos labios... Y luego insisto: «La mataría. Nos mataríamos». Mi imaginación rueda en torno de esa hipótesis. Llego a sentirme mareado. No he comido aún y la noche pasada no he dormido. Estoy un poco excitado y me gusta sentirme ligero, casi ingravido. Sigo mirándola. También ella habla de pistolas con una ferocidad simple y natural. ¡Pero yo sé toda la armonía de tu alma, pequeña! Me miras con ansias de cerrar los ojos y seguirme. ¿Qué sabes tú? Malos caminos para tus pies. Te quiero, demasiado para llevarte conmigo.

Pero dejarte... ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Dónde? No es posible. El individuo sospechoso se fue. No queda nadie de pie en las cercanías y ella aprovecha ese instante para preguntarme bajo la luz:

—¿Por qué me has dicho hace poco que no querías quererme?

—Porque es verdad.

—¿No te hago feliz, entonces?

Hago un gesto vago:

—Me llenas de ilusión y de ensueños. A veces no es malo soñar.

Ahora pretende convencerme de que es revolucionaria. Claro está que deja a salvo la religión. Y que no puede aprobar que se mate a nadie. Pero lo malo es —sinceridad obliga— que si fuera revolucionaria yo dejaría de quererla. No podría seguir siendo ella como yo la he conocido. Ése es un término reflejo de la cuestión, quizás el más importante y el que me hace, a veces, sentirme lejos de ella, las raíces del odio de que antes hablábamos. A su lado me duele no el alma ni el corazón como dicen los poetas —eso no tendría importancia—, sino lo que es peor, lo que es verdaderamente trágico: me duele la razón. Mi razón geométrica, bien delineada, se vuelve barroca, en curvas ascendentes, en escorzos contradictorios, en florería barata, cubierta de purpurina. Mi razón se retuerce, se disemina queriendo concentrarse; me duele como una neuralgia. Yo le planteo la boda sin intervención de la Iglesia. Ella no comprende que pueda haber razones ideológicas contra un cariño como el nuestro. Yo doy la vuelta al argumento sólo por discutir —ella tiene razón— y entonces dice que no es ya por sí misma, sino por sus padres. Llega el sentimiento en grandes oleadas y todo él ensucia con su almíbar.

—Papá se moriría del disgusto.

Yo vuelvo a llevarla —ioh, Mr. Roosevelt!— al terreno de los hechos puros. Aunque comprendo que tiene razón. En realidad, ¿qué me importa si muere su padre?

Se trata de que ella sea mía sin condiciones. Star García no pondría condición alguna. Menos mal que han apagado la luz. Su butaca es un potro de suplicios. Miro a la pantalla. Mr Roosevelt, ¿qué haría usted en este caso? Se lo pregunto porque yo sólo veo una solución: violarla o dejarla y olvidarlo todo. Por fin habla ella:

—Soy un estorbo en tu vida.

Yo insisto.

—¿Estás dispuesta a todo sin boda civil ni religiosa?

—¿A todo? ¿Qué es todo?

—Todo.

—¿Cómo?

—Quiero entrar una noche en tu cuarto y no salir hasta el amanecer.

Hay un largo silencio. Se oye en el brazo del sillón el ritmo de las palpitaciones.

—¿Es eso lo que quieras?

—Sí. ¿Es que no lo quieras tú?

Tarda, pero al fin afirma con la cabeza. Al mismo tiempo piensa que no. Yo sé que esto no se ha resuelto ni mucho menos; pero me abandono a la ilusión y soy feliz.

Salimos antes de que enciendan la luz. Ya en la calle, le oprimo el brazo suavemente y me acerco a su oído.

—¿Sabes lo que me has prometido?

—No lo sé, pero todo lo que quieras será siempre, siempre!

—¿Todo?

—Todo.

El chófer ha abierto la portezuela y espera con la gorra en la mano.

Sin volver la cabeza echo a andar. Las calles están casi desiertas. No hay tranvías. Algunos espectáculos funcionan porque la orden de paro ha llegado tarde o porque los socialistas no quieren asustar demasiado a la gente. Voy subiendo hacia Cuatro Caminos. Por unas palabras que oigo al paso me entero de que funciona el metro y voy a la

estación más próxima. ¿Es libre el hombre? ¿Debe serlo? ¿Tiene, entonces, derecho a escoger su felicidad? Yo he de vivir una vez, una sola. Somos una consecuencia insignificante de una serie de leyes mecánicas que nos dominan. Ningún poder tenemos sobre ellas. Nacemos, vivimos, morimos, fuera de nuestra voluntad. Y nos obstinamos en crear mundos y en regir los que existen, en infestarlos de ideas. Voy a salir a una barriada luminosa y alegre. A la ciudad obrera de Cuatro Caminos. Junto a la estación hay un grupo de muchachos danzando alrededor de una pequeña hoguera donde arden dos paquetes de periódicos. Cojo del suelo un ejemplar pisoteado y huye en el momento en que se acercan unos guardias. El periódico es *El Vigía* y ha tenido el cinismo de salir esta noche. Me desvío del centro y me meto por unas callejuelas de barrio marinero. Llega una brisa yodada y húmeda —en el centro de Castilla— y por fin veo la taberna: «Casa de Nicanor». Dentro hay algunos obreros terminando de cenar. Casi todos están con sus mujeres, que llevan el hogar en sus ropas usadas y en su cansancio. No conozco a ninguno de los parroquianos. Mis compañeros no han llegado porque es muy temprano. Abro el periódico. Una crónica del novelista de mujeres, que cada vez que hace un viaje en *sleeping car* y se siente llamado impersonalmente por los camareros —«Si el señor desea» «¿Llamaba el señor?» «Me permitirá el señor que le advierta...»— se considera obligado a dar una conferencia y a contarlo, hablando, de paso, de sus pijamas de seda. Como escribe para la clase media, sus lectores se commueven ante tanta exquisitez. Luego, la amenaza de guerra contra los *Soviets* a tres columnas en primera página. Los bigotes franceses de Stalin a un lado y el muñeco japonés al otro. «¿Se aproxima el fin de la URSS?» Luego una sección fija de bromas cuya base es el cocido, la carestía de los alquileres, las chicas guapas y el refresco de limón con paja, cosas que atañen a todo el mundo. Una caricatura en la que una señora quiere comprarse otro vestido y el marido se lo niega

alegando que va a dejarlo desnudo a él. En segunda página, sensacional información de los criminales intentos revolucionarios. «Los desmanes iniciados ayer requieren medidas de ejemplaridad». Debajo, todavía otro: «Todo el país al lado del Gobierno». Y al frente de la información, un editorial en «negrita del 12». Iracundia, miedo, desdén, odio. Todos los elementos de la tragedia griega y toda la retórica del siglo XIX se han volcado sobre esos comentarios. Hay que salvar la república que ha hecho diputado al director y que entre las dietas, una chapuza en un comité paritario y cierta obscura subvención le ha aumentado sus ingresos mensuales. El director no habla en el Congreso, no firma en el periódico, nunca opina sobre ninguna cuestión —este sistema, a lo largo de quince años de puntual asistencia a la Redacción le valió el cargo directivo— y ha llegado a convencerse de que todas esas cosas que lo rodean, la chapuza, la nómina, las dietas, son «la patria», «el interés público», «el orden social» y «la cultura». Cuando las defiende contra la «chusma anarcosindicalista-comunistaide» pone el grito en el cielo. Es ante el único sector que se atreve a opinar porque es el único que no le puede dar nada. Me río leyéndolo. Los compañeros creo que le preparan una jugarreta. Hay también un artículo del «sabio catedrático» que clama contra el resentimiento ajeno en la política, en lo social, en el arte, y al mismo tiempo deja asomar entre líneas el resentimiento propio no ya contra el profesor contemporáneo de mayor éxito social, sino contra Napoleón, Viriato y Amílcar Barca, cuyo relieve histórico no le deja un instante de reposo.

Luego viene la información. Como era de esperar, la muerte de los compañeros la atribuye a «los disparos de los propios obreros» y para esto le sirve la imprecisión del dictamen de las autopsias. Cree que se trata de un movimiento nacional. Recurre al sentimiento de responsabilidad de los socialistas y les recuerda a los dirigentes que serían las primeras víctimas del populacho

embravecido. Alaba los buenos sentimientos demostrados al decretar el paro «con objeto de que los obreros asistieran al entierro», lamenta las muertes de los cuatro manifestantes y afirma que nunca ha sido más sólida la situación del régimen. Por la sintaxis de esos últimos renglones se advierte que el que los escribía estaba pensando todo lo contrario.

Aparte y con un subtítulo a dos columnas leo: «Uno de los cadáveres ha desaparecido». Se refieren, más adelante, a Germinal. Esta noticia le devuelve la vida. El Cid ganó batallas después de muerto, y Germinal, si no las gana, las pierde, que es lo mismo. Los agentes van y vienen:

—¿Se sabe quien es ese muerto?

Como está desnudo llegan a pensar que es un guardia de asalto o un agente despojado por los revolucionarios hasta de sus ropas íntimas, y como conserva la huella de la autopsia piensan que éstos se han ensañado a puñaladas con el cadáver. Al final, entre la lista de muertos ingresados en el depósito, aparece éste sin identificar, con «heridas de bala y cortantes». El pobre Germinal ha muerto dos veces. Los otros dos han sido enterrados en la fosa común.

Llegan dos de mis amigos. Mientras comienzo a comer me hablan de un manifiesto para que no vuelvan al trabajo los socialistas. Una proposición sobre el contacto con el resto de la organización en provincias, la fusión de la local, la regional y el comité de la Federación de grupos en un organismo revolucionario con plenos poderes, y como puntos de acción inmediata la agitación en el barrio del Norte con vistas al asalto del cuartel de Artillería del 75 ligero. En el pabellón del coronel de ese regimiento vive Amparo, mi novia. Un instante quedo sorprendido bajo la hipótesis de que intentan sondarme para ver cómo reacciono. Cuando me he convencido de que nada saben, me tranquilizo y sigo comiendo. Uno de ellos dice que el cuartel «se puede trabajar».

—¿Por qué?

—Hombre. Yo vivo cerca. Y al pasar por la parte de atrás

hablo a veces con el centinela. «¿Qué, cuándo acabamos con los jefes?», le dije a uno el otro día.

—¿Y qué te contestó?

—Nada. Me pidió un cigarro y se rió.

Cuando ese tipo se alejó, yo me dije mirando su espalda:
«¡Oh, el hijo de la gran puta!»

X

Casa de Nicanor — Sabotaje — La virtuosa Emilia (Tiene la palabra Urbano Fernández, de Gas y Electricidad)

ESTUVE en la cárcel, prometí que aquel oficial me las pagaría y me las pagó después cuando salí. Yo volví a la ergástula. Pero me trataron de manera diferente. Los oficiales ya no me molestaban. Estuve como en un hotel. Algunos quisieron hacerse amigos, me daban con la mano en el hombro, «Bah —decía yo dejándome querer—. Saben que mato gente», y no les hacía caso. La cárcel fue una universidad para mí, como les ocurre a muchos. Aprendí a distinguir las escuelas sociales y las distintas ideologías. Y luego, lo que aprende uno con su propio caletre, sin hablar con nadie. Yo supe entonces que para mí no había manera de ser alguien más que llevando la pistola y manejándola de vez en cuando con provecho. Y aquí estoy. ¿No nos matan ellos a nosotros con la pobreza y el agotamiento físico? Pues es lo que yo me digo. No hay más que hablar.

Entro en la calle de los Tres Peces. Está obscura y tiene esquinas mojadas desde donde salen meadas para todas partes. Los portales están cerrados y en uno duermen dos obreros. A su lado hay un individuo alto y fuerte dándoles con el pie:

—¡Arriba, coño! Os convido.

Está borracho. En la voz conozco que es Fau:

—Salud, Fau.

—¿Eres tú, Urbano? Míralos. Duermen como cerdos.

—¿Quéquieres?

—Convidarlos. Esta noche convido a Dios y a su madre. Allá tengo a cinco amigos más.

Hay un pequeño corro cerca de la taberna de Nicanor. Salen de allí voces:

—Déjalos, Fau.

Uno de los dormidos se incorpora:

—¿Qué quiere usted?

Fau se pone las manos en las ancas y mueve la cabeza de arriba abajo:

—¡Hace falta ser hijo de cerda! ¿No ves que te convido?

Cuando alguno convida, no se pregunta más.

Tienen hambre porque se levantan los dos y siguen a Fau. Yo le doy un golpe en la espalda y cuando se revuelve echando mano al cinto le digo:

—¿Y a mí? ¿No me convidas?

Se queda mirándome. Yo lo aparto de un empujón y entro en la taberna. Está borracho y no le hago caso.

Hay poca gente. La gente no hace falta más que en los entierros y en las procesiones. En una mesa están Sallent y Escuder, que han llegado hoy de Barcelona. En otra está Samar. No se conocen. Nicanor, el tabernero, fue hace años un buen militante, pero se casó con la hija de un capataz y lo echó todo a rodar. No se ha olvidado de nosotros y siempre que puede nos ayuda de una manera u otra. Tiene una idea especial de lo nuestro. Dice que estamos ahora como los cristianos en la época de las catacumbas. En todas partes nos encontramos, pero en todas partes nos sacude la autoridad. Cree que es cuestión de dos o tres siglos y que empezaremos muy mal, pero que cinco siglos después de empezar ya las cosas irán marchando. Pasado mañana, como quien dice. El caso es que nos ayuda y que no es mala persona. Un poco chiflado, como se habrá visto.

Con los dos compañeros catalanes voy a la mesa de Samar:

—Estos que no conoces son Sallent, de la comarcal de Lérida, y Escuder, de Barcelona. Van a Andalucía a hacer un informe para la regional de acuerdo con la organización de Sevilla.

Escuder es pequeño y lleva gafas. Sallent es más buen mozo. Hablamos. Los dos quieren unirse a nuestra brigada

para el sabotaje, pero hago ver a Escuder que no reúne condiciones físicas, por las gafas. Samar dice que si tienen una misión en Andalucía nada deben hacer en Madrid. Yo también lo veo así.

Escuder está extrañado de que la organización de Madrid haya sido capaz de armar todo este tinglado y dice que en Cataluña no lo acaban de creer. Sallent está frito porque no lo dejamos venir con nosotros. Tiene razón. No es tan fácil encontrarse así, de pronto y por carambola, una ocasión de actuar. Llegan tres más. Somos siete, contando a los catalanes. Ninguno toma bebidas alcohólicas más que Samar, que tiene una copa de coñac delante. Esa copa es como una opinión de las que él saca a veces en contra. Los catalanes están asombrados ante la potencialidad del Centro. Los tres compañeros que llegan y que son Juan Segovia, Felipe Ricart y Graco traen noticias. Dicen que están respondiendo con huelgas generales todas las organizaciones de las dos Castillas y cuando decimos que vamos por todo y que Cataluña y Andalucía no tendrán más remedio que seguir, los catalanes se quedan pensativos pero no pueden disimular la emoción. Vamos a acordar los puntos del sabotaje. A nosotros nos toca la línea Sudeste sobre el gráfico que hizo Samar. A las doce estarán allí dos compañeros más, que pertenecen a nuestra brigada, y hay que ir a buscar a Gómez dentro de media hora, a ver si ha conseguido el cable de cobre que nos falta. Veo que los compañeros de Barcelona no están en interioridades y me reservo. Tampoco lo están del todo los demás camaradas de este grupo. ¿Para qué? Basta con saber lo que de momento hay que hacer. Se trata de obligar al gobierno a declarar el estado de guerra. Esta será la señal para que se lance a fondo toda la organización. Samar me ha hecho algunas preguntas y le he contestado.

—Si hubieras ido a la reunión de esta tarde, lo sabrías.

Pero se lo figura, a juzgar por las observaciones que hace. También por una pregunta inesperada de los catalanes sospecho si estarán al cabo de la calle y si se reservan

pensando que no lo estoy yo, pero, en fin, lo mismo da si cada cual cumple con su deber. Samar está pensando en las Batuecas. Tarda en responder y lo hace como si despertara. De pronto pregunta:

—¿Quiénes han matado al agente? ¿Dónde?

—¡Qué más da! Cómo se conoce que eres periodista. Todo lo quieras saber. Aquí está el croquis, que es lo principal.

Voy señalando los hilos que entran en el transformador y los que salen. Samar piensa —la cara es el espejo del alma— que han matado al agente por su culpa y que el agente era un hombre como nosotros. Hay diferencias en la manera de ver. Para mí no era un hombre, sino un instrumento mecánico al servicio de la injusticia. A estas alturas estaría bueno que nos pusiéramos sentimentales como las beatas. Seguimos estudiando el croquis. El tabernero va y viene. Samar atiende al sobre y cuando lo doy vuelta y aparece el lado donde está escrita la dirección me lo quita, corta esa parte y se la guarda. Dice que el nombre podría ser una pista para la policía. Pero se pone pálido y para disimular fuma.

En este momento entra Fau seguido de una caterva de mendigos. Parecen los harapos de un vertedero que se han levantado detrás de él. Miseria y muerte en las ropas y en las miradas de perro. Nicanor se queda mirándolos, y Fau con un gesto de segador dice:

—Yo pago. Yo convido.

Luego se queda mirando la bombilla y de pronto pide chorizo, pan y vino. Y habla entretanto sin cesar. Ese Fau es un bicho raro.

—¿Trabajas? —le pregunto.

—¡Hostias, trabajo! ¿Me habéis *dao* trabajo vosotros?

Nicanor le sirve con una cortesía rara, como a un señor. Aunque Fau lo trata con confianza, Nicanor no le contesta más que sí o no. Los otros se adormecen o esperan la comida. Fau da un puñetazo en la mesa:

—A ver, carajo, si os ponéis alegres. Esto parece un

velatorio. ¡Eh, tú! Quita la mano del bolsillo de tu compañero. ¿Crees que no te he visto? Aquí somos todos *honraos*.

—Lo de él es mío y lo mío es de él —replica el otro.

—Bueno; yo no te he dicho eso; al que se propase le voy a sacudir en los morros.

Ya acordado todo, yo pido dos cápsulas del 9 para completar el cargador, advirtiendo que las que faltan las he gastado. El periodista se acuerda de que el agente ha muerto de dos tiros y se mete la mano en el bolsillo y estruja un papel. Fau se acaba de marchar (después de pagar con un billete de cinco duros todo lo consumido y algunas provisiones que ha repartido entre sus invitados) repitiendo que «él es *honrao*». Antes de abrir la puerta ha vacilado — lleva sus tres litros de tinto— y ha alzado la mano:

—¡Salud!

No le contestamos. Los mendigos se han ido y quedan algunos durmiendo de bruces sobre una mesa. Nicanor coge el billete de Fau, enciende una cerilla y lo quema sobre un plato, en el mostrador. Luego me llama con un gesto y me dice en voz baja:

—Es confidente.

Me quedo mirándolo. Eso no se puede decir, así como así, de un hombre. Nicanor mueve la ceniza del billete en el plato:

—Ese dinero es de la policía. Vigiladlo y os convenceréis.

Luego, con la misma tranquilidad, tira la ceniza, se sienta y se pone a leer *El Vigía*. Yo vuelvo a mi mesa. Los compañeros de Barcelona y Ricart van a vigilar esta noche a Fau. Los demás nos vamos precipitadamente. Yo me desvío para ir a casa de Gómez y los demás marchan hacia la Moncloa. Nos encontraremos a las doce en punto junto al río, cerca del lavadero número seis.

Tengo llave y abro la puerta de la calle. Es una casa de vecindad con los cuartos alrededor de un patio. Hay Luna y la sombra es en los corredores tan negra que no me veo los dedos de la mano. No se oye sino algún ronquido y un

perdigón de jaula que canta no sé dónde. ¡Vaya unas horas de cantar! Debe estar loco. También los animales se vuelven locos y si no, haber visto el caballo que esta tarde bailaba en la plaza de Neptuno. Aunque eso de cantar a estas horas, estando preso también lo hacía yo porque de noche la voz llega más lejos, como si uno estuviera en libertad.

El cuarto es el número 37. El cordel está puesto y no hay más que tirar. Ya dentro, me encuentro a Gómez en mangas de camisa engrasando la pistola. Me dice que hable en voz baja porque su compañera y los chicos duermen.

—¿Conseguiste el cable?

Me lo enseña arrollado al cuerpo entre la camisa y la camiseta.

—Tiene casi un centímetro de sección. Con esto se podrían hasta fundir las dinamos.

Una vez dijo Samar que el anarquismo era una religión y yo me figuré a Gómez de sacerdote. Claro que todo es un decir. No hay religión ni hay sacerdote. Son ocurrencias.

Salimos, y al poner la mano en la puerta aparece el chico mayor de Gómez, vestido, lavado, peinado.

El padre pregunta:

—¿De dónde sales?

Tiene once años y le brilla la punta de la nariz.

—Déjame ir con vosotros.

Gómez se guarda la pistola, de la que el chico no quitaba la vista. Me mira sin poder reprimir la satisfacción. Luego vuelve la cabeza. El chico insiste:

—Anda, padre; os puedo ayudar. Yo conozco desde lejos a los agentes de la brigada social.

Gómez ve en los ojos del pequeño la ansiedad. Yo lo que veo es que lo mira a su padre como a un Dios. Para esto vale la pena tener hijos. Gómez lo agarra del pescuezo y lo empuja adelante:

—¡Hala, muchacho, y aprende de tu padre!

Sale el pequeño retorciendo como el perrillo con los cazadores. Entra y sale en la zona de la Luna, y ahora el

sabotaje es una broma de chicos. Ya en la calle, nos encaminamos al lugar de la acción. El pequeño corretea siempre delante, explorando el terreno. Antes de volver una esquina es él quien se asoma a ver si hay vía libre. Gómez, aunque no lo dice, está muy satisfecho de su hijo. Con esas inclinaciones a sus años, nadie sabe dónde puede llegar.

En el camino hasta los lavaderos, más abajo de la Moncloa, no hay novedad aunque hemos cambiado la ruta dos veces para no encontrarnos con grupos sospechosos contra los cuales nos avisaba el pequeño. Hay buena Luna y con ello nos resguardamos en el campo, porque las zonas de sombra nos ocultan mejor que si no la hubiera y las de luz nos dejan ver lo que pasa a nuestro alrededor. Cuando llegamos están allí todos. Son siete. Gómez y Samar llevan la parte más delicada del trabajo; nosotros cinco les guardaremos las espaldas. Graco parece que está borracho y no de vino porque no lo cata; Juan Segovia, fuerte y rojo, de diecinueve años, aparenta treinta y cinco; Santiago, un buen organizador; y Buenaventura, uno pequeño y cetrino que vende periódicos antirreligiosos a las puertas de las iglesias y cada dos o tres días tiene que liarse a trompadas con algún señorito. Gómez y Samar repasan el material. El chico se ha sentado en un altozano y vigila. Ha sido un acierto el citarse aquí porque en los lavaderos hay ropa y a distancia nos podemos confundir con ella. Gómez pide los otros dos cables y los trajes aisladores. Hay dos pares de guantes pero sólo un traje. Samar dice que con sólo los guantes no se atreve a manipular en unos cables que llevan ciento veinte mil voltios. Los demás lamentan no haber conseguido más material y se acuerda que Gómez se ponga los dos pares de guantes y el traje y manipule solo, aunque Samar irá de ayudante. Los tres cables se los ha arrollado Gómez en bandolera. Se ha puesto el traje y los guantes. En la punta de cada cable ha hecho un doble gancho. Da a Samar su pistola y se separan de nosotros después de haber comprobado una vez más la posición del transformador, del poste metálico, y los

alrededores. Cuando han avanzado unos doscientos metros, los seguimos pistola en mano. Gómez, con ese gusto suyo por las cosas solemnes, nos ha dicho:

—No olvidéis que allá hay dos hombres cuya vida es necesario defender a toda costa.

Luego, sin esperar respuesta, han marchado. Llegan al pie del transformador y sin vacilar trepa Gómez por los largueros de hierro. Samar espera abajo con una pistola en cada mano, mirando a su alrededor. Nosotros estamos cien metros detrás. Va a salir todo a pedir de boca. Pero ahora habla Samar con Gómez y éste vacila. Por fin sigue subiendo. Por un lado entran tres cables en el transformador y por otro salen otros tres. Más de cien mil voltios sufren ahí dentro la transformación necesaria para adaptarse a las necesidades industriales de la ciudad, al alumbrado, a las faenas caseras. Ya arriba, Gómez comprueba el estado del casco, del traje. Un contacto de medio milímetro por una rotura del guante bastaría para quedar carbonizado. Pero Gómez hace todas sus cosas con prudencia. Ya ha enganchado en un cable de baja tensión el extremo de uno de los que llevaba dispuestos. El otro extremo queda en el aire. Lanzamos la vista hacia el río, hacia las luminarias de La Bombilla, hacia Rosales. Santiago se impaciente viendo que hasta ahora no hay sobre quién disparar. Al pie de Rosales, la Estación del Norte ofrece sus pabellones de ventanas iluminadas como colmenas. Graco murmura, embriagado:

—¡Electrocutar al Madrid que ahora anda por los casinos deseando que nos aniquilen! Fundir los motores del esquirolaje. Quemar los plomos, enviar latigazos invisibles a los calentadores eléctricos y a las tenacillas eléctricas de las putas burguesas.

Yo le doy con el codo:

—Calla, Graco.

Gómez ha enlazado uno de los cables de alta con otro de baja tensión. La mitad de Rosales y La Bombilla se apagan. Creo oír chirriar algo, como fritura de sesos o de angulas al

otro lado del río. También pienso que sale humo. Lo único que puedo asegurar es que sobre medio Madrid ha caído una cortina negra. Graco tiembla y habla:

—Dentro de cinco años celebraremos esta fecha, y en lugar de apagar las luces encenderemos muchas más y Madrid será una ascua de oro. ¿Qué dices, Urbano?

—Calla, coño.

El segundo y el tercer cable han quedado enganchados y el resto de Madrid —de lo que vemos desde aquí— se hunde en las sombras. La voluntad de un hombre ha bastado. Las ventanas de la Compañía del Norte han desaparecido y la estación, las vías, Rosales, La Moncloa, todo se ha hundido en silencio. Santiago dice a mi lado:

—La civilización, el progreso mecánico, tienen doble filo, ¿eh?

Gómez baja apresuradamente. Se deja caer de tres metros de altura y viene corriendo con Samar. Está nervioso:

—Los esquiroles que quieran entrar a arreglar averías en casas o talleres quedarán electrocutados. Los transformadores menores de las fábricas deben estar echando llamas. Ciento veinte mil voltios sobre una parte de Madrid son como una lluvia de fuego.

El pequeño ve que está hecho todo y se nos incorpora. ¿Adonde vamos? Hay que disgregarse y volver a reunimos al amanecer. Graco mira a su alrededor. Madrid en sombras; toda la ciudad industrial de Carabanchel y la de Cuatro Caminos han desaparecido en un charco negro. Graco dice que quiere cantar y yo lo amenazo en broma con pegarle un tiro. De pronto Graco mira al cielo y por su boca sale un surtidor de insultos, de blasfemias burguesas, de palabras de cloaca malolientes y ásperas.

—¿Qué te pasa?

Gómez hace observar que la parte baja de Arguelles no se surte de la misma línea y sin embargo está también apagada. Deducimos que las otras brigadas de acción se han portado bien. Samar insiste en que hay que disgregarse. «El

que esté fichado, que no vaya a dormir a su casa.» Le devuelve a Gómez su pistola. Todos la llevamos en la mano. Graco se ha quedado detrás. Sigue blasfemando y mirando a la Luna. En la obscuridad total nos separamos. Media hora después yo me encuentro con Graco y con Samar en el puente de Toledo. ¿Y los otros? Cada cual se habrá salvado si ha podido. El efecto ha sido grandioso; la alarma formidable. Hay que transitar por aquí como por un campo de batalla enemigo lleno de trincheras y alambradas. Todas las fuerzas se han debido echar a la calle. Cuando vamos a salir del puente oímos una voz amiga:

—¡Samar, Samar!

Es una muchacha del Sindicato de Oficios varios que iba con una brigada encargada de incomunicar los centros oficiales. Veinte años. Su sueldo de ciento cincuenta pesetas va a parar íntegro a su casa y con él viven el padre, católico y vago, y dos hermanas que le reprochan constantemente sus ideas. Emilia se alegra mucho de encontrarnos. Mira con recelo:

—¿Se puede hablar?

Graco protesta:

—¿No nos conoces, carajo?

Es una chica templada y valiente. Lleva una gabardina azul. Nos cuenta que a pesar de estar vigilados los registros de teléfonos de la Presidencia y de Guerra ha conseguido aprovechar un instante de distracción de la pareja de servicio para colocar allí un explosivo.

—¿Tú?

—Claro que sí.

Los demás se han quedado esperando, a la defensiva. Nos hemos largado y cinco minutos después hemos oído la explosión.

Emilia afirmaba:

—Ocho mil pares de hilos menos.

Era peligroso detenerse más tiempo. Graco, entusiasmado, le dio un abrazo y le preguntó cuánto tiempo

I llevaba en la organización. Emilia dijo que tres meses.

—¿Adonde vas ahora? —pregunté yo.

—A casa. Vivo ahí cerca, en una casucha indecente con mi indecente familia. Me voy a dormir porque mañana tengo que madrugar.

—¿Tenéis reunión?

—No; pero quiero confesar y oír misa.

Nos quedamos bastante decepcionados:

—¿Confesar?

—Sí. Lo de la bomba. Supongo que Dios no protege especialmente a la compañía de Teléfonos.

Graco se indigna con la misma facilidad con que antes se entusiasmó:

—Eres una fanática, y si has hecho eso ha sido por histerismo.

Este Graco siempre igual. No tiene razón. Yo la defiendo. Pero se ve que ella no le hace caso.

—¿Y vosotros? —nos pregunta.

—A dormir. No sabemos dónde todavía.

Nos callamos lo de nuestro sabotaje, no vaya a contárselo también al cura. Ella está entusiasmada, dice que se va a declarar el estado de guerra de un momento a otro y que el sabotaje del Sudeste ha dado resultados soberbios. La gente está aterrada. Ha habido víctimas y lo lamenta, pero en el entierro también las ha habido. Pregunta si tenemos dónde dormir y al decirle que no, nos indica el número nueve de la calle General San Martín adonde pueden ir los que quieran con sólo el carnet. Es un anarquista que se redimió y tiene unos talleres propios y una pequeña casa. No estuvo nunca fichado y ayuda con dinero o prestándoles cobijo a los compañeros necesitados. Yo la he dejado hablar, aunque conozco a ese compañero que verdaderamente merece todo lo que de él se diga.

—¿Has dado esa dirección a algunos más? —le pregunto.

—No.

—Entonces vamos allá.

Nos despedimos. Graco está despechado ante esa compañera que pone una bomba por la noche y al día siguiente confiesa y comulga. «Una mujer así —dice— lo mismo pone la bomba mañana en nuestros sindicatos.» Samar se ríe a carcajadas.

—¡Qué cara pondrá el cura!

Yo también tengo una alegría especial desde que hemos hablado con la virtuosa Emilia. Eso de que hasta los esclavizados por la superstición no tengan más remedio que coincidir con nosotros me pone de buen humor. Samar se ríe, pero de otra manera. Ve la excentricidad y nada más.

La calle General San Martín no está cerca. Ni lejos, es verdad. Emilia nos ha advertido que tengamos cuidado, porque en esa calle debe haber vigilancia puesto que hay dos registros de barrio de la Telefónica y no es fácil que estén desamparados. Pero a Graco se le ha desatado el buen humor. La noche es más negra a medida que avanza y la Luna se ha ocultado por completo Graco hace unos chistes truculentos y por poca gracia que tengan los acompaña con cambios de voz que son para tumbarse de risa. Hacia el viaducto se oyen tiros. Samar advierte: Son de mosquetón. La han debido armar, por ahí arriba. Graco se extraña. Algo ha debido ir mal. Estamos a la entrada de la calle General San Martín. Graco jura que no sabía que ese santo fuera general. Por donde hemos venido se oyen cascós de caballos. En la calle de al lado alguien da el alto. Lo dicho: esas fuerzas han debido salir a la calle con órdenes severas. En dos brincos nos metemos calle adentro y de pronto paramos. Como no se ven los números de las casas tiene que volver Samar pegado a la pared y contarlas. Hay dos puertas muy juntas y no sabemos si pertenecerán a una casa o a dos. Así no hay manera de averiguar dónde está el nueve. Yo sospecho que es la casa de al lado y Samar dice que la siguiente. Graco propone una solución. Yo me arrimaré a la puerta y él se subirá a mis hombros y encenderá una cerilla. Por si él no ve el número deslumbrado por la luz que mire

desde abajo Samar. No hay otra posibilidad. Si no es el nueve, por este número sacamos dónde está. De acuerdo los tres, entre risas ahogadas y donaires se me sube Graco encima. Tiene unas rodillas puntiagudas que se hunden en mi espalda. Luego, con los pies en los hombros y animados a la puerta saca las cerillas, coge una y apenas acaba de encenderla suena una descarga y cae sobre nosotros cal y revoque de la pared. La cerilla se ha apagado y el batacazo de Graco ha sido considerable. Graco parecía quejarse, pero eran los estertores de la risa. Samar repite con voz ahogada:

—Es el nueve.

—¿Estás seguro? —pregunta Graco.

—Sí. Pero por si acaso sube otra vez y convéncete.

Graco no lo cree indispensable y seguimos riendo en silencio cuando se abre la puerta y alguien pregunta qué ocurre. Ya dados a conocer, entramos. Queremos explicar, pero no hace falta y somos conducidos a un cuarto donde hay tres colchones. Nos traen una vela y Samar, cuando estamos solos, nos increpa por hacer el sabotaje de manera que ahora no se ve dónde deja uno los zapatos. Seguimos riendo. Todo esto puede que sea poco natural porque estamos nerviosos. Después de apagar la luz, ya en serio, cada cual se plantea una sencilla cuestión:

—¿Por qué lucho? ¿Cuál es la meta?

Graco dice:

—La meta es la destrucción del régimen.

Samar dice:

—El aniquilamiento de la lógica de los que se aprovechan.

Y yo:

—El comunismo libertario.

Como se ve, lo mío es lo más concreto. A Graco no le preocupa el régimen del porvenir mientras el capitalismo sea derrotado. A Samar no le interesa tanto el sistema como la moral y la dialéctica. Alrededor de uno, todo es reformismo.

TERCER DOMINGO

XI

La Destrozona y el sol de mayo — Certidumbre y Estado de Guerra

ANOCHECIÓ FAU EN CUATRO Caminos y fue a amanecer en el sector Norte después de recorrer la ciudad con los pasos inciertos del que está en entredicho. Llevaba su herida en la pata del firme sugerir. Plomo en el ala. Sallent, Ricart y Escuder han dedicado la noche a seguirle y han comprobado extraños sucesos. En primer lugar, no estaba Fau tan borracho como aparentaba. Fue al número 72 de la Gran Vía, observó si le seguían, entró en la casa y poco después salía. Creyéndose solo contó unos billetes y se los puso en el bolsillo del pantalón reservando otra suma al parecer más crecida en el de la americana. Ricart apuntó el número de la casa. Siguieron de nuevo a Fau que descendió por la Gran Vía, entró por Infantas y se quedó un rato merodeando en torno de la dirección de Seguridad. Se volvió a mirar varias veces y fue verdaderamente milagroso que no descubriera a sus perseguidores. Luego entró en la Dirección, muy decidido.

Pasó a la sección informes, donde lo recibió fríamente un viejo de mirada gris y sienes hundidas.

—¿Algo nuevo? —le preguntó.

Fau se sentía fuerte y seguro. No porque estuviera identificado con las carpetas atadas con balduque ni porque simpatizara con los policías. Instintivamente los despreciaba y los temía. Pero ha trabajado pocas veces en su vida y siempre en empresas en las que jamás pudo considerar segura la comida de la semana siguiente. Vivir era para él un azar sombrío y no recordaba desde pequeño haber tenido en el bolsillo cinco pesetas confiado y feliz. Los sábados veía que el cajero pasaba apuros a veces para reunir el dinero de los

jornales. Eso lo desmoralizaba, porque no podía asumir nunca la iniciativa consigo mismo. Necesitaba que le dijeran: «Vas a llevar estas piedras allá, o estas tablas para levantar un andamio.» Y tener en las empresas una fe ciega, la que no tenía en sí mismo. En la Dirección veía que había dinero siempre al alcance de la mano. Detrás no estaba ningún pelanas, sino algo tan sólido e impersonal como el presupuesto del Estado. Fau se sentía seguro allí dentro. Temía a los guardias y a los agentes, pero él se entendía con ese oficinista y con dos que escribían a máquina y ninguno de ellos tenía aspecto policíaco. La gente de las brigadas estaba en la otra parte del edificio, en el sector que daba a la calle del Marqués de Valdeiglesias, donde había un retén de cascós y pistolas y unos calabozos oscuros. Antes de contestar al viejo se rascó detrás de la oreja:

—Nada. Una reunión clandestina. Siete u ocho.

—Entonces no es una reunión clandestina. ¿Cuántas veces te lo voy a decir? Tienen que ser diecinueve por lo menos. ¿Qué gente?

—De los sindicatos.

El oficinista dejó la pluma y enlazó las manos sobre la carpeta:

—¿Sabes si hay grupos de activistas?

—Eso creía yo —respondió muy decidido Fau—, pero me he convencido de que esta noche no hacen nada por lo menos allá arriba.

Señalaba a Cuatro Caminos. El viejo tocó un timbre. Apareció un ordenanza:

—Acompáñe a este señor a la subdirección —y luego dirigiéndose a Fau—. Ve allá y di lo que sepas.

Lo llevaron a través de unos pasillos muy largos y fuertemente iluminados, y lo dejaron en un despacho donde no había nadie. Cuando apareció el subdirector se sintió cohibido. Aquél sí que era un policía. Se sentaba en el brazo del sillón y lo miraba de una manera rara.

—¿Cómo has averiguado eso?

Entonces Fau ensartó una serie de embustes. El subdirector quedó ya convencido y el confidente añadió:

—Usted hágame caso a mí y verá que no pasa nada.

—¿Y los que mataron al agente ayer? ¿Sabes algo?

—Tengo una pista. Apunte.

Cogió un lápiz el policía y Fau dio cinco nombres. El subdirector conocía a algunos y entre los dos hacían sobre ellos observaciones complementarias.

—El caso es que fueron al parecer dos individuos.

Fau le interrumpió:

—Yo no digo que los cinco sean. Pero pondría el cuello a que entre los cinco están esos dos.

Los nombres eran: Liberto García Ruiz, Elenio Margraf, José Crousell, Helios Pérez y Miguel Palacios. De ellos, los dos primeros y el último muy significados como organizadores y propagandistas. Fau sabía que el subdirector les tenía odio personal, y por su parte él tampoco los tragaba porque su cultura en cuestiones de organización, la seguridad de sus juicios y la claridad de sus palabras lo humillaron siempre como militante y él podía aceptar todas esas cosas en un ser socialmente superior, pero no en uno que se llamaba su camarada y que le ponía la mano en la espalda. Quedaban escritos esos nombres en una cuartilla. El subdirector llamó y dio la nota para que le llevaran las fichas si las había.

Fau repetía:

—Seguro que las hay.

En ese momento entraron el director, el jefe superior de policía y dos inspectores. Hablaban aceleradamente. El director general hablaba de alta tensión, de obscuridad y de accidentes diversos —cortocircuitos, incendios y hasta electrocuciones— y luego salió para el ministerio de Gobernación manoteando, dando voces y amenazando a sus subordinados. Con él se fue el subdirector después de poner en evidencia a Fau ante los inspectores.

—¿Es que los de los sindicatos no se fían de ti?

—No mucho; pero uno hace lo que puede.

Los pasos, sobre la tarima, eran huecos y sonoros. El inspector le ordenó de pronto que se detuviera frente a una puerta, por la que él entró. Cuando Fau esperaba que volviera a salir apareció un tipo rechoncho, de sombrero hongo, que se quedó mirándolo con el dedo en la sisa del chaleco, mientras mascaba medio cigarro puro.

—Por aquí.

Le indicó un nuevo pasillo. En dirección contraria traían a un empleado con quemaduras en el brazo, por una descarga recibida al intentar cambiar los plomos. Fau pensaba sintiendo en el pescuezo la mirada del agente: «Éste. Éste es el más policía de todos.»

Fueron a salir a una especie de vestíbulo donde había hasta quince o veinte detenidos. En la primera ojeada Fau vio tres o cuatro caras conocidas e instintivamente se detuvo y quiso retroceder. Eran obreros sindicalistas. Había con ellos un comunista muy significado. Estaba también Miguel Palacios, uno de los que había señalado al subdirector como posible asesino del agente. Vio su cara escuálida, colgantes las manos atadas en la entrepierna. Fau retrocedía y tropezaba con el agente. Había una luz pálida y cruda como si al final de cada una de las seis velas hubieran clavado un limón. Los detenidos tenían el desconcierto cansino de los animales en las jaulas de las vías muertas. El agente levantó la cabeza para mirar a Fau. Luego le dio un pequeño empujón y atravesaron el vestíbulo. A la otra parte Fau protestó:

—¿Por qué me ha traído aquí? Esos me conocen y ahora ya no será posible hacer nada. Desconfiarán.

—¿Por qué?

—Me han visto con usted.

El agente reía y mascaba tabaco.

—¡Imbécil! ¿Qué saben si eres confidente o si eres un preso más?

Seguía riendo y mascando. Dejaba salir pequeños borbotones de risa. Llamó a unos guardias y al mismo tiempo

le dijo a Fau:

—Vamos a renovarte el crédito.

Los guardias cogieron unas vergas y el agente registró a Fau, le quitó la pistola y le puso las esposas en las muñecas. Al primer golpe siguió aclarando:

—No chilles mucho, que es por tu bien. Te estamos haciendo hombre de provecho. Por un lado purgas tu descuido y tu cinismo con el subdirector. Por otro recuperas la confianza de los sindicalistas porque no habrá uno que te oiga que no te tenga por un mártir de la causa.

Los guardias le sacudieron dos o tres culebrazos para entrar en materia. Fau los asimiló sin chistar. Como no gritaba, un cabo malencarado le aplicó a las narices la hebilla de su cinturón. Entonces Fau dio un respingo y ahogó un grito. El policía del hongo lo consolaba:

—Te estamos haciendo hombre, Fau. No te alteres.

El aire sacudido por las vergas y las correas hacía temblar la llama de las velas y las sombras bailaban sobre los muros cubiertos de mapas y estadísticas. El policía sonreía con media boca y preguntaba:

—¿No te enteraste del sabotaje, Fau? ¿Qué dices ahora, cabroncete?

Fau se retorcía de pie. Los guardias seguían golpeando de buena gana. Retiraron a uno que se había cebado y sudaba y rugía de ira —ocurre a menudo ese caso y si los dejaran matarían a la víctima— y siguieron los demás golpeando serenamente. Fau chillaba y pedía piedad. No salió de sus labios una sola palabra desconsiderada contra sus verdugos. Cumplían con su deber y aquellos palos entraban en el capítulo de imprevistos de su oficio. Rugía con la garganta, con la nariz. Las correas soñaban en su cuello, en sus espaldas, como tiros de pistola, y las vergas gruñían en el aire. La paliza duró todavía un cuarto de hora, hasta que un vergajazo en los ojos le hizo tambalearse y caer. Paseaba sobre la cara su mano amoratada con los artejos increíblemente inflamados. El policía le quitó las esposas,

hizo que lo llevaran a un sótano y allí le arrojaron por la cabeza un par de cubos de agua. Luego el agente lo condujo a una de las puertas y lo soltó:

—¡A ver cómo se trabaja ahora!

Fau afirmó:

—Sí, señor.

Echó a andar. El agente lo hizo detenerse aún:

Supongo que no volverás con la música de que no se fían de ti.

—No, señor.

En cuanto dobló la esquina comenzó a reconocerse las contusiones. En el rostro tenía cuatro o cinco cardenales — uno tan fuerte que le salía sangre por los poros— y por un lado la frente se levantaba en comba como si le naciera un cuerno. Se detuvo a alzarse el pantalón hasta encima de la rodilla derecha. La paliza había sido brutal. Fau registró sus bolsillos. Tenía otra vez la pistola, Y el dinero intacto. Sonrió como pudo y gruñó echando a andar, muy satisfecho:

—Menos mal.

Ya en la Cibeles se acercó a la fuente y como el cielo clareaba se miró en el agua. Movía la cabeza e iba viendo en silueta las deformidades de su cara. Se levantó, soltó a reír tan fuerte que algunas palomas madrugadoras salieron volando y luego descendió hacia el Prado afirmando en las ancas los pantalones con las muñecas porque las manos estaban inflamadas y amenazaban estallar.

—Esto no es nada —rió sabiéndose en libertad y con dinero bajo el cielo fresco y el aire húmedo—. Con un buen filete se me pasa.

Se dirigió a comer el filete a Atocha. A medida que iba bajando aumentaba la inflamación y la cara se le llenaba de manchas. Fau se repasó los dientes, probó a masticar y vio que los tenía intactos. Bajó hacia la glorieta canturreando, feliz. Pero la luz primera, tan limpia —azul mercurio— llegaba despacio y se detenía alrededor de Fau para no tocarlo. Fau entraba en los caminos de cristal del día, rezagado. En mayo

venía con el disfraz de destrozona de febrero, la cara embadurnada de minio y azul, los andares inciertos, la almohada recalando el culo y unos testículos acusándose en cada prenda femenina. Alma de mujer con pelos en barba y pecho. El amanecer cantaba sobre un pentagrama de platino las glorias florales del retiro y del Botánico, y Fau viendo el cielo se acordaba del mar azul que había en los mapas de la escuela. Cojeaba un poco, pero tenía mucha fe en las virtudes curativas del filete.

Se llevó una gran decepción al ver que la taberna estaba todavía cerrada y se puso a esperar dando vueltas a la plaza. Era más que antes la destrozona barroca en la geometría lineal de mayo. Los policías le habían dado esa paliza ritual que suelen dedicar a los que no cantan. «Hábilmente interrogado», declaró... Fau no tenía nada que declarar, pero había sido también interrogado «hábilmente». Lejos de los huelguistas, de los revolucionarios, lejos de los trabajadores. Pero enfrente también de los vagos poderosos. Enemigo de los unos y vapuleado por los otros. Las sombras le huían —no pudo presentir el sabotaje— y la luz se quedaba a distancia para no mancharse. No era hombre, aunque hablaba recio y blasfemaba. Los hombres no se venden ni traicionan. Tampoco era mujer, aunque mentía para crearse una situación. No le pegaban por revolucionario. Ni lo respetaban y estimaban como aliado. Le pegaban como confidente, le hubieran pegado —ya lo sacudieron otras veces— como revolucionario. No era hombre ni mujer. La destrozona que hablaba en falsete y corre con las tetas postizas bajo la chambra blanca, una escoba en la mano y el pañuelo en la cabeza sobre la joroba de esparto. Seguía dando vueltas a la plaza. Cuando vio que abrían la taberna se detuvo y cruzó la glorieta en diagonal. Se esperaba que preguntara al tabernero: «¿Me conoces?» Y que se alzara las faldas, con escándalo. Pero se limitó a golpear la mesa con el antebrazo y a reclamar el filete. El mozo le advirtió que no los había porque el día anterior, con la huelga, no habían distribuido

carne. Tampoco hoy los esperaban.

Se levantó y se fue hacia Vallecas. Por el camino palpaba la pistola y gruñía contra los huelguistas. ¿Desde cuándo unos obreros agrupados en sindicatos iban a poder más que los limpios billetes burgueses? ¿No podía ser dueño del universo con los bolsillos repletos? Por el camino fue observando que en la estación del Mediodía había más movimiento que otras veces. Los trenes entraban fatigados y las locomotoras navegaban entre la urdimbre de vías y agujas. Grupos de obreros leían manifiestos y discutían. Fau echó un vistazo con el ojo que le quedaba abierto y ladeó la cabeza. Aquello anunciaba huelga. Las cosas tienen su lenguaje, y en aquel momento las techumbres de pizarra negra, los tubos de las máquinas, el ténder luctuoso y las bielas grises presagiaban el paro. Más que todas esas cosas juntas, lo que a Fau le dio la impresión de la huelga fue el fogonero que andaba indeciso entre las máquinas con el mono ferroviario colgando de la mano.

Siguió por el Pacífico. Sentía palidecer su violencia y su fuerza natural en la violencia y el poder de lo que la rodeaba: las casas, los árboles, la torre de la basílica. Sin saber qué ocurría notaba perfectamente su identificación con el paisaje urbano o su desintegración, lo que es lógico si pensamos que Fau pesaba 99 kilos y media 1,89 metro. La paliza le había quitado autoridad con los árboles y los postes del tranvía. Se detuvo. Limpió sus narices contra el aire. Se disponía a seguir cuando a su espalda oyó redoble de tambores. Se detuvo y volvió hasta convencerse de que era un piquete que marchaba proclamando el estado de guerra.

Entonces la destrozona se impuso. Alzó la escoba, sacudió la almohada de atrás, se colgó de la cintura unos cencerros de mansedumbre y echó a correr hacia Vallecas en busca de «un buen filete». Iba Fau seguro y firme. Con cada pie partía una losa. Se identificaba otra vez con las cosas. «Detrás de un filete está el ejército y detrás la policía, la guardia civil, los de asalto, los del casco, los del quepis y

todavía la Marina de guerra. ¡No es nada la Marina de guerra!» No sólo se identificaba con las cosas sino que las superaba, y ahora eran el árbol y la farola los que parecían haber sido apaleados en la Dirección. Lejos se oían los redobles y alguna trompeta epiléptica.

Llegó al puente. Allí se desparramaba el Pacífico en una extensa barriada obrera. Entró en una taberna y pidió su filete. El tabernero lo miraba extrañado. Fau explicó:

—Voy hecho un cristo; ¿verdad? La policía las gasta así.

Pero tampoco tenían carne. Tuvo que marcharse después de tomar una copa. Le había hecho muy buena impresión la piedad del tabernero que no le permitió pagar la copa, y ese detalle y el dolor de las lesiones lo hicieron sentirse, de momento, un revolucionario activo. El barrio estaba desanimado. Los obreros dormían. No querían sino seguir durmiendo en la ilusión y despertar en un mundo ya sin esclavitud. Fau veía las casas cerradas, las mujeres madrugadoras que comenzaban sus faenas.

Entró en otra taberna en busca de la carne y tampoco la tenían. Parecía mentira que la voluntad de los jornaleros del matadero, de los transportes, le pusieran a uno en el trance de no poder tomar un filete ni siquiera como medicina. Otra taberna en la que entró, se llenó de burlas ante su petición.

—¡Cómo no lo quieras de banquero! —le dijo alguien.

Fau tuvo la avilantez de comentar:

—¡Cállate, hostia! Se me hace la boca agua.

Chascó la lengua contra el paladar y se fue. Ya eran las seis y el filete no aparecía. Salió por las últimas callejuelas al campo. Junto a la carretera había un Shell. Más abajo sonaba la diana del cuartel de Artillería ligera n.º 75. Estado de guerra. Todo el ejército detrás de él. Se acercó al surtidor de gasolina y se puso a orinar al lado. Oyendo la diana comentaba inconscientemente: «El ejército, a mi servicio. Yo meo y me rinden honores». Pero el filete no llegaba. Se palpó los ojos. El derecho no lo podía abrir. Bajó hacia un arroyuelo y se arrodilló al lado. Se mojó la cara, la cabeza. Al doblar las

rodillas e inclinarse sintió un agudo dolor en la corva. Luego se incorporó y sacó un pañuelo sucio. Una avispa zumbaba a su alrededor, revolcándose en el primer rayo de sol. Se secó, guardó el pañuelo y quedó sentado. Enfrente una vaca mordisqueaba la hierba. Del lomo le salía humo bajo el Sol. Arrastraba con el hocico un largo ronzal. Fau echó un vistazo por los alrededores. No había nadie. «Y además —pensaba— el ejército y la guardia civil me guardan la espalda». Saltó el arroyo y buscó el ronzal. La vaca lo siguió dócilmente. La ató muy corta al muñón de un árbol talado recordando sus tiempos de gañán de alquería y después de ayudante del matarife. Sacó su cuchillo, le quitó la vaina, pasó con fruición los dedos sobre la hoja. La vaca era color ladrillo y tenía lunares blancos. Le acarició el testuz y de pronto con un rápido movimiento trazó una curva con el cuchillo encima del brazuelo. Cerró la curva por abajo y dio un tirón. El mugido largo y profundo, parecía salir de las entrañas de la tierra. El animal dobló el brazuelo y quedó con la cabeza en alto, los ojos muy abiertos, sin comprender. Fau huía con su tesoro sangrante. Limpió el cuchillo en el suelo, se lo guardó. Aún se detuvo a arrancar la piel, para lo cual tuvo que sacar otra vez el cuchillo y luego se fue a un figón un poco apartado. Allí lo conocían porque vivía en el segundo piso de la misma casa.

—¿Tenéis filetes? —preguntó ya mecánicamente.

Le dijeron que sí porque les habían quedado tres del día anterior. Fau se quedó un poco desconcertado. Se rehizo y dijo:

—Estarán pasados.

Arrojó la carne sobre el mostrador.

—Asadme eso en seguida.

Le preguntaron mientras una vieja cocinaba y dijo que se había caído por un terraplén y que de milagro no le había atropellado el expreso de Valencia. Pero con el filete le pasaría todo. En seguida tuvo una servilleta extendida sobre la mesa, vino y pan y el plato rebosante de carne asada. Comía a dos carrillos y dejaba el tenedor para tocar el pan y

el vaso de vino, y las aceitunas, convenciéndose de que todo aquello era suyo. A veces se rascaba con el tenedor en la cabeza. Lejos se oía el mugido de la vaca, y Fau percibía con él una sensación de triunfo. Cuando terminó subió a acostarse. La escalera tenía ventanas abiertas que daban al campo húmedo de la primavera. Fau reía y se sopesaba con las manos el vientre. Probó a abrir el ojo y lo hizo sin gran dificultad. La medicina comenzaba a surtir efecto. El mugido llenaba de dolor la mañana y Fau reía seguro de sí mismo. «Es buena cosa estar harto» —pensaba.

Cuando llegó al cuarto salía Eladio, el guardia, que iba de servicio. Era una casa de huéspedes muy modesta, pero limpia y abundante, regentada por una de esas viudas que bregan día y noche para sacar a flote a la prole. Fau le preguntó si había habido novedades.

—¿De qué clase? —se extrañó el guardia.

—¿No ha estado aquí la policía?

—No.

Se despidieron y Fau entró, sin explicarse que estuvieran aún en libertad José Crousell y Helios Pérez, dos obreros jóvenes que vivían en la misma casa y cuyos nombres había dado entre los posibles asesinos del agente. Se detuvo junto al cuarto que ocupaban: una alcoba que daba al comedor y que a través de las puertas de cristales se veía en sombras. «No se han levantado», pensó. Sentado a la mesa había un agente de vigilancia desayunando, vivía también allí. Fau, preparando acontecimientos le dijo:

—Puede que estos chicos vayan a la cárcel. Se han significado bastante en los sindicatos.

Luego se metió en su cuarto y se quedó recordando la sensación molesta de superioridad que aquellos dos tipos daban cuando opinaban sobre cualquier cuestión. Además, uno tenía un traje de señorito y el otro se lavaba los dientes a la vista de él. Bien estaban sus nombres en aquella relación de cinco. El agente sorbía el café pensando que en la vida privada no tenía por qué preocuparse de nadie y que él era

un funcionario que obedecía órdenes y nada más. Fau tosía y carraspeaba. Abrió la ventana para que entrara el aire y con el aire llegó otra vez el mugido. Soltó a reír. Sentíase mucho mejor ahora. Se desnudó y se acostó. En la alcoba obscura estaban José y Helios —dos obreros de Artes Gráficas— arrodillados al pie de un baúl abierto en un rincón. Dentro del baúl había una caja con tipos de imprenta. Eran delegados de barriada y estaban componiendo a obscuras y sin borrador un manifiesto que había de ser distribuido a las siete. Lo habría escrito Samar. José tenía un pañuelo dentro de la boca para evitar la tos que el polvillo del plomo le producía y componía en silencio las líneas que después daba a Helios y éste agrupaba. Faltaba ya poco. Un cuarto de hora más y los dos saldrían con el aspecto de haber dormido bien, saludarían quizá al agente y llevarían el molde a una imprenta próxima donde, sin saberlo el dueño, en hora y media haría ocho mil ejemplares. ¿Y después? Ah, después volarían ocho mil palomas rojas —de guerra— sobre los muelles y los andenes, sobre las vías y las grúas y mientras la destroza roncaba los trenes serían abandonados y el asma de las locomotoras viejas tendría una tregua. Claro está que la destroza soñaba que Helios se había comprado unas botas nuevas de anca de potro y que cuando iba a ponérselas lo llevaban a la cárcel. Pero luego se comprobó que ni Helios ni José habían intervenido en la muerte del policía, y entonces a Fau lo breaban de nuevo en la Dirección de Seguridad y Fau aguantaba los palos mugiendo como una vaca.

XII

Habla Star, y entre otras cosas cuenta cómo defendió un tranvía para dar celos a Villacampa

AL amanecer ha venido otra vez la policía y ha ocupado la casa. Por lo que se ve, ha convertido mi casa en un cepo donde atrapar a los que vayan llegando. O quizás sospechan que hay armas y quieren solamente evitar que vengan a buscarlas. Mi abuela se ha marchado a la casa de enfrente, con la señora Cleta, y se asoma de vez en cuando por el balcón. Ahora ha cambiado de táctica y no habla tanto con los agentes. A sus preguntas contestaba hoy con una canción bastante puerca en la que los trataba de invertidos. La pobre tiene la manía de que a mi padre lo han secuestrado y quería husmear y rebuscar el cadáver por todo Madrid. No pudimos ver lo que hacían con él, porque nos echaron de la plaza de Neptuno. Mi abuela se asoma al balcón en este momento y llama a los agentes. Hace un corte de mangas dándose una fuerte palmada en el brazo y lo dedica:

—¡Pa' el director general de Orden Público!

Está comprometiendo a la señora Cleta que es viuda de militar. Yo paseo por la calle con el gallo. El pobre está un poco aturrido. El gato ha venido esta madrugada despeluchado y flaco. A este paso van a acabar con todos nosotros. También está con la abuela, la señora Cleta. Yo me he quedado en la calle porque a lo mejor llegan compañeros y puedo avisarles con una seña para que se larguen. El gallo da tantos pasos como yo. Es decir, más, porque cada tres de él hacen uno mío. Llevo en la mano la boina y en la boina la pistola. El agente de las gafas me ha dicho un piropo y yo me he quedado mirando muy fijo: «Si fuera hombre, le partía la cara». Esa manera de mirar y de hacer que entienda el otro la mirada no la he descubierto yo, sino que la aprendí de una

gitana joven a la que le había hecho una proposición un señorito.

Paseando me acerco hasta la misma verja del pabellón del cuartel. Las paredes son de ladrillo color rosa y están llenas de Sol. Por el lado del cuarto de Amparo todo es enredaderas verdes y campanillas azules y son tan limpias y tan frescas que a mí me gustaría ir desnuda y rodearme la cintura y la cabeza con ellas. Pero acordándome de la carta de Samar, esos amores de Samar y Amparo me resultan como los de las tarjetas postales que venden en los estancos. Uno va a besar a una. Los dos guapos y bien peinados. Y en un extremo una palomita blanca. Yo me he llevado un chasco con Samar. Creía que era más inteligente, que era anarquista y sabía nadar. Luego he visto que se deja quitar un documento por la policía, y que nada muy mal. Pero —eso sí — es un buen compañero. Y aunque escribe en los periódicos y dice cosas finas, no basta para recusarlo en los cargos de la organización.

Ahí vienen Ricart y dos desconocidos. Les hago una seña para que se vayan, pero quieren hablar conmigo y entonces cojo el gallo bajo el brazo y voy allá. Ricart está fatigadísimo:

—¿Se puede dormir en tu casa?

Les digo lo que ocurre. También los otros están cansados. Ricart me dice que son compañeros catalanes y nos damos la mano. Antes de marcharse me encargan que vea a los compañeros del comité de grupos y les diga de su parte que Nicanor tiene razón, que está todo comprobado y que darán el informe por escrito cuando quieran. Me lo repiten dos o tres veces y se van. Ya tengo una misión. Me gusta mucho que los compañeros me encarguen algo porque entonces la pistola ya no es un juguete: la llevo para algo. Ahora no me dejaría detener, defendería mi libertad hasta haber transmitido esas palabras a todos los del comité. Sabría ponerle a alguien el cañón en el pecho. Bien es verdad que no tengo balas, pero cuando uno de nosotros tiene que disparar es que no le ha servido la pistola para nada. La

burguesía lo que quiere es que nos veamos acorralados disparemos, y luego nos caiga encima la apisonadora de la justicia con todos sus papeles y nos machaque. Esa es mi opinión.

Ya son cerca de las diez y no he desayunado. El Sol calienta. Me acerco a casa de la tía Cleta y me dan chocolate crudo, pan y una naranja. Salgo a comerlos a la calle. Como me he sentado en una piedra, el gallo viene a picotear el pan que llevo en la mano y así lo comemos a medias. Ya son las once cuando aparece Samar. Yo salgo a su encuentro y nos vamos. No lo esperaba ni sé a qué voy, pero tengo que marcearme con él. Samar se detiene y se queda mirándome.

—¿Adónde vas con eso?

Se refiere al gallo. Yo me encojo de hombros. Sigo temiendo que se lo coman los agentes. Se comen lo que encuentran por casa. La abuela ha dejado unos chorizos rociados con polvos de matar ratas, pero no creo que esos polvos sirvan para los agentes. Samar no me atiende. Saca unos papeles y los hojea. Yo miro de reojo pero no entiendo nada. Son unas palabras absurdas: «Geywrewer, suhxmifoc, fimoxsamik, digenthyopay», etcétera, todas escritas a máquina y con mayúsculas, en papel cebolla.

—Habrá que llevar esto —dice— al avión de Barcelona.

No habla del sabotaje; ni de la marcha de la huelga aunque ésta ya se ve que es completa por lo menos en mi barrio. Nunca hablan los nuestros de lo pasado, sino de lo por venir. No existe el ayer sino el mañana. Yo le pregunto si está en el comité de grupos y al decirme que sí le doy cuenta del encargo de Ricart. Samar se detiene y me mira:

—¿Es eso lo que te ha dicho?

—Sí.

Le pido su impresión sobre el movimiento y tarda en contestarme para hacerlo por fin con desgana. Por lo visto la cosa va mal. Siempre que se llega a una situación crítica los compañeros se niegan a opinar conmigo u opinan a medias. Piensan que ya no es cosa de mujeres y menos de

muchachas tan jóvenes. Pero Samar de pronto se anima y me dice:

—¿Sabes lo que llevas en esas palabras de Ricart?

No me preocupo. Lo que sea. Supongo que hago un buen servicio.

Samar me mira a los ojos:

—Llevas la muerte.

Luego sienta sus ojos en mi jersey amarillo y en los brazos desnudos, y dice:

—¿Ves el cielo, tan azul?

Digo que sí, y añade:

—Se prepara una buena tormenta. Detrás está negro y hay cuervos malolientes. También detrás de tus labios y de las palabras de Ricart está la muerte.

Puede que tenga razón, pero no será una muerte negra y maloliente. Por eso me río, para que vea mis dientes blancos, y le echo el aliento a la boca para que vea que si lo del cielo es cierto, lo de mis labios, no.

Se ve que va a hablar de su novia, pero se calla. Debe tener la cabeza como los motores de aviación cuando arrancan. Mueve los párpados a menudo y a veces dice palabras que luego recoge arrepentido.

—¿No te preocupa eso? —me dice.

Yo me río:

—¿El qué?

—Eso de que lleves la muerte.

—Pero ¿a quién le llevo la muerte?

—A un hombre como una catedral.

—¿Por qué?

—Es confidente de la policía.

—¿Cómo se llama?

—Fau.

—¡Lo conozco! Ya sé quien es.

—Llevas su sentencia en tus labios.

Me los limpio con la mano sin darme cuenta. Luego me río y él contesta sólo con el rincón izquierdo de su boca.

Bueno. Está bien, que lo maten. ¿Eso es todo? Salimos hacia la Ronda. Hay unos desmontes entre hoteles y unos postes de telégrafo custodiados por soldados. Vamos callados. Samar me ha dado su pistola y yo la llevo con la mía escondidas en el burujo de la boina. Llegan unos guardias civiles y hacen detenerse a Samar. Yo sigo adelante y me quedo esperándolo. Me miran los guardias, pero me ven tan tonta —eso de parecer tonta alguna ventaja ha de tener, compañero Villacampa— que no me dicen nada. Samar levanta los brazos. No le encuentran nada. Luego saca un carnet, lo enseña y lo dejan seguir. Antes pide Samar la contraseña de haber sido registrado y le dan un papelito con un sello. Seguimos en silencio. Ya lejos, me dice:

—Muy bien, Star.

Yo aseguro el gallo debajo del brazo y pienso que si no fuera por mí lo hubieran detenido. Pero esto no lo digo porque ya sé que cuando una persona está agradecida no hay que hacer resaltar los motivos de gratitud. Ser anarquista no quita para que una se fije. A los guardias yo no los tomo en serio, porque suelen ser buenos mozos y llevan un traje gris y un correaje amarillo. Ahora, que en lugar de servir al Estado me gustaría que sirvieran a la FAI y que nosotros fuéramos burgueses y nos hubieran detenido y machacado la cabeza. Eso tampoco lo digo porque es una estupidez, y si el pensamiento es libre y a veces es tonto no siempre se debe decir lo que se piensa. Miro a Samar de reojo y él no se da cuenta. Va pensando cosas profundas y está muy lejos de mí y de esto. Yo tengo ganas de cantar y aunque cante no se entenderá. El Sol saca brillo de las jícaras de los postes del telégrafo y las golondrinas pasan rozando con el ala las latas de un vertedero.

Pero Samar me dice que mañana por la mañana debo entrar en el cuartel de Artillería y dar unas hojas de propaganda a un soldado que está ya de acuerdo con nosotros. Eso es imposible en estado de guerra porque las tropas están acuarteladas y no entra nadie como no sea con

permiso del coronel.

—No importa. Tú tendrás ese permiso. Entrarás con una olla, que irá llena de manifiestos y te dirigirás a las cocinas. Te saldrá al paso un soldado. Le das la olla y esperas que te la devuelvan. Luego sales como si volvieras de coger rancho.

Bien está el plan si sale así. En todo caso, si me atrapan soy menor de edad, mujer, y además digo que no sabía lo que iba dentro. Seguimos andando. La Ronda se ensancha en la desembocadura de una gran avenida. Sube por allí un furgón automóvil a toda marcha. Es del servicio del hospital y lleva encima una cruz. Pasa por delante de nosotros a toda velocidad y se pierde hacia el cementerio del Este. Samar se detiene y se queda mirándolo.

—Probablemente —dice— va ahí tu padre.

Yo lo oigo como si de pronto me dijeran que se desgajaba el universo encima de nosotros y me lo dijeron cantando y con una dulce música. Lo veo, a Samar, tristeido por esa idea y para consolarlo le digo que a lo mejor mañana a esta misma hora es él quien pasa en el mismo furgón y con la misma dirección. Parecerá mentira, pero eso le consuela y hace que le quite importancia al recuerdo de mi padre. Samar sonríe y se queda mirándome. Le debo parecer bonita. No se decide a decírmelo pero yo lo adivino. Él se da cuenta de que lo he adivinado, y como quien cierra los ojos y se tira al agua me dice:

—No quisiera marcharme sin haberte dado un beso.

Yo me detengo, me pongo de puntillas y le ofrezco los labios. Entonces me coge la cabeza con las manos y me besa. No sé qué ha ocurrido que he soltado al gallo y se me ha escapado. Me separo y voy corriendo a buscarlo. Entre los dos lo cogemos. Seguimos andando. Por la Ronda no pasa nadie. A un lado está sin edificar, Samar me dice:

—¿Y si no me matan hoy?

No piensa en las balas, sino en otro género de muerte que yo no entiendo. Soy bastante aguda para adivinar lo que no se dice, pero a veces sin duda soy muy joven y no tengo

experiencia de la vida, veo cosas obscuras que no puedo explicar.

—Si no te matan hoy —le digo—, mejor. Así verás en qué acaba todo esto. Pero no me contesta. Samar está enfermo, muy enfermo.

Yo lo curaría si se dejara, pero no es de los que se dejan. Me arrastraría con él yo no sé adonde. Le pregunto:

—¿Por qué me has besado?

Se encoge de hombros y sigue andando.

—¿No lo sabes? —insisto.

Calla, le arranca al gallo una pluma del rabo y se la pone en el ojal de modo que sólo se vean los últimos dos centímetros. El gallo ha dado unas voces como si lo asesinaran y yo me lo cambio de brazo. Vuelvo a preguntarle y me contesta de mala manera. En vista de eso, me callo. Pero yo lo curaría. Ese beso que me ha dado me ha revelado el secreto. Ya lo creo que lo curaría. ¿Cómo? No lo sé. Estando a su lado. Si me arrastrara consigo no me importaría. Y si nos estrellábamos al final, tampoco. Sólo al pensarlo siento que la cabeza se me va como cuando bajaba por la pendiente última en las montañas rusas... ¡Quién sabe! Aquella carta que leí tenía algo de despedida. ¡Pero yo no puedo ir callada!

—¿Quieres mucho a tu novia?

—Sí.

—Eres un podrido burgués.

—Puede que tengas razón.

Lo ha dicho tan desesperado que no me atrevo a seguir hablándole. Pero lo miro de vez en cuando. A ver si acierto lo que piensa. Desde pequeño ha leído y ha vivido mucho y ha sido feliz cambiando de mujer a menudo, y sin pensar en ellas más de diez minutos cada semana, porque aunque estuviera a su lado no pensaba en ellas, como le pasa ahora conmigo. Era feliz y tenía ya una serie de cosas pensadas en las que apoyaba su felicidad. Y decía porque eso lo dice aún, con un gesto, sin hablar:

—Bueno. ¿Qué más da? Todo es estúpido y sucio y ruin, pero yo escojo lo mejor y lo disfruto y aun me queda un remanente en el fondo del alma para mí solo.

Así pasaba por entre las gentes muy fino y muy atento, sonriendo con piedad o con esa simpatía que debe tener el médico por el niño enfermo. Claro que estaba un poco por encima o al margen de esas cosas y que no las quería.

—Y tú —me pregunta—. ¿Eres feliz?

—¿Yo? ¿Qué quieres decir con eso?

Ahora piensa algo más complicado, que no sé qué es. Desde luego ese pensamiento le viene de lo mismo, pero tampoco él lo sabría explicar, como me ocurre a mí cuando pienso lo que sería el mundo antes de que existiera el mundo. Quiero pensar y representarme el pensamiento y no puedo. Algunas veces me mareo. También él piensa alguna de esas cosas que marean. En el amor antes de que existiera el amor, por ejemplo.

—¿Dónde la conociste? —le pregunto.

Contesta como si hablara solo:

—Fui al colegio para cumplir el encargo de unos parientes que tenían allí una niña. Coincidí en la sala de visitas con el coronel García del Río y su esposa, conocidos de mi familia. Nos saludamos y las monjas nos llevaron a una ventana desde donde se veía a las pequeñas dedicadas a la gimnasia de la mañana en el jardín. Formaban, en largas hileras, un cuadrado con dos diagonales y hacían movimientos rítmicos. El amplificador de una gramola eléctrica los dirigía con la marcha de Schubert. La monotonía de aquellas actitudes daba a las chicas una gracia de muñecos mecánicos. La marcha de Schubert se proponía movilizar para una guerra de banderas azules todas las flores del jardín. Amparo estaba en el punto de intersección de las dos diagonales, en el centro geométrico —fíjate bien: geométrico—, del cuadro, del jardín y de la mañana. Si hubiera estado en un costado quizá no hubiera ocurrido nada. Me hizo una impresión muy rara. Abría los brazos, inclinaba la cabeza a un lado cerrando los

ojos bajo el primer Sol de la mañana y yo me diluía en aquel aire enrarecido de infantilidad y de pureza, y sentía impulsos y energías de raíz ignorada. Nos retiramos y fueron a avisar a la pequeña. Una monja nos decía que la gimnasia era lo único que Amparo hacía a disgusto en el colegio. Apareció ella corriendo y se fue a los brazos de sus padres. Aparentaba unos catorce años. Dio un hondo suspiro y se lamentó:

—Me aburro mucho, papá.

—¿Cómo? —se extrañaron.

Llegó otra monja. Se veía que la chica estaba con ellas a la defensiva y la inspectora de turno les dijo que en las clases de historia se distraía.

—Nos dice que es inútil que queramos hacerle comprender los parentescos de doña Juana la Loca cuando no ha podido comprender todavía los de su familia.

Al salir llevaba en los oídos la música de Schubert y el sol de mi corazón enviaba inquietos enjambres de avispas doradas al cerebro. Un coro de cabezas infantiles decía mi nombre cantando a lo largo de las avenidas y me arrojaban al mismo tiempo hojas de mirto y flores blancas.

Samar se quedó callado. Se detuvo y miró al cielo. Luego, a los árboles y después a una vidriera que movía el viento en lo alto de una casa y daba con el Sol explosiones de luz.

—Era una mañana como ésta.

Yo no decía nada. Llegamos al extremo de la Ronda, cerca de las Ventas. No podía más, con el gallo bajo el brazo y en la otra mano las pistolas. Samar se dio cuenta:

—Vamos ahí al lado. Están esperando los del comité.

Pasaron dos motocicletas con guardias civiles y un automóvil militar. Otra vez le pedí su impresión y me dijo que la huelga era incompleta en Madrid, pero que el estado de guerra y la paralización de los servicios más importantes hacían un efecto muy profundo. Fuera de Madrid —añadió— las cosas van mejor. Aquí, la falta de unanimidad la hemos

compensado con el sabotaje, que aunque no fue completo ha hecho mucho daño.

Yo hice una pregunta que me aguantaba con dificultad.

—¿Vamos por todo, digo, esta vez?

Samar afirmó. Esperaban noticias decisivas de Barcelona, Coruña y Sevilla. Si la consigna de huelga general respondía a la declaración del estado de guerra se iría a fondo. Había muchos resortes todavía intactos. Lo veía a Samar lleno de fe. Llegamos a un cafetín, una especie de cantina de suburbio. Estaba cerrado. Daba a dos calles y tenía una puerta entreabierta. Vi un grupo reunido en el centro y conocí algunas caras. Una vez dentro, el dueño cerró. Por los montantes entraba luz. El dueño era viejo y tenía bigote quemado por el tabaco. Acercaba algunas tazas de café y me trajo a mí otra. Yo solté el gallo, dejé las pistolas en una mesa y sorbí un poco. El viejo no me conocía, pero cuando vio las pistolas sonrió y mirando el gallo me dijo:

—¿Loquieres? Claro. A lo mejor lo has criado tú desde pequeño.

Entre los reunidos está Villacampa. Ahora se habla de Fau y hay sorpresas y lamentaciones. Luego se oye un «conforme» bastante unánime y Villacampa advierte:

—Hasta que lo sepan los demás compañeros del comité no hay que hacer nada. Además, la comisión debe enviar informe escrito.

Preside Urbano:

—Compañero Crousell. Informa sobre los ferroviarios de MZA.

—Pronto está dicho. La subsección del Centro va a la huelga y puede parar dos terceras partes del tránsito. Hemos tirado un manifiesto escrito por Samar y se han repartido ocho mil ejemplares.

Al mismo tiempo distribuye algunos y dos compañeros lo leen mientras Crousell sigue hablando:

—Como la directiva está en la cárcel y el centro clausurado hay dificultades para tomar acuerdos, pero existe

mayoría en favor de la huelga y van a ella con entusiasmo.

Yo miro a Urbano y lo veo con un aire de secretario de juzgado muy grave y serio. Crousell sigue:

—Lo que es necesario saber es si la última parte del manifiesto la aprueba el comité revolucionario.

Esta reunión es de delegados de grupos. No es de los sindicatos. Claro es que en ella hay tres miembros del comité local y que el comité revolucionario nacional lo forman a un tiempo representantes de los sindicatos y de la federación de grupos. El final del manifiesto lo lee Urbano:

«La solidaridad del resto de la organización se os garantiza. Yendo a la huelga no hacéis sino iniciar el paro total en todas las líneas de España. Dar el primer paso para el triunfo de la causa que en estos momentos es amenazada por todas las fuerzas de la reacción...», etcétera.

—Desde luego —añade Urbano—, el comité revolucionario ha enviado órdenes de huelga a todas las secciones.

—¿Se sabe —insiste Crousell— la posición del comité nacional en esto?

Villacampa aclara:

—El comité nacional ha aprobado la constitución del comité revolucionario en principio. Aquí está: «Agitación contra las represiones y las prisiones gubernativas. —Huelgas generales de protesta en cuanto algún compañero caiga bajo los fusiles de la reacción—. Manifiestos poniendo de relieve la colaboración de los socialistas en los crímenes de la burguesía. —Sabotaje—. Vuelta al trabajo según lo aconsejen las circunstancias».

—Pero ahí no se habla de las atribuciones nacionales del comité. Ésas no son más que las funciones de una federación local.

—Es que no pueden reconocerlas —advierte alguien— sin someter el acuerdo a un referéndum nacional.

—Lo que no quieren esos compañeros de Barcelona es potabilidades —aclara Gómez. Samar pide la palabra y saca

unos papeles:

—Aquí lo que pasa, compañero Crousell, es que todos estamos de acuerdo en la parte de agitación con consignas negativas. Pero el Comité Nacional hace muy bien en no querer saber nada cuando otros órganos como el comité revolucionario que se ha constituido tratan de encauzar un movimiento hacia el triunfo y de articularlo constructivamente. No quieren saber nada porque no existe una conciencia formada sobre el porvenir inmediato y rechazan la responsabilidad de lo que en ese aspecto hagamos nosotros o puedan hacer otros. Es muy natural. Ahora bien, yo opino que estando las cosas como están hay que ir a fondo arriesgándolo todo. Si no queremos fracasar una vez más, hay que avanzar construyéndonos al mismo tiempo el camino. Si no, nos despeñaremos. Ese camino se puede trazar aquí y podemos imponérselo al Comité Nacional. Si lo sometemos a su parecer, nos dirá que no. Lo considerará provocador o en todo caso creerá que se debe someter a referéndum. Ya se ve que en estas circunstancias se tarda en conseguir el refrendo de la organización quince días. Si se lo notificamos sin pedir opinión y lo llevamos a la práctica se callarán y esperarán acontecimientos. Mi posición es: o volvemos al trabajo inmediatamente o mañana mismo lanzamos las consignas netas, concretas e inmediatas para sustituir el poder burgués.

Hubo un momento de silencio. Vacilaban todos. Villacampa dijo que por su parte estaba conforme, pero el viejo de las melenas blancas levantó la mano y dijo:

Plantea el compañero Samar un dilema cuyos términos no pueden escapar a nuestra consideración. O sustituimos el nefando poder burgués o no hacemos nada. Yo no puedo entrar en «disgresiones» sobre el segundo término porque rechazo abiertamente el primero y me imposibilito por lo tanto para continuar avanzando ya que en buena ley, es decir en buena lógica —rectificó rápidamente como si al citar la ley se hubiera quemado la lengua antes de dar el segundo

paso hay que «cimentar» el primero. No se puede sustituir el poder burgués porque decir tal cosa equivale a decir que podemos implantar otro poder y yo, consecuente con mi ejecutoria de nobleza anarquista, rechazo todos los poderes.

Samar reía y comentaba:

—¡Ejecutoria de nobleza!

El viejo se creyó en el caso de explicar que había dos noblezas, que no sólo existía la de los aristócratas. Samar tenía prisa y estaba como desazonado y nervioso. Dijo que traía dispuesto un proyecto de comunicación al Comité Nacional en el que se les decía lo que íbamos a hacer sin pedirles el refrendo.

Comenzó a leer. El viejo interrumpió:

—Eso no se puede confiar al correo.

Samar advirtió que iba en clave y que no se le hicieran observaciones tan ingenuas. Las consignas eran sencillas. Cosas que se podían hacer y que revelaban de pronto lo fácil que era la revolución. Al final el viejo movió la cabeza tristemente:

—Yo no voto eso.

Urbano, aunque con respetos para Samar, dijo que tampoco lo firmaba porque aquello no era el comunismo libertario. Gómez dio un puñetazo en la mesa:

—Yo soy anarquista pero yo voto eso y lo firmo. No se puede abandonar a los compañeros que luchan en la calle, en nombre de la pureza de una doctrina que nosotros no podemos implantar de momento.

Samar miro a Gómez, conmovido por su acento de sinceridad, y después a los otros. Los jóvenes estaban con él. Pero eran pocos. Liberto García, el gigante blanco, de pelo de panocha; Elenio Margraf, el tipógrafo descolorido y adusto, y los otros dos, también de Artes Gráficas —José Crousell y Helios Pérez— lo apoyaban. A la hora de votar, vencieron, sin embargo, los viejos. Samar se levantó:

—Aunque la federación de grupos la rechace, yo la llevaré esta noche al comité revolucionario porque entiendo

que es la única manera de encauzar los hechos.

Pero Gómez estaba indignado:

—¡Vámonos!

—¿A dónde vais? —preguntó Urbano.

—A que nos maten. Es lo único que en estas circunstancias se puede hacer.

Villacampa intervino:

—Eso sería darles gusto a nuestros enemigos.

Urbano le pidió una aclaración.

Samar le interrumpió con una mirada de reojo en la que venía a decir: «Nos comprendes y sabes que tenemos razón, que es lo peor. Pero temes a la revolución y quieres morir de viejo agitando tu melena en la utopía». Se conocían. Samar aclaró a medias por Gómez, que no quería hacerlo. Dijo que eran incapaces de sabotear un acuerdo de un comité o una asamblea aunque hubieran votado en contra y que como el acuerdo era seguir en la calle sin consignas y liándose a tiros con todo cristo, eso equivalía a dejarse matar.

Salió asqueado. Con él se fueron —ya terminada la reunión y adoptados otros acuerdos secundarios— Liberto, Elenio, José, Helios y Gómez. Yo salí con ellos y con el gallo. Ya estábamos en la calle cuando de pronto llegó Villacampa corriendo. Miraba el gallo y tenía ganas de meterse conmigo, pero no encontraba motivo. Quizá le parecía que era darme demasiada importancia. Gómez decía a José y a Helios:

—Tened cuidado con Fau. No volváis a casa, que estáis vigilados.

Pero los dos querían volver para salvar los tipos de imprenta porque eran el único recurso que en la barriada tenían para manifiestos clandestinos.

—Llevando el molde hecho —decían— tenemos siempre una máquina dispuesta en alguna imprenta.

Quedaron, pues, en que volverían y en que irían después con Samar a casa de Villacampa a comer. Villacampa no estaba fichado y seguramente allí no había riesgo. Se marcharon. Liberto, Elenio y Gómez también se querían

marchar a Vallecas para preparar lo que se hubiera de hacer al día siguiente en el cuartel. Liberto llevaba los bolsillos llenos de papeles. Era la Regional, la Local y el Comité revolucionario ambulantes. «Eso» —decía refiriéndose al proyecto de Samar— tiene que salir esta noche. Al llegar a la plaza de Manuel Becerra vimos alguna animación. Ya era hora, porque las calles daban la impresión de una ciudad abandonada o diezmada por la peste. Gómez decía:

—¡Qué alegre está hoy Madrid!

Pero yo no concibo que pueda estar alegre sin tranvías. Los dos tipógrafos se despidieron allí y se marcharon. Villacampa se quedó mirando a un individuo que cabeceaba sentado en un portal.

Cuando nos vio se levantó y vino con andares poco seguros.

—¿Qué haces ahí, Casanova?

Se restregó los ojos y explicó:

—Esperando a un compañero que creo que tiene dos pistolas. He pasado la noche ahí, y que si quieras. ¡Coño, parece mentira el trabajo que le cuesta a un hombre conseguir un arma!

—¿No asaltaste con nosotros la armería?

—Sí, pero no conseguí más que una de esas que empleaban los marqueses hace un siglo para los desafíos. Se carga por la boca y hay que llevar un saco al hombro con pólvora y plomo.

Villacampa hacía memoria.

—¿Sabes quién tiene tres pistolas? Serafín Urbez.

Vive en el otro extremo de Madrid, pero Casanova sin chistar da media vuelta, se orienta un instante y echa a andar por una callejuela. Como tiene mucho sueño lleva la cabeza más adelantada que los pies y parece que va a embestir a las farolas. Seguimos bajando. La calle está en suave declive. Hay algunas tiendas entreabiertas y un garaje con el cierre a medio echar. Dentro se ve a algunos guardias civiles y una ametralladora desmontada.

A medida que bajamos, la calle se anima y las gentes parecen alarmadas. Tienen los oídos atentos a cualquier rumor. Hay pocos obreros. Es un día tranquilo y diáfano, como para confiarse y después del terror de la noche sin luz salir a ver lo que ocurre. Ha aparecido una edición oficiosa de «El Vigía» y la pregonan «con los graves sucesos de anoche y la declaración del estado de guerra en todo el país». La compramos y Samar apenas la hojea, sin leer más que los epígrafes: «El criminal atentado de anoche» —sabotaje, víctimas—. «La opinión al lado del Gobierno» —declaraciones de Gobernación—. «Han sido descubiertos todos los resortes del complot.»

Samar sonríe:

—¿De qué complot? Si hubiera complot no existirían ya ni vestigios del Gobierno. Señala una noticia con la uña del pulgar, ofreciendo el periódico a Villacampa.

—Mira. Han matado a Murillo.

Villacampa lee: «Resultó llamarle Murillo y ser un tipo muy peligroso en cuyas manos estaba el nudo central del complot»

Rién Villacampa y Samar:

—Pobre Murillo. No sabía nada de nada.

Ha muerto en un motín, herido por una bala perdida. ¿Quiénes más caerán? ¿Caeremos nosotros? Samar parece adivinar nuestro pensamiento y dice:

—Lo bueno que tiene todo esto de diluirse y despersonalizarse en la masa es que no le pueden matar ya a uno, aunque nos partan el corazón.

Villacampa no quiere hablar de eso y me dice que en un día como hoy no debí salir vestida de amarillo —color de esquirol— sino de rojo.

Samar aclara:

—Es que está enamorada de los tranvías.

—¿De todos? —pregunta Villacampa pensando que soy tonta.

—Hombre. La verdad es que todos son iguales. Estoy

enamorada, pues, de uno y de todos.

Villacampa me mira las piernas y tararea a media voz una canción de un fraile que regaló unas medias a una chica.

—¡Vaya una copla estúpida! ¡Qué tendrá que ver yo con los frailes! El caso es que le molesta que yo esté enamorada del tranvía.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde pequeña.

Samar ríe:

—Eres pequeña ahora.

Yo les explicaría mi enamoramiento, pero no son momentos para hacer comprender estas cosas. Vi incendiar un tranvía cuando vino la república. ¡Pobre tranvía! Tenía una voz delicada, como una campanita.

Llega un rumor alarmado. La gente huye en todas direcciones. No se ve un guardia ni nos amenaza nadie. Quizás en la calle ya casi desierta aparezcan balas silenciosas, de esas que dan la vuelta a las esquinas y suben al tejado para herir a una cocinera en el balcón de un patio interior. Pero nos quedamos quietos. Cuando los alrededores quedan despejados aparecen dos niños de cuatro o cinco años junto a un montón de basura revolviendo con la mano y llevándose trozos de legumbre y cortezas de pan a la boca.

Villacampa insiste:

—¿Pero es verdad que estás enamorada del tranvía? Eso es del todo estúpido.

Samar contesta por mí y explica que cada cual puede enamorarse de lo que bien le parezca. De un tranvía o de una pistola, como le pasa a Casanova, o de unas tenazas de podar.

Yo no lo entiendo. Villacampa tampoco, pero el caso es que ahora, después de la explicación de Samar, quiero más al tranvía y que en este preciso momento llega uno calle arriba. Nos quedamos estupefactos.

—¿Cómo es posible si no hay fluido?

Un obrero nos dice que han reparado las averías de esta

línea y que tienen órdenes del Gobierno de salir. «Pero éste —añade escabullándose misteriosamente— no volverá sano a la cochera.» Efectivamente. Antes de que llegue a donde estamos nosotros se produce una explosión, y unos adoquines saltan en surtidor y caen sobre el tranvía. La vía queda levantada y el tranvía descarrilado y cojo, con una rueda girando en el aire. Corremos a refugiarnos en las esquinas próximas y el gallo se ha espantado tanto que me ha desgarrado con las patas la falda y tengo que ponerme un alfiler. Quedamos a la mira. En el tranvía iban dos guardias civiles que se han herido con cristales y esquirlas de piedra. Bajan como pueden. El conductor ha salido ilesa, pero huye calle adelante, sin saber adonde. Por las calles afluentes vuelven los grupos amenazadores y algunos se acercan, pero otros recelan y miran calle abajo. Yo quiero al tranvía que no tiene culpa de nada. Percibo olor a gasolina. Van a quemarlo. Pero aún no se atreve nadie a acercarse. Le doy la pistola a Samar y en dos brincos atravieso la acera, salto el arroyo y me encaramo al tranvía. Al verme tan decidida vienen todos detrás, pero se oyen cascós de caballería más abajo. Y tiros. La gente se desparrama y yo me acurruco junto al motor. Más tiros. El tranvía se ha quedado solo y yo dentro de él. Algunas balas dan en los cristales y saltan hechos añicos. El gallo se me ha escapado y se sube a los asientos o a las ventanillas. Desde mi escondite junto al motor veo a Samar y a Villacampa con las solapas levantadas y el sombrero bajo, hurtando la cara y asomando la pistola. Tiran otros obreros desde todas las esquinas. Y los cascós de los caballos siguen sonando. La calle es blanca como una losa de cementerio. Y en el tranvía suenan las balas como si fuera el calor del Sol que desajusta las maderas y las hace dar chasquidos. Yo estoy con los ojos cerrados un buen rato. Lejos comienza a sonar una ametralladora. Cuatro o cinco tiros y calla. Luego vuelve a oírse otra vez y vuelve a callar. Por fin los cascós de los caballos suenan en mi alrededor y alguien me llama. «Me van a detener» —pienso—. Llevo mi pistola niquelada en la

boina.

Antes de descubrir la cara me mojo los párpados con saliva. Los guardias me compadecen, me preguntan si no tuve tiempo de escapar. Creen que viajaba en el tranvía cuando ocurrió el atentado. Pido el gallo y un guardia me lo trae cabeza abajo, cogiéndolo de las patas. Cuando ya desconfiaba de encontrar a mis amigos, me salen al paso en un portal. Villacampa está indignado conmigo. Entra en otro portal a ocultar la pistola en la caña de la bota, y Samar se queda mirándome. Está contento y con los nervios tranquilos, como siempre que sale de un fregado de éstos.

Estamos en un barrio rico. No hay un alma por los alrededores. Parece que ellos se dan perfecta cuenta de lo que está sucediendo.

XIII

Villacampa se decide a reflexionar sobre la violencia

SAMAR y Star han marchado después de comer conmigo en mi casa, y me he quedado solo. Yo no sé a dónde irán a parar Star y el periodista, pero siempre están de acuerdo. Voy a tener que usar la corbata roja y el cosmético para que Star se ponga de acuerdo alguna vez conmigo. En las mujeres influyen mucho la corbata y el peinado, y hay veces en que si Star se pusiera de acuerdo conmigo yo podría llevarle la contraria a Samar, cosa que no es tan fácil viéndolos a los dos contra mí. Ésa es la razón, y no otra, de que a mí me moleste a veces verlos cómo se apoyan el uno al otro. Por lo demás me tiene sin cuidado que vayan juntos. Yo jamás he pensado que Star y yo pudiéramos llegar a más que al trato en la organización o en la actuación.

Star me ha hecho rebuscar en mis escondrijos una bala que le vaya bien a su pistola. Una bala pequeña y fina, porque su pistola más parece que está hecha para llevar dentro una borla de polvos que una verdadera bala capaz de herir y de matar. Pero por fin la he encontrado. Es de calibre 5 y toda empavonada y blindada. Nuevecita. La ha sopesado, la ha hecho girar entre sus dedos. Luego yo he querido ponerla en la recámara y ella me ha quitado la pistola:

—Aun no. Cuando llegue el momento ya la pondré yo.

Hemos bromeado un poco. ¿Cuál es su enemigo? ¿Tiene enemigos? ¿Quién puede tomar a Star en serio hasta ese extremo? Samar se ha reído también de ella. Pero ella nos ha ganado a los dos en eso de reírse. Después ha hecho una cosa que me ha molestado. Con la punta de un cortaplumas intentaba hacer dos hendiduras en cruz sobre la nariz del proyectil. Yo le he dicho que eso no se podía hacer más que en las balas sin blindar. Le he enseñado yo varias. Tiene por

objeto que al girar se abra en cruz el proyectil y haga más destrozos en el cuerpo. Se sabe de balas de éstas que han entrado por el vientre y han salido por un hombro después de destrozar el estómago y los dos pulmones. Son buenas operarias. Entonces, con la misma punta del cortaplumas ha escrito en la bala sus iniciales: S. G. Luego le ha dado a Samar la bala y el cortaplumas:

—Toma —le ha dicho—. Pon las tuyas.

Samar escribió debajo: L. S., y me invitaba a poner las mías cuando ella se interpuso protestando:

—No, no. Samar y yo solos.

A mí, la verdad, no me gustó aquello. ¿Por qué esos distingos? Yo quedé mirándola un instante con cierto rencor y ella me hizo un guiño y me sacó la punta de la lengua. Esa chica, de pronto, da a entender algo raro, como si fuera muy lista y su bobería la llevara sólo como disfraz para despistar. La conozco bien. Sé que no hay nada de eso. Allá ella con su misterio y con su pistola. Tanto intríngulis y a lo mejor dispara esa bala sobre un puchero roto, cerrando los ojos. Estas chicas no son revolucionarias ni nada. Son como los cacharros que se ponen encima del piano, delicadas y finas. Y si quieren portarse como personas van a dejarse engatusar por una corbata o unos bigotes John Gilbert.

Me dedico a limpiar y a contar mi pequeño arsenal de guerra, ya que Star ha hecho que metiera en él las manos. Entretanto, mientras desmonto la pistola y le paso una bayeta mojada en aceite, voy pensando cosas raras. Hace tiempo que me he convencido de que para ser eso que llaman un intelectual —así como Samar— basta con pensar cosas extravagantes. Yo, sobre la revolución ya las pienso. Querría que todo saliera a pedir de boca, que los burgueses vinieran a ofrecerse y no hubiera más que ir disparando. Al mismo tiempo cantarían los coros que oí una vez en Barcelona canciones alegres que hay como para la primavera en los jardines. Y después, cuando no quedaran burgueses, cantaríamos todos e inventaríamos la religión del trabajo y

entonces todos los hombres se mirarían a la cara sin rencor y sin recelo y las mujeres no tendrían rubor ni nosotros las miraríamos con esa fiebre canibalesca con que a veces las miramos en la calle. Ya estaría todo hecho y los niños crecerían como las plantas, a base de agua y Sol. Todos seríamos dulces y bondadosos sin ir a parar a ese sentimentalismo que hace que a las muchachas no les crezcan los pechos y que las niñas pequeñas se encanijen y que los curas gordos y sin afeitar commuevan a las viudas.

El trapo sale del cañón de la pistola manchado de humo. ¿Cuál fue el último disparo? Fue esta mañana, cuando lo del tranvía. No le di a ningún guardia, ni siquiera al caballo de un guardia. En el momento de apretar el gatillo se metió por medio un anciano de barba blanca que llevaba dos muletas y una manteleta negra cubriendole los hombros y botas de charol muy limpias. Tenía una pata encogida y una cara muy miserable y lagrimera. Se metió por medio y se quedó con la bala. Salieron trompicando las muletas y el sombrero, y quedó aplastado en la acera como un pájaro. Se dirá que es lamentable. Más lo es, en la guerra, cuando una granada cae dentro de una casa y mata a los niños y a las mujeres. Y sin embargo, no dimite el Estado mayor. Pues aquí es igual. Con la agravante de que un hombre tullido pocas cosas tiene que hacer en la vida y menos cuando tiene aquella barba y aquellos zapatos lustrosos. Ya está limpio el cañón. Mirándolo a la luz parece de cristal por dentro. No puedo quitarme de la imaginación aquella manteleta negra al aire como un cuervo, que hizo un viraje ridículo al caer. Un compañero chófer me dijo después que al viejo lo habían llevado al equipo quirúrgico. Me guiñó un ojo:

—Le dieron *mulé*.

Eso creo yo. Los que van allí no vuelven. Es el moridero. Le he dado otro repaso al cañón y ahora miro a la luz y más que de cristal parece como si tuviera dentro tubos eléctricos encendidos. Queda limpio como una patena. Hay muchos pajarracos con manteleta en los hombros. Manteleta de cura.

Veo que cuando dejo la pistola en la mesa me olvido del viejo de la barba y cuando la cojo vuelvo a acordarme. ¿Será que las armas éstas tienen conciencia?

Ya limpia y engrasada con aceite de máquina de escribir —venden unos tarros muy elegantes por dos pesetas— completo los cargadores. En uno quedaba un solo proyectil. No sé para qué tanto ruido. Se malgasta mucho plomo. En el cajón tengo una cartera vieja y dentro tres billetes con la cabeza de Felipe II y El Escorial al fondo. Me guardo la cartera y nada. Soy el mismo. Me pongo la pistola en el bolsillo de atrás y crezco y me siento feliz. Si llega la patrona le diré por qué las vacas se comen las cabezas de Felipe II y las piedras de El Escorial. Porque ella tiene cara de vaca y hasta me ha parecido oírla mugir cuando riñe con el marido, un tío badanas que no hace nada. Yo con la pistola soy feliz porque son días en que hay que romper bolsillos, aunque el mío no se rompe porque lo he reforzado con cuero. Huelga general en la calle, dinero para resistir; el comité de la federación todavía completo y en libertad. Esto es vivir avanzando. La violencia —bien lo dice el folleto que asoma la esquina en la mesilla de noche, debajo de la jarra del agua—, la violencia es el móvil natural de toda acción y reacción y sin violencia no hay vida ni podría haberla. Pero las cosas están de tal manera en este cochino mundo que no se puede ser natural, lo que se llama natural, porque resulta uno demasiado violento.

Ahí está la patrona. Antes de que hable, le pregunto:

—¿Quiere usted dinero?

—No.

—¿Está harta de billetes monárquicos?

Se encoge de hombros, sin contestar. Yo me acuerdo de la tía Isabela y señalo el pasillo:

—¡A la mierda!

Se va chillando. Eso que es tan natural, resulta violento. Luego viene el marido y antes de que hable le pregunto:

—¿Viene usted a pegarme?

—No.

—¿Viene a convidarme con café?

—Hombre...

Le señalo también el pasillo:

—Si viene usted a hablar, yo nada tengo que hablar con un macarra ¡Largo!

Y se va también. ¡Sí es lo natural! Pero esto resulta violento, ya lo veo. Es la tonta civilización, más tonta que Star, que ya es decir. Con la pistola en el bolsillo, los compañeros en la calle y la revolución en el alma, somos como Dios. También Él es violento con los terremotos y los volcanes. Todo lo demás es flojo, blandujo, viejo y huele a sudor de enfermo. Ahora vuelven a dar en la puerta con los nudillos:

—Pase.

Es la criada. Una pobre muchacha juventina y guapa. Yo me encuentro hoy, después de estos días de andar a hostias con la policía como borracho. Si me acuerdo del interior del cañón de mi pistola, tan cristalino, esa borrachera se me sube por encima de la cabeza y me saca de mi traje dominguero y me deja en cueros con una estaca de pinchos —lo que llamaban antes un *mangual*— en la derecha. Ahí está la criada. Por lo visto no se atreven a volver los dueños. Está espantada, y me mira y me habla sin que le salga la voz de la garganta.

—¿A qué vienes? Si fueras honrada serías compañera nuestra. Como estás embaucada por los curas, sólo sirves para barrer los cuartos o para que los huéspedes te muerdan en el culo.

La chica traga saliva con los ojos redondos. Otra vez lo natural resulta violento. Yo estoy impaciente:

—¡Vamos a ver! ¿Vienes a barrer o a que te muerda? Más asustada aún, balbucea:

—Se muere.

—¿Eh?

—Don Fidel.

Avanza poniéndose instintivamente una mano en el trasero. Al ver que me río, disimula y se estira la falda.

—Habla ahora. ¿Qué pasa con ese viejo?

—Que se muere.

—¿Que se muere? ¡Vaya una ocurrencia! ¡Ahora que yo tenía que salir!

La criada se va con unos pasos muy rápidos y muy menudos. En la puerta se vuelve a mirar como si fuera a decir algo y no dice nada. Yo soy incapaz de conducirme así con los míos, pero con los otros algunos días no lo puedo remediar. Ese don Fidel es un viejo empleado de la Tabacalera que lleva cuellos y puños duros y que habla siempre de un tío suyo general carlista que fusilaron los liberales, y cuando yo lo ponía en duda me juraba que en su casa del pueblo tiene metido en una urna de cristal el calzoncillo todavía manchado de sangre. Tiene el mejor cuarto de la casa y odia la civilización. Querría matar a todos los anarquistas y comunistas y coge un berrinche cada vez que lee en los periódicos que una comisión de obreros ha ido a ver al presidente para protestar contra algo.

—¿Por qué los recibe? —dice echando espuma por la boca—. ¡Leña es lo que necesitan esos vagos! Se ha mantenido soltero toda la vida porque así le parece que la familia le tiene por un pillete y también por miedo a los cuernos. De vez en cuando se gasta unos duros con una chica callejeante. A través de la pared de su cuarto, que está al lado del mío, le oí rezar un día en voz alta. Parecía que no estaba muy satisfecho de Dios:

—¡Me vais la tentación y luego hacéis que coja blenorragia! ¡Con todos los respetos, Dios mío, eso no está bien!

Y ahora se muere. ¡Sí que debe ser divertido verlo morir! Cuando salgo al pasillo oigo maullar en la cocina desesperadamente. Parece que va en serio. Entro en su cuarto. Apenas hay luz. Las ventanas están entornadas y de un rincón, entre un burujo de sábanas, salen estertores

malolientes, como si hubieran puesto a hervir una olla de coles. Respiro por la nariz y no hablo hasta que tengo los pulmones llenos de aire y me toca echarlo. La patrona y su marido están uno a cada lado. Me miran recelosos y ella me da disculpas como si al abrir minutos antes la puerta de mi cuarto me hubiera ofendido. Yo pienso que la violencia irá contra la cultura, pero como es natural la gente se somete y la acata. Ahí están esos hombres. A los dos les acabo de cantar las verdades y sin embargo... Claro que también entra en esto el respeto a don Fidel. La patrona, al retirarse para dejarme a mí el sitio al lado de la cabecera, ha cerrado sin querer la hoja de la ventana y el patrón le pide que abra más y me explica:

—El aire libre es un gran aliciente para la agonía.

Pero yo no sé qué hacer ni qué decir. Lo natural sería no haber entrado. Una vez dentro, lo natural es taparse las narices y escupir. Me cuentan en qué consiste la enfermedad y quieren convencerme de que pudo salvarse, cuando a mí me parece tan lógico que se muera. El patrón le da agua con una cucharilla. Yo le digo:

—¿Para qué? Déjenlo que se muera de una vez si se ha de morir.

Le parece tan monstruoso a la patrona que se santigua y advierte:

—No grite, que se entera de todo.

—¿Se entera de todo? Y a continuación pienso para mi conciencia: «¡Qué cotilla!»

La patrona lo llama:

—¡Don Fidel! ¡Don Fidelito!

Tengo unas ganas de reír atroces, sobre todo cuando veo a la patrona limpiarse una lágrima. El patrón también lo llama:

—¡Don Fidel!

Y de vez en cuando mira el reloj de oro del muriente que está sobre la mesa y la tabaquera, que asoma en un bolsillo de la chaqueta negra, y piensa que debe ser de plata. Los

dos coinciden ahora en llamarlo, y don Fidel entreabre los ojillos cerúleos. Aprovechan esa oportunidad para decirle que estoy yo aquí y entonces veo la mirada mortecina que se posa en mis ojos. Él los cierra sin responder. Le han puesto un Cristo sobre el vientre, un escapulario junto a una oreja. De pronto se oyen voces en el pasillo y la patrona sale presurosa, dejándome en las manos una toalla con la que le espantaba las moscas y le hacía aire. Luego se vuelve a asomar a la puerta y llama al marido muy contenta. Debe ser la visita del cura que tanto les commueve. Yo me quedo de pie al lado de don Fidel, con la toalla en la mano. De vez en cuando la paso sobre su cabeza, como la patrona, pero sin querer me acuerdo de los toreros y a cada nuevo pase digo en voz alta:

—¡Dobla!

Luego de izquierda a derecha:

—¡Dobla ya!

Tengo prisa por marcharme y él no tiene ninguna al parecer, la muerte le ha afilado el perfil, pero que si quieras. Salgo al pasillo y le doy la toalla a la patrona.

—¿Y don Fidel? —me dicen con la esperanza de que se haya muerto. Respondo marchándome:

—Tan pelma como siempre, señora.

Salgo a la calle. Un viejo carlista no es una persona. Ni un animal. No es nada. ¿Cómo voy a sentir que muera un tipo como ése, yo, que salgo a la calle a matarlos?

Es verdad que ellos también me la tienen jurada a mí, pero así es la vida y nosotros no la hemos hecho. Al menos, yo.

XIV

Diálogo sobre el Amor y la Muerte — Al estilo burgués— Fin de La Destrozona (Habla Samar)

AL entrar aquí llevaba una sensación ambigua, de cínico que ha perdido la moral y anda por la calle a cuatro manos. Luego, la ansiedad y la emoción de hallarme en casa de Amparo, y ya ante ella la reflexión de otras veces: «Puedo ir yo a la raíz del arco iris o el arco iris venir a mí». Pero de todas formas estaba en medio del puerto nevado —con nieve ardiente— y quería engañarme en vano. Yo había ido a las altas cimas, y cuando veía el Sol en los cristales del hielo iba hacia ellos deslumbrado por el iris de millares de pequeños prismas. «Viene el Sol aquí y se descompone y muere.» Luego escuchaba al viento y el viento sólo hablaba de soledad en la muerte lanzando quejas largas de un dolor cósmico. Me sentaba y soñaba con los prismas de hielo y sus alcázares. El frío me quemaba la piel. Sentía el viento en mis cabellos y en mi barba de tres días y encontraba un placer en las agujas que me traspasaban las manos amoratadas. Solo, arriba; solo y lejos, y alto con las nieves y los vientos. Entrar en el prisma helado y calentarlo con mi calor limpio, más fuerte que el frío de todas las cumbres, y soñar: «En el frío y en la blancura de este alcázar tiene que extinguirse la impureza de abajo, deben morir todos los miasmas, toda la podredumbre. Ella es limpia y diáfana como el hielo, y el sol de mi corazón lo asimila, lo descompone. Con él levanta sus alcázares. Pero el viento ruge abajo. El viento gime arriba. El viento habla de soledad en las alturas y de la angustia de tener que abandonarse a las fuerzas desconocidas.» Eso que llaman la angustia cósmica.

Abandonarse... Cuando todo nos invita a levantarnos y rechazar el misterio, a negar la fatalidad doricojónica o la

miseria ebionita de Palestina. A negar los alcázares de luz descompuesta y a sublevarnos contra el viento de las soledades, y a ser sus enemigos y a levantar bandera contra él. Si el viento llora, reiremos nosotros y apagaremos su gemido con nuestras canciones más o menos procaces. La ciudad está allá abajo, detrás de nuestro cenador florido. Las calles escalofriadas. Grupos negros sobre el asfalto blanco y máuseres en las esquinas, Calles blancas abandonadas. Arena en las aceras y de vez en cuando boñigas de los caballos del orden público. El arco está tenso y la flecha de Espartaco, encendida. ¿Y así, en estas circunstancias vamos a abandonarnos?

Estoy a su lado. En mis oídos se adormeció la voz de Star que me decía hace poco:

—Tienes unos amores de tarjeta postal.

Como Amparo sabe que la revolución me aleja de ella, se me incorpora con la esperanza:

—Si ahora triunfáis —dice con alegría infantil— después estaremos ya siempre en paz.

Yo afirmo pensando en otra cosa. Luego la miro. En sus ojos no hay más allá. Todo aparece cuajado en la retina. También los alcázares y sus palenques de nieve. Como ve que no hablo, insiste en su entusiasmo revolucionario. Yo le pregunto:

—¿Eres anarquista?

—Sí.

—Tienes una ocasión para ayudarnos; para demostrarlo. Sus ojos resplandecen:

—Aunque soy cobarde con algunas cosas, no vayas a creer que no soy capaz de todo.

Me acuerdo de Star y de la tarjeta postal. Voy dejando caer las palabras taimadas:

—Quería pedirte una cosa. Pero lo que quiero de ti puede perjudicar a tu padre. Se trata de que me proporciones tres volantes impresos de los que hay para el caso, con el sello del Regimiento al pie. Son permisos para entrar en el cuartel.

Los volantes estarán a mano y con ellos sobre la mesa de trabajo del coronel, el sello. Es muy fácil.

Amparo me dice con tristeza después de un largo silencio:

—Tú no me quieres.

Yo insisto como si no la oyera:

—Elige. Son tiempos de conductas netas y claras. A la hora del combate, la familia no representa nada. Hasta ese pobre hombre de Jesús a quien tanto dices que amas en tus rezos os dijo: «Dejaréis al padre y a la madre por seguirme. No habrá paz en las familias.» Él os ofrecía un ideal. Nosotros te ofrecemos el nuestro. Elige entre Dios y yo. Entre tu padre y nosotros.

Casi llorando repite:

—¡No me quieres!

Con la misma sequedad —el pulso acelerado de la ciudad late en mis palabras— voy dejando caer palabras que parecen nuevas:

—Si no te quisiera, me casaría contigo. Sería una buena boda. Habría gran ceremonia, iglesia iluminada y orquesta. Todo eso decora muy bien la posesión de una mujer tan bonita como tú. Ya ves si sería fácil. Pero te quiero de la única manera que puedo quererte, como nadie será capaz de quererte nunca. Te quiero desesperadamente. ¿Oyes bien?

Le atravieso los ojos con mi angustia.

—¡Desesperadamente! Porque siendo tú mi vida tengo que renunciar a ti.

En el fondo del alma una voz clama desesperada: «¡No ser un imbécil! ¡Qué tragedia, no ser un idiota! ¡Ella me querría igual! Un imbécil, un idiota y un revolucionario dicen ante una mujer como ésta las mismas palabras. Y esas palabras bastan como la varita de las hadas, para encontrar ese tesoro único.» Me ve retraído. Me mira a la boca porque el punto final a partir del cual ya no cabe el diálogo lo ve en las comisuras de mis labios. Insiste:

—Yo iré contigo. Yo no quiero nada en el mundo fuera de

nuestro cariño. Yo...

La atajo con voz apremiante:

—Ayúdanos facilitando a los compañeros esos volantes.

Sigue dudando:

—¿Triunfará así la revolución?

—Por lo menos —declaro— la agitación será más profunda y más extensa.

—Antes has dicho, Lucas mío, que tenías que renunciar a mí. Si os doy esos volantes, ¿seguirás pensando lo mismo?

—Es probable.

Ella, que parecía tan serena y tranquila, comienza a contraer los labios. Pasa de la felicidad radiante a la desesperación en un segundo:

—No te basta —dice con voz insegura— que os sacrifique a papá.

—¿Que lo sacrificues?

—Sí. La primera víctima de una sublevación es el jefe.

Yo callo. Ella comienza a llorar y pregunto:

—¿Piensas que soy un criminal?

—No sé. Te quería lo mismo aunque lo fueras.

Sin saber lo que hago, enciendo un cigarrillo. Ella ha sacado su pañolito, y al oírme decir que no hay nada «irremediable» lo mordisquea y lo desgarra. La tía, que se da cuenta de que no estamos en paz, nos echa unas miradas tímidas y vivaces. Amparo balbucea:

—¡Ah, si me muriera! Eso lo arreglaría todo.

La razón no me duele hoy como el otro día en el cine. Quiero hechos, quiero lógica. Si estoy enamorado, peor para mí. Si no se puede salir de este laberinto, me pegaré un tiro. Yo no puedo ir. Ella no puede venir. Triunfaré, si puedo, o sucumbiré de un pistoletazo bajo la lógica nueva que puede cada día más: que puede más que ella y que yo. ¿Cómo va a dejar ella sus sedas, tu tocador, su jardín, su familia dulce, para venir al solar miserable, ella que tiene macizos de claveles, de rosas? ¿Qué haré yo con la pistola en la diestra y su inocencia y su hermosa infantilidad desvalida —des-va-li-

da— al lado? No. ¿Hay que renunciar? No puedo, no quiero, no sé ni he de aprender. Yo, que me imagino a mí mismo con la frente abierta en la losa, como Germinal, sin sobresalto, no puedo imaginarla a ella en otros brazos sin sentir temblar la tierra a mis pies. Y ella ha dicho:

—¡Ah, si me muriera! Eso lo arreglaría todo.

La he oído sin alarma. Ante una reflexión que me turba un instante, me consuelo en seguida pensando: «Ha dicho que me querría aunque fuera un criminal.» Y los cuerpos se entienden y la intuición trabaja entre sus mejillas de manzana y las más sin afeitar. La intuición nos acerca y nos repele fijando luminosos atisbos como los relámpagos en una tormenta. Ella completa la insinuación anterior.

—Si yo muriera tú serías feliz.

La razón va a protestar, pero algo surge de improviso y la arrolla. Me callo. Ella me mira a los ojos y yo los oculto con una nube de humo. Espera que la nube se desvanezca y entonces, antes de que ella los vea, le contesto mecánicamente:

—¡No, eso no!

Luego la miro de frente. Sus ojos, sus labios, la actitud de sus manos y hasta el ángulo que describe el torso con los muslos dependen de lo que yo diga, de lo que yo mire, de lo que pueda ella suponer que yo pienso. Antes lo dijo hablando consigo misma. Ahora me lo pregunta mirándome a los ojos. Como el cigarrillo se ha terminado, lo tiro y le devuelvo la mirada en silencio. Quizá piense que no la quiero. O que soy un malvado. Lo terrible es que no me preocupa lo que piense. Y que la quiero a pesar de todo con toda la ausencia mortal de mi alma.

—Si no me contestas —dice ella— es que acierto.

Yo no quiero entrar en diálogo, recordando que José Crousell y Helios Pérez no han llegado a comer a casa de Villacampa y que probablemente esto se debe a que los han detenido. Luego pienso en Fau y en mi proyecto que el comité revolucionario debe aprobar. No sé, entretanto, lo que

ella dice o piensa. Sé que habla, que me hace extrañas preguntas y que cuando de pronto yo me incorporo, la miro y digo: «Escúchame», ella se sobresalta y se estremece.

—Escúchame. Ahora vas a ser tú quien conteste de una manera inequívoca. Nosotros necesitamos; yo —añado subrayándolo— necesito esos volantes con el sello del regimiento. ¿Me los vas a dar?

Se levanta y sale decidida. Entra en la casa. Me quedo solo, lejos, flotando en el vacío y comienzo a sentir otra vez la razón como una neuralgia. Miro al suelo de arena. Ahí están los huellas de sus zapatos. Pero ella se ha perdido ya en el tiempo. No existen sino sus raíces en mi corazón, soterradas. Siempre creciendo, siempre avanzando. La tía cree que cumple un deber de sociabilidad habiéndome desde su discreta distancia.

—Es terrible lo que ocurre por ahí, Lucas. ¿Se enteró de lo de anoche?

Vuelvo del letargo precipitadamente:

—No, señora. ¿De qué?

—Apagaron todas las luces de Madrid.

—¡Ah, sí!

—¿Qué le parece? Eso no está bien. Porque en muchas casas hay enfermos.

—Claro.

—Y además ha habido desgracias.

Yo callo. ¿Me dejará en paz esa buena vieja? Pero todavía pregunta desde su banco entre el cenador y el porche:

—¿Qué es lo que quieren ahora? Por contestar algo, digo:

—¡Vaya usted a saber!

He dicho la verdad. Hay bastantes fuerzas para intentar algo, pero seguimos obstinados en no saber lo que queremos. Es decir, yo tengo la conciencia tranquila. Yo lo sé. ¿Qué significa, sin embargo, la seguridad de mi orientación donde nadie quiere sujetar ni encauzar su heroísmo? La tía sigue hablando hasta que ve aparecer otra vez a Amparo. Ésta viene, decidida, despreocupada. Sobre la

arena tibia del jardín su paso es armonioso. Recuerdo no sé por qué los frisos de las remotas olimpiadas. Se sienta a mi lado y saca del pecho un pequeño rollo de papel.

—Ahí los tienes, Lucas.

Le cojo una mano y la llevo a mis labios. Ella me mira con una serenidad nueva, desconocida.

—¿Sigues pensando que no es posible? —me dice.

Yo advierto, condicionando la respuesta:

—¡Aún no basta! Tienes que prometerme no poner sobre aviso a tu padre.

—Te lo prometo.

Beso su brazo y después su boca. Ella me acaricia el pelo y calla.

—¿Verdad que sí? —dice después—. ¿Verdad que seremos felices?

Ha cambiado esta muchacha. Parece que sobre sus ojos han pasado diez años en un segundo. Me pregunta en silencio. Se recoge su expresión en la mirada, y en los ojos: «¿Piensas ahora si es posible nuestra felicidad?» Yo contesto con otra mirada y otra pregunta: «¿Y tú? ¿Lo crees tú?» Recoge mi pregunta y contesta de una manera que es toda una revelación. Tiene ahora una placidez y una dulzura con orígenes en el misterio. El dolor da la sabiduría. Me mira como nunca había mirado a nadie y sus miradas parten de un equilibrio muy por encima de los equilibrios humanos posibles. Su respuesta silenciosa y dulce, suave y honda, llega a los más oscuros cimientos de mi pasión y me produce escalofríos. «Y tú —sigo yo preguntando—. ¿Qué crees tú? ¿Es posible nuestra felicidad?» Toda ella se hace luz en los ojos. Leo en ellos con toda firmeza una negación:

—¡No!

Vuelvo a cogerle las manos. Después de esa negación necesito hacerle, precipitadamente, una pregunta:

—¿Me quieres?

Ella me mira en silencio. Su manita sube por la solapa y se apoya en mi nuca:

—¡Cuántas ilusiones, Lucas mío!

Habla de ellas como si las viera huir por el aire en una bandada de esos ángeles en los que ella cree. Insiste:

—¡Cuántos sueños!

Sí. Me quiere, pero ya no llorará. Me acerco más a ella con la sensación de que se va a perder, de que se me va a marchar. La serenidad no dura mucho. En seguida se lleva las dos manos a la cara y se cubre las mejillas. Los labios se le abren bajo la presión y los ojos miran desesperadamente al techo. Con voz de llanto —llanto fresco, de bebé— pero sin lágrimas gime. Yo le rodeo el talle y atraigo su rostro. Se siente protegida y quiere sonreír. Pero la última ilusión se va. La veo pasar por sus ojos en una sombra azul cuando gime.

No llorará. Estoy seguro. Pero se acurruca en mi pecho y gime, con el puño derecho cerrado junto a la boca. Yo temo el instante, sintiéndola trémula y convulsa, no sé qué peligros. Se separa.

Todas las ciencias del mundo viejo y amargo le han dado el secreto. Sabe que lo nuestro no es posible. Yo quiero decirlo todo y no digo nada.

En lo alto del pabellón aparece el último rayo de Sol de la tarde. Sigo viendo en sus ojos la negación cuando se levanta y con sus manos en mis hombros me mira. Yo me he impuesto un hermetismo artificial que consigo fácilmente pensando en mis camaradas. Veo la negación en sus ojos. En los míos ella debe advertir sólo una cierta frialdad. Nos despedimos sin palabras. Hay una entre los dos, que ni ella ni yo nos atrevemos a repetir. Ya no hay preguntas. Ella se va adentro sollozando e invocando a su madre. Es el animalillo extraviado de otras veces. Pero extraviado para siempre. Yo me quedo con los tacones clavados en la arena. «Nunca más» —dice el aire del jardín—. «¡Siempre más!», gritan mis compañeros en la avalancha del atardecer. «Nunca más» —dice una cortina de tul blanco en una ventana—. «¡Siempre más!», gritan las primeras sombras del anochecer. Y salgo sin despedirme de la tía, que tiene un

ceño muy pronunciado.

Ya en la calle oigo voces, tumulto. Un monstruo llega sobre mí corriendo, soplando. Apenas tengo tiempo para ladearme. Se acerca al muro del jardín, lo quiere saltar y no puede. Corre al pie de la tapia. En seguida aparecen a mi lado el pequeño Buenaventura, Graco y Santiago. Ahora distingo bien al monstruo. Buenaventura da órdenes:

—¡Vivo! Buscadle la vuelta. No correrá mucho, porque lleva un chinazo en la pierna.

Corren, me adelantan. Buenaventura dispara dos veces y se oye gruñir a Fau, arrastrándose. Vuelve a levantarse y va a dar en la parte del pabellón, que no tiene jardín. Aplasta con su espalda las trepadoras del muro, rompe las campánulas azules. Está sobre el fondo verde mirando, desorbitados los ojos, a sus perseguidores, abiertos los brazos en cruz contra la pared. Una lagartija ha quedado aprisionada bajo su bota y asoma el hocico asfixiándose. Los tres compañeros se acercan más. Disparan cuatro, seis, diez veces. Hasta que el monstruo da con la nariz en el suelo y sus ojos miran sin mirar. Entonces se marchan escondiendo las armas. Del cuartel salen unos soldados y disparan los tiros perdidos del reglamento. Luego llaman al oficial de guardia. La lagartija, con el rabo partido, anda trabajosamente por el pantalón de Fau. Todavía hay un poco de Sol en la chimenea del pabellón, encima del balcón de mi novia festoneado de trepadoras blancas y campánulas: un verdadero balcón de tarjeta postal.

XV

*La Virgen de la Ira Propicia — Frente Único en la oración—
Antifonario (Tiene la palabra la tía Isabela)*

LA señora Cleta no me ha querido tener más tiempo en su casa. ¡Valiente casa! En las doce horas que he estado allí me he llenado de pulgas. Y luego ella no hacía más que hablarme de que cuando vivía su marido no la dejaba a sol ni a sombra con los celos. El marido debía ser un badanas. Y por lo que ella presume de sus celos, más que una mujer guapa se me representa una mujer bastante puta. Para que me marchara me ha refregado por las narices que la comprometía como viuda de militar. Con eso le parecía que me demostraba ser más que yo. Cuando ella se haya lavado cuatro canastos de ropa estando el marido enfermo y sin jornal, lo creeré. ¡Y duro con que su hombre era oficial de Seguridad! Repetía:

—Mi hombre mandaba a cincuenta guardias. Aguardaba un poco y seguía metiendo cizaña:

—Claro que en los tiempos de revuelta mandaba más. Yo le dije:

—El mío los hacía correr a todos como conejos.

A ese paso yo sabía que llegaríamos a agarrarnos del moño y allí era donde yo la aguardaba, pero me ha tenido miedo y ella misma me ha buscado alojamiento para esta noche en casa de Lucrecia, la mujer del cabo. A la que le hace muchos amores la señora Cleta es a Star. Yo, para que no le resultara tanta gorronería a Lucrecia, no he dicho nada a mi nieta. Allí se ha quedado con el gallo. El gallo es para ella antes que yo y antes que todo. No tiene corazón. Ahora vienen los chicos al mundo dejándoselo en el vientre de la madre. Cuando se ha enterado de la muerte de Fau no se le ha ocurrido pensar que a lo mejor fue el que metió en la cárcel más de una vez a su padre, sino que dio un suspiro de

satisfacción y le dijo al gallo:

—Ya estarás tranquilo. Fau te había echado la vista, no ahora sino desde antes de la República. A veces te encontraba en el portal. Yo salía y te metía en casa, y entonces él escupía, chascaba la lengua y se marchaba con un palmo de narices.

En casa de la Lucrecia da gusto estar. Hay más claror aquí de noche que allí a las doce del día. Y eso lo hace la limpieza. Luego ella, como tiene marido, ya no siente ganas de ser más que otra. De joven la mujer necesita tener cerca el recuesto. La señora Cleta aún no es vieja, y como no lo tiene está desazonada. Cada vez que va a la iglesia y agarra un cirio se pone a morir. ¡Yo me río mucho cuando las veo así, tan finas y sin calzones que planchar!

La casa de la Lucrecia se la hizo el cabo antes de casarse. Compró a plazos el terreno allá en las quimbambas, y como es albañil en menos de un año estaba levantada. Tiene un piso, falsilla y sótano. Desde entonces han ido haciendo más casas entre la suya y nuestro barrio, y ahora ya está junta con las demás. El cabo no es que sea cabo sino que lo dice la gente, porque cuando cortejaba a su novia estaba en el servicio militar, era de caballería y venía por el barrio con un sable muy grande. Es buen mozo y era muy amigo de mi pobre Germinal. Yo hago buenas raigas con los dos y en cuanto he venido me he puesto un mandil y he comenzado a faenar por la casa. No había nada que hacer, sino la cena, pero he ido por agua, he pelado patatas, y hasta me he llegado a mi casa a buscar unas cebolletas enanas que son gloria pura. Los agentes fumaban en el patio:

—¿Qué hay, abuela?

—Y se reía el de las gafas. Luego, para que no me hablaran, he estado espantando perros o llamándolos con el chuflo hasta que he vuelto a salir. Pero son gente sin conciencia y todo les da igual. La noche está fresca y el cielo bien cuajado de estrellas. Cuando volví a casa de la Lucrecia estaban dentro Gómez, Graco, Santiago y Buenaventura.

Luego han llegado Bienio Margraf y Liberto. En las dos esquinas más cerca de la casa había dos hombres de los nuestros que estaban a la centinela. Han hablado todos con prisa. Liberto abre y cierra los ojos mucho cuando está callado y luego no pestañeá mientas habla. Elenio es muy marchoso y no escucha lo que le dicen porque parece que lo tiene todo pensado y sabe lo que tiene que decir en toda su vida. Ellos dos y el cabo hablan de que hay que «trasladarla» con los mayores cuidados y celarla religiosamente. Ya hay sitio dispuesto. Entonces el cabo dice: —¡No hay manera! ¡Esto es un jubileo! Se marchan dejándole dicho el lugar de la reunión para más tarde.

Ahora veo que Graco y Santiago tienen la pistola al lado, encima de un banco y que no se separan del costado de la puerta. Me asomo intrigada y no veo nada. El cuarto no tiene, más que una cama, un lavabo, dos estampas de la libertad y la revolución como las que tengo yo en casa. Miro debajo de la cama y no hay más que un orinal y las zapatillas viejas de Lucrecia. Como veo que nada me dicen nada pregunto, pero no es por falta de ganas. Yo siempre había tenido muy buena idea de estos compañeros. Formales, poco habladores y con buena fama. Yo me lo represento al cabo como a mi Germinal. Siempre en lo suyo. Pero no podía pensar todo esto. Por lo visto el cabo es alguien. Lo cuidan — a él y a su compañera — como cuidaban antes a los reyes, y no parece sino que en lugar de la cama de matrimonio está la divina custodia. Las dos centinelas que hay afuera no dejarán pasar a ningún sospechoso. ¡Que vengan los perros, que vengan! Al gafitas ése querría yo ver aquí.

Han entrado dos que no conozco y se han sentado donde los otros. Los de antes se han marchado mirando el reloj y guardándose las pistolas. Al salir me han dicho:

—Animo, abuela. Ya las pagarán.

—¡Dios os escuche!

La Lucrecia pone en la mesa un jarro, pan, cinco platos. Los dos de las pistolas se acercan con el cabo y se sientan.

Me dejan a mí el mejor sitio y yo protesto:

—Nosotras, después. Ahora coméis vosotros; Lucrecia y yo cuando hayáis acabado.

El cabo dice que no. La Lucrecia trae la cena de una vez, se sienta también y por lo que veo comemos todos a un tiempo. En casa no lo hacíamos así. Primero son los hombres y una ha venido al mundo para servirlos. Me han dejado el puesto más principal, aunque sé que no lo hacen por mí, sino porque soy la madre de Germinal. La cena es corta, de casa pobre, pero sabrosa, y como Lucrecia y el cabo se llevan bien es una gloria mirarlos a la cara y verlos tan contentos. Los dos que estaban en el banco, guardando la puerta del dormitorio, han comido bien. Luego encienden un cigarro y vuelven a su puesto. Hablan ahora los tres y el cabo dice con mal talante:

—¡Lástima que no haya más remedio que liarse a tiros!

—Tontería. Sólo se convencerán cuando les pongamos el pie en el cuello.

Después de cenar me entra soñera. Pero temo que si me duermo me van a despertar en seguida a tiros. Parece que no ocurre nada, pero lo cierto es que entre los gestos y las palabras se ve que esta noche tiene aquí su misterio. El cabo pasea, nervioso:

—¡Esto es la rehostia!

Para darle la razón entran dos individuos. Uno es cojo y me parece que lo he visto alguna vez pidiendo limosna. Lleva barba canosa y representa unos cincuenta años. El otro no es viejo pero tiene una cara que da espanto. Hablan con el cabo y pasan al dormitorio. Yo me asomo poco después y en el dormitorio no hay nadie ni tiene puerta ninguna de salida:

—Rediós; esto es cosa de brujas.

Pero ni Lucrecia ni el cabo se preocupan. Entra la gente, desaparece, y aquí no ha pasado nada. Vuelvo a sentarme y me adormezco. La mesa se pone de medio lado, se inclina y cuando va a ponerse patas arriba yo doy un respingo. Lucrecia recoge los platos y yo le digo que espere un

momento y fregaremos las dos. En cuanto doy tres cabezadas ya estoy despabilada y puedo faenar como si tal cosa. Pero esta vez me parece que me voy a quedar roque.

El cabo me dice:

—Aquí nadie ha perdido tanto como usted.

Pero mientras los veo a todos afanados en vengar a mi Germinal, parece como si mi hijo no hubiera muerto. Lo malo será cuando todo esto se acabe y vuelva a hacer la vida de siempre. El cabo dice que eso ya no será nunca.

—¿Por qué? Yo he visto muchas cosas en este mundo y no tengo tanta confianza. Hay que matar a mucha gente y para eso hay que llevar uniforme. Con chaqueta y gorra no podréis matar más que a algún guardia.

Les cuento que salí dispuesta a volar la ciudad y luego tuve que ir dando las bombas a los compañeros de mi hijo. El cabo suelta a reír. Se me ríe en las barbas, y yo, por no contestarle, me voy a la cocina. Lucrecia no quiere que la ayude y me envía a la cama; como si fuera un vejestorio inútil. Yo me quedo ayudándola. ¡Estaría bueno! Irme a dormir ahora cuando desde hace cuarenta años soy la última que se acuesta en casa y la primera que se levanta. La cama es para los viejos y yo aunque lo parezca no lo soy.

—Entonces no se acostará usted, tía Isabela.

—¿Por qué?

—Toda la noche habrá gente en casa.

Como ven que no pueden conmigo me dejan que ayude en las últimas faenas. En el cuarto de al lado se oyen voces. Yo me siento y vuelvo a cabecerar. De vez en cuando oigo pasos y me despierto. Entran más obreros. Algunos, viejos que más les valdría estar en la cama. Uno, sobre todo, que arrastra los pies y tiene los ojos llorosos y le tiembla la mano. Todos pasan al dormitorio del cabo. Yo rezó para no dormirme del todo. Saco el rosario y voy pasando cuentas: «Por el hijo, que gloria tenga». Cuando me acuerdo que están los agentes en mi casa, no puedo seguir rezando. «¡Hostia bendita!» «¡Si los cogiera donde cantan las

perdices!» Dios dijo: «perdonad a vuestros enemigos», pero nada habló de los agentes de policía y de los guardias. Mi hijo cayó en la calle con la cabeza llena de ideas buenas. Yo no puedo rezar para que Dios lo perdone. Estoy segura de que no necesita que lo perdone nadie. Tampoco él tenía nada contra Dios y no lo acusaba ni lo perdonaba. De igual a igual, ninguno iba contra el otro. Yo rezo porque tenga paz y gloria en el otro mundo como las tenía en éste. Aunque luchaba y aunque lo mataron, él siempre tuvo paz porque no le vi que pensara una cosa hoy y otra mañana ni que dijera una cosa e hiciera otra. Y la gloria yo me la figuro como un lugar donde todo el mundo tiene que comer, hablan bien de uno y lo estiman y lo respetan. Por eso mi Germinal tuvo paz y gloria aquí y voy a rezar este otro «misterio» para que no le falten allá.

Pero no termino. Doy una patada en el suelo y el cabo me pregunta:

—¿Qué le pasa, abuela?

—¡Coño, que me duermo!

Y como veo que hago mal papel me voy a dormir. Bueno, eso de dormir... Me paso las noches soñando. La noche antepasada soñé que todos los señoritos y las burguesas se habían retirado de la calle y nosotros éramos los amos. No había guardias ni «perros» y guisábamos con una hornilla en la Puerta del Sol y en la Cibeles. Luego organizábamos baile y la señora Cleta se levantaba las faldas en el centro de un corro y movía los brazos diciendo que era viuda de militar.

Eso fue anteayer. Ahora... Bueno, ya veremos. Estoy en la cama y voy a ver si duermo. Porque a veces me duermo sentada en una silla y luego en la cama no lo consigo. Cosas de este cuerpo que es un reloj descompuesto. Oigo voces nuevas ahí fuera. Lucrecia va a la cocina y hace ruido de vasos. Discuten a voces. Alguien pide silencio y ahora se oye hablar a Samar. ¡Cristo, no hay quien aguante en la cama! Me visto y salgo a ver qué pasa. La puerta está abierta y entran unos hombres como gusanos que se arrastran por la

pared sin hacer ruido. Van al dormitorio del cabo y cuando yo me asomo allí ya no hay nadie. Al poco rato sale del cuarto un viejo lisiado santiguándose. Yo no lo había visto entrar. Samar le pregunta:

—¿Por qué hace eso?

El viejo lo mira y saca una voz de los tobillos:

—¡Ah, muchacho!

Luego señala el dormitorio:

—¡Igual que una Virgen pa los pobres! Cuando lo veas también tú te santiguarás.

Yo vuelvo al dormitorio. No hay nadie. Me restregó los ojos y voy a la puerta de la casa. Alrededor duermen en el suelo cuatro o cinco desarrapados. Más allá vigilan dos de los nuestros. Esta es la parte más miserable del barrio. No hay más que ladrones y muertos de hambre. La casa de Lucrecia es como el palacio del obispo, al lado de tanta miseria. Madrid está oscuro. Dicen que han roto con unas tijeras todos los hilos que llevan la luz a las casas. Bien hecho. En este barrio y entre estos pobres hijos abandonados de Dios la luz no hace puñetera falta. ¿Para qué? ¿Para ver piojos y podredumbre? Pero Madrid está allá abajo. Y mi hijo...

—¡Eh! ¿Qué piensas tú de Germinal?

—¿Yo? —responde un bulto negro que suspira ahí al lado

—. ¿Qué quiere usted que piense?

—Pero no había otro como él, ¿eh?

—Hombre. Cada cual tiene su alma en el cuerpo.

Pasa un minuto sin hablar y le pregunto bajando la voz:

—¿A qué venís aquí? Me mira extrañado:

—Si no lo sabe, no se lo puedo decir.

¡Carajo con los misterios! Al entrar dice el cabo con una mezcla de miedo y de satisfacción:

—Lo sabe todo el barrio y no se ha enterado la policía. Pero ahora la vamos a trasladar a sitio seguro.

Por fin veo que entran otros dos al dormitorio y me voy con ellos. Al lado de la cama hay una trampa en el suelo. La levantan y aparece una escalera abierta a pico. Bajan ellos y

detrás yo. Si no es para mujer, ya lo dirán. Abajo hay hasta tres docenas de personas. Como el techo es muy bajo hay que estar con la cabeza inclinada y algunos andan encorvados. Otros, para estar más cómodos se han arrodillado. Yo no veo sino que al fondo hay luz. Una vela o dos. Todos están quietos y callados y como no se puede estar con la cabeza levantada, parece que rezan. Uno dice a mi lado:

—El día se acerca.

—¿Cuál? —pregunto yo.

Este venía por casa alguna vez. También conozco casi todas las caras de aquí. Pregunto qué es aquello y me dicen una palabra que no entiendo. Yo por no hacerme la tonta no pregunto roas, pero voy avanzando, disimulando codazos y empujones. La gente habla en voz baja. Cuando llego a la primera fila veo a Graco arrimarse a una vela y despabilárla. Enfrente hay una máquina alta y fina como un galgo, con tres patas. No me extraña que esté tan limpia conociendo a la Lucrecia. Vuelvo a preguntar qué es aquello y me dicen lo mismo que antes, pero ahora ya recuerdo el nombre:

—Ametralladora.

Creo que dispara quinientos tiros por minuto. Yo no he visto esto nunca. Los hombres la miran y callan pensando cada cual lo suyo. Yo pienso que el día del entierro esta máquina pudo acabar con todos los guardias de España y que con dos como ésta quedaría vengado mi pobre Germinal. A mi lado suspira un hombre muy flaco, que lleva el sombrero en la mano. La ametralladora está quieta y firme, y tiene al lado una fila de cajas de metal y dos cubos que deben ser para las curaciones. Me he arrodillado. Parece que todos rezan, y yo por no ser menos y porque no sé estar arrodillada sin rezar, me invento una oración:

—Gracias Dios mío, voy a rezar un padrenuestro para que los que la manejen no sufran perjuicio y para que sus tiros vayan a los corazones de los que han matado a mi hijo.

Detrás se oye subir y bajar a los anarquistas. Graco

advierte que va a enfundarla y que conviene que todos sigan como hasta ahora guardando el secreto entre los incondicionales.

—¿De quién es esta máquina? —pregunta uno. Y contestan cuatro o cinco:

—Nuestra.

Graco se me acerca:

—Mírela usted, abuela. ¡Qué limpia y qué garbo de juventud! Es de las primeras que se han venido a nuestro campo. Pero hay otras que son las prostitutas, las putas máquinas que manejan los banqueros. ¡Compañeros! —añade dirigiéndose a todos—. ¡Aquí la tenéis! Ametralladora Joquis, modelo americano. Es el arma más eficaz...

Un viejo mete baza:

—Perdone el compañero Graco. Existe otra arma: la cultura.

—¡Bah!

El viejo de las melenas, dice:

—¿Y Grecia? ¿Y Roma? ¿Representa algo Demóstenes? ¿Y Platón? Lo hacen callar aquí y allá los más jóvenes.

Como el viejo se dispone a hacer un discurso, Graco agarra las velas y sale delante. Yo me he cogido a su chaqueta y salgo la primera, no vayan a liarse a golpes. Desde la escalera Graco dice:

—Afuera.

Salen alumbrándose con cerillas. El viejo quiere discutir con obreros jóvenes y éstos le toman el pelo. Ahora ya me voy a dormir tranquila.

Me acuesto y rezo. Me represento la máquina en lugar de San José. No sé, pero puede que si nos hubiéramos encomendado a esa Virgen antes, no me hubieran matado a Germinal ni yo tendría reuma ni sería lo mal hablada que dicen que soy. Porque no habría «perros» en el mundo...

Pero para eso están esos jóvenes colorados, blancos, amarillos, delante de la máquina, callados y rumiando. Digo amarillos porque había un socialista. Pero con esa Virgen

todo Cristo reza. Ahí se acaban los discursos. Llegan como gusanos medio aplastados los hombres y al llegar a la Virgen Joquis levantan la cabeza, dicen su palabra y vuelven a bregar contra el hambre, pero ya más satisfechos, como cuando una vuelve de misa. Yo no sé lo que hubiera dado porque Germinal hubiera tenido esa máquina. Cuando se ve que viene al campo de Germinal una cosa tan fuerte, tan aguda y sabia, tan limpia y tan valiente ya se ve que es importante cosa esto de pegar tiros en la calle.

Pero no sé lo que digo porque me duermo. Veo un mar oscuro de cabezas sin afeitar. Graco sobresale por un lado y el viejo de las melenas por otro.

Graco grita:

—Todas las máquinas nos esclavizan, menos la Virgen Joquis.

El mar como en tormenta grita:

—La Virgen Joquis es nuestra madre.

El viejo de las melenas grita:

—La ametralladora ha salido de nuestras manos.

—La Virgen Joquis —contestan todos— es nuestra hija.

Graco se levanta en el aire, con la pistola en la mano. Entonces se pone a rezar una cosa rara, como una letanía:

—¡Los ministros, los directores generales, los obispos, las putas duquesas...!

—Acabaréis un día.

—¡Los intelectuales, los periodistas serviles, los maricuelas de las carreras de lujo!

—Acabaréis un día.

—¡Los diputados, los gobernantes, los sacerdotes!

—¡Labraréis la tierra uncidos a nuestro arado!

—¡Las monjas!

—¡Sonreirán por primera vez sacando leche de sus pechos tiernos!

—¡Los santos de las iglesias!

—¡Les pegaremos fuego y nuestros chicos se socarrarán las botas brincando por encima!

—¡La Virgen!

—¡Parirá con dolor! Como nuestras hembras. Sólo adoramos ahora una Virgen. Una Virgen propicia y milagrosa: la Virgen Joquis.

CUARTO DOMINGO

XVI

Acta — Manifiestos en el cuartel — A Samar le piden un hijo

El secretario de actas escribe: «Para una cuestión previa, el compañero Samar pide la palabra y dice que con objeto de que el acuerdo sobre la comunicación al comité nacional pueda quedar nuevamente redactado antes del amanecer y salga en el avión para Barcelona debe tratarse antes que nada su proposición.

»El compañero Urbano se opone; algunos de los reunidos conocen ya la proposición y no la consideran urgente.

»El compañero Graco también cree que es más apremiante dar cuenta al comité de la detención de cuatro compañeros que formaban parte del mismo: Liberto García Ruiz, Elenio Margraf, José Crousell y Helios Pérez. El último ha sido objeto de malos tratos.

»Piden la palabra varios compañeros para sumarse a la protesta de Graco y se acuerda notificar al comité pro presos la novedad.

»El compañero Ruiz pide la palabra para una cuestión de orden. Siempre me parece chocante que un anarquista plantee en nuestros mitines cuestiones de orden.

»El compañero Samar insiste en su petición, y en vista de que se accede expone un plan de ofensiva teniendo en cuenta que el movimiento espontáneo suscitado por el asesinato de los compañeros que cayeron el sábado ha llegado a alcanzar su mayor intensidad y ha creado el desconcierto en las filas enemigas. Teniendo en cuenta que en la cuenca minera de Arlanza los obreros se han hecho dueños de la zona. Que las comunicaciones son tan defectuosas que los trenes correos tienen que ser conducidos por personal del ejército. Teniendo presente también que la huelga general ha sido secundada por toda la organización y

que en los sitios donde el control no era nuestro se ha conseguido el paro practicando el sabotaje —y una prueba es Madrid, que sigue sin más Prensa que una hoja oficiosa—. Teniendo en cuenta que en determinados puntos el ejército ha permanecido neutral o se ha sumado a los revolucionarios moralmente, contestando a sus vítores. Que en Madrid se va a realizar un intento sedicioso en cuatro cuarteles, de los cuales es seguro que responderán dos.

»Reconociendo que hay algunas armas y que se pueden conseguir más. Que el estado de pánico de la burguesía la ha llevado a inhibirse por completo. Que es necesario comenzar a dar coherencia y cauce político a la energía revolucionaria que tan hondamente ha socavado el sistema...»

Piden la palabra varios compañeros contra la expresión «cauce político» empleada por el camarada Samar. Éste la retira y dice «cauce constructivo». Les parece bien y sigue exponiendo. Dice que si esperamos más para ir a fondo la burguesía reaccionará y la lucha presentará dificultades mayores. Por fin dice que los comités de barrio, con los soldados que han de sublevarse, las armas que existen y las que se nos han de facilitar deben lanzarse a fondo hoy mismo y deben darse en un manifiesto consignas concretas y los primeros decretos del nuevo poder revolucionario, disolviendo todos los organismos administrativos y políticos del Estado y declarando abolidos todos los privilegios de clase, remitiendo a los obreros al cumplimiento exclusivo de los acuerdos de los cuadros sindicales y ordenando a los soldados que constituyan sus comités allí donde puedan y reduzcan a sus superiores usando todos los procedimientos. Estos decretos serían cuatro y cada uno de ellos reforzaría y dejaría teóricamente realizadas cada una de las cuatro consignas principales en las que se sintetizarían los aspectos fundamentales del nuevo poder y los resortes más elementales del triunfo.

«Han pedido la palabra varios compañeros y como lo interrumpen constantemente Samar se calla y les dice que

expongan su opinión y que después continuará él.

»El compañero Urbano se opone resueltamente a tomar el poder y a lanzar decretos. Lo considera vicio autoritario y muy peligroso, y se extraña de que el compañero Samar se atreva a emplear ese lenguaje.

»El compañero Samar le dice si cree que los obreros que se están jugando la vida en la calle piensan así. Reclama que hable el compañero Gisbert que había pedido la palabra y éste dice que nada tiene que añadir a lo dicho por Urbano.

»Samar insiste en que explique el sentido de una interrupción y Gisbert declara que si el triunfo de la revolución depende de ese plan a base de política, poder y decretos, no quiere la revolución.

»El compañero Samar dice que no se explica la conducta del compañero Gisbert y éste añade que él irá contra una revolución de ese tipo porque él lucha por la igualdad y la libertad totales.

»El compañero Samar le advierte que se ha olvidado de la *fraternidad* y que le extraña porque el compañero Gisbert ha estado en Francia y los gendarmes de la burguesía le han molido las espaldas en nombre de la Igualdad, la Fraternidad y la Libertad.

»El compañero Gisbert explica dónde comenzó a desviarse la revolución francesa y termina diciendo que si hubiera de salvarse el mundo a cuenta de implantar una autoridad y de encumbrar a alguien preferiría que el mundo se perdiera.

»El camarada Samar dice que el compañero Gisbert es terrible y que no quiere considerarlo monstruoso porque lo conoce.

»El compañero Gisbert dice que monstruoso lo considera la burguesía y que lo tiene a honra.

»El presidente llama al orden del día y el compañero Samar sigue. El primer decreto contesta al estado de guerra declarándonos movilizados para la guerra civil y dando normas para la organización de los consejos de soldados a

los que se considera proletarios y soldados de la revolución, y señalando la línea capitalista formada por la guardia civil y las fuerzas de orden público.

»El segundo declara que quedan anulados todos los contratos que determinan propiedad de trabajo ajeno o privilegio económico y explotación. Así nadie pagará a partir de esta fecha alquileres de vivienda ni servicios públicos, ni obedecerá en fábricas ni en talleres otra orden que las de la organización sindical. Da indicaciones para que los mineros de la zona sublevada las sometan a sus asambleas con objeto de conservar las minas en estado de explotación y establece en general dos planos de lucha. Uno de desobediencia civil y otro de ofensiva armada.

»Otro decreto recaba para el comité todo el poder revolucionario hasta que la central sindical se reúna en Congreso con representaciones también de los sindicatos autónomos y dedique toda su actividad a la organización de las federaciones de industria.

»Piden la palabra los compañeros Segovia, Arguelles y Tarrasa. Los tres creen que sobra eso de los sindicatos autónomos.

»El compañero Samar pregunta si no se los considera revolucionarios y ninguno de los tres lo afirma ni lo niega.

»El compañero Urbano, para una cuestión de orden. Cree que perdemos el tiempo y que antes de seguir adelante se debe someter a votación la forma autoritaria y política en que plantea Samar el curso de la revolución. Si se acepta, seguiremos, pero si se rechaza no hay más que hablar.

»Samar entiende que no es cuestión de principios, sino de tácticas y que por lo tanto debe seguir para votar al final una vez conocidos los pormenores.

»En contra, Urbano y los tres compañeros anteriores. Como piden la palabra dos más, el compañero presidente propone la votación para ganar tiempo y Samar dice que no tiene inconveniente.

»Por siete votos contra cinco acuerdan que no ha lugar y

se pasa al primer punto del orden del día. Los que han votado en favor quieren que conste su voto y son...»

Samar se queda mirando los horizontes del amanecer:

—Si en lugar de detener a esos cuatro compañeros: Liberto, Elenio, José Crousell y Helios, la policía hubiera detenido a Urbano, a Graco, anoche nadie me hubiera podido quitar la mayoría en el comité. Pero ¿cómo se va conseguir esto con hombres como ése que en un mitin se quemó la mano con una cerilla para demostrar lo que vale la voluntad, revelando una vanidad exhibicionista desenfrenada? La línea de combate se puede establecer entre inteligencias firmes, no entre hombres que siempre discuten y siempre están de acuerdo. Samar recordaba que cuando se acercó a grupos donde estos compañeros polemizaban tuvo que marcharse mareado. Lo mismo les decía a los demás. Discutían por discutir, iban evolucionando hasta cambiarse recíprocamente las tesis y había tal suficiencia y tal satisfacción en perderse en el laberinto pequeño intelectual que se veía que ninguno de los dos esperaba ni deseaba la revolución. Como los curas, tenían siempre una palabra para interpretar las «miserias de este mundo», y una vez dicha ya estaban tranquilos. Aquello era un fin. Los obreros que se acercaban de buena fe a buscar una orientación, salían con la cabeza turbia e insegura, aunque, eso sí, con la impresión de que los contendientes habían leído todos los folletos de los puestos de periódicos. Y quizás hasta algún libro. Samar movía la cabeza y volvía la mirada hacia los horizontes cada vez más claros.

Star se le plantó delante con la olla de aluminio bajo el brazo. El gallo la seguía. Samar le dijo:

—Ve a casa del cabo y espérame.

Samar vio que desde que comenzaron los sucesos la chica se había ido poniendo cada día un jersey de distinto color. Hoy era blanco. La veía alejarse y seguía pensando: «¿Será virgen todavía?»

Star se aleja con el gallo detrás. Aparece un perro lobo y

el gallo avanza a grandes zancadas y se pone al costado opuesto de la chica. Esta se inclina y coge una piedra. Después, cuando ya ha pasado el peligro, tira la piedra y los dos siguen marchando en paz. La mañana encierra a Madrid en un fanal blanco y azul. Samar vuelve hacia el cuartel y antes de llegar tuerce a la izquierda y entra en una casa. Cuando sale lleva un paquete de manifiestos. Siente una agradable impresión pensando que si lo detuvieran podrían juzgarlo sumarísimamente —estado de guerra— y fusilarlo. Como le gusta analizar sus estados de ánimo comienza a pensar en las razones por las cuales acepta la idea de su propia destrucción:

—Esta conducta de algunos compañeros —se dice— nos empuja a todos hacia abajo. Quieren acabar, sin darse cuenta, con todo, con ellos mismos, conmigo.

Algo protesta en el fondo: «Conmigo no podrán». Luego cree comprender:

—Es la reacción de la humanidad contra sí misma después de sentirse incapaz de superarse.

Sigue andando y viéndose solo con sus reflexiones le da al hecho de andar una trascendencia como si con sus pasos midiera el planeta.

—La revolución —dice— no está en ésos, ni en los intelectuales radicalizados que cobran de una dictadura y luego de una república y después juegan con ventaja de barateros a las propagandas rojas organizando editoriales donde se ofrece la revolución con el veinte por ciento de descuento. Ni mucho menos en esos otros que rechazan la salvación si ha de hacerse «ensalzando a alguien», éstos que traicionarían a la revolución si vieran manera de hacerse lejos de ella un lugar en el mundo. El más pequeño halago burgués los haría rendirse. Y ahí están negando una proposición por sindicalista pura, otra porque aun siendo ortodoxa la sostiene un compañero más elocuente y les molesta que haya quien tenga esa cualidad. Todo en ellos dice que no. La materia ascética, el alma reseca. También,

en la mañana, las cosas niegan. Los árboles cabeceando en el aire, la luz soñando en el charco azul: ¡No! ¡No!

Niegan las pistolas disparando y los corazones abiertos y saliendo en torrente por la boca.

Samar se encuentra a Villacampa. Este ha dormido al raso porque la policía estuvo ayer en su casa y no se ha atrevido a volver.

—¿Tienes algo que hacer en el cuartel?

—Yo, no. Creo —respondió Leoncio— que el que se ha encargado de eso eres tú.

—Sí, pero hay que esperar a la noche. Hay que escribir e imprimir unos manifiestos. Después celebraremos la reunión con algunos sargentos y mañana se verá lo que se hace.

—¿Tú qué opinas?

—Estoy dispuesto a todo. Ya que no se quiere reflexión ni orientación, seamos irreflexivos y andemos desorientados. Pero no nos detengamos.

Pasean juntos. Samar dice que le extraña no ver las calles del barrio tomadas por el ejército ni hallar guardias ni agentes.

Leoncio explica:

—No les importa lo que ocurra en el barrio. No hay bancos ni ministerios ni iglesias que defender. Las fuerzas están preparadas en el cuartel, en la delegación de policía y en el campo, en las afueras. El barrio está sitiado. Toda la ciudad está sitiada.

Villacampa habla de las detenciones que se han hecho últimamente. A Crousell le han debido coger muchos papeles encima.

Samar se encoge de hombros:

—No hay en toda la organización un papel verdaderamente revelador. Alguna ventaja ha de tener esto de hacer las cosas como se hacen. Es decir, sin pies ni cabeza.

Llegan a casa del cabo. Star aguarda con la olla sobre las rodillas. Meten dentro dos mil manifiestos. El texto es

expresivo. Nada de lirismos ni exaltaciones. Las palabras tienen su valor y no hay que superponerles capas y más capas de purpurina. Números y hechos. El número es el esqueleto del hecho y son inseparables. Número de cápsulas y de sacos de harina. Números del alza del fusil, del pescuezo militar, de las víctimas, de los detenidos y de las ideas elementales que todavía quedan en los cerebros y que hay que desterrar porque van envenenadas. Números y hechos. El manifiesto, corto y terminante, tiene medidas las fuerzas en cada palabra, en cada signo ortográfico.

Le da a Star el volante autorizándola a entrar en el cuartel y salen los tres. En el aire hay muchas interrogaciones:

—¿Y después?

Villacampa se encoge de hombros.

Samar advierte:

—Mi «después» se limita a enganchar los hechos y los números en racimo. A poner un poco de aire comprimido dentro de cada proyectil, un poco de veneno en las bayonetas, a atar el telémetro en el cañón de la ametralladora y a agrupar disparos y voces para que suenen y se oigan y hieran donde queremos herir. A clavar la cuña y facilitar el derrumbamiento buscando leyes físicas propicias. Eso nada más.

Villacampa pregunta deteniéndose:

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que discurses demasiado!

—Hombre...

—O mata uno o lo matan. De todas formas llevamos la de ganar, porque si nos matan a nosotros con nuestro cuerpo se levantan diez banderas nuevas. Eso es lo que yo pienso. ¿No ves lo que ha pasado con los tres compañeros que cayeron el día del mitin en el «Paraniph»?

Star se ha perdido camino del cuartel. Sujetamos el gallo que a todo trance quiere seguirla. Villacampa no le ha dicho una sola palabra. Ella ha leído el manifiesto, y después de meterlos todos en la olla ha hecho un gesto ambiguo de

conformidad y sin el menor recelo ha ido a cumplir su misión. Los manifiestos van sobre el cuartel como una lluvia de metralla. Son octavillas, papeles blancos torpemente impresos con finas y agudas palabras. Nada al parecer. Pero pueden determinar unos centenares de procesos que naturalmente soliviantarán a los soldados suponiendo que no se solivianten por sí mismos antes. Samar tiene fe en la eficacia de su propaganda.

Villacampa pregunta:

—¿Cuándo se acordó levantar el cuartel?

—Anoche —responde Samar—. Había división de opiniones. Yo voté en pro. Puedo decir que si el regimiento se subleva lo habrá sido por mi voto.

Se separaron. Samar se encontró en casa del cabo con Casanova, que miraba al techo y contaba a Lucrecia sus cuitas de hombre que no ha encontrado todavía su pistola. El cabo lo miraba pensando:

—Tiene cara de suicida. Hacen bien en no darle una pistola.

Casanova iba a ver la ametralladora cuando ya se la habían llevado. El cabo se negaba, con mentiras muy finas, a decirle dónde estaba y Casanova justificaba su estado febril:

—Yo deserté de la burguesía quemando las naves. No puedo ni quiero volver. ¡Pero, coño! ¿Es uno como vosotros o no?

Samar también vio entonces que Casanova se pondría una corbata de seda y haría zalemas en los salones de visita de las monjas, si el caso llegaba. Había sido mozo de comedor en una casa aristocrática y tuvo que marcharse dejando su simiente en el vientre de la hija mayor. Lucrecia, oyendo esto último reía hasta desencajarse las mandíbulas. Pero Casanova decía que estaba enamorado de la aristócrata, y entonces fueron Samar y el cabo quienes soltaron a reír.

Sonó un tiro cerca. Se dirigió a Casanova:

—Vamonos, que seguramente vendrá la policía.

En aquel momento llegaba Star con su olla. La

destaparon, cogió Samar un papel que había en el fondo, escrito a mano, recogió el volante para volver a utilizarlo después y preguntó:

—¿No habrán sospechado nada?

—No lo creo —contestó Star.

Samar y Casanova salieron. Este volvió a pedir una pistola:

—El que te la puede facilitar es Santiago —advirtió Samar.

—¿Pero tiene pistolas?

—¡Hombre! Mientras en Ginebra no cuenten con él, la limitación de armamentos será un mito.

Se fue en busca de Santiago y aunque Samar sabía que era inútil pensó que así mantenía en el alma de Casanova una esperanza. Se acordaban de sus amores.

—Está borracho de sentimiento —se decían— y debe morir porque no vale gran cosa.

Pensaban en su suicidio y se encogían de hombros. Conocía Samar bien esa enfermedad y pensaba en ella con la alegría del que se cree curado. «Pero quizá —dudaba— esa fe no es todavía más que un recurso de enfermo.» Siguió en dirección al campo. Después de la entrevista del día anterior con su novia, después del fracaso de su proposición en el comité, Samar sentía la necesidad de la naturaleza libre.

Salió por una estrecha vereda entre un montón de escombros y una raquítica plantación de maíz. Detrás se extendía el campo llano de la Mancha. El cielo, inseguro, presagiaba lluvia y la cal del suelo la esperaba, la deseaba y a veces parecía alzarse en nubecillas y salir a su encuentro. Oyó de pronto su nombre y se detuvo. Luego siguió adelante pensando que allí no podía llamarlo nadie, que en su soledad total y absoluta eran las piedras y los árboles polvorrientos quienes lo llamaban. Siguió andando. «¿No tendrán razón ellos, los que han rechazado mi proposición?» —pensaba—. Porque toda esta protesta desarticulada no va preñada de fórmulas, pero sí de porvenir frente a un pasado que quieren

prolongar los que viven de la herencia. Ellos, de la herencia y nosotros, de la esperanza. Todos estos hechos aceleran la descomposición, desmoralizan a los heredantes, sacan a la superficie la fuerza escondida, la reserva viva que representamos nosotros, los únicos que frente a la civilización de Occidente seguimos fieles a la naturaleza, identificados con ella.” Otra vez creyó oír su nombre y no vio a nadie. Esto lo desconcertó.

Hablabía con las nubes, con el árbol y el viento, de espaldas a la ciudad. Sus interlocutores le quitaban la fe en su posición revolucionaria. «El campo es anarquista —se decía—, y la ciudad, autoritaria. El campo es elemental, directo y profundo. Claro es que hay leyes físicas, pero el campo desconoce la agronomía, el árbol la botánica, y el río la geografía. La máquina, en cambio, conoce la estadística. No tiene el campo conciencia de sí mismo. La física y la química son su conciencia, como nosotros somos la conciencia de la rebeldía.» Identificaba los comités, los grupos de acción, las muchedumbres embravecidas, con las nubes, las rocas, el árbol y el río, y seguía andando. A sus espaldas oyó un disparo y una voz que gritaba:

—¡Alto!

Levantó los brazos y se detuvo volviéndose poco a poco. Era Emilia, la «virtuosa». Emilia del Sindicato de Oficios Varios, que soltó a reír viéndolo tan asustado. Se le incorporó corriendo:

—Hace rato que te sigo. Te llamaba y me escondía. Perdona el disparo, pero tenía ganas de estrenar la pistola.

—¿Adónde disparaste?

Ella reía:

—Disparé contra ti.

Samar abría unos ojos de a palmo. Desvió el cañón, puso el seguro.

—Pudiste haberme matado.

—A lo mejor llevas la bala encima. Ya sabes que hasta que se enfriá no se nota.

Samar se palpó el pecho, hizo flexionar los brazos, respiró hondo. Ella lo ayudaba a comprobar recorriendole la espalda, bajo la chaqueta, el vientre, los muslos. Todo en broma, claro.

—He apuntado bien —decía de vez en cuando.

—Pero —preguntaba Samar—, ¿qué te propones saliendo al campo a cazar sindicalistas?

Se separó, lo miró a los ojos y dijo afirmando:

—He salido a cazar a un hombre.

Y sonreía con una expresión descompuesta y un poco animal de cabra bonita, de cabritilla angélica. El aire era denso y las nubes seguían extendiéndose. Había grandes calveros de Sol. Samar vio que la situación se hacía violenta. Echaron a andar. Así, sin mirarse, hablarían mejor.

—¿Un hombre? ¿Pero cualquiera?

Ella decía, centelleando:

—Dirás que estoy loca, pero quiero tener un hijo.

Samar la miraba con ansia de comprender y de absorber el misterio. Era virgen. No había más que ver sus ojos, su nariz sin acabarse de formar. «Esta chica —se decía— ha hecho la revolución dentro de sí misma, se ha entregado con frenesí a la victoria.» Confirmando sus pensamientos hablaba ella con prisa, nerviosamente:

—He dejado a mi familia. Son unos vagos y unos gorrones. Ahora tendrán que romperse la crisma trabajando. Soy independiente y libre y lo seré siempre. Contigo. Te regalo mi libertad.

—Pero —volvió a besarla— tendrás que confesarte mañana.

—Ya lo sé. El cura me absuelve. Es más anarquista que tú y que yo juntos. Si sigo confesándome con él, me pedirá que ponga una bomba en casa del obispo.

El aire era más denso. Había comenzado a llover un kilómetro más adelante y el arco iris medía horizontes con su curvo compás. Se sentaron en un ribazo. Llegaba del lado de la lluvia una brisa húmeda. Temblaban los pechos bajo el

vestido y se querían escapar.

Llovió sobre ellos. Se desintegraban, bajo la lluvia de mayo, como la cal de la tierra seca. Samar veía en los ojos de ella el arco iris. Lo veía también en las gotas de agua que quedaban prendidas en sus cabellos negros. Ella bebía en las mejillas de Samar la lluvia que resbalaba. La tierra se esponjaba y se estremecían los arbustos alrededor. De la tierra, del césped, de las hojas muertas y de las raíces metidas en la entraña fértil subía un humor cálido.

Samar satisfizo los sentidos, que hablaban palabras verdaderas. No quiso satisfacer el engaño sentimental del hijo, en el que los sentidos se atrincheraban. Emilia creía que había concebido, pero Samar sabía que no. Cuando el agua de mayo cae sobre la tierra, esta no piensa en la satisfacción de dar pan a los hombres. Canta su felicidad y devuelve su calor al aire y a las nubes. Nada más.

XVII

*Villacampa, Star, Don Fidel, Honra de Difuntos y El Gallo —
Todos en el desván de las mazorcas*

STAR y yo nos hallábamos en la esquina de la casa de la señora Cleta, y al ver la que se nos venía encima hemos entrado y nos hemos ido al desván. La casa tiene un piso nada más y la entrada del desván está disimulada por una especie de artesonado que hay en el techo. Subimos por la escalera y una vez arriba recogemos la escalera y dejamos caer la trampa. Suenan en las calles las sirenas de las motos de la policía, los silbatos de los guardias y restalla algún tiro mañanero, alegre como un cohete. Es la redada. La hacen por la mañana porque saben que por la noche es inútil porque todo el mundo toma precauciones y no están en casa o están y aguardan a los de la brigada con el revólver. Entre las explosiones del escape libre de las motocicletas que suenan como ametralladoras, quedan ahogados los disparos y sobre éstos y la trepidación de los motores se elevan silbatos y sirenas. En el desván está el techo cubierto por filas de mazorcas rubias de maíz. Algunas se han desgranado y el gallo picotea con placer produciendo en el suelo un ruido seco. Star se alarma.

—Nos va a delatar.

Pero no hay cuidado, porque la señora Cleta no sabe que estamos aquí, y como se apresurará a decir que es viuda de militar y que su marido era del Cuerpo de Seguridad, lo más probable es que ni siquiera registren. Nos hemos sentado en un rollo de alfombras. De pronto veo los ojos de Star sorprendidos mirando a alguien a mi espalda. Yo, con la mano en el bolsillo de la pistola pregunto qué ocurre. Me vuelvo de pronto.

¡Hola, «caballero»! Al principio creí que era usted don

Fidel. Se le parece mucho. Puede que sea su espíritu reencarnado en este desván, con su mejor casaca negra y su chistera sobre la cara flaca de palo.

El desconocido meneaba los brazos y los pantalones huecos bajo el aire fresco de la mañana. El desván hacía esquina y tenía dos ventanas con frentes distintos, abiertas y sin maderas ni cristales. Yo me incliné. Por abajo corrían los cazadores, buscando la pieza anarcosindicalista. Todo el barrio estaba estremecido de alarma. Volví a inclinarme.

—Tengo el gusto de presentarle a mi joven compañera Star García, sola en el mundo pero anarquista, lo que quiere decir que la acompañamos y la ayudamos todos. Aquí te presento, compañera Star, a don Fidel, honra y prez de difuntos.

El viento levantó la manga derecha del espantajo y Star la cogió y la estrechó en su mano. De pronto la soltó, escalofriada y dijo:

—¡Qué raro!

El gallo seguía picoteando. Los dos volvimos a sentarnos en el rollo de alfombras. El espantajo estaba bastante bien hecho, con algo de juez y de pastor protestante y al mismo tiempo un aire degenerado y escrofuloso. Lo habían puesto para que no entraran los pájaros a comer el trigo que había en un rincón y frutas coleadas y puestas a secar. Nos dedicamos a escuchar la tormenta de la calle. Por los rumores, las voces, los disparos, se sabía poco más o menos lo que podía suceder. Star no tenía miedo, pero me cogió del brazo. No hablamos, pero cuando la miraba sonreía satisfecha. Llevaba su pistola blanca dentro de la boina gris y ésta doblada sobre la alfombra. Se la hice sacar y la manipulé. Estaba vacía.

—¿No llevas cápsulas?

—No.

—¿Has disparado ya aquella que te di, en la que firmasteis tú y Samar?

Adopta un aire muy grave y niega con la cabeza. Luego

añade:

—Si asaltamos el cuartel, la dispararé entonces.

—Pero necesitarás más.

—No. Con ésa me bastará.

El gallo da un salto, alarmado, y viene hacia nosotros murmurando. Parece que don Fidel le ha dado un puntapié. El viento habrá doblado el pantalón. Porque don Fidel está colgado del techo y aunque tiene unos palitroques dentro a veces se dobla y baila una especie de rumba bajo la corriente de aire de las dos ventanas. Su cara se ha quedado inmóvil de un aire cuando se disponía a mirar de medio lado al techo. Callamos un rato. El gallo mira de reojo a don Fidel y yo le digo al espantajo que nos cuente algo. La manga derecha se le dobla sobre el estómago. Zalemas en honor de Star. Y Star no las agradece. Hablamos de Samar. Reconocemos que está desmoralizado y que va perdiendo fe en el movimiento. En el fondo eso es egoísmo y ganas de tiranizarnos. Porque lo cierto es que si se hubiera aprobado su proposición, otra sería su actitud. Star dice que eso es natural.

—Hay muchas cosas naturales que no están bien.

Yo vuelvo con mi teoría de que lo natural resulta violento. Por ejemplo... Pero no quiero exponer ese ejemplo porque a lo mejor se figura que es con malicia. Ella se ha dado cuenta y lo quiere. Con malicia y todo. Pero no son estos momentos para divertirse. Hay que estar con un oído en la calle y otro en el piso de abajo. Las voces de la calle van llegando en oleaje creciente, acercándose, entremezcladas con disparos. Pasan sobre nosotros y siguen adelante, hacia el cuartel. Como enfrente está la casa de Star, desde aquí oímos chillar a la tía Isabela que les da lo suyo a los agentes. Con grandes precauciones y sin asomarme, veo desde adentro a la abuela en la calle insultando a la brigada entera. Ahora se le acerca un agente y la empuja hacia adentro. Lleva la pistola en la mano y le ha debido meter el cañón entre las costillas, porque se queja y tose. No tarda, sin embargo, en aparecer en una ventana,

desde donde sigue insultando aunque con menos decisión y sin dejar de toser. Yo me fijo bien en el agente que la ha obligado a retirarse. Tiene cara de ternero y unas espaldas curvadas, casi jorobadas. No se me despinta. La brigada se corre hacia el cuartel y nuestro sector queda en silencio. Paseamos los dos a lo largo del desván sobre la alfombra que hemos desplegado para amortiguar nuestros pasos y tener más libertad de movimientos. A veces cruce levemente el pavimento y nos detenemos, asustados. Don Fidel, honra y prez de difuntos, sigue bailando. Yo quisiera hablar con él.

—¿Es cierto que fusilaron a su tío, el general carlista?

Puede que sí, pero no creo que fuera general. Sería sargento.

Don Fidel se estremece sacudido por la ira. Viene hacia mí y el viento le levanta una manga. Star retrocede instintivamente y la manga pasa rozándome la nariz. Se parece mucho a don Fidel tal como lo dejaron después de amortajado.

—¿Qué pasa en el otro mundo, don Fidel? ¿O no es usted don Fidel?

No dice nada.

—¿Es, quizá, el difunto marido de la señora Cleta?

Se alza una manga en el aire y se mueve de derecha a izquierda.

—Entonces es don Fidel, al que yo daba pases en la agonía con una toalla.

Vuelven los rumores, las voces. Parece que a la brigada la siguen algunos grupos de compañeros para liarse a tiros. Será cuestión de unas esquinas propicias y de cogerlos bien en la primera descarga. Ahora están los grupos cerca de nosotros. La tía Isabela, desde una ventana señala con la mano la dirección en que se han ido los agentes y habla en voz baja con alguien que desde aquí no se ve. Star se ha quedado junto al espantajo llamando al gallo con un poco de maíz en la mano. De pronto da un grito ahogado y viene corriendo. El espantajo le había echado los brazos al cuello.

Ríe, pero todavía sobresaltada.

Volvemos a sentarnos, esta vez en el suelo. Star dice:

—¡Qué solos estamos! En los desvanes hay una soledad como en los cementerios.

Yo miro alrededor. Bien. Es cierto. Le pregunto a Star:

—¿Tú eres capaz de matar a alguien?

—Sí. Matar sin odio es como nosotros debemos matar si viene a cuento. Eso no te debe preocupar. La razón detrás de la pistola. No la pasión, como en los matones de taberna.

—Y sin embargo a veces parece que hemos venido al mundo como ellos a matar o a que nos maten.

—La guerra está declarada y hay que estar en uno de los campos, siempre movilizado, siempre vigilante y dispuesto. Esa palabra, «guerra», apacigua a los compañeros pusilánimes. La moral de la guerra lo justifica todo. Es que necesitan todavía una moral religiosa para actuar revolucionariamente. A Star no le sucede eso.

—Lo que le pasa es que quería, sencillamente, sentir odio y no puede.

—Aunque —dice— creo que sí. Que está naciendo el odio por aquí dentro.

Se opriime el pecho izquierdo y pone una cara de intriga. Yo me acuerdo cuando me pidió la cápsula para la pistola. No se hace así, con tanta premeditación, si no se le tiene odio a alguien. Pero no quiero seguir hablando de eso, porque es darle demasiada importancia como militante y al fin no es más que una pobre chica que vende folletos e insignias y que no ha conseguido que la nombren delegada de la fábrica de lámparas. Como hace poco, cuando hablábamos de lo que es natural y está bien, ahora vuelve a decir palabras raras y a mirar con picardía. Me está provocando. Todo porque llevo la corbata roja. El gallo viene cerca de nosotros y picotea en la alfombra queriendo comerse las flores del estampado. Star le busca maíz. En ese momento suenan abajo varios disparos. La brigada ha retrocedido y los nuestros les plantan cara, por lo visto. Llevan a ocho compañeros detenidos y quieren

libertarlos. Desde las esquinas se hace fuego. Una bala perdida da arriba, en las mazorcas rubias y cae una lluvia de maíz que el gallo indiferente va engullendo. Toda la barriada obrera ha concentrado su actividad en este sector. Abajo se oyen las voces epilépticas de la señora Cleta y un rápido cerrar de puertas y balcones. El tiroteo aumenta.

Parece que el fuego va alejándose y que avanzan los policías. Yo me asomo con cuidado por la ventana que queda un poco desviada del lugar de la lucha. Hay en la esquina, a cuatro metros de mis narices un agente disparando de espaldas. Miro al otro lado. Nadie. La calle, desierta. Las ventanas y los balcones, cerrados. Saco la pistola y apoyando la muñeca en la pared le apunto a la cabeza. En el momento en que voy a disparar me doy cuenta de que es el agente que maltrató a la tía Isabela, y ese descubrimiento me distrae y tengo que volver a hacer puntería. Tengo que darle en la cabeza para que si no muere en el acto, por lo menos no pueda hablar y decir de dónde ha salido la agresión. Le cojo con el punto de mira un centímetro debajo del sombrero, en la nuca. Ojo, no respirar. Arriba el gatillo. ¡Aaaaah! ¡Paf! El agente suelta la pistola y se tambalea agarrado a la pared. Otro aún. Otro tiro, ahora en la sien, porque con el bailoteo se ha puesto de costado. Ahí está, patas arriba. Nadie me ha visto. El escape de gas de una moto en la calle de al lado ha amortiguado los tiros. Entro en el desván y huelo el cañón. Después de disparar huele bien. La pistola es una excelente compañera. Star me mira satisfecha.

Don Fidel parece decir:

—Matáis sin odio y amáis sin rencor. Nosotros ponemos rencor en nuestros amores y odio en nuestras luchas. Vosotros todo lo hacéis sin rencor. El amor y la muerte. ¡Qué diría mi tío el general!

Star me ha rodeado la cintura con su brazo:

—Sin odio. Como los soldados en la guerra.

El fuego se ha corrido más lejos. Nos convendría ahora

salir de aquí, no vayan a registrar la casa cuando encuentren muerto a ese agente. La casa de Star da a otro frente. Podíamos irnos ya dejando las pistolas aquí para cruzar la calle. Luego, a la tarde, vengo a recogerlas. Star dice a todo que sí. Yo le digo que espere un poco y me dispongo a abrir y a colocar la escalera. Quiero ver si podemos escapar sin que se entere la señora Cleta, que debe estar encerrada en los cuartos interiores. Pongo la escalera y bajo en silencio. Apenas llego a los últimos peldaños oigo voces ahogadas de Star pidiendo auxilio. En el amplio rellano donde estoy hay sombras variables y móviles. El silencio es susurrante, porque las sombras al rozar la pared producen un rumor. Subo de prisa, sin cuidarme del ruido. Al asomarme, veo a Star en tierra con los muslos descubiertos. Sobre ella forcejea el espantajo. Al entrar yo las panochas tiemblan en el techo y dos tinajas que hay juntas entrechocan también. El espantajo ha torcido la cabeza, me ha visto. No es de palo su cara, como yo creía, sino de calabaza. Lo veo al caérsele la chistera. Una fuerte corriente de aire se lleva la chaqueta, sus pantalones por la ventana. Queda solo la armazón de madera. Yo parto el palo de escoba que formaba su espina dorsal, aplasto la calabaza de su cabeza y levanto a Star, lívida, con el pulso acelerado. El gallo se esponja en el aro de la ventana formando un gracioso contraluz. Harto de maíz presume agitando las alas. Star baja conmigo. Será una casualidad que el viento haya arrastrado al espantajo sobre mi compañera, pero lo cierto es que el pobre don Fidel vivió siempre con hambre sexual y que debe ser un difunto bastante rijoso. Eso no quita para que fuera decorativo como corresponde al sobrino de general fusilado. Como estamos ya en la calle, antes de meternos en la casa de Star vemos, sin mirarlo, el cadáver del agente:

—Claro está que don Fidel es un difunto distinguido —y añado por consideración al policía muerto—, mejorando lo presente.

XVIII

Confina al norte con el Cantábrico y los Pirineos, que la separan de Francia

ESTÁBAMOS al lado de un mapa de España en relieve —en el suelo— en el parque del Oeste, en la Moncloa. Un mapa muy bien hecho, con montañas y agua «verdadera» en los mares, y litorales color gris-azul.

Una abeja vuela sobre España. Se detiene un instante en una cumbre y luego desciende como un sesquiplano ancho y brillante al riachuelo. Bebe y sube otra vez para ir a posarse luego sobre los altos del Llobregat. Cataluña tiene dos colores. Verde olivo, casi negros y azul marino, que es el mismo azul de la pita y el cacto. La abeja se ha detenido. Lleva esencias aromáticas en el vientre y está deseando volver al panal y dejar su dulce miel. Come flores produce miel y entretanto su aguijón envenenado se clava donde puede. Es hermoso producir miel y digerir flores y clavar el aguijón, pero la abeja no tiene camino. Con sus ojos y sus alas vuela dejándose llevar por la inspiración momentánea del viento o del perfume que prende al pasar. Samar ve a la abeja sobre Cataluña y en la planicie de Tortosa, junto al Ebro ancho que no se atreve a cruzar una diminuta araña, va reconstruyendo los rostros de Abertain, de Ricart, de Magrañé. Cataluña se ha cruzado también de brazos y empuña debajo del izquierdo la pistola. ¿Hay hambre? El hambre no se siente bajo la embriaguez del combate. La abeja se ha levantado y vuela rastreando. En su zumbido, Samar cree entender:

—Vamos a las comunes libres.

La abeja ve sobre la montaña de Montjuïch una rosa, es la rosa de Holanda, a la que los industriales de aquel país han dado el nombre de un catalán obsesionado con su dulce

catalanidad. Alguien advierte:

—¡Eh, joven abeja! ¡La rosa de Holanda es una flor reaccionaria! La abeja se posa en el centro replicando:

—No importa; huele bien.

Al clamor burgués, Ricart y Magrañé responden:

—Lo que sea, saldrá de las comunas libres y de las federaciones de industria.

Desciende por la costa, pero luego Samar se arrepiente y bordeando los Pirineos vuelve al Cantábrico. Una hormiga con alas y despiertos ojos camina a través de Asturias, Santander, Vasconia. Baja hacia Aragón y allí pierde las alas y le brotan fuertes mandíbulas y patas firmes que le permiten agarrarse al suelo y no ser arrastrada por el viento.

En el Cantábrico, la hormiga llevaba su hojita verde. La dejaba para volar, reconocer los horizontes, escoger el mejor camino. Volvía a posarse y a coger la hoja. Andaba un trecho sin dificultad. En el rincón del Bidasoa hay un alacrán negro, un buen metalúrgico con sus tenazas y el rabo hiriente e inquieto. La hormiga admira al alacrán de movimientos concretos y seguros. Los dos se llevan bien. Samar ve allí a los hombres preocupados porque la huelga no pierda en ningún momento su carácter revolucionario. La huelga lo es allí para el banquero, pero no para el huelguista que se afana y lucha a todas horas. Bajo el árbol de Guernica, el buen burgués templa el *txistu*, que lleva grabado el nombre Dios, y reza y baila con sólo una pata corta y zamba en torno de sus blasones de piedra. A veces deja el *txistu* y se asoma a la ventana:

—¿Qué queréis, pues?

Contestan cien voces:

—¡El poder!

El burgués se retira rascándose la nariz y repitiendo:

—¡Estos saben lo que piden, carajo! ¡El poder! ¡No es nada! Ahí está el poder. Está a la intemperie y mal defendido. No hay más que llegar y cogerlo. ¡Saben lo que piden, carajo!

El viejo está un poco «chirene», con sus ahorritos y su Sabino Arana. El Comité Revolucionario no tiene atribuciones sobre el alacrán bilbaíno, pero en el terreno de la lucha coincidirán. Samar mira con melancolía ese rincón, obediente a un partido proletario, y quizá con deseos de contraponerle otra realidad baja hacia Aragón, Rioja y Navarra. Reside la Regional en Zaragoza. Tierra calcárea, resbaladiza. Actúa en contacto con Barcelona, en contacto con Madrid. He aquí el insecto que ha caído de la rama de un árbol y pasea sus anillos por la zona azucarera y sube después hacia Monegros. El Ebro es apenas una hebra de acero.

Alguien pregunta desde el balcón del solanar:

—¿Se puede saber qué queréis?

Claro que sí. Se puede saber. El burgués insiste:

—Decid lo que queréis y si es bueno todos iremos allá.

Ríen los obreros. Los sindicatos de la Regional están bien nutridos, y hay unanimidad y entusiasmo. El gusano está firme sobre sus patas y desplegará un día sus alas. Luego las dos Castillas. Hay en ellas una salamandra blanca, plateresca, con el rabo en Segovia y el morro en Zamora, aletargada y soñolienta. Germinal, Espartaco y Progreso yacen ahí abajo, junto al Guadarrama, debajo del vientre viscoso del animal. ¿Qué decir de Castilla? Samar se siente en ella, en su entraña. No se le ocurre nada porque Castilla es él mismo y no es dado a la introspección ni a vaticinarse a sí mismo porvenires ni siquiera a jugar con interpretaciones de su vida pasada. «Soy yo», se dice, como se lo debe decir un árbol o una piedra o una nube. Pero reflexiona sobre un Madrid futuro sin funcionarios, descongestionado por la vuelta al campo, a las minas, a las provincias lejanas. Enamorado de Madrid, quisiera en él una relativa soledad de aldea. España, república federal de trabajadores, y su capital en Lisboa. Recuerda que al amanecer, en el instante de las medias luces, ha hecho a veces juegos de sugestión y ha conseguido merced a ellos una evidencia extraña: la evidencia de que eran las siete de la tarde. No el amanecer,

sino el atardecer. Un atardecer con las calles desiertas, con los portales y los comercios cerrados, con la población recluida en casa, alejada del pánico; un Madrid abandonado o un Madrid derrotado definitivamente por la revolución. El campesino se había llevado en rehenes al director general, al obispo y al honrado comerciante. Madrid quedaba, sin ellos, admirable en su dulce soledad civilizada, culta, limpia. Un día... un día... Samar vuelve de sus sueños. Está en Madrid. Algo tiene esta mañana, soleada ya —vencidas las nubes—, del Madrid de mañana. La revolución se hace en Castilla, digna, altanera. Tiene empaque. Días pasados perseguía la policía a un compañero que se extravió después de intentar castigar, con otros, a los esquiroles de las fábricas de electricidad. Se cruzaron tiros. El compañero hirió a un agente o dos y recibió también un balazo. Pero continuó huyendo y disparando. Cuando se le terminaron las cápsulas y se vio acorralado, tiró el arma y contuvo con un gesto a los agentes mientras decía:

—Bueno, ya basta. Os perdonó.

España aparece otra vez a mis pies. Emilia la contempla desde la otra parte. Cree llevar el hijo en las entrañas y es feliz.

—Mira, mi tierra.

Señala unas montañas hacia la raya azul de Málaga. Un poco más arriba dormita una lagartija menuda y vivaz. Abarca precisamente la regional levantina. Samar mueve la cabeza y reflexiona: Muchas naranjas, muchas flores, mucho oriente y mucha sal marina. Piensa que el oriente se desasosiega lejos del mar y es en las estériles llanuras cubiertas de langosta parda donde hace su justicia o inventa su religión. Pero al lado del mar se le aquietan los nervios y se adormece en la esperanza, azul como los horizontes que cree tocar con la mano.

Vayamos a Andalucía del interior, con sus horizontes chatos y verdes o altos y blancos. Sierra Nevada no es blanca, sino de un gris azulenco. Toda España despoblada,

sin carreteras ni ferrocarriles, España volcánica antes del primer árbol y del primer insecto, es igualmente gris o azulencia. En lo alto de Sierra Nevada hay una mariposa negra. La larva de Aragón tiene alas en Andalucía, pero son dos banderas negras, es un ala fúnebre y sombría. Sin embargo, el cuerpo de la mariposa tiene anillos rojos y las antenas son rojas al principio y negras en las puntas.

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué hacéis?

Andalucía es el campo y el campo es anarquista. Los compañeros de la Regional de Sevilla preguntan:

—¿Y tú? ¿Adónde vas?

—Voy a un mañana mejor. No para mí: para todos. Samar tira la colilla sobre Vasconia. El fuego va a dar aproximadamente sobre Loyola, quizá junto al balcón donde Ignacio el petimetre solía asomarse. Si estuviera ahí —piensa Samar riendo— huiría con su pata coja o se asfixiaría como una rata. Luego se dirige a la mariposa negra:

—Igual que vosotros, no.

Toda Andalucía arde en un clamor de proclamas y petardos. Germinal, Progreso y Espartaco sonríen en la tumba, felices, mientras por los labios les andan las larvas que tendrán alas mañana, a flor de tierra. En Extremadura hay un saltamontes indeciso, que lo mismo vuela sacando del vientre ramilletes de colores como se queda quieto en tierra, con los codos en alto, esperando que lo aplasten.

Cerca de Portugal hay un extraño insecto. Tarda Samar en averiguar que se trata de una luciérnaga.

—Ese bicho —le dice a Emilia— da por la noche una luz verdosa. Luego se fija en su emplazamiento.

—¿Sabes donde está?

—En Castilblanco.

Una luz en Castilblanco, a la derecha de la España en sombras o bajo la luz de la Luna junto al agua pantanosa. Están Samar y Emilia acodados en la barandilla que circunda un mapa de España en relieve, al final de la arboleda de la Moncloa.

Ella señala hacia Baleares:

—Mira. El Mediterráneo.

—Si —dice él—. Ése es el mar de la civilización cristiana.

El mar de Platón y de Jesucristo. Un mar febril y poético.

Tiene poca agua. Samar le dice a Emilia que vaya subiendo hacia Rosales. Luego se desabrocha y se orina entre Formentera y Valencia. El Mediterráneo ha aumentado considerablemente.

QUINTO DOMINGO

XIX

Habla el autor sobre la magia del pasado

FUE SAMAr a un teléfono público, hizo dos o tres llamadas sacando los números de un papel donde los tenía apuntados (simulando la clásica suma por si acaso la policía los apandaba) y volvió al lado de Emilia:

—No puedo ir a ninguna parte, ni tendré donde dormir esta noche.

—¿A ninguna parte?

—Bueno, a la cárcel.

—¿No te apetece?

Dijo que por el momento prefería quedarse en la Moncloa y a la noche dormir en algún banco próximo, con la cabeza en la falda de Emilia.

Por el momento se quedaron acodados en la gruesa baranda de hierros tubulares. Miraban el mapa de España en relieves orográficos y depresiones fluviales.

El Mediterráneo olía a nitrógeno, como se puede suponer. Nitrógeno renal y samariego.

—¿Qué pasará si estoy preñada?

—Por el momento nada, pero un día parirás. Es lo más probable.

Ella se quedó meditando. Tenía un perfil ambiguo de chico un poco bobalicón.

—Es una responsabilidad traer un ser humano al mundo.

—Lo es.

—Sobre todo en España.

—En todas partes, mira ésta. Siendo hijo tuyo y mío será hermoso y genial. Genial por ti.

—Vaya —dijo ella con una cara de falsa atención.

—La España castrense nació hace más de veintidós siglos. La otra, la colonial se pierde en las nebulosas de la

prehistoria.

—Hablas como un maestro de escuela —dijo ella.

—Lo que tú necesitas. Como todos sabemos la península ha sido siempre palenque de guerra. Estacazos por un lado y por otro. Durante la invasión romana se fueron creando campamentos castrenses en todas partes, sobre todo en Castilla. Castrum, castro, castillo, Castilla. Dos siglos de peleas —antes de Cristo— fueron dando a esos castros un aire semicivil y un estado de permanencia contra todas las razones naturales. Aquellos castros tenían interés estratégico, pero no estaban asentados en lugares de riqueza natural. No se fundaron pensando en crear riqueza española sino en destruir riqueza y vidas españolas. En seguir sacudiendo estopa.

—Eso lo creo aunque no me lo jures —dijo ella apartando una mecha de pelo y poniéndola detrás de la oreja—. La humanidad ha sido mala siempre, ¿verdad?

—Psss, de todo ha habido.

Samar seguía, no se sabe si en serio o en broma, sin dejar de mirar el mapa en relieve:

—Se atornillaban los soldados romanos en aquellos recintos cercados durante dos o tres generaciones y entretanto los pelaires, guarnicioneros, tundidores, panaderos, sastres, zapateros, fundidores, herreros de yunque, acudían al reclamo del oro y de la plata romanos y se quedaban también al socaire de las murallas donde se sentían seguros. Más tarde algunos de esos castros desaparecieron, pero otros no. Las guerras visigóticas de sucesión a hostia limpia y luego las de reconquista contra los árabes mantuvieron muchos castros en ejercicio. Durante siglos, también. Cuando la guerra de reconquista terminó, esos castros seguían viviendo por inercia.

—¿Qué es inercia?

—Huevonería.

—Y eso ¿qué es?

—Tener la sangre gorda.

—Vaya.

—Es como los andaluces cuando dicen que hay años en que no tienen ganas de hacer nada.

—Ya veo.

—El castillo en el centro y en lo alto. Los artesanos y los pastores alrededor con algunos secarrales de magros provechos. Riqueza natural no la había, pero el hábito seguía manteniendo a la gente pegada a las altas murallas. Entre ellas se construyeron capillas colegiatas, catedrales, a veces empleando las piedras talladas de las fortalezas. Ya no había generales romanos que ordenaban y pagaban los servicios, sino un cura que hablaba de resignación y recogía los diezmos y primicias.

—Como en Ávila y en Zamora y en Ciudad Rodrigo —dijo ella, pensativa.

—No pocas ciudades de esas siguen malviviendo hoy en España, sobre todo en Castilla, gracias a la asistencia del Estado que envía regimientos, instala cárceles y oficinas de Hacienda y Gobernación y Justicia. La gente pegada a las piedras, como los lagartos, toma el sol, se rasca y espulga y reza. Pero casi siempre reza mecánicamente a un dios de cuya existencia duda. Reza por si acaso.

—Algunos creen, de veras.

—Sí, por ejemplo las putas. Todas viven en el barrio de la catedral y cumplen con parroquia en la Pascua. La permanencia hoy de esa España es tal vez el mayor problema y el que los abarca todos. Es una España colonial (del latín *colonia*, cultivo de la tierra) Un español colonial de Málaga o de Barcelona no se entiende fácilmente con el hidalgo de Ávila o Sigüenza. El «colonial» vive de su trabajo. El otro quiere vivir del cuento, del gesto o del aire. Y tal vez de la bragueta. Los castros de Castilla siguen hoy a la sombra de los castillos en los que no hay oro ni plata de Roma sino curas que hacen rogativas para que llueva sobre las espigas sedientas o sobre las retorcidas encinas. Como los diezmos no bastan los curitas reciben sueldo del Estado,

igual que los policías y los verdugos. La España colonial, esa que se ve en los valles y en las riberas color ocre, hizo todo lo importante en la historia, incluido el descubrimiento y la colonización de América que, la verdad, no fue gran cosa porque los indios eran gente desnutrida y entontecida por el abuso de la coca o de la marihuana. La España castrense no hacía sino mantener el tipo, como dicen los actores. Desde entonces todo es hablar de un imperio que no existe y del «gesto», del «desplante» y de la «petulancia» ibérica. De lo que no hablan es de la ruina económica ni de la esterilidad cultural. Ni del hambre ni del crimen secreto o abierto. Ni tampoco del descrédito exterior. Ni de los monopolios explotados por algunas órdenes religiosas disfrazadas, todavía.

—¡Ya apareció el peine! —dijo ella.

Samar soltó a reír. Luego dijo contemplando el Mediterráneo amarillento:

—No seas borrica. Si quieres el futuro tienes que conocer antes el pasado y el presente. Calla y escucha. Los grandes soldados de nuestra historia fueron gente del pueblo. Los escritores que han dado a España leyenda y realidad, también. Y han sido siempre malquistas por la sociedad castrense. Su tozudez en adaptarse a esa España de los castros anacrónicos resultó inútil y por una razón u otra casi todos conocieron la persecución y la cárcel. Desde el granuja arcipreste de Hita y el santo iluminado San Juan de la Cruz, desde fray Luis de León y Cervantes hasta el cachondo Lope de Vega y el paticojo Quevedo —a pesar de sus pujos de caballero de Santiago—, sin hablar de los favoritos de la inquisición como los hermanos Valdés, Vives, Miguel Servet y tantos otros. Más tarde entre los románticos si no se suicidaron como el ceniciente Larra y en la generación siguiente el curdela Ganivet tuvieron que pasar por la emigración y la cárcel, entre ellos algunos aristócratas liberales como el duque de Rivas y Martínez de la Rosa, tontos los dos, uno en prosa y otro en verso. La república

representa, a pesar de todo, la victoria de nuestra España natural. Todos los hombres de creación de nuestro tiempo fueron al principio republicanos. Entre ellos, naturalmente, los escritores. ¿Podía ser de otra manera? Y los que algo representan hoy han conocido igual que sus colegas del siglo XIX y del siglo XVIII o XVII la persecución y la cárcel. En la cárcel o en el exilio o en ambos han estado el tontiloco Unamuno, Baroja, Valle Inclán y estarán Machado, García Lorca, Miguel Hernández si no los pasan un día a cuchillo, siempre lejos de los castros, es decir de los burgos podridos.

—Tienes una verba de hombre de pro. ¿Qué quiere decir *hombre de pro*?

—¡Calla, coño! Cualquier español conoce a su compatriota como colonial o castrense por la manera de andar, de decir buenos días o de mear contra el mar mediterráneo. Mira el mapa y escucha. El panorama histórico no es, sin embargo, tan deslindado ni sus líneas tan correctamente definidas, ¿me oyes? Comprendo que en Cataluña hay elementos castrenses y que en Salamanca los hay coloniales, aunque también es verdad que a los profesores que se han atrevido a representar el pensamiento colonial en Salamanca (el Brócense, fray Luis de León y otros) les han dado más que a una estera. Los filósofos de acento colonial ya fueran castellanos (Juan de Valdés) o valencianos (Vives) tuvieron que vivir fuera de España por si las moscas. Como digo no todo es colonial en Cataluña. Es verdad que los catalanes han tenido también caballeros andantes, pero el caballero catalán se llamaba *Tirant lo Blanc* y es la antítesis del caballero Cifar y otros fundadores del género. Eso no quiere decir que las cualidades castellanas no aparezcan a veces en las riberas del Llobregat y las catalanas en las tenerías de Segovia. En todo caso ese contraste (sol y sombra) de lo colonial y lo castrense sólo se da en España, y se comprende si pensamos que de los veintidós siglos de historia documentada que tenemos nos hemos pasado diecinueve peleando dentro de nuestras fronteras. Los

períodos de paz superficial relativa (siglos XVI, XVII y XVIII) han estado minados por una sorda lucha de ideas representada por las persecuciones de la inquisición y además tenemos guerras también dentro y fuera de España, en Europa y en América. Y en el siglo pasado guerras napoleónicas y guerras carlistas. Esos siglos de espada y lanza, mangual y trabuco hicieron de la geografía de España un mapa militar en donde las alturas tenían valor estratégico y los valles valor económico. Hay pocos valles en España que no estén dominados por un castillo al que han tenido que servir por deficiencia glandular.

—¿Cómo dices?

—Por falta de testículos. Ahora están enmendando la falta. En todo caso la montaña es castrense, el valle colonial. La montaña sueña y pelea y exige raciones al valle que trabaja y produce y trata en vano de hacer leyes civiles. En Aragón, donde tenemos el bajo y el alto y donde los ejemplos coloniales y castrense son de una elocuencia especial, la gente ha formado dichos y proverbios. En el aspecto psicológico no está de más recordar que el montañés típico es inseguro de carácter, aventurero, pendenciero, embustero y quimerista. Le gusta el contrabando, la caza, la guerra, la iglesia y el puterío. La aventura en el mar o en ultramar. El castrense montañés era el que encontraba sólo tres salidas en la vida española, iglesia, mar o casa real. El ribereño es hacendoso y de espíritu más ordenado, es decir, un poco huevón, pero está despertando con nosotros. El montañés tiene tendencias autocráticas y el de la tierra baja democráticas. Por ley natural, claro. La mujer en cada caso suele inclinarse a lo contrario que el hombre. Los sexos bien diferenciados son una parte del buen orden natural. Y los campesinos del Alto Aragón dicen: *Muller d'abaixo con home d'arriba, casa abaixo*. Quieren decir que el montañés arbitrario y déspota y la mujer del valle acostumbrada a vivir del cuento y a hablar sin ton ni son con la obsesión de la comodidad y la fachenda arruinan el hogar. En cambio lo

contrario resulta muy bien: *Muller d'arriba con home abaixo, casa arriba*. La mujer montañesa tiranizada por el hombre a través de las generaciones, cuando marida con el hombre de abajo laborioso, comprensivo y de buena pasta levantan la hacienda y se enriquecen. La montaña y el valle están muy bien diferenciados. Y la montaña es castrense en España, país de castillos.

—¡Ya te atrapé! —dijo Emilia.

—¿A mí?

—Va a resultar que te gusta que el labrador de abajo se haga rico.

—La propiedad de consumo me parece bien. No la de explotación o especulación. En eso yo disiento de Proudhon.

—¿Quién es ese tío?

—El obispo de Alcalá.

—Ah —dijo ella con un respeto reverencial.

Samar continuaba hablando casi mecánicamente:

—El único campo de la vida española donde la síntesis de lo colonial y la castrense se ha hecho es el de la literatura. Los buenos libros, que no son muchos. Nuestros libros representan una síntesis en la que predomina lo colonial, es decir, lo substancial y radical español. Por eso —por esa síntesis— nuestra literatura vale la pena y por no haber sabido hacerla en su campo los políticos, nuestra política es puro estiércol. No es extraño, pues, que la literatura dé gloria y luz a España y la política desgracia, sombra y hediondez. El ejemplo mejor de esa síntesis de lo colonial y lo castrense es *La celestina*, que roza el prodigo. *El Quijote* repite el milagro aunque de un modo más corriente, por decirlo así, quiero decir más lógico y accesible, ya que Cervantes es un santo obligado a pecar, un héroe obligado a mendigar y un genio obligado a hacer morisquetas, a veces, en el mercadillo de los pequeños logros. Lo más triste es que él lo sabe. Sabe la miseria implícita en esas cosas mejor que nosotros. Casi toda la novela picaresca es también una síntesis.

—¿Qué es una síntesis?

—El tercer término dialéctico: tesis, antítesis y síntesis.

—Vaya —dijo ella, impresionada.

—Hay en la picaresca mucha sátira venenosa contra la iglesia y contra la justicia legal, pero los demás aspectos de la vida española están tratados con una tendencia al entendimiento. El hidalgo hambriento del *Lazarillo de Tormes* no es un matamoros arrogante sino un hombre pobre que espera su oportunidad. Sonreímos leyendo esas páginas, pero sabemos que si a ese hidalgo que no tiene más que su espada lo ponen en condiciones adecuadas harán de él un Roger de Flor o un Paredes o un Gonzalo de Cordova. Un hijo de puta con estrella. El lazaroillo lo presente por instinto. La España colonial sabe también de heroísmos y de santidades. Sin ella no se hubiera conquistado América ni llevado alrededor del globo nuestro idioma. Lástima que la síntesis que hemos sabido hacer en la literatura desde el Arcipreste hasta Lorca no sepamos hacerla en la política. Aunque en eso estamos. Por un hecho curioso en las letras hasta los autores de naturaleza más castrense, como Calderón, daban su obra definitiva en el plano populista: *El alcalde de Zalamea*. En cambio, en la política moderna hasta los jefes de partido más coloniales (Azaña, por ejemplo) a la hora de la verdad se inclinan a lo castrense —Casas Viejas—, tal vez por el peso de una tradición de diecisiete siglos. Entre los políticos españoles había muchos escritores frustrados: Cánovas del Castillo, Maura y el mismo Azaña. Todos tienen una novela inédita y un drama sin estrenar. Pero si hicieran ellos en el campo de la acción política y de la organización y administración las síntesis que hicieron los escritores españoles, otro gallo nos cantaría. El pueblo español no tendría hambre ni padecería esclavitud. Hasta los místicos castellanos y más tarde el jesuita Gracián lograron esa síntesis a su manera y por haberla logrado recibieron las coces de la España castrense o de la parte más castrense, más encastillada, de sus órdenes religiosas. El secreto es muy simple, como suele pasar con las cosas de apariencia

complicada. Los escritores han sabido comprender la cosa (sobre todo los escritores de *entendimiento* más que de *intelecto*). Los políticos parece que se afanan y empecinan en todo lo contrario, en confundir el laberinto. Por otra parte, mientras el escritor se explaya el político deslinda, cerca y excluye. Cada político español que forma partido parece seguir una tradición castrense y construirse un fortín, donde se encierra poniendo el rifle en la aspillera. Yo creo que el día que bajen todos al valle, a la ribera, y sepan entender y hacerse entender de la España radical —de raíz— muchos de nuestros males estarán resueltos. Seremos felices o desgraciados, pero lo seremos todos juntos y trabajando en una misma dirección, si eso es posible aún. *Ad majorem Dei gloriam.* Y tú que lo veas, *fémīna dīlecta*. He dicho.

Emilia se puso a aplaudir y dijo con la mayor seriedad:

—¡Qué culturón y qué pico de oro! Júrame que no les has hablado así a tus otras novias. A Star García ni a la burguesita hija del coronel.

—Star no es mi novia.

—Pero la otra sí que lo es.

—¡Cállate!

—¿Qué pasará si no me callo?

—¡Que te daré en la boca! —dijo Samar, achulado y brutal.

—¿Tú? —preguntó ella, escandalizada—. ¿Que me darás?

Arrepentido y avergonzado Samar dijo:

—Un beso, tonta catequista.

—Pues dámelo.

—¿Todavíaquieres más?

—Eso, tú sabes. Nunca la deja a una saciada del todo.

—Bueno.

Pero Samar no se lo dio, porque era de los que decían que a las mujeres hay que dejarlas siempre con un poco de hambre insatisfecha. El hartazgo es malo en todas las cosas.

Allí se quedaron la mayor parte del día y por la noche se instalaron en un banco próximo, bajo los árboles. Samar se

desató el cinturón y los zapatos, se acostó y puso la cabeza en la falda de Emilia.

No tardó en dormirse porque ella le acariciaba la cabeza suavemente con las puntas de los dedos.

—Este ha sido un verdadero domingo —decía él.

—¿Rojo?

—Rojiblanco, más bien. Pero muy dominical, es decir, especialmente soleado. Porque *dóminus* quiere decir el *sol*. El domingo es el día del sol. Y también del Señor. Tu religión es heliosistica, como todas, y adora el sol. *Dóminus es el sol*.

Hablando así se durmió y siguió dormido cuatro horas justas, durante las cuales Emilia se dedicó a mirar el cielo estrellado y a desentrañar los rumores sospechosos a su alrededor. Luego despertó Samar y se acostó ella poniendo su cabeza rizada en los muslos de él, quien, además, se quitó la chaqueta y con ella le cubrió las piernas.

También ella durmió tres o cuatro horas. Como Samar solía dormir más que ella y no había tenido bastante se le caía a veces la cabeza sobre el pecho o sobre un hombro. Cuando era sobre el pecho no respiraba bien y roncaba un poco.

La Vía Láctea seguía desplegando sus galas encima de ellos.

El «ahora» sangriento e idílico — Magia del presente (Sigo hablando yo)

DESPERTÓ EMILIA AL amanecer. *La aurora rompía albores sobre la claror del río...*

A ella le dolía la espalda por la incomodidad del lecho. Los relieves del cuerpo femenino son diferentes. La espalda de Samar se había adaptado bien al banco y la de ella, arqueada entre los muslos de Samar y su propio lindo trasero, quedaba en el aire inestablemente.

—¡Aaaaaaa!

—Anda, mi vida, que yo también estoy entumecido.

Se levantaron y Samar se acercó otra vez a España. Encima del palacio de Oriente, sobre Getafe y Cuatro Vientos lucía Venus o Lucifer o Astarté o Tistra, que de todas estas maneras se ha llamado al lucero de la mañana. (Entre paréntesis, la palabra *tistra* es puntiaguda y cabrilleante como la misma estrella.)

Al pie de España —desde el lado sur de Yebel Tarik— Samar volvía a contemplar su patria bonita. «Yo la quiero, a mi patria, sobre todo en las mañanitas de los falsos domingos rojos o rojiblancos.»

En Madrid, en el centro geométrico de la península, había una mariposa cuyos colores —amarillo y negro— produjeron a Samar un escalofrío, porque aquella mariposa le recordó a Amparo y los colores eran fúnebres. A su alrededor el rocío del amanecer hacía brillar las cimas de las cordilleras.

Pero Emilia se acercaba reacomodándose la falda en la cintura:

—Confiesa que estás enamorada de una mujer de la alta.

—La alta... ¿qué?

—La alta burguesía.

—Calla. ¿Qué te va a ti en eso? —preguntó él, nervioso.

—Yo también he tenido principios, digo, educación con la crema de la crema.

—Beaterías.

—No creas. Iba a una escuela de monjas, eso sí, pero de las caras y recuerdo que cantábamos a coro unas canciones que las monjas componían y que eran de lo más moderno que se puede pedir.

—En el estilo de las sacristías.

—Te digo que no.

—Bueno, canciones de coro, de liturgia.

—No, no, pero tampoco profanas. Con letra sin sentido.

—¿Cómo?

—Sin sentido. Para ejercitarnos la laringe, las cuerdas bucales y no sé que otras cosas vibratorias.

—¿Por ejemplo? —dijo Samar, a quien las *cosas vibratorias* le habían hecho gracia.

Se puso a cantar Emilia una canción de veras extraña:

*Baladón, baladón gafá
chivirí, chivirí, macáaaaa,
uté, uté, pata ti-ti-ti
patí, patí, uté la-la-la
a rebatir con ué
y a chivirí macáaaaa...*

A Samar le gustó y se la hizo repetir pensando que no todas las monjas eran tan tontas como parecían. O que eran más tontas de lo que se podía esperar y entonces parecían originales e interesantes. Y comprobando que Emilia cuando cantaba aquello (con una especie de convicción labio lingual impresionante) resultaba otra vez tentadora.

Baladón, baladón. Gafá...

En aquel momento debía pensar ella que Samar se conducía como un tipo desorientado y caótico. Tal vez tenía razón. Había conquistado ya toda libertad posible y no sabía qué hacer con ella.

Lejos se oían tiros de fusil.

Emilia se acercó y Samar sentía un hombro femenino y redondo contra la percha clavicular del suyo, masculino.

—¿Qué pasará si ganamos esta huelga general? —decía ella.

Volvía Samar a las andadas.

—La España que hizo la Constitución de Cádiz en 1812 era la España colonial, digo, la que vive del trabajo y tiene un sentido liberal de las cosas.

—Eso ya lo dijiste otra vez.

Y cantaba entre dientes, distraída: *uté, uté, pata ti-ti-ti*.

—Pero como eres tonta conviene repetirlo. Barcelona, Valencia, Málaga, Almería, Cádiz, Huelva son liberales. Vigo, Coruña, Oviedo, Gijón, Santander, Bilbao, San Sebastián, Irún son liberales también. En la tierra alta hay una tendencia castrense: Burgos, Ávila, Segovia, Toledo, Cuenca, Castilla, en fin. Las dos Castillas, sobre todo la Vieja. Esa es la España castrense, amiga de la aventura beata en religión, reaccionaria en política, monárquica y absolutista. Para esta España el trabajo es una maldición bíblica de la que hay que huir y en eso yo también soy católico. Bueno, tú sabes que en 1931 votaron por la República las regiones coloniales. Se proclamó la República en Cataluña antes que en Castilla. Votaron por la continuación de la monarquía las Castillas castellanas y castrenses, muchas de cuyas poblaciones, las de los burgos podridos no tienen razón de ser. En el fondo de los valles y en las vegas floridas de Castilla era otra cosa. Pero los alcores eran putrefactos. Desde el tiempo de los romanos son aglomeraciones artificiales creadas a la sombra de los castros levantados no para cultivar la tierra, sino para defender el terreno a hostia limpia. Los que viven por sus manos y las putas profesionales o aficionadas que se acercaban al castro han seguido a la sombra del castillo o de la catedral hasta hoy...

—Eso también lo dijiste ya... —Y añadía entre dientes: «*A chivirí macáaaaa*».

La mariposa negra y amarilla seguía en Madrid con sus

alas juntas y verticales. Los dos la miraban, alucinados. El Mediterráneo seguía oliendo a ácido úrico. Sin hacer caso de Emilia siguió Samar con los ojos puestos en los relieves del mapa:

—Es linda España, vista así.

—¿Vista cómo? ¿A vista de pájaro?

—Ningún pájaro puede subir tan alto para ver a España entera como la estoy viendo yo.

—Entonces...

—A vista, más bien, de serafín. Y volvió a lo suyo:

—El montañés en lugar de trabajar prefiere la caza, el contrabando, la aventura. El comercio de ganado, que tiene algo de aventura gitanesca. Va a la iglesia, blasfema y juega a la lotería o al monte en el casino durante los largos inviernos. Confía en la suerte y en Dios o en el diablo y en tiempo de elecciones vota por el obispo. El campesino *d'abaixo* vive de su trabajo, si tiene alguna tierra come lo que produce y vende lo que le sobra y si hay elecciones vota liberal. Los castrenses españoles hacen de su patria desde 1650, más o menos, un largo esperpento valleinclanesco. Los pequeños paréntesis coloniales no han representado gran cosa.

—¿Y vosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Los que tenéis la manía de escribir.

Samar se engoló un poco. Tenía la debilidad de creer, como Natalio Rivas y esos académicos que se llaman don Pantaleón Gutiérrez de la Osa y Escalante, que escribir era una cosa seria.

—Castrenses o coloniales los escritores de verdadera importancia, a lo largo de los tiempos, han sido perseguidos. Cervantes va dos veces a la cárcel, Lope es desterrado. Ya lo dije antes. Por si las moscas (las moscas funerarias de la Suprema) el autor del *Lazarillo* oculta su nombre. También el de la primera *Celestina*. Don Quijote, como reflejo y cifra de la entraña de un pueblo, en un momento de la historia, se

integra en el mito nacional. Es el primero de los elementos que forman la idea mítica de lo español. Él solo y sin necesidad del contrapunto de Sancho, representa esa síntesis castrense-colonial según la cual el español es un caballero genuino e inefficiente o un trabajador con dobles fondos trascendentales o un mendigo metafísico. En ninguna parte del mundo hay carpinteros, labradores, albañiles, más metafísicamente —valga la expresión— satisfechos de serlo, es decir, gente colonial tocada de idealismo castrense. La locura de don Quijote es castrense y puede ser hermosa, puede ser incluso sublime como cualquier forma de generosidad, pero sitúa al héroe fuera de la realidad. La razón de don Quijote, cuando se hace perceptible, es la misma del pueblo español. Del razonable pueblo, que ahora está aprendiendo a combatir quijotescamente en las calles.

Llevaba Emilia una varita, un junco verde, que había sacado no se sabe de dónde y jugaba con él.

—Sigue —ordenó.

—No puedo. Esa mariposa me recuerda a alguien y me tiene hipnotizado.

Ella de un golpe certero partió la mariposa en dos. Una de las alas temblaba en la mitad superior del cuerpo, que parecía un coselete minúsculo de metal. Samar le cogió la mano a Emilia, pero ya era tarde:

—¿Qué has hecho, grandísima puta?

Se quejaba ella, en serio:

—No me insultes, Samar.

—¿Qué has hecho?

—Ya me gustaría ser una gran puta —decía ella casi llorando—, pero solamente lo soy un poquito.

—¿Qué has hecho?

—Un poquito nada más, como las otras.

Samar sentía temblar algo en el centro de su cerebro, como aquella ala amarilla y negra.

—Esa mariposa era más que un ser humano, para mí.

—No seas supersticioso.

—O más que un ser humano. Pero tienes razón, no hay que ser supersticioso.

—Menos mal que me das la razón una vez. Y se puso a cantar entre dientes aquello de:

... *a rebatir con ué*
y *a chivirí macáaaaa*.

Sin darse cuenta seguía en su canción el compás que marcaba el ala temblorosa —pendular— de la mariposa agonizante.

Un poco más tranquilo, Samar tomaba un aire doctoral medio en broma:

—Don Quijote gana la batalla final y también España la ganará un día si logra la síntesis colonial-castrense. Es don Quijote un ejemplo que nos sorprende cada día con alguna forma nueva de elocuencia. La vida de don Quijote fue una cadena de fracasos. Lo ridículo, lo absurdo, lo grotesco, se acumulan. Y al final, el hombre que se propuso ser el primer caballero del mundo lo ha conseguido, puesto que en cualquier extremo del planeta, en el Japón o en Sudáfrica, en la Patagonia o en el Canadá, cuando alguien quiere referirse a un individuo de un idealismo y de una generosidad sin límites dice que es un Quijote. Ganó su propia batalla don Quijote y la de los españoles. No todos los países tienen un arquetipo literario que pueda representar a sus naturales sin envilecimiento o sin alguna forma de disminución. Y sin caer en la petulancia arrogante. El *Bourgeois gentilhomme* de Francia avergüenza al burgués francés medio y sin embargo no tienen otro tipo y hay que aceptar que el retrato está bastante parecido. Aunque el francés tenga cualidades admirables en tantas otras cosas. Los alemanes tienen un doctor Fausto que ni siquiera es propio (es de origen británico). Pero bien mirado, ¿no se basa en un idealismo nebuloso con el que disfrazan un deseo de vivir la vida de los sentidos y de subordinarlo todo a ellos? Si Hamlet es el tipo nacional inglés (la mayor parte de los ingleses lo negarían), no es muy halagüeño para ellos. Si lo es Robinson, tampoco.

En cuanto al ruso, si es Chitchicov de *Las almas muertas*, es un pobre diablo sin espina dorsal, pálido y carente de vigor lo mismo para aceptar la virtud como para la fatalidad del pecado o del vicio. Aunque Gogol sea un dechado de talento. Los españoles hemos tenido suerte con Don Quijote. Como la del Quijote, la nuestra será una victoria moral, producto de esa síntesis de la meseta alta y del valle, del castro y de la feraz ribera, con sus almuniñas, sus sotos o sus fábricas y talleres.

El ala de la mariposa había dejado de temblar. Los restos de vida que le quedaban en la parte superior del cuerpo se le habían acabado. Un ser como aquél, cuya vida natural duraba no más de dos o tres días había sido privado de más de la mitad de su existencia, tal vez.

—Oh, la gran... —fue a decir Samar otra vez, mirando a Emilia indignado. Ella respondió, tranquilamente:

—Ya querría, pero sólo lo soy un poco.

Luego al oír disparos lejanos reaccionó y quiso vengarse:

—¿Y tú? ¿Qué haces ahí? ¿Llorar por una mariposa mientras los otros se batén y arriesgan la vida y quizás la pierden?

En eso Emilia tenía razón y tuvo que callarse, Samar.

XXI

Placidez de las multitudes violentas

LAS grandes avenidas estaban desiertas, pero en seguida podían llenarse de multitudes y las autoridades lo tenían previsto con agentes y guardias en los lugares estratégicos, rondas volantes con motocicletas, y los mismos jefes que recorrían los puestos en automóvil. Había un silencio campesino, cierta paz virgiliana en las avenidas con grandes árboles.

Las comarcales, las regionales, las locales, los grupos, las células tendían sus redes dando noticias y recogiéndolas, enlazando con los enlaces que se les tendían y atemperando las iniciativas a las de los demás. En Madrid, de momento, no se preocupaban las multitudes sino de despertar de su embriaguez para impedir el esquirolaje o hacer el sabotaje más eficaz. Si para ello había que herir o matar, pues... ¿qué remedio? El hambre no era como para ser tomada en consideración aún. Había casos aislados de miseria de los que hay en todo tiempo. Los parados seguían consumiendo los víveres de los almacenes saqueados, que estaban ocultos en lugares diferentes y de los cuales se hizo un inventario a grandes rasgos. Lo cierto es que todavía quedaban víveres para dos o tres días, sin regatearlos, y entretanto Villacampa ya le había echado la mirada a un almacén que tenía grandes pilas de bacalao, cerdo en salazón y harinas finas. Ya se vería. Pero al mismo tiempo había que procurar armas y pertrechos. Porque eso de comer y tumbarse al Sol ya lo hacen los demás, y por otra parte si toda España había respondido no era menos cierto que el Estado había callado y se había concentrado en su fuerza lúgubre de hule negro y bayonetas para dominar la situación. Parecía haberse replegado, habernos dejado las calles, las plazas, el Sol de

mayo. Pero no asaltemos ministerios, no vayamos sobre los bancos y los cuarteles. «Si queréis —parecían decirnos— podéis quemar una iglesia y retiraros.» Las iglesias no nos interesan. Vamos a la calle con una ancha sonrisa y navegamos en un triunfo imaginario. Todo es nuestro. Todo es de todos. La embriaguez de una multitud no es un vicio, como en los individuos. Es algo que se llama un «estado de opinión», con el cual negocian gobiernos y fuerzas políticas. La embriaguez de nuestras multitudes es negativa. No se puede negociar con ella. Pero muchas negaciones hacen una afirmación, como en matemáticas «menos por menos da más».

En la embriaguez bajo la tarde tibia hay ya tres tendencias señaladas, que corresponden a otros tantos sectores de la ciudad. En Vallecas, por ejemplo, quieren ir a jugarse la carta militar de las sediciones y llegar hasta donde se pueda. Tienen el criterio de que en el camino revolucionario no se pierde ningún esfuerzo. Todo se transforma y se asimila. Si eso falla hay que seguir, y cuando no haya más recursos hay que seguir aún, a la desesperada. En Cuatro Caminos son partidarios de organizar un frente acumulando todo el material que tenemos para ir en serio a la guerra civil. Si no se aprueba eso, prefieren volver al trabajo por ahora. Luego están los moderados de barrios bajos que, influidos por el espíritu socialista, quieren que se vuelva al trabajo, ya que la protesta por la muerte de Germinal, Progreso y Espartaco está sobradamente realizada y conseguida. En las reuniones clandestinas que se celebran —reuniones con delegados sin credencial, faltas a veces de representantes de organizaciones fuertes— se marcan esas tendencias. Pero entretanto es dulce adormecerse en la tarde de primavera y dejarse embriagar por el vino fluido de los presentimientos. Parecen próximas y seguras muchas hermosas cosas. Los comités están bastante firmes, siguen con pocas bajas. Quedan en la calle muchos compañeros capaces de intensificar el movimiento y darle más fondo. Más

extensión no es posible ya. En la calle se encuentran obreros desconocidos y se paran a hablar:

—¿No entráis aún?

—Sí, pero en cuanto suenan dos tiros en la calle dejamos la obra y entonces vienen guardias a protegernos para que sigamos trabajando; pero con guardias al lado no nos da la gana trabajar.

Donde ha habido algún movimiento es en la ronda de Atocha y Paseo de las Delicias. Parece que han querido reanudar el tránsito en las estaciones. Al saberlo, los compañeros de Vallecas han llegado a primera hora de la tarde y ha bastado su presencia y los rumores alarmantes que han hecho circular para que el tránsito se interrumpiera. Se han quedado vigilando algunos pequeños grupos que iban y venían. Algo después de las cuatro apareció el pobre Casanova con aire de sonámbulo. Lleva cinco días sin acostarse. Se acercó a un grupo del sindicato de camareros y quiso hablarles, pero no le hacían caso. Sacó el carnet y entonces uno dijo:

—Casanova, ¿quéquieres?

Casanova hizo un gesto dislocado con el brazo:

—No quiero solidaridad. Lo que quiero es una pistola.

Había en el corro quien tenía dos, pero callaron. Se disculpaban, y Casanova, convencido de que era inútil insistir, los dejó temeroso de perder un tiempo precioso. Iba inseguro de pies, con el gesto aplomado y al mismo tiempo ingravido del que no duerme; iba nadie sabe a dónde, pero con verdadera prisa.

Como lo vieron andar tan a la deriva, lo siguieron un instante. Al volver una esquina se abalanzó sobre un guardia y consiguió derribarlo y quitarle el revólver. Salió con él a la avenida y disparó al aire. Los disparos rodaban por las avenidas del atardecer y llamaban en las puertas estúpidas del limbo. Era el disparo al aire de los jueces deportivos que señalan el arranque de las carreras. Huyó, perseguido por el guardia desarmado y por otros dos que le salieron al paso.

El incidente rompió la armonía de la tarde. Hacia la noche comenzaban a animarse las trastiendas y los sótanos de la clandestinidad. Con las primeras sombras, la primera reunión. Todas con el mismo fin primordial: mantener enlaces, contactos. Se hacían prodigios de memoria para retener direcciones, números de teléfonos. Era muy peligroso llevarlos escritos, aun con clave. Pero todavía no era de noche. Serían las seis. En cuanto el Sol caía quedaban sin embargo las calles con su peculiar fisonomía. Ya no era extraño oír rumores de multitud en las barriadas obreras o tiros bajo la sirena de una fábrica esquirola que daba la hora de salida. Al caer, el Sol tenía en las alturas color de sangre y la ciudad quedaba sombría y cenicienta. La embriaguez tenía un momento culminante que coincidía con el sonar de las sirenas y después venía la neuralgia creciente de la noche que cada cual sentía en el cerebelo.

Se ocultaba la Luna con una nube gris que tenía forma de oso. La luz ponía alrededor un halo grisáceo. ¿Era la nube que en los bordes se hacía transparente o la pelambre del oso que filtraba la luz? El caso es que sobre la barriada del Norte la nube proyectaba su corto cuello y su pecho peludo y el oso crecía y se ensanchaba sin perder la forma. Graco, uno de los que habían disparado contra la destrozona, levantó la cabeza, vio navegar el oso en las alturas y advirtió a Urbano:

—¡Vaya una ocurrencia! Mira por dónde aparece Fau.

Urbano se sumó al regocijo de Graco y luego advirtió en la sombra:

—¿Sabes que lo de Fau ha caído como una bomba en la Dirección? ¿Has leído esta noche los periódicos?

Habían salido tres diarios y en los tres se destacaba el atentado contra Fau, a quien atribuían virtudes sin cuento. Era un obrero «laborioso», de «buenas costumbres», de «moral intachable». Graco reía:

—No saben lo del Banco del Sur ni lo del ganadero de Valladolid.

—Aunque lo supieran sería igual.

Fau tenía algunos crímenes sobre su espalda. Graco hacía una advertencia muy sutil.

—¿Sabes lo que te digo? Bien mirado, yo he visto que en los comentarios que hacen, y hasta en «El Vigía» el mismo director, se ve como si dijéramos la satisfacción de poder hacerle a Fau ese buen papel que sólo le pueden hacer después de muerto. ¿Entiendes? Se alegran de que les demos la ocasión. Les gusta que lo hayan matado porque la traición y la soplonería son la mayor bajeza entre los hombres.

En el barrio no había luz. Las reparaciones se habían interrumpido en vista de que cada vez corría más peligro la brigada de los esquiroles. Fau en el cielo era una torpe figura bizantina, mal dibujada, iluminada solamente en los perfiles. El barrio soñaba con las comunas libres, y Graco y Urbano salían cautelosamente hacia el campo.

Cuando salieron de la calle de los Tres Peces, la nube había comenzado a navegar hacia poniente. Mantenía la misma forma, y la Luna asomaba por la entepierna de Fau. Era amarilla. Estaba pálida y sobresaltada. Tenía otras nubes a mano. Graco inspeccionó los alrededores con la costumbre de un revolucionario hecho a la clandestinidad. Echaron a andar muy decididos. La noche se presentaba bien, y si la reunión se celebraba sin novedad al amanecer podrían iniciarse el asalto y la sublevación de los cuatro regimientos de acuerdo con los sargentos complicados. De éstos había dos dispuestos a todo; eran de los que caen en él primer choque o triunfan. No tenían tanta confianza en otro reposado y sereno. Para estas cosas no sirven los hombres reflexivos. Hacen falta locos de locura contagiosa.

La Luna asomaba ya completa entre las piernas del bizantino Fau.

Habían recorrido dos terceras partes de la planicie, cuando de pronto oyeron los chasquidos de unas pistolas. Graco oyó la avispa del proyectil cerca de la oreja y Urbano vio saltar la tierra a su izquierda. Doblados hasta dar con la

barba en la rodilla avanzaron a grandes zancadas. Los disparos habían salido del ribazo que bajaba a la derecha, a unos cincuenta metros. Antes de que pudieran cubrirse con el desnivel del terreno sonaron tres o cuatro más. Ya en la rampa de descenso hacia la casa, Urbano preguntó a Graco si lo habían herido.

—No hay novedad —contestó.

Entraron en la casa tomando precauciones. El silencio hacía más honda la soledad. La casa estaba vacía. Encendieron una cerilla y buscaron a través de sus propias sombras. Sobre una mesa de pino había un papel escrito:

«La casa está sitiada. Retroceder por la derecha hacia el canalillo.»

Debajo había un signo al parecer arbitrario, pero Graco se fijó en él y advirtió:

—Quiere decir que no vayamos por ese camino. Hay que huir por la izquierda hacia el depósito de aguas.

Salieron y se dispersaron. Sálvese el que pueda. No sabiendo qué hacer, Samar se dirigió al pabellón del cuartel de artillería y vio que salía un automóvil con escolta. «Ahí va el coronel», se dijo. A alguna reunión en el ministerio de la Guerra.

Entró en el cuartel y el sargento de guardia, que era uno de los conjurados, lo recibió al oírle el santo y seña.

Samar le dijo que lo esperara y se dirigió al pabellón del coronel. El sargento le había dicho: «El coronel y los oficiales son también enemigos del régimen. Son monárquicos».

—Ya lo sé. Por eso ha sido posible todo esto.

Entró Samar en el pabellón y le salió Amparo al encuentro. Era ya al caer la noche y Samar comprendía que había un gran riesgo inútil en todo aquello. Pero ¿no eran también inútiles los demás peligros?

Allí estaba ella. No podía menos que estar, y lo esperaba. Lo esperaba siempre —dijo—. Pero, además, estaba vestida de novia.

Soltó a reír Samar pensando: «Ella también está loquita

a su manera, como cada cual en estos domingos rojos». Sólo que su locura era un poco más poética. Velos, cendales, incluso las consabidas flores de azahar, tan estimulantes y prometedoras.

La risa de Samar extrañó a Amparo, pero todo se arregló cuando comenzaron a hablar. Él preguntó gravemente:

—¿Para qué te has puesto este vestido?

Ella repitió que se lo estaba probando y pensaba en lo bonita que hubiera estado para él. Aquellas palabras se las había dicho muchas veces.

Samar sentía sus brazos alrededor del cuello. Brazos fríos, redondos, firmes. Comenzaba a sazonar en ellos la primavera. Se escapaban de las manos y la carne crujía como las manzanas. «Lucas, sol.» Él la abrazaba, pero sin alzarse sobre la tormenta de sus encontradas reflexiones. Le preguntó:

—¿Te enteraste de lo que ocurrió ayer al marcharme?

Ella se separó y se la vio concentrarse en una repentina angustia. Balbuceaba:

—Cuando oí los tiros creí que podías ser tú la víctima. Te vi huir. Un hombre se moría debajo de mi balcón. Samar se encogió de hombros:

—Había puesto a la policía en antecedentes de lo que hacíamos. Era un traidor y los traidores deben morir.

Entonces vio Samar que Amparo iba a hablar y no sabía con qué palabra comenzar. ¡Ella, que nunca meditaba las palabras! Amparo consiguió, sin embargo, serenarse. Samar leía en el fondo de sus ojos cuando los podía escudriñar y cuando, como ahora, los hurtaba leía todavía mejor.

La angustia de Amparo era, con el traje de novia, una angustia cinematográfica. Pero iqué graciosa en su armonía!

Amparo se mantenía serena y firme otra vez.

—Yo —decía— veo el mundo así. Primero nosotros y después todo lo demás.

Fuera del recinto de aquel pabellón, en la calle, en el ambiente de Samar, lo imposible no existía. Todo era posible,

todo era superable. ¿Y ella? ¿Y ella? Una voz que hubiera gritado «¡imposible!» se hubiera visto ahogada por las olas de una embriaguez siempre creciente.

Samar echó atrás la cabeza para mirarla. Tenía en sus brazos una gavilla de flores silvestres y su cabeza estaba ebria de una alegría virgen que no había tenido nunca. Ella repetía, con un rumor desesperado en su garganta: «Imposible», y buscaba los labios de él y se ceñía a su torso y a sus piernas. No era la mujer. Ni siquiera una mujer. Lo mismo que «siempre» vencía al tiempo y «más» vencía al espacio, ella en sus brazos era un infinito negativo, un infinito hacia atrás: un «menos infinito». El cuerpo se vengaba de los sueños realizándolos todos en un instante y Samar sentía que algo estallaba dentro de su conciencia y se hacía luz y lo incendiaba todo.

De pronto ella se desprendió de sus brazos:

—Ven.

Él siguió los pasos de Amparo por la alfombra que trepaba zigzagueando en las escaleras y luego creyó diluirse y desaparecer otra vez entre la triple blancura del traje de novia, de la carne de novia, y de la noche de mayo. Pero esta vez sin volver a salir a la luz de las ambiciones, los sacrificios a la luz de las cosas que son y pasan y morirán. Negándose y negándose todo. Samar pensaba al entrar en el cuarto de ella.

—Aun podríamos salvarnos los dos.

El veneno todavía era una delicia. Después celebraron sus fiestas de primavera sin sorpresa, sencillamente, sin lágrimas, con una pasiva embriaguez en ella y activa en él. Samar no recordó, nunca nada relacionado con aquella noche. Ni si fue una noche o uno de tantos sueños de una noche o la sombra de un atavismo de sus bisabuelos, o el día de su propio nacimiento, o del triunfo de la revolución que todavía no habían hecho. Sabía que en los últimos instantes del recuerdo de ella aparecía un hombre asesinado al pie del muro y unos ojos femeninos espantados que decían:

—Como no lo recogieron hasta la madrugada, aquella noche tuve miedo.

Fau estaba en el fondo, mugiendo. Pero concretamente no recordaba ya nada más, como no fueran aquellas palabras cuando se disponía a huir del pabellón y probaba a huir de sí mismo llevándosela a ella en los labios. Samar no hablaba. Se la quería llevar, hecha perfume, en los pulmones y sorbía en sus labios. Amparo dijo lanzándole el aliento al paladar y a la garganta:

—Es la última vez que nos vemos.

Seguía Samar devorando sus labios. Luego se desprendió y huyó. Desde el balcón, ella agitó la mano en el aire. Con el camisón de novia era el fantasma floral de mayo. Vio a Samar junto al muro atisbando la vigilancia. Ella volvió a decir:

—Es la última vez.

Samar no podía comprender. Si hubiera comprendido, aquello le habría parecido de un romanticismo idiota.

SEXTO DOMINGO

XXII

*La magia del futuro — Discurso de las Almas y los Extras
(Habla un ser anónimo)*

ESTA clase de sujetos, los extravagantes, andan siempre buscando la cuadratura del círculo. Suelen pertenecer al sindicato de Oficios Varios. OV. Estas iniciales podrían aludir a los ovarios femeninos. O al orden venéreo (que sería algo parecido). Pero dejémonos de virguerías.

Los del distrito del Viaducto nos habíamos replegado sobre la Casa de Campo. Se diría que la Casa de Campo es un chalet coqueto para pasar los fines de semana con la furcia o calandraca o suripanta o pescueza de turno, pero es un parque medio natural, medio cultivado, cuyo perímetro no se podría recorrer a pie en un día entero sin extrema fatiga. Hay colinas, valles y un lago con peces, donde podría navegar un barco velero, y hasta un acorazado de sesenta bocas de fuego.

Por suerte no es fácil traerlo, el acorazado, al lago de la Casa de Campo, de otra forma estaríamos bien jodidos. Por el momento estamos solamente jorobados. Hay una diferencia eufemística: jorobados. Estas diferencias le gustan a Samar, que sabe calibrarlas en lo que valen.

Anda enamorado Samar y siempre se enamora por las alturas, como dice Emilia, es decir, de mujeres de cierto suponer. Es verdad que esas mujeres comen mejor, se bañan con más frecuencia y de un modo u otro son más apetecibles. Pero el hecho de que Samar pueda en estos días pensar en esas cosas es ya la rehostia.

O como diría Cipriano, que es un compañero valiente y digno y algún día (si ganamos la batalla) podría dirigirnos a todos como podrían hacerlo también Durruti o Ascaso (y no digo Escartín porque al pobre lo han vuelto medio loco las

cárceles y los calabozos de castigo). Samar es un teorizante con pocos arrestos o facultades para la acción. Y no es que sea cobarde, porque ha demostrado que los tiene bien puestos, pero en medio de una escaramuza o una batalla se pone a perorar como un cura en la pascua florida. O a mirar una mariposa.

Y cada cosa quiere su momento.

Hay el momento testicular, el momento cardíaco y el momento intelectual y si alguno los confunde peor para él. Samar pone demasiado énfasis en las tareas del coco, a veces. No digo que esté mal, pero hay que saber distinguir.

La noche anterior al sexto domingo la pasaron a la orilla del lago de la Casa de Campo, que cuando habla Samar se convierte en algo como el lago Tiberiades.

Y allí estaba Samar y también Star García, que parece su sombra. Y otros así como yo, que estoy en el uso de la palabra.

Star sigue interesada por ese intelectual burgués *alumbrado* que viene con nosotros como un turista aunque jugándose, a veces, la piel. Yo los oía hablar a Samar y a Star al pie de un árbol. Él no sabía que yo los escuchaba. Y Samar decía:

—Las mujeres sólo piensan en detener el tiempo y llevarse el machito a la orilla de la corriente y organizar allí su nido como las oropéndolas.

Eso de las oropéndolas no deja de tener gracia, verdad.

Le decía tantas tonterías Samar a la chica del difunto Germinal que yo no pude menos de intervenir:

—Que la mujer piense en el amor no tiene nada de extraño. Más piensas tú aunque lo disimules. Entonces Samar soltó una rociada de tonterías. Sobre lo que él llama la magia del futuro. Más nos valdría dormir un poco y restaurar fuerzas para mañana, que buena falta nos van a hacer, pero a veces pienso que Samar no duerme nunca. Un buen luchador tiene que saber dormir a cualquier hora del día y de la noche, cuando hay ocasión. Lo mismo digo del comer.

Bueno, lo que nos decía Samar, a Star y a mí (a mí, sin darse cuenta) era más o menos lo siguiente: «El amor no existe. Lo han inventado las mujeres cloróticas y los poetastros para compensar las frustraciones del sexo».

—¿Y las madres? ¿No hay un amor de madre?

—Las madres están demasiado ocupadas lavándoles el culo a sus críos para pensar en el amor.

—Odio sí que lo hay. ¿O lo vas a negar?

—No digo que no.

—Pues si hay odio hay amor. Por la ley natural de compensación.

—En todo caso odio y amor van a ser controlados pronto por electrodos. Los problemas emocionales tienen equivalentes electrónicos o bioquímicos.

Cuando habla así su voz vacila, y es que el mismo Samar está siempre enamorado de alguna hembra, como un becerro. Quizá por eso habla de un modo tan desgarrado, como un enfermo que desearía librarse de alguna pejiguera especial. Electrodos. Y bioquímica. ¡Bah! Pero Samar decía:

—El sexo está muy bien. Aunque igual que se puede excitar se puede compensar y hasta suprimir.

—¿Cómo? —le dije yo.

Él no sabía que lo estaban escuchando otros, alrededor. Star parecía oír sin comprender. Lejos se oían las bombas y los rifles del combate, porque había, todavía, lucha en las calles. Las calles han sido siempre nuestras, es verdad, pero parece que las estamos perdiendo. Samar decía:

—Confieso que el sexo proporciona tanto gusto que hay personas que querrían dar de lado a todo lo demás, en la vida. Yo también lo he pensado, a veces. Pero con electrodos especiales se pueden conseguir placeres más refinados y duraderos. Orgasmos electromagnéticos que duren media hora o más, sin pérdida de fósforo ni de calcio. Antes del año 2000 habrá cinturones con pequeños resortes ligados a los centros cerebrales del placer que andan por el lado occipital, y entonces el amor se habrá acabado.

—Y la humanidad un poco más tarde.

—En ese caso —replicaba Samar— no se habrá perdido gran cosa. Los cinturones con los resortes numerados regularán las vías del placer. Entre el cinto y la sesera habrá alambritos casi invisibles y apretando un botón alfa y un número siete o cinco se tendrán placeres superiores a todo lo que conocemos hoy.

—¿Qué placeres?

—Tendrán nombres nuevos. Por ejemplo: *Sophrosine edénica*, *Euphoria omega* o cosas como *Deliquio trigeminal* o *Hedonismo glandulatorio*. Nombres entre griegos y pitecántropos.

Se oían risas cerca. Era Star, que pedía más nombres.

—¿Para qué los quieres?

—Me hacen cosquillas.

—¿Dónde?

—Cochino.

Entonces se oyeron risas de hombre. Samar explicó:

—La cochina eres tú. Yo te preguntaba si eran en el sobaco izquierdo o en el derecho.

—Mientes, que te conozco bien.

Entonces Star habló en voz tan baja que no la entendió nadie. Debía estar diciendo una de esas picardías grandes que sólo dicen las adolescentes virginales. Pensó Samar: «Se atreve a tanto porque estamos a oscuras». Y añadió más nombres de placeres nuevos:

—Uno de los mejores se logrará combinando botoncitos, por ejemplo el número tres con la inicial beta. Y se llamará *Radiophotylene ondulante*.

—Eso será vicioso.

—¿No es vicioso también el coito sin amor? Y todo el mundo lo practica. Igual que hay ahora prostíbulos habrá lugares donde se podrá pedir un menú de placeres moleculares nuevos.

—¿Moleculares también?

—A ver. Y habrá tabernas especiales para eso:

Carbodixales intravenosos, se llamarán, o *hipodermales*, según, y allí la clientela pedirá un *sulfaten deshidratado* o una *etericalciosa* doble o simple. Y también se tumbarán en divanes *heterorradiales* o cosas parecidas.

—Eso, no lo creo.

—¿Cómo que no? Lo mismo que el ambiente cambia al hombre, el hombre puede cambiar el ambiente. Y estamos más cerca de lo que tú crees. En definitiva todo nace y muere aquí.

Samar señalaba su propio cráneo y añadía:

—Lo que venga mañana no podéis concebirlo porque tenéis la imaginación presa.

—¿La tuya no?

—No, la mía está liberada hace tiempo.

—¿Liberada de qué?

—De todo.

—Decir de todo es decir de nada. ¿De qué?

—De todo, repito. Incluso de la necesidad de admiraros a los que os jugáis la vida a una carta, cuando la perdéis. Me parecéis discretamente ambulatorios y un poco idiotas en el buen sentido.

—¿Cómo? —dijo alguien, indignado.

—Pero plausibles.

—Algo es algo.

—Samar estará más o menos liberado —dijo alguien—, pero es hombre con la imaginación esclava de la vulva de la hembra como cada quisque, o más que cada quisque.

Ahí Samar se calló pensando en la dulce Amparo y diciéndose: «Ese que ha hablado ha encontrado la palabra justa, maldita sea su estampa». Añadió en alta voz:

—La mejor inyección que ofrecerán las tabernas se llamará *eterinábula 14*. Si viviera yo entonces, digo en el año 2000, sería la que tomaría más a menudo.

—¿Los domingos?

—No habrá domingos, entonces.

Se presentaron dos enlaces con noticias. Al oír a Samar

uno de ellos dijo:

—¿Cómo podéis hablar de esas cosas en momentos como los que vivimos?

Samar respondió:

—No es broma ninguna la magia del futuro. Todo eso va suceder en un tiempo que está llegando. Habrá también gorros o cascos estimulantes. La agresividad y el odio se suprimirán en el enemigo o en uno mismo apretando un botón, o levantando una palanquita. Ya se ensaya todo eso con los animales.

Un compañero que llegaba con la frente manchada de algo como sangre ennegrecida irrumpió:

—Nada de eso resolverá nuestros problemas.

—¿Qué problemas?

—Los de la organización, digo, en el anarcosindicalismo.

Ese compañero sabía lo que estaba diciendo. Poco después, a la orilla del lago, nos agrupábamos más de dos docenas de anarcos y Samar se adelantaba a preguntar al recién llegado —creo que era Escartín, pero no lo juraría porque en las sombras era difícil identificarlo— cómo afrontaba él los problemas de organización.

El problema básico de la organización de mañana, quiero decir. De la sociedad de mañana, claro.

Entretanto se veía a Samar pensando en la inmortalidad del cangrejo.

El recién llegado era flaco y alto, como Escartín. Como él tenía perfiles afilados y agudos y ojos visionarios.

—Se habla, compañeros, de los males de la CNT y si pensamos despacio —dijo— veremos que esos males son precisamente las virtudes de la CNT y si la CNT no tuviera esas virtudes no las tendría, tal vez, nadie en España. Lo digo como lo siento. El primer *mal* es la falta de estructura funcional con vistas al futuro. Pero ¿qué estructura funcional puede tener el ejercicio de la libertad? El bien general, si nos detenemos a pensar, es una abstracción sin base en la realidad. Ciertamente que no existe el bien general, pero

podemos idearlo fácilmente sobre el deseo y la necesidad de la libertad física. Velar por esa libertad de la cual se desprenden todas las otras es nuestra primera obligación. ¿Es poco programa ése? Preguntádselo a los veinte millones de obreros esclavos —minas, campos de concentración— que agonizan en Rusia. Veréis lo que os dicen. Y a los *coolies* de China y a los presos políticos de España. Se nos tacha de utopistas y sin embargo somos los más realistas y tal vez los únicos realistas, ya que partimos de esa necesidad y ese deseo (más consustancial en el hombre que ningún otro). ¡Pues no es nada, la libertad física! Al mismo tiempo se habla de la democracia como una fórmula política con poder absoluto. Nosotros sabemos también que no existe tal cosa y que en su nombre se cometan los mayores atentados contra la libertad que recuerda la historia, incluida la experiencia rusa. Lo que podemos hacer es trabajar en la dirección de la democracia, es decir, bajo la ilusión de la democracia, del bien general y de la libertad. Y cada día nos acercaremos más a ellos si perseveramos en la línea justa.

—Y va de sermón —dijo alguien.

Escuchábamos atentamente, menos Samar que miraba el reflejo del cielo estrellado en el lago, abajo, y pensaba tal vez en su novia, aunque dijera que no creía en el amor. Pero quizá fingiéndose distraído escuchaba más atentamente que los demás. Entretanto el cielo se reflejaba en las aguas quietas y cuando saltaba una trucha el universo entero se ponía a temblar.

El desconocido seguía perorando como don Quijote en su discurso sobre las armas y las letras. Todos los locos tienen la manía de sermonear.

—Es lo que la CNT hace dentro y fuera de sus medios. Es lo que ha hecho siempre, y lo ha hecho bien. En el cristianismo las iglesias saben que la perfección no existe, pero luchan por acercarse a ella. En la política la perfección es imposible también, pero podemos acercarnos a ella. Sin esclavizar al hombre, porque entonces todo está perdido. La

democracia es la más alta doctrina porque se basa en el respeto del ser humano. Las organizaciones políticas que tienen estructuras prefabricadas caen en lo dogmático. La CNT no. ¿Ineficaz la CNT? Desde antes, incluso, de su existencia orgánica se puede decir que ha ganado batallas al revés que el Cid que las ganó después de muerto.

Samar sonreía, irónico, en la sombra y aquella voz anónima continuaba:

—El combate social a lo largo de todo el siglo pasado, especialmente desde la fundación de la primera Internacional, está impregnado de una ideología similar a la de la CNT. Y la CNT que no ha sido una organización de clase para una clase, sino para la humanidad, ha sido generosa y esa generosidad ha dado frutos. Los da aún y los dará más cada día. Lo bueno de la CNT es que su causa (falta, aparentemente, de metas) es inmortal. Representa la aspiración eterna del hombre hacia una imagen de sí mismo y hacia un sistema de relaciones más racional dentro del grupo, es decir, de la sociedad. No sólo como clase sino como especie. El obrero en este caso toma sobre sí la misión humana que la cultura tradicional burguesa abandona. La CNT está ligada a todas las conquistas, pequeñas o grandes, de la clase trabajadora española en el campo o en la ciudad, en el taller o en la fábrica. La CNT tiene fundamentalmente razón. Desde Aristóteles hasta Rousseau y desde Rousseau hasta los teóricos modernos del mundo político todos parten de un error grave: la idea del hombre masa que no se puede concebir sin aceptar otro absurdo: la uniformidad del ser humano. Lo curioso es que partiendo de esa idea prometen los jefes políticos demagógicamente bienes individuales. Dame el poder político y te haré feliz. Lo mismo en Moscú que en Chicago o en Londres. La contradicción es evidente. Al parecer entre nosotros existe esa contradicción también, con los términos invertidos. No es verdad. Partimos del individuo y de nuestro concepto individualista para establecer sistemáticamente relaciones de grupo, pero esta es la vía

natural y no hay otra que se pueda considerar lógica. El hombre es libre y diverso. El instinto le hace buscar las constantes de grupo y esa es una tarea de creación que la CNT entiende. Y conste que no es fácil unir a los hombres sin dogmas, es decir, unirlos espontánea, natural y libremente. La CNT es la única que lo hace en España. Los demás todos tienen sus *totems* y sus *tabúes* ligados a alguna forma de cerrazón mental.

Oyendo todo esto Samar miraba al cielo estrellado — ahora arriba y no en el fondo de las aguas— y pensaba que aquello que decía el orador anónimo debía haberlo dicho él. Lo envidiaba y como protesta y compensación pensaba en los bonitos senos de Amparo. (Porque Amparo no tenía pechos como Emilia, sino *senos*).

—Ha tenido siempre la CNT una actitud aglutinadora y ha buscado las coincidencias y los puntos de vista comunes. Si ha peleado a veces con alguna otra central sindical, la iniciativa no ha sido de la CNT y en los dos casos esas rivalidades de la UGT-CNT han sido un reflejo de la lucha por la supervivencia en el régimen capitalista. Es decir, que el vicio corresponde a un sistema que les es ajeno. Decía antes que la CNT no se ha equivocado fundamentalmente. ¿Cómo va a equivocarse? El error está en el dogma y en la CNT no hay dogmas. Desde sus orígenes allí donde aparece la necesidad de la protesta, allí está el espíritu progresivo y creador de la CNT, sin limitaciones. La CNT ha respaldado a los anarquistas «órficos» —ultra puros— a los republicanos unitarios durante la monarquía, a los federales durante la república, a los liberales burgueses frente a los tradicionalistas, a todos los que representan una tendencia liberadora en cualquier sentido. Un miembro de la CNT apoyará a un protestante contra un cura católico y a un teósofo contra un protestante. Apoyará también (lo que ya es decir) una forma de capitalismo libre como el de Francia, contra otra forma de capitalismo de Estado, como el de Rusia.

Samar creyó que aquel compañero iba demasiado lejos en sus hipótesis y dejando de mirar a las estrellas de arriba y a las de abajo pidió la palabra. Star sonreía, feliz y parecía pensar: «Ahora veréis». A Samar le gustaba la reverencia que a veces despertaba en la chica del gallo, aunque no lo habría confesado fácilmente.

En cuanto al gallo no podía comprender por qué Star seguía yendo con él a todas partes y a veces le decía: «Ese gallo habría que comérselo de una vez». Star besaba al gallo y le decía con ternura:

—No hagas caso, que nadie te va a comer mientras yo pueda evitarlo.

Hablaban Samar con otro tono, empaque y acento, de los que usaba el desconocido. No dejaba de tener gracia que bajo el tableteo de las ametralladoras lejanas fuera posible aquella manera de argumentar.

—Las catástrofes —decía— de Alemania, Italia, Rusia fueron una consecuencia acabronada de dos ideas en apariencia justas, pero falsas en su entraña: las ideas de la soberanía popular y de la soberanía nacional encarnadas por el puerco estado. Las nociones políticas de Aristóteles y de Rousseau y luego las del almibarado Hegel nos llevan al fascismo lo mismo que al comunismo. Nada de eso sucedería nunca con la CNT, que sitúa la coyuntura política —la nefasta y cochina política— en el plano del derecho natural. Todo lo subordina a ese derecho natural, que es la única y verdadera reconquista del hombre en los tiempos modernos. Viendo las cosas como son y al margen de las fáciles propagandas de los agitadores la CNT es la única organización que conserva la posición naturalmente inteligente del hombre solo, del hombre en el grupo y del grupo en el municipio, en la región y en la nación. Como los expertos y sabios animales en la selva. Los demás han sido pervertidos por la seudocultura del estatismo seudodemocrático. Nosotros somos los únicos que no hemos abdicado. Si existe el superhombre de Nietzsche y el infrahombre (el hombre masa) de Marx también existe el

seudo, que es frecuentemente el más peligroso. Ninguno de ellos es el compañero de camino de los anarcos españoles. Si el anarquista puro (el que se llama a sí mismo puro) es una especie de virgen vestal de la libertad, con el coño precintado, el cenetista es el operario funcional de la libertad. Y como tal suele actuar cuando, como y donde tiene ocasión, es decir, no sólo en el sindicato. Frecuentemente esa ocasión, si no la hay, la crea.

Mientras hablaba así se reía Samar en otro nivel de su conciencia: «Somos una gente absurda que puede teorizar sobre la violencia en medio de la batalla o sobre el amor haciendo el amor. Y mañana va a ser el séptimo domingo, es decir el último». Porque el número siete es mágico y decisivo por ser el número clásico de los planetas ambulatorios.

—Para una cuestión de orden —dijo alguien alzando la mano.

Nadie le hizo caso, y Samar continuó como si se dirigiera personalmente a él:

—Sólo hay un momento en la cochina y hedónica vida que vivimos en el cual el hombre es capaz de limitar por su gusto y espontáneamente el placer de su propia libertad: la necesidad común. El hombre aislado siente la libertad como una necesidad natural. Cuando se reúne en grupo para tratar de las necesidades ajenas entra en lo colectivo y esa libertad del individuo deja de ser indispensable para convertirse en un preciado lujo con diferentes grados de intensidad y diferentes matices y sentidos. Todavía no se sabe de un hombre que se haya atrevido a decir en público que el bien de los demás le tiene sin cuidado, que es un cínico y que los otros pueden irse a comer hierba. Frente a los demás el hombre se siente obligado a mostrar su aspecto mejor. En colectividad, pues, el hombre está dispuesto a limitar su libertad en provecho de esa cosa inexistente y utópica que se llama el bien general. Si esa cosa no existe en la naturaleza el hombre libre y agrupado voluntariamente, la inventa. Es pues una tarea creadora la asociación voluntaria de los

hombres libres. Ahí comienza el milagro social, creando la idea de un bien general que no existe, pero en el cual todos los hijos de puta creen y a cuya creencia adaptan su conducta. Cuando ese grupo de hombres se reúne para tratar de crear una cosa inexistente y darle no sólo existencia sino vigencia y eficacia (el bien general) ha constituido una forma de autoridad social. Como hay otros grupos más cerca o más lejos con los cuales es necesario entenderse, no tienen más remedio que encargar a un hombre que represente esa autoridad. Ahí comienza el problema. Es decir, que cada uno de los hombres libres reunidos para crear noblemente (esa creación es generosa y desinteresada) el «bien general» sobre la base de la limitación de la propia libertad ha delegado la autoridad que el ejercicio de su don creador le ha dado. Ya tenemos, pues, una «autoridad delegada». Y en cuanto alguien ha delegado su autoridad aparece el gran problema del que algunos compañeros que saben darle empleo a la mollera han hecho un laberinto de confusiones. Una autoridad delegada es ya una forma de política y una amenaza latente. Detrás de la autoridad delegada del hombre libre aparece el enemigo de la democracia y la sombra del cenizo: el Estado. Hasta ahora no ha habido manera en la historia moderna de evitarlo. Rousseau resolvía el problema haciendo que los que recibían y asumían la autoridad «delegada» fueran los mejores. Entonces ya no era una democracia sino una aristocracia. La solución que yo veo es la de reducir ese cuerpo social de autoridades delegadas a su mínima expresión para que la voluntad del pequeño grupo sea expresada del modo más directo posible: el municipio. Nada nuevo, como se ve. Pero las herramientas viejas pueden tener usos nuevos. El municipio español, cuando no ha pesado sobre él la coerción del Estado, no ha traicionado nunca al pueblo. Ni en la edad Media ni antes de la era cristiana. Ni en las behetrías del alto neolítico, ni en el grupo rudimentario del australopiteco. La democracia solo puede ser vigilada y positivamente defendida y salvaguardada en

los más pequeños organismos. Es típico —y pertenece ya al repertorio de la farsa popular— el diputado hijo de perra que logra ser elegido sembrando promesas por todas partes, pero en cuanto llega a Madrid se transforma en un arma del Estado opuesta a las corrientes reformadoras de su distrito. Y si éstas llegan a plasmar en protesta (acordados de Casas Viejas) no digamos. El diputado es el primero en enviar la gente del rifle. El Estado tiene un inmenso poder corruptor. Pero suponiendo que cada municipio fuera un ejemplo de democracia funcional queda la política nacional. ¿Cómo se gobierna? La técnica moderna simplifica las cosas. No sería raro que se pudiera obtener una o dos veces cada mes y en casos críticos cada semana la opinión directa de esos municipios por plebiscito frente a problemas de capital interés. A veces por el sistema seguro y simple del sí o el no. Dentro de cada región federada sería más fácil aún. El gran problema de la coordinación de fuerzas de producción, de transporte y distribución lo resolvería la central sindical que velaría también por la armonía de la producción y de la economía a través de una red de bancos cuyo fondo sería, como en definitiva ha sido siempre, la capacidad productora de los trabajadores. Además las federaciones de industria surgirían solas, desde el principio, tal como las propugnaba nuestro gran Juan Peiró, el vidriero iluminado y heroico.

Se veía que estaban de acuerdo con Samar, aunque algunos no disimulaban cierto resentimiento viéndose obligados a compartir las opiniones de otro. Eso no se puede evitar, a veces.

Llegó corriendo un vigilante (había como siempre dos apostados, para evitar sorpresas) y su prisa asustó a los demás.

Quería ser relevado para escuchar a los que hablaban. Fue a ocupar su puesto Star, que en definitiva no sacaba provecho alguno de todo aquello.

Y Samar seguía:

—En cuanto a los *manuses* que recibieran alguna forma

de autoridad delegada, para evitar las tentaciones del caudillismo que tantas catástrofes ha traído a la vida de los pueblos, no se daría publicidad nunca sino a los acuerdos obtenidos en el plano de cada región o nación federada y en la Federación peninsular. De una manera impersonal. El que quisiera distinguirse tendría que quemarse las pestañas leyendo ciencia, arte, sociología, filosofía, en lugar de entregarse a la garrulería y la picardía políticas. Y no faltarían bibliotecas, laboratorios, campos de experimentación, universidades, seminarios de estudios especiales. Y si alguien insistía en «sacrificarse» únicamente en el plano político por el bien general, como suelen decir en sus propagandas, le dejaríamos hacerlo. Pero tendría que sacrificarse de veras y hasta el fin. No sería el primero. Cristo lo hizo antes. Y otros. Esa sería la única religión que la gente realmente cultivaría: la del ejemplo moral. Neurosis y vanidades incluidas. ¿Simple? Sí. Más simple era, todavía, el esquema de los bolcheviques rusos en 1918. Yo tengo, como cada cual, mi esquema y mi panacea. La mía se resume en una federación peninsular ibérica, incluido Portugal cuyos trabajadores están de acuerdo con nosotros aunque no lo esté su pequeña burguesía ni su militarada. Pequeñas nacionalidades separadas y vueltas a unir libremente: Cataluña, País Vasco, Asturias, Galicia, Aragón, Valencia (hasta Murcia y Cartagena), Andalucía, las Baleares y las Canarias y finalmente la gran región central formada por las dos Castillas y Extremadura, cuya capital sería Madrid. Capital de la meseta castrense, no la España colonial. La capital de esa federación peninsular ibérica cuyo nombre habría que inventar sería Lisboa. Desde los tiempos de Felipe II, el gran error de no llevar la capital frente al océano del futuro ha costado a España la pérdida de la supremacía sobre el Atlántico. Esa federación de nacionalidades libres formadas a su vez por municipios democráticos representados en las diputaciones parece una utopía, pero llegará un día. Como el tiempo es elástico y ahora se contrae más que nunca, lo

mismo que el espacio (gracias a los medios de comunicación y de difusión de la palabra), ese día podría no estar demasiado lejos. Pero los hombres de media edad no lo veremos. Eso no quiere decir que no debemos trabajar para propiciarlo.

—¿Cuál sería el nombre de España?

—No sé. Península Ibérica, tal vez.

—La sigla sería PI.

—¿De Pi y Margall?

—¡Mira con lo que sale éste!

La misma mano de antes se levantó y una voz áspera dijo:

—El compañero Samar enseña el plumero.

—¿Yo? ¿Qué plumero?

—El plumero autoritario. ¿Qué necesidad tenemos los anarquistas de la supremacía en el Atlántico?

—¿Prefieres dejarles esa supremacía a tipejos como Hitler?

Hubo un silencio. El anterior orador impersonal que se parecía a Escartín, dijo con voz ronca:

—Llegado el caso, veríamos.

—Veríamos, decía el ciego.

—Yo creo como Samar que esas cosas hay que verlas antes.

La noche pasó así, más o menos. Algunos dormían roncando como cerdos y Samar los miraba y los escuchaba con envidia, pensando en Amparo. En los dulces senos de mayólica de Amparo. La magia del futuro traerá cosas mejores que los senos de mayólica, aunque de momento es inconcebible que pueda haberlas. Pero el cinturón del que hablaba Samar es muy posible. Y sin alambres ni electrodos. Tal vez bastarán ondas especiales como las que ahora controlan —sin alambres— algunos aparatos a distancia.

Todo antes del año 2000.

También lo nuestro se arreglará —digo, el problema social— antes del fin de siglo.

Entretanto no hay más remedio que hacer cosas sublimes con su lado ridículo y correr el riesgo de confundirse a veces sin saber cuando son lo uno o lo otro.

XXIII

*Habla el anarquista de la melena blanca — Asaltamos al alba
según acuerdo del Comité*

DESHECHOS los comités, clausurados nuestros locales y nuestros periódicos, quedamos entregados a la libre iniciativa. La «libre iniciativa» representa una aspiración con la cual el hombre liega a alcanzar toda su dignidad soberana. Respetemos la «libre iniciativa».

—¿Cuál? ¿La de ser esclavos? ¿O quizá la de ser obispos?

La «libre iniciativa» permite al hombre redimirse de la esclavitud de los convencionalismos. No sé si será comprendido al decir que aun lamentando mucho los encarcelamientos de los compañeros y la clausura de los centros contra lo cual protesto aquí con todas mis fuerzas, esos organismos no son indispensables para realizar la revolución, y ésta no será completa y verdadera hasta que la libre iniciativa individual nos lleve a cada uno a coincidir en el mismo plano de la acción revolucionaria. Ha pasado el período de los cuadros sindicales y tras su fracaso por la superioridad de las fuerzas enemigas venimos nosotros con nuestra libre iniciativa y decimos: «¿Qué estímulos nos mueven en estos instantes? Uno solo, único y sacro: la libertad». Queremos nuestra libertad y la de nuestros hermanos. Si es necesario para ello acabar con los esbirros armados que nos bloquean, vayamos a ello sin pensar en el sacrificio. Derribemos las puertas de las cárceles, venganza y oprobio de la humanidad.

Veo al compañero Samar impaciente y le ruego que tenga calma. Mi proposición concreta es la siguiente:

—Vamos a llevar la luz de la esperanza a los pechos de los camaradas encarcelados. Todo el que tenga un arma, a la plaza de la Moncloa, por distintos caminos y sin formar

grupos.

No ha sido necesario convencer a los compañeros. ¡Si es lo que yo he dicho! El sentimiento de la libertad se alberga en todos los pechos. «¡Camaradas! Vamos a llevar la luz de...» Samar me interrumpe diciendo que todo lo que digamos ahora será ocioso. Nos diseminamos. Varios compañeros van en direcciones contrarias a avisar a otros. Por diferentes caminos, bajo la sombra, las calles que conducen a la plaza de la Moncloa donde está enclavada la ergástula van poblándose de individuos aislados que coincidirán luego en torno de los jardines. Yo tengo un escrúpulo y le digo a Samar:

—¿Y si no conseguimos nada?

—Algo se consigue siempre —me responde.

Aunque me opongo a Samar muy a menudo porque la toma conmigo, reconozco que a veces tiene razón. Acaba de decir una expresión que habla de la elevación de su espíritu.

—Yo lo que quiero —le digo— es conquistar la luz de la esperanza y si es posible la de la libertad para los pobres vencidos.

—Así hablan los curas.

Eso es una impertinencia, pero Samar es así. Además, el mejor procedimiento para conquistar a los semejantes es la tolerancia. Yo no me ofendo nunca, y comprendo que si todos hicieran lo mismo...

—Así piensan los jesuítas.

Samar y su grupo me han tratado siempre mal. ¡Qué le vamos a hacer! Al ver que no contesto, que no le digo nada, Samar forma mejor concepto de mí. He aquí que si yo hubiera contestado a sus impertinencias ahora estaríamos discutiendo o hubiéramos reñido. En cambio, me gasta bromas. No hay como mi sistema. En buena paz seguimos avanzando. Las sombras son más densas en el centro de la plaza, entre los árboles del jardín. A la derecha se alzan unas barracas de feria con los toldos y las frágiles puertas cerradas. ¿Qué es eso?

—La verbena.

Se advierte que algunos compañeros toman posiciones entre los tiovivos y las tómbolas. Hay también un molino con aspas en estrella, a cuyo remate van colgados barquichuelos con cortinillas. Uno de esos molinos es más alto que los árboles y que la misma cárcel.

Ha pasado ya más de medianoche. ¡Parece mentira lo rápido que pasa el tiempo cuando se actúa! Samar quiere que recorramos el barrio, la zona de las barracas, a ver dónde y cómo están nuestros compañeros. Aunque es peligroso y no comprendo su utilidad, vamos allá... Salen rumores entre las lonas.

—Camaradas... —susurro en voz baja—. En la sombra les oigo responder. Debe haber un par de centenares escondidos por aquí, como las chinches en la madera. Fuera no se ve ninguno. En una barraca que lleva el título: «Al monstruo marino», se oyen grandes resoplidos, como cuando los trenes del Metro sueltan el aire de los frenos. En la de al lado hay una sombra acurrucada en la lona.

—Compañeros...

Una voz desdentada contesta:

—¡Mierda!

Samar se detiene, extrañado:

—¿Quién eres?

Es un viejo malhumorado:

—Ya podíais meteros en lo vuestro y no venir aquí a molestar. Me vais a espantar al mono. Todos vais con pistolas. La verbena, una ruina. Como no hay luz, hay que gastarse diez reales en un candil de gas y ahora venís a espantarme el mono. —Delicado es el mono—. Eso sí. Como una señorita.

Luego, Samar levanta la pistola hacia el cielo y dispara. Es la señal para comenzar.

El viejo se santigua y de su regazo brinca un animalejo peludo que va atado al cinturón del amo por una cadena. El viejo anda tras el mono siguiéndolo en sus brincos, casi

arrastrado por él. A veces da vueltas a su alrededor, como si bailara bajo la voluntad del animalejo.

Samar y yo nos vamos hacia los jardines corriendo. Me pregunta:

—Pero ¿crees que se podrá asaltar la cárcel?

Le digo que sí.

Llega Villacampa:

—Yo me voy —dice.

—¿A dónde?

—Tengo ganas de dormir. Llevo tres días sin desnudarme. Me voy al campo.

Saca la pistola y vacía su cargador haciendo nueve disparos contra las sombras de la puerta de la prisión. Luego, como quien ha cumplido su misión, se guarda la pistola y se va. Samar piensa que Villacampa lo ve todo perdido y quiere salvar la piel. Quizás anda Star por medio. Lo ha dicho en voz alta mientras retrocedía y se incrustaba en la lona de una barraca. Se oyen cascos de caballos y yo me oculto por el mismo camino. Encuentro dentro al monstruo marino metido en un cajón forrado de cinc y mediado de agua. Es una especie de foca o de morsa de piel aceitosa y brillante que no puede darse la vuelta en dos palmos de agua sucia. Sale un mozo de aspecto mohín en calzoncillos. Nos quedamos callados Samar y yo. El mozo, como nos ve a la luz de una cerilla con las pistolas en la mano calla y dice señalando el cajón:

—No hagáis daño a Felipe.

Yo veo al hermoso animal resoplar, ahogándose. No es este cajón su casa. Su casa es el mar Báltico. También habría que librar a este animal de la esclavitud y la prisión. Samar me dice:

—¿Y a ese otro animal?

El mozo mohín, a quien señala Samar con la pistola, dice queriendo desviarla:

—Llámeme usted lo que quiera, pero eche el humo a otro lado.

Luego asegura que el animal lo pasa bien, y para demostrarlo saca un pez podrido de debajo de un canasto y se le acerca:

—¡Felipe, baila el Charleston!

Se incorpora el animal con movimientos espasmódicos en busca del pez. Luego se lo engulle. Samar ve la grupa negra y brillante del animal y comenta ensimismado:

—Parece un cura.

Fuera suenan los tiros como si la plaza se llenara de domadores de caballos que chascaran sus látigos en un extraño pugilato, Samar piensa otra vez en Villacampa y luego me dice:

—Vamonos fuera.

Luego señala el cajón con la pistola:

—Estamos en la vida como ese animal en el cajón. Para agarrar el pez tenemos que bailar y llenar los bolsillos del patrón. Se oyen entre los disparos mecánicos de las pistolas los trabucazos de los mosquetones de la guardia civil. No se ve a nadie. Ni guardias ni compañeros. Nadie sale de su escondrijo. Las sombras son muy densas y uno cree que va a durar esto toda la vida o que la vida va a durar diez minutos, que es igual. A veces pasa el mono dando brincos y arrastrando al viejo, que se santigua y gime entre las balas. El fuego aumenta. Debe haber heridos. Una barraca próxima descorre su lona apresuradamente y un hombre grita señalando a otros dos:

—¡Aquí están! ¡Aquí están!

Cree que todo se debe a que en su barraca se han escondido dos de los nuestros. La barraca se llama «El desenfreno de la morisma». Dentro hay un grupo de muñecos que representan en tamaño natural varios moros bien barbados. De pronto se ha puesto a funcionar el mecanismo, y los moros resbalan sobre unas correderas circulares y dan vueltas uno tras otro, muy serios. Samar dice que el dueño es visigodo y que la barraca es un atavismo. Pero se ve que no es posible el asalto. No hay

quién salga de su refugio porque han llegado más fuerzas y la guardia del cuartel ha cerrado todas las puertas y dispara por las aspilleras. Deben estar sitiando la plaza de la Moncloa. Hay que pensar en la retirada; si no, nos matarán aquí como a ratas. La iniciativa individual ha debido llevar a la gente hacia el camino de Puerta de Hierro y por allá vamos bajando con cautela. El dueño de «la morisma» se ha tumbado en tierra y sobre los moros llegan descargas cerradas.

Dejamos atrás el edificio de la cárcel punteado de ventanas y bajamos con mucho cuidado porque hay destacamentos que toman posiciones para cortarnos la retirada. Tenemos que estar más de una hora escondidos detrás de un arbusto. Arriba sigue el fuego. Deben andar a tiros entre sí, los guardias. El mono, el viejo y Felipe han debido perecer. Los puestos de botijos y alfarería habrán sufrido bajas. Se oye corretear a los caballos. Hemos visto algunos grupos de fugitivos y cuando, al amanecer, vamos a encontrarnos a la otra parte de la Moncloa, veo que estamos por lo menos quince. Samar está desencajado bajo las primeras luces. Se marcha de mal humor diciendo:

—¿No querías llevar la luz a los compañeros presos? Ahí la tienes.

Es verdad. Pero ¿qué quería Samar? Se ve que el descontento lo lleva siempre dentro y le sale, con motivo o sin él, cuando quiere. La verdad es que, a la luz, también nosotros nos damos cuenta de que es muy difícil triunfar. En las sombras todo parece fácil, pero de día se ve que los árboles, las casas, el campo y el aire no están de nuestra parte, aunque lo parezca. Son neutrales, y para vencer la neutralidad del verde de la arboleda y del azul del cielo hace falta más fuerza.

No sé cómo ha ocurrido; uno ha dado una voz y un brinco y ha salido corriendo. Con él se han marchado casi todos. Cuando puedo darme cuenta tenemos enfrente a tres carabinas apuntándonos.

Vienen las preguntas y los cacheos. Un policía dice:

—¿No queríais asaltar la cárcel? Habéis salido con la vuestra porque vais a asaltarla de uno en uno.

SÉPTIMO DOMINGO

Tormenta de Mayo y «Accidente en su domicilio»

AMPARO se levantó como siempre a las ocho y se metió en el baño. Puso el agua de manera que la impresión no fuera de calor, aunque con agua fría no se había podido bañar nunca. Había levantado la persiana del ventanal que daba al campo y entró la luz de la mañana color aluminio. El cielo esmerilado hacia de un azul pálido el agua de la pila sobre el esmalte blanco. Se metió en el agua y se quedó mirando el níquel brillante de los grifos, donde sus hombros y sus pechos se reflejaban. Luego lanzó su mirada por la ventana, hacia el cielo. Se encontraba sola, alejada de todos. Desde la noche anterior tenía un secreto y ese secreto la rodeaba de altas murallas que sólo le permitían ver, como ahora, cielo y nubes.

Terminó de bañarse y fuera del agua contempló su cuerpo en el espejo, con alegría. Estaba orgullosa de tanta blancura y lozanía, desde la noche anterior. ¿Ella seguía enamorada? No lo sabía ni quería pararse a pensarlo. Aquello era ya imposible. La felicidad de Samar no estaba en ella, sino lejos. El asesinato de aquel hombre bajo sus balcones le reveló abismos y distancias que nunca podrían eliminar. Era otro mundo, donde había leyes por las cuales se podía matar a un hombre o a mil y sin embargo seguir siendo buenos. Ella lo comprendía pero no se lo quería explicar. Volvía a pensar, sin quererlo, en el monstruo resbalando sobre las campánulas y las verdes trepadoras. Nunca había oído hasta entonces los disparos de las pistolas y se le antojaban pequeños juguetes diabólicos para unos seres extraordinarios que podían jugar con la muerte. Envuelta en el albornoz blanco se asomó a la ventana. Abajo todavía se veían huellas de sangre, hojas arrancadas del muro por la espalda de Fau,

herida y sangrante. Aquellos hombres amigos de Lucas mataban. Lucas puede que también matara si venía a cuento. La muerte no exigía oraciones ni lágrimas ni paños negros, sino un muro y unos hombres que pensaban extrañas cosas. Allí estaba Samar metido en aquel cerco de leyes que no tenían jueces con birrete y encaje en los bocamangas, ni guardias ni códigos impresos. Ella no podría ir allí.

Nunca había pensado con tanta rapidez tantas cosas infaustas. Salió del cuarto de baño. Los pasillos tenían esa desnudez y frialdad de las primeras horas de la mañana. El comedor carecía de intimidad. Parecía un cuarto de hotel. Las muchachas eran seres lejanos y ausentes y cuando una le habló la voz le sonó como si la oyera por vez primera. No quería mirarla a los ojos. La muchacha le anunciaba que una chica preguntaba por ella. Estaba en la cocina y había subido por la escalera de servicio.

Amparo se encontró con una jovencita sentada en el canto de una silla de enea, muy peinada y planchada. Llevaba un jersey azul y un gallo rojo bajo el brazo. La invitó a seguirla a su cuarto y se sentaron frente a frente. Star tenía una serenidad sobresaltada, con los ojos muy abiertos y parados. Amparo esperaba que hablara, pero en vista de que no decía nada le preguntó:

—¿Usted es compañera de Lucas?

Ella afirmó con la cabeza y Amparo pensó que «compañera» era mucho más que «novia». Amparo nunca había sido su compañera. Le cogió de las manos la boina, para dejarla sobre el tocador y cayó al suelo una pistola niquelada, que iba dentro. Entonces Star sonrió y se inclinó a cogerla. Como tenerla en la mano era muy dramático, la dejó sobre la boina. Amparo pensó que siendo compañera de Samar la muchacha debía tener, naturalmente, pistola y dispararla cuando fuera preciso. Aquella niña llegaba del país lejano y misterioso donde Samar tenía sus amigos. Star habló por fin:

—Como sé que es usted su novia, he venido a ver si sabe lo que ocurre con Samar.

—¿Es que lo han detenido? —preguntó Amparo alarmada.

—¡Oh, no! Está en libertad. Pero la policía lo hace responsable de todo.

Luego le dio un papel con la dirección clandestina de Samar.

Estuvieron un rato calladas. Star la miraba y Amparo asimilaba la mirada y le devolvía un gesto interrogante. El color gris de la luz se hizo brillante, se apagó y volvió a brillar. Luego sonó lejos un trueno sordo y continuado. Era una tormenta imprevista y artificial, como de teatro. Bajo el brazo de Star, el gallo atendía a los truenos y gruñía casi imperceptiblemente. Como no sabían qué decir, Star comenzó a hablar del tiempo y dijo que se iba antes de que comenzara a llover, pero Amparo la retuvo:

—¿Usted cree que corre peligro, digo, así, inmediato?

—¿Quién?

—Lucas.

Star vaciló antes de contestar:

—Si lo atrapan está perdido.

Star miraba a Amparo con curiosidad, queriendo averiguar cómo era una burguesa enamorada. Hasta ahora sólo veía en ella un desasosiego interior bastante acusado y unas hebras de oro en el cabello cada vez que palpitaba la media sombra bajo los relámpagos. Star le preguntó:

—Usted es su novia, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

Star se encogió de hombros y luego sujetó al gallo que se quería escapar.

—Por nada.

Amparo frunció graciosamente el entrecejo. Le pareció ver una sonrisa contenida en las comisuras de los labios de Star y de pronto, como si uno de aquellos relámpagos vaciara sus sentidos y los llenara luego de un fluido nuevo, miró la pistola niquelada y sintió ganas de matar a aquella

muchacha. Pero se limitó a preguntar:

—Parece que quiere usted decirme algo y no se decide. Hable con entera franqueza.

—Acertó.

Star le dijo:

—Es inútil. Samar no la quiere a usted.

—¿Qué razones tiene usted para decirlo?

Los ojos de Amparo centelleaban y los de Star estaban serenos y tranquilos como si fueran ojos de vidrio comprados en un bazar.

Star insistía:

—Tengo mis razones.

—Pero ¿cuáles son? Supongo... —fue a decir con recelo.

Star la atajó:

—No suponga usted nada. La razón no puede ser más simple. Samar la odia a usted.

Amparo se clavó las uñas de una mano en el dorso de la otra. Balbuceó, afectando serenidad:

—¿Se lo ha dicho a usted?

Star calló y Amparo quiso mirar a otro sitio y no supo adonde y quiso hablar y no supo qué decir. Lo malo de aquellas palabras era que Amparo se las había dicho ya a sí misma alguna vez. Ahora, con el silencio de Star, se encontraba las dulces dudas cerradas y resueltas. Star insistió:

—La odia a usted y usted no se lo explica porque el único daño que le ha hecho es quererlo. También yo, que no he recibido de ustedes más que ropa y comida para los compañeros, los odio a ustedes.

Amparo no la escuchaba y Star añadió:

—Sin embargo, puede usted hacerlo feliz todavía.

Amparo no se atrevió a preguntar cómo, porque temía la respuesta. Sin habérselo preguntado, Star respondió con la mirada. Es decir mirando la pistolita niquelada.

Había en las miradas de aquella muchacha a quien daba Amparo los pantalones viejos y los zapatos inservibles una

armonía y una firmeza impertinentes y despegadas. En cuanto a Star seguía allí porque de pronto había olvidado las palabras que se deben decir para marcharse. Amparo la miraba y le bastaba ver sus ojos para confirmar la lejanía inaccesible de Lucas. Eran ojos herméticos, donde la luz no entraba. Era rechazada por otra luz interior más fuerte que daba un brillo extraordinario a las pupilas, y a la córnea un azul como el de las ropas puestas a secar. Le asaltó una sospecha a Amparo:

—¿Quizá usted quiere a Lucas?

Le parecía natural, que lo quisiera. Star afirmó con la cabeza.

—¿Usted ha de verlo a Lucas?

Afirmó Star. Antes de media hora lo habría encontrado.

—Vive usted por aquí cerca, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Con sus padres?

—Con mi abuela. A mi padre lo mataron en la calle el domingo pasado.

Amparo se sobresaltó, pero vio a Star tan tranquila y serena que lo olvidó pronto. Se levantó y todavía le preguntó:

—¿Quiere usted, como otras veces, ropa vieja para los pobres?

—No son pobres —rectificó Star sin ofensa—. Bueno, lo son y no lo son.

Amparo abrió de par en par el balcón, en el momento en que un relámpago rubricaba las nubes. Se quedó extasiada, mirando el aire apelmazado y se hizo una pregunta:

—¿Cómo será la tarde hoy?

En sus presentimientos sobre el porvenir inmediato, no había personas. Sólo masas de luz y de sonido. Ni su padre ni las muchachas, Repitió en voz alta:

—¿Cómo será la tarde de hoy?

—Como todas —respondió Star.

—No, eso no. Como ninguna otra tarde.

Star, asombrada, se fue porque comenzaba a llover. Amparo salió de su cuarto sin querer ver la pistola de Star que había quedado olvidada sobre el tocador. Su padre tardaría aún una hora en levantarse. Le sacó de un armario ropa interior, vio si en la cocina había fuego suficiente para que se calentara el agua del termosifón y pidió que le prepararan la plancha eléctrica. Fue y vino por los pasillos con unos recortes de periódico. La cocinera se asomó a preguntarle algo y no recordaba sino que le dijo a todo que sí. Después pensó que había dispuesto el almuerzo sin enterarse.

Iba y venía con paso seguro. Vio que nada faltaba para cuando su padre quisiera levantarse. Llenó el frasco de agua de Colonia del baño sacándola de un botellón y usando un pequeño embudo de cristal que por cierto tenía polvo. Volvió a su cuarto. No sabía por qué las cosas la recibían negando. Todo parecía decir que no. A lo lejos, el viento huracanado de las tormentas sacudía a derecha e izquierda los árboles. Hacia la Moncloa se oyeron unos disparos y cada uno iba seguido inmediatamente de un eco.

«Nun-ca, inun-ca!, iiinun-ca!!!» Los que no tenían eco eran negaciones secas y rotundas. El cielo negaba también. La penumbra mañanera de la casa negaba como un atardecer.

Se entretuvo en quitar el polvo del mármol del tocador. Para eso tuvo que coger la pistola y dejarla sobre la mesilla. Y no terminó de limpiar el mármol porque se quedó junto a la cama con el arma en la mano. Miró las paredes, el espejo, el campo que comenzaba a mojarse bajo los relámpagos. «Después —pensaba Amparo—, ¿cómo será mi cuarto, y quién se mirará en ese espejo? ¿Habrá tormentas y relámpagos? ¿Saldrá el Sol esta tarde?» Miraba también los árboles, negando bajo el viento, y pensaba: «Para setiembre se les caerán las hojas y yo no lo veré».

Vio un retrato colgado de la pared con un cordón azul. Los relámpagos encendían el cristal y la superficie del agua

del lavabo. Llovía afuera, con furia. El rumor del agua la adormeció un poco. Bajo el estruendo de la tormenta disparó. No sintió sino que la pistola daba un salto y se le escapaba de la mano. Luego una sensación de fuego junto al pecho izquierdo. Estaba sobre la cama. Miraba al techo y sin darse cuenta movía su cabeza de izquierda a derecha.

Acudieron las muchachas y corrieron a despertar al padre. Pero no estaba. Había dormido en el cuartel o quizás no se hubiera acostado en toda la noche. Cuando cogieron la pistola vieron que no tenía nada adentro. Sólo llevaba una cápsula y al disparar había despedido el casquillo. Amparo no hablaba. Cuando murió, la sangre de su corazón fue a borrar otra mancha de sangre que había en el centro de la sábana desde la noche anterior. Una mancha pequeña, de buenas nupcias burguesas. Las últimas palabras que dijo fueron muy poco expresivas:

—¡Madre mía!

La plancha eléctrica quedó olvidada sobre la manta y dejó una huella negra en punta, como la silueta de un proyectil de artillería.

La noticia estaba en la sección de sucesos, pero el periodista la destacaba haciendo que el título general de la sección donde iban varias se refiriera a ella. Las letras eran muy negras y junto a la L inicial había un pequeño borrón porque los escoplos de la estereotipia no habían mordido bien. Ocupaba el título tres renglones a una columna y decía: «La hija del coronel García del Río, víctima de un accidente mortal en su domicilio». No hizo más que leer esos renglones y echó a andar como si tuviera mucha prisa, pero en realidad vacilando al torcer cada esquina. Anduvo así desde las ocho de la noche hasta las doce. Sentía una necesidad de aislarse que no le satisfacía porque en todas partes había gente. Después ya en línea recta, amedrentado. Iba de prisa, sin conciencia de que andaba. Se encontró de pronto ante el depósito de agua de Chamberí, alto y chato como una cúpula bizantina. Notó mucho calor en los pies. La frente cubierta de

sudor. Se detuvo. El aire era fresco y quieto. No había podido coordinar dos ideas ni reflexionar sobre sí mismo. Volvió a andar como un autómata. A las doce se dio cuenta de que estaba rendido y se sentó en un portal penumbroso, muy lejos del centro, en una calle de Tetuán de las Victorias, extremo de la ciudad más lejano de la casa de su novia. Sin darse cuenta había ido huyendo de ella. Encendió una cerilla y acabó de leer la noticia. Ya suponía que se trataba de un suicidio, pero de todas formas la noticia lo daba a entender. Fue la única reflexión que se hizo. Después se recostó en el umbral y apoyó la barba en la mano. Tenía que afeitarse. Debía parecer un vagabundo. Vagabundos eran los que andaban los caminos inciertos sin fe en nada, ni en su misma falta de fe. Andar bajo las estrellas o los murciélagos, cantar cuando se quiere cantar, una estúpida canción de la infancia o una hermosa canción. Beber, esperando que el agua repose en el estanque donde han bebido los graciosos asnos y las ovejas cándidas, tumbarse en las cunetas de las carreteras, desnudarse en la tormenta bajo el diluvio y huir de los campos donde hay pedazos de periódicos que traen noticias. Rodar así, sin hablar con nadie, sin ver a nadie, y en verano perseguir las tormentas, subir a lo alto de las montañas, desnudarse bajo la nube negra.

Se quedó mirando la pared de enfrente, donde había una ventana entornada y luz dentro. A través de una cortinilla se veía media lámpara de gas con su campana blanca. En España —pensó— no ha habido la civilización del gas, el período democrático y humanitarista que con el gas del alumbrado y con el globo cautivo llega a todos los países europeos. Aquí hemos saltado de golpe a la electricidad. Pero recordó que aquello era mentira. Todo lo que pensaba era mentira. Volvió a recostarse en el quicio del portal. Estaba sin sombrero y la arista de piedra recibía su cabeza con hostilidad. Sus pies se abrían delante en ángulo obtuso. De chico creía en muchas cosas. Se entusiasmaba con todo lo que le producía alguna alegría o le prometía algo para el

mañana. Después tuvo una fe limitada a pocos objetivos, pero muy firme. Luego puso en el amor embriagueces y delirios. En el de Amparo recogió y acumuló todas las reservas de su espíritu que andaba ya vacilante y desperdigado. Hizo el último gran esfuerzo. Y ella liquidaba aquel milagro —para Samar era milagroso su cariño— rompiéndose el corazón de un tiro. Con ella moría todo lo que en ella había puesto él. Se puso a analizar qué era lo que de él se llevaba:

—Se lleva —concluyó con alguna firmeza— los restos de mi fe.

En ella moría su propio espíritu. Pero Samar se quedaba mortalmente vacío. Sin espíritu capaz de consagrarse la fe, de transformar la fe de los sentidos en fórmulas morales y de elevar éstas a una categoría sobrehumana, no podría vivir. Miraba la pared de enfrente.

Se golpeó suavemente la cabeza contra la arista del portal. Luego, más fuerte. Después se hizo daño y sintió caer un hilillo de sangre por el pescuezo. No le importaba. «Puedo agarrar una infección de tétanos —pensó— y morir en algunas horas.» Quería estarse allí, «dejarse estar». ¡Oh, esa sí que era la fórmula exacta! Dejarse estar. Dejarse, abandonarse y ser como una piedra más. Una piedra en la piedra.

Tenía las manos colgantes a los costados, abandonadas y laxas las piernas, manchado de sangre el rostro. Seguía sintiendo fluir la sangre en el cuello. «Nunca más», sonaba en sus oídos estruendosamente. El «Siempre más», que era su lema y el de la calle soleada, el de las muchedumbres sedientas, el de los aperos de trabajo y de los fusiles rebeldes, el «Siempre más» que le hacía olvidarlo todo, ahora no conseguía llegar a su corazón y vivificarlo. El corazón decía «nunca», nun-ca, nun-ca y el «siempre más» llegaba lejano e inseguro. Estuvo media hora abandonado, inerte, sin pensar ni sentir. Oyó pasos inciertos y una voz femenina de mujer vieja que se lamentaba en monólogo y

que decía a alguien —probablemente a un niño de pecho— alguna terneza. Esa mujer se acercó al mismo portal y se acomodó al otro extremo, saludando con un «buenas noches» que era como el santo y seña de la mendicidad. Samar no contestó. Tenía los ojos abiertos y miraba al vacío. El corazón latía (nunca, nun-ca, nun-ca) y sentía en el dorso de la mano el frío de la acera. Pero no podía hablar. Ni ver. Ni pensar. La mujer comenzó a chemecar, y sus lamentos le salían de unas entrañas rotas por la violencia y la impiedad. La pobre lo miró fijamente y se levantó sobresaltada:

—Está muerto, icielo santo!

Todavía es bueno poder pensar en morirse, ¿eh? Mientras se piensa en ello se vive todavía. El niño reía en sus brazos y perneaba, y la madre huía agitando sus faldas:

—¡Dios mío, un cadáver!

Samar oía todo aquello. Era verdad lo que decía la vieja. Estaba muerto y todo su afán debía concentrarse en disimularlo hasta ver si lograba prender de nuevo en la vida. Aunque tenía abiertos los ojos hizo como si los abriera y se incorporó. Ya no salía sangre de la herida de la cabeza. La pobre mujer corría a lo lejos. Se levantó y sintió un sosiego interior nuevo. Al ver la mancha de sangre que dejaba en el portal y las que llevaba en la espalda se explicaba aquel cambio: «Se me ha descongestionado la cabeza».

Salió a una avenida y fue bajando decidido. Todo el camino era hacia abajo. Llegó a la una y media, y antes de afrontar las luces de la barriada bastante céntrica se limpió como pudo, se aliso el cabello y enderezó la facha. El sereno lo miró con curiosidad. En su cara advirtió Samar que las noches anteriores había sido interrogado por la policía. Lo tenían sin cuidado la policía y la revolución, la cárcel y el cementerio. Subió, y al entrar en el vestíbulo y acercarse a su cuarto tuvo la sensación de que no ocurría nada. El piano negro, la cortina verde sobre el vidrio esmerilado de la puerta de su cuarto. En los ceniceros ni una sola punta de cigarrillo. Entró y recuperó de una ojeada las tres librerías

repletas, la mesa de trabajo entre ellas, la pequeña cama. Sentóse en la esquina de la mesa y encendió un cigarrillo mirando el retrato de ella en la pared.

Comenzó a desnudarse y abrió el balcón para escuchar mejor la marcha militar de Schubert, que era la primera impresión que sus sentidos recordaban del noviazgo. La tocaba un viejo en un acordeón. Aquellas notas rasgaban las sombras de la noche y poblaban el mundo de lazos azules y de movimientos rítmicos. Apenas asomaba en su ánimo una remota congoja.

Estaba desnudo y se vestía de pijama. Antes de acostarse se calzó las zapatillas. La derecha estaba rota y asomaba por el desgarrón un dedo. Salió al pasillo y recorrió la casa para ir a la terraza donde tenía instalada una ducha. Antes se asomó a la calle y vio pasar un grupo de trasnochadores. Se duchó. Volvió a su cuarto, se acostó y durmió. A la mañana siguiente, la dueña de la pensión entró en el cuarto alarmada. Comenzó a contarle las visitas de la policía y a decirle que aunque ya sabía que era una persona decente, a ella y a sus huéspedes los molestaba mucho la presencia de los agentes. Samar se desperezó y la interrumpió:

—Bueno, bueno. Envíeme el desayuno.

Cuando entró la muchacha con la bandeja, le dijo que hurgara en el bolsillo de la americana y le llevara los cigarrillos. La muchacha sacó unos papeles, entre ellos una carta alargada. Al verla, Samar le dijo que se la diera también. Quería verla de nuevo. Tomó el desayuno y abrió de par en par el balcón. Oyó el timbre del teléfono, supuso que sería para él y acertó. Era la voz de Star que tenía que hablarle de algo terrible y urgente. Pero no por teléfono.

Se vio en el espejo con una expresión distinta. Sin acabar de quitarse la chaqueta del pijama se acercó y se miró a los ojos. No eran los suyos. No era suya aquella mirada.

Por el balcón abierto entraba la luz llena de rumores callejeros, de la normalidad. Salió y se acodó en la

barandilla. Pensó que la policía no le creía en su casa y consideraba inútil vigilarla. Entró y se vistió. La normalidad estaba restableciéndose. La policía había ido cortando hilos con las detenciones, y los registros y las multitudes necesitaban una voz ajena para devolver el eco multiplicado.

—Lo mismo da.

Salió al balcón y volvió a atalayar la atmósfera como los campesinos cuando pulsan a los meteoros.

—Esto va hacia abajo —repetía.

Quizá se refiriera al movimiento. O también a sí mismo.

LA LUNA. (Levantándose sobre el azul de la mañana). — Tres planetas nuevos: Espartaco, Progreso y Germinal.

Samar iba en la plataforma del tranvía. La vida de la ciudad, después de la crisis que el movimiento había sufrido en los dos últimos días, volvía a ascender hacia una tranquila actividad de producción y trabajo. El tranvía era amarillo, como los que le gustaban a Star, la boba que no lograba que la eligieran delegada. Samar crispó los dedos sobre la barra metálica que lo separaba del conductor. Se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. Tuvo un instante la idea de asomar la cabeza y dejarla estrellarse contra un poste metálico. Luego reflexionó, volviendo a las andadas: «Si tuviera fe religiosa todo sería menos terrible. La religión me da la libertad al decirme que nada hay perfecto en el ser humano, que puedo alegrarme de que ella haya muerto e incluso matarla yo sin sentir asco de mí mismo, sin torturarme con el fantasma de la locura. Que puedo confesar mi duelo a otro ser humano y salvarme, salvar mi espíritu. Dios, la perfección suma y la suma clemencia, ha de juzgarme no con su rigor sino con su sabiduría y dar la libertad y la felicidad eterna a mi alma. Y los que me lo dicen y me convencen, no creen en Dios».

Descendió del tranvía sin ver ni oír a su alrededor. Un automóvil frenó y se detuvo a medio metro. Había estado a punto de ser atropellado. Siguió tranquilamente, cruzó la calle y entró en el hospital. «Si un día me faltara esta fe...»

—repetía—. Como suponía que esta vez no le dejarían visitar el depósito de cadáveres donde quería comprobar el rumor de la muerte de cuatro compañeros más, asesinados por la policía, se dirigió a una sala en busca de un médico que conocía. Consiguió el permiso y bajó acompañado de un enfermero. Ya en el patizuelo de la acacia solitaria, el enfermero volvió sobre sus pasos y Samar quedó solo. Entró recordando la visita que días antes hicieron a las víctimas del «Paraninph». El triste sótano abandonado tenía una sombra dorada que le recordó la luz de algunos templos en la hora de maitines. Eran recuerdos sensitivos de su infancia. Miró a su alrededor. Dentro de su conciencia una voz independiente de su voluntad repetía:

—Ya lo creo que existe la muerte. Ya lo creo.

Lo decía rectificando las palabras que aquel día le dijo a Star. «Yo quería —se decía— darle la fe. Ante la muerte hay que tener fe en Dios o en la nada absoluta. Hay que pensar que no se muere o que no hemos nacido.»

Había cinco losas ocupadas. Los cuerpos estaban cubiertos con sábanas. Samar se sentía impresionado en aquella soledad que llenaban de solemnidad los cinco túmulos. Se acercó, sin embargo, al primero. Fuerá, en el pasillo, que comunicaba al patizuelo con las habitaciones del conserje, una mujer discutía con alguien y por sus palabras dedujo Samar que se encargaba de lavar las sábanas del depósito.

Descubrió el primer cadáver. Sin soltar la sábana retrocedió con paso inseguro, tropezó con el ángulo hiriente de otra losa y sintió un agudo dolor en los riñones. Soltó la sábana, que arrastraba, y quiso llevarse la mano al lugar dolorido, pero su brazo quedó doblado sobre la losa inmediata y su cuerpo derregado, a medio caer. Su cabeza avanzaba sobre el pecho, con la boca entreabierta y los ojos redondos, desencajados de espanto:

—¡Eres tú! —balbuceaba.

Sobre la losa había un cuerpo de mujer que mostraba

bajo el pecho izquierdo manchas negras. Samar hablaba, pero sus ideas iban por diferente camino. No sabía lo que decía, y la luz se complacía en acusar la blancura mortal de Amparo. Samar decía estúpidamente:

—Ahora estás con ellos, Amparo.

Al mismo tiempo pensaba que aquel cuerpo fue suyo dos días antes.

—Los cuatro y tú, Amparo. Ellos han sido asesinados, pero ¿y tú? Yo creí que te habías ido. Y ahora vienes a encontrarme aún. ¿Qué quieres?

Se interrumpía a menudo con la respiración fatigada, como sollozando. Y la carne blanca seguía muda.

Gimió profundamente y repitió:

—¿Qué quieres?

Los gemidos hubieran hecho creer a quien lo oyera que estaba llorando, pero no lloraba. Seguía oyéndose lejos la voz de la lavandera. Los ojos del cadáver comenzaban a ponerse violáceos y a hundirse. Samar decía:

—Tú eras la muerte. Tu amor era la muerte.

Apoyó la frente en la losa, sobre los brazos cruzados. A su desconsuelo respondía el silencio severo de la desnudez de ella. Había ido por fin a su lado. Ella dio la vida y la fe. Un suicida muere lejos de la fe, fuera de la Iglesia, y ella no vaciló en huir de la vida y de la Iglesia, en perder la sonrisa de Dios. Samar gemía y a sus gemidos respondía invariablemente, el silencio de la desnudez de Amparo. Se incorporó. Quiso besarla, pero no se atrevía:

—¡Habla! —suplicaba Samar.

Hablaba la sombra negra que asomaba entre los dientes. Hablaba la mano entornada sobre el vientre purísimo. Hablaban las uñas pequeñas y fulgentes de los gordezuelos pies. Pero sobre todo, aquella blancura escandalosa bajo la luz dorada: Cuando Samar le pedía que hablara quería decirle lo contrario: que callara. Por mucho que él gritara, su voz se perdía bajo el clamoroso silencio de ella. Calló y se dejó caer. Quedó sentado en el suelo, junto a la pilastra que

sostenía la cabecera de la losa. Ella se había ido lejos a un lugar de verdades desnudas. La verdad es así: desnuda, blanca y muda. Es hermosa y tiene los ojos cerrados. Pero ¿dónde está?

Samar se levantaba y rugía lanzándole esa pregunta a los cabellos. El ímpetu de sus palabras hacía temblar un rizo sobre la frente:

—¿Dónde estás?

Quería saber qué era lo que había determinado el elocuente silencio de Amparo. También él estaba fuera, y lejos de la vida. «Te he matado yo. ¿Pero dónde estoy yo y quién soy yo?» Se buscaba a sí mismo enfurecido como un loco con su sombra. ¿Quién era aquel ser que dentro de él había determinado todos aquellos hechos? Quería encontrarlo, aniquilarlo y luego ir con ella, adonde ella se había ido, para poder comprender el lenguaje de su mudez y de su blancura. Se quedó mirándola y sintiendo que la amaba aún con el mismo amor que le tuvo en vida. Ella estaba dormida y ausente. Y él la amaba, celoso de la sombra que tenía en la boca, de la luz que la envolvía. Estaba ausente. O dormida. Desde luego no había de despertar ni regresaría. Siempre dormida y ausente. Entre las lágrimas, el dolor adquiría ahora coherencia en las palabras:

—La libertad, la justicia y el bien estaban en tus ojos, en tu carne, en tus palabras. Te he perdido. Lo he perdido todo. ¿Me oyes? Compadéceme si me oyes. Tú vives y vivirás siempre en la belleza y en la armonía. Yo he muerto y seguiré desolado y sin camino. Donde quiera que estés, escúchame.

Se frotó la frente con la mano y miró a su alrededor. Sobre el pañuelo los sollozos cantaban funerales de antesala y de pésame. No había nadie. El recinto estaba saturado de ella. La miraba alucinado. Creía que la mano izquierda se había movido y que los ojos parpadearon. Tenía un sobresalto extraño, de fantasmas amables y fantasmas terribles. La luz era más viva y parecía salir de aquella piel

pálida y de aquellos dientes brillantes.

La desesperación de un alucinado es siempre excesiva y teatral, y Samar alzaba los brazos y clavaba las uñas en su nuca. Todas sus ansiedades, todas sus angustias pudo resolverlas en aquellos labios que ya no hablarían nunca. Y creyó, oír las últimas palabras de ella. Se le habían quedado grabadas en el recuerdo como en una placa de ebonita. Recorría la estancia y al volver hacia la puerta vio encuadrada la silueta, a contraluz, de un hombre. Llevaba una blusa gris, Samar lo encaró violentamente:

—¿Quéquieres?

Y el desconocido preguntó:

—¿Por qué me tutea? ¿Y usted quién es? ¿Qué hace aquí?

Samar no contestó. Seguía mirándolo. El hombre de la blusa señalaba la losa donde estaba el cuerpo de Amparo, advirtiendo:

—Le han quitado la sábana y no está bien porque una mujer siempre es una mujer —y añadía otra vez—: ¿Quién es usted?

Como Samar no contestaba y seguía mirándolo fijamente, el hombre se volvió hacia afuera y habló con otros tres, uno de los frailes llevaba al hombro un lujoso ataúd blanco. Volvió a asomarse y entró seguido de los otros. El del ataúd lo dejó en tierra y el hombre de la blusa gris se acercó a la losa.

—Vamos a meterla en la caja. Y a llevarla a su casa. Samar extendió el brazo hacia la puerta:

—¡Largo!

—Nosotros —se disculpaba sin saber por qué el empleado — no hacemos más que cumplir nuestra obligación. La ambulancia está ahí afuera.

Samar lo arrastró hacia la puerta. Entonces los otros tres acudieron en ayuda de su compañero. Samar veía que los cuatro recelaban hallarse ante un loco furioso. Samar soltó al empleado para afrontar a los otros tres, y con el esfuerzo

que hacía el pobre hombre para resistirse vaciló y fue a caer de espaldas.

Todavía los otros querían persuadirlo. Después de levantar a su compañero, se encararon con él:

—Nos damos cuenta de que puede usted ser su marido, pero déjenos hacer nuestro trabajo.

Se acercaron decididos. Uno metió una mano bajo la cabeza de Amparo. Samar le dio un puñetazo en el pecho y lo tiró de espaldas. Los otros tres fueron a arrojársele encima y Samar los encañonó con un revólver.

Los cuatro retrocedieron lentamente y salieron. Samar guardó el arma y miró alrededor con los ojos extraviados. Entonces se acordó de los compañeros de las otras losas y fue destapándolos de uno en uno. Eran ellos. Por respeto al cadáver de Amparo volvió a cubrir a Helios Pérez hasta la cintura. Le había quedado la sábana en las rodillas. Miraba, y la visión era confusa. Parecían mucho más pequeñas las ventanas. Unas moscas zumbaban sobre los cuerpos y el zumbido era tan fuerte como el de un aeroplano. Tenía los ojos secos y se sentía incapaz de saber a punto fijo dónde estaba y por qué estaba. Se dedicó a contar las mesas y los cadáveres, pero veía quince, veinte, cien. De pronto corrió otra vez al lado de ella. La miraba a la frente, pero era una frente de piedra. Creía oír ahora la voz de Helios: —¡El compañero enamorado! ¿Lo veis? No hay manera de arrancarlo de aquí. ¿Y el manifiesto protestando contra nuestra muerte? ¿Quién hace el manifiesto?

Porque todos los manifiestos los escribía Samar.

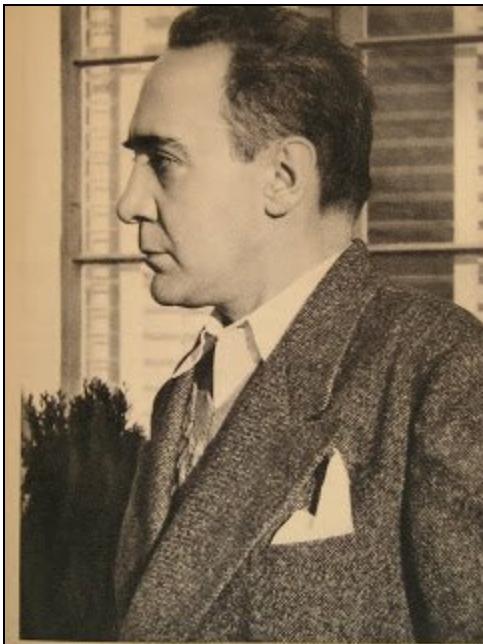
Quiso salir de pronto. No sabía por qué. Tal vez para escribir el manifiesto. Pero los cuatro compañeros muertos parecían sonreír. ¿Se reían de él? Ella también sonreía, pero era una sonrisa inefable e infantil.

Samar salió. Iba a escribir el manifiesto. Ya fuera, seguía viendo la sonrisa de Amparo. También ella se reía de él. Al menos era lo que él creía. Así y todo fue a escribir el manifiesto.

No pudo porque aquel mismo día lo detuvieron y lo enviaron a la cárcel. Dos días después consiguió un lápiz y se puso a escribir un manifiesto muy raro que comenzaba diciendo: «Por la libertad, a la muerte. Que es metafísica y sentimental y físicamente la única libertad posible».

Amparo la tenía ya y Samar quiso seguirla y gozar de ella —de la libertad—. Miró los barrotes de la reja y buscó su cinturón. No recordaba que se lo habían quitado los carceleros. También le quitaron los cordones de los zapatos, lo que le pareció innecesario porque con esos cordones no puede ahorcarse uno.

Madrid, 1933



RAMÓN J. SENDER. Chalamera de Cinca, 1901 - San Diego, Estados Unidos, 1982

Ramón J. Sender es uno de los más importantes narradores contemporáneos en lengua castellana. En 1935 le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura por *Mr. Witt en el Cantón*. Al finalizar la guerra civil española se exilió y desde 1948 residió en Estados Unidos, donde ejerció como profesor de literatura en diversas universidades. Entre sus obras hay que mencionar especialmente: *El lugar de un hombre* (1939), *Epitalamio del Prieto Trinidad* (1942), *La*

esfera (1947), *El rey y la reina* (1949), *Carolus Rex* (1963), *Las criaturas saturnianas* (1967) y *Nocturno de los catorce* (1971), pero su obra más extensa y quizá la más conocida es la serie *Crónica del alba* (1942-1966).

Sinopsi

Notas a pie de página

¹ Esta tercera edición es definitiva.